

La represión del deseo materno y la génesis del estado de sumisión inconsciente

CASILDA RODRÍGAÑEZ
ANA CACHAFEIRO



Presentación de
Victoria Sau.
Prólogo de
Los Arenalejos.

Madre Tierra

**Nossa
y
Jara**
EDITORES

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Hace trece años que se empezó a escribir este libro y ocho de su publicación. Durante este tiempo hemos andado un buen trecho. En realidad, la reflexión del libro no hizo más que abrirnos una puerta a la investigación de toda *esa vida que quedó prohibida en los comienzos de nuestra civilización*, y que se nos iba presentando a medida que nos íbamos dando cuenta, de que *todas las artes del exterminio y de la domesticación de la vida están normalizadas y 'naturalizadas'*, y por lo tanto, *confundidas con los propios procesos de la vida*.

Nuestra propia experiencia vital nos empujaba a descifrar la cultura y las relaciones sociales en estos términos. Puesto que cada vez ocultan más y más la verdad de lo que pasa, el verdadero origen del sufrimiento y del malestar que el Poder genera; ya no dicen que este mundo es un Valle de Lágrimas y que sólo cabe la resignación; ahora la televisión y demás nos pintan un mundo maravilloso haciéndonos creer que somos nosotros y nosotras, individualmente, las que estamos 'mal' porque «no hemos hecho los deberes», y no hemos aprendido a controlar y a manipular nuestras emociones convenientemente, y que por eso sufrimos... Lo llaman 'alfabetización emocional', 'crecimiento personal', 'inteligencia emocional', etc., y otros eufemismos con los que quieren disfrazar la *nueva religión del conductismo emocional*, que no es más que otra forma de la vieja resignación cristiana; solo que es peor porque es más mentirosa y nos aleja más de nosotros y de nosotras mismas. Y todo para desviar el malestar producido por el sistema y evitar que se transforme en la indignación, en la rabia y en la cólera propiciadoras de la rebeldía.

Tanto la experiencia propia y ajena, como las informaciones y hallazgos que nos han ido llegando, han ido perfilando y ampliando algunas de las cosas que queríamos decir en este libro; y queremos dar las gracias a todas y a todos los lectores y amigas que nos las hicieron llegar, con sus impresiones, comentarios, referencias, pistas, etc.

Hay algo que ha sido el común denominador en esta comunicación: el acuerdo en que las verdades que tratamos de empezar a vislumbrar, lo son porque —o en la medida en que— traducen en palabras y de forma plausible, nuestros sentimientos, nuestras emociones y deseos, y sobre todo porque permiten reconocer y reconciliarnos con esa parte visceral de nuestro ser psicosomático que vive de forma silenciada; esto ha sido así en general, y en particular entre las mujeres que hemos empezado a compartir todo lo que se ha silenciado y excluido de nuestros cuerpos y de nuestras maternidades; a compartir no en términos teóricos sino en términos emocionales; y eso da mucha paz y tranquilidad.

El malestar individual de nuestra cultura es ante todo el malestar de no saber por qué nos sentimos mal, un no-saber que nos vuelve impotentes para reaccionar y nos aboca a la resignación, la principal causa de la propia autodestrucción y de la destrucción de las criaturas de la siguiente generación a nuestro cargo, a quienes transmitimos e inculcamos el principio de la impotencia, del miedo, de la represión de los deseos y de la resignación. La ignorancia sobre la vida y sus procesos nos hace automatizar y reproducir la Ley del sufrimiento y del Poder.

El propio sistema que prohíbe y excluye las cosas de la vida, prohíbe y cierra el acceso a su conocimiento a través de la cultura que normaliza la prohibición, con los símbolos, el lenguaje, las reglas, y un sinfín de hábitos establecidos en un rodaje de cinco mil años, más o menos; de manera que nos queda sólo nuestro propio cuerpo (¡nada más y nada menos!), nuestros órganos y nuestras células, que *no pueden impedir que sepan lo que se prohíbe*: básicamente que somos una criatura humana que nació enamorada de una madre, rebotando de deseos de placer y complacer, y de amar y ser amadas por nuestras hermanas y hermanos, y que esto no es un cuento de Hadas, sino la vida misma constatable y verificable en cada criatura que nace, en cada vientre que palpita. Y cuando nos sentimos esas criaturas inocentes y deseantes, y cuando sentimos el temblor del vientre, no es tan difícil ir reconociendo todos los obstáculos, creencias, normas y obligaciones que reprimen la vida humana. En esta crítica social, desde este sentir y desde esta lucha, es donde nos encontramos y nos reconocemos.

Nos encontramos como criaturas sin corazas, como mujeres que sentimos (a pesar del tabú) el enamoramiento específico de las criaturas que parimos, el deseo que reconoce la condición bondadosa y deseante de las criaturas humanas, el vientre que palpita y que vuelve a poner en su quicio la sexualidad desquiciada de la sociedad patriarcal.

Aunque seguimos identificadas con todo el contenido del libro, hay algunas cosas que quisiéramos precisar.

Sobre la sexualidad femenina

En el Capítulo I se aborda un aspecto clave de la vida que se nos prohíbe y oculta, que es la sexualidad femenina. Nuestras intuiciones sobre el útero se han ido confirmando y concretando, y lo hemos ido expresando en diferentes escritos (1): básicamente entender que el útero es un órgano que late; que al igual que el corazón, el útero palpita sin dolor, suavemente, con un movimiento de sístole y de diástole; el útero en la diástole se estira y se alarga, y en la sístole se recoge un poco, para volver a alargarse, etc., como el movimiento de una ameba. A diferencia del corazón que late ininterrumpidamente —es condición de nuestra vida, porque su función es bombear la sangre, haciéndola pasar por los pulmones para oxigenarse, y luego ir por todo el cuerpo—, el útero en cambio sólo empieza a latir con la excitación sexual, —y su latido es también condición de nuestras vidas, porque tiene la función de regular la energía de nuestros cuerpos y las relaciones con nuestros congéneres para mantener y reproducir la vida—.

El ‘vientre errante’, el ‘animal errante que vaga por nuestros cuerpos’ del que hablaban los antiguos y al que hacíamos referencia en la primera edición, no era una alusión al deseo que brota de nuestro vientre, sino al útero vivo que efectivamente tiembla, late y se mueve en el centro de nuestra cavidad pélvica; por eso en algunas culturas neolíticas pre-patriarcales las mujeres lo sentían como un escurridizo pez, y lo representaban con un pez. En otras culturas las mujeres lo asociaban a una rana, por el modo similar que tienen de palpar, y el útero era representado con una rana; de hecho en algunos pueblos, las mujeres creían realmente que tenían una rana en su vientre, y esta creencia ha llegado a través de cuentos y leyendas hasta nuestros días (**Marija Gimbutas, 1974**) (2)

Se ha comprobado que, al igual que el útero, las hormonas que se producen en la excitación sexual son pulsátiles (**Michel Odent, 1999**) (3); su secreción es rítmica y su

eficacia depende de ese ritmo, que es el mismo ritmo que el del útero; cuando el útero relajado se abre con ese ritmo, lo hace poco a poco, suavemente, y cada latido es una relajación de las fibras musculares y una oleada de placer. En cambio, en un parto sin excitación sexual de la madre, la oxitocina que se inyecta en vena, a diferencia de la que se segrega de forma natural, llega en tromba a un útero rígido produciéndole espasmos musculares y calambres sumamente dolorosos (**Frederick Leboyer**, 1996) (4). Cuando el útero duele como cuando duele el corazón, es que no van bien, y si llega el calambre y el espasmo muscular, malo muy malo, para la madre, para el bebé; sólo que en el caso del útero está normalizado y lo llamamos ‘dolor de la regla’, ‘contracciones adecuadas’ —aunque estén torturando a la madre y al bebé—; en cambio en el caso del corazón, si tienen un nombre por el que se le reconoce la patología: el infarto.

La explicación del por qué se pierde la sensibilidad uterina la podemos encontrar en la propia rigidez del útero; porque al crecer con los músculos del útero inmovilizados, se debilitan también o se pierden sus conexiones neuromusculares (si destapamos un ojo que hubiese estado tapado desde la infancia, lo encontraríamos atrofiado).

Como decimos en el libro, aunque la destrucción de la sexualidad femenina está asociada (desde el mismo *Génesis*) al parto con dolor, en los momentos actuales se siguen produciendo partos placenteros con más frecuencia de lo que podemos imaginar (**Merelo-Barberá**, 1980). A menudo estos partos placenteros y orgásmicos no lo son al cien por cien, pues hay trechos o momentos placenteros que se solapan con otros con contracciones espasmódicas y dolorosas; son úteros relajados pero no del todo, y por eso se solapan los dos modos de distensión del cervix.

A los estudios ya citados en el libro, que nos aproximan a entender el útero como órgano erógeno central (**Masters y Johnson**, **Merelo Barberá**, **Georg Groddeck**, **Maryse de Choisy**), queremos añadir también el último libro de **F. Leboyer** (4); en este libro Leboyer recoge su experiencia de cómo el útero se puede abrir para el nacimiento de otro modo muy distinto del que se ha establecido como normal: con suavidad, «casi con ternura», con latidos de placer, al tiempo que asegura que lo que se ha venido definiendo como «contracciones adecuadas» del útero para su dilatación, en realidad son contracciones «altamente patológicas». También hemos sabido que en la India todavía las mujeres visualizan los pétalos de la flor de loto abriéndose para favorecer la apertura del útero, y en ciertas zonas de Arabia Saudita las mujeres rodean a la parturienta bailando la danza del vientre para ‘hipnotizarla’ para que su cuerpo se mueva a favor del parto (5); estas mujeres todavía saben que el parto es un episodio de la sexualidad femenina.

El estado rígido del útero de la mujer patriarcal fue ya referido por **Wilhem Reich** hace un montón de años. En una entrevista en 1952 (6), decía: «Los niños ven frustradas sus necesidades emocionales, su expresión de la vida emocional, justamente antes de su nacimiento y después de él. Se frustran antes de su nacimiento por el frío, por lo que llamamos ‘anorgonosis’, es decir, muerte biológica, útero contraído»; y más adelante: «lo que ahoga al niño es el útero tenso, el útero espasmódico y contraído. Falta oxígeno y hay un exceso de CO₂. Así que la salida del útero espasmódico constituye realmente un trauma.» Y en una carta a A.S.Neill, en 1956 aseguraba: «la mayoría de los úteros han sido espásticos durante siglos y por eso los nacimientos han sido dolorosos» (7).

Las referencias de Reich al 'útero espástico' desde la perspectiva del nacimiento, estaban asociadas a su propuesta de recuperar la autorregulación natural de la libido y de la sexualidad. En *La psicología de masas del fascismo*, ya en 1933, decía que si se permitiese un desarrollo natural de la libido desde el nacimiento, ésta promovería una autorregulación social, una sociedad 'natural' sin autoridad ni jerarquía, como la descrita por J.J. Bachofen, en su famosa obra *Das Mutterrecht*.(8)

La ecuación que se establece en este libro: **represión del deseo materno = sumisión inconsciente**, decíamos que no es ninguna novedad porque en la misma *Biblia* se afirma que la obediencia del infante depende de que no se le mime, que el tallo hay que enderezarle cuando es tierno, que la rebelión se produce cuando no se reprime desde el principio, etc.etc. Pero Reich lo dijo también muy explícitamente:

«A menos que la medicina, la educación y la higiene social logren instaurar un funcionamiento bio-energético en la masa de la población tal, que el útero no quede contraído, que el embrión crezca en cuerpos en perfecto funcionamiento, que los pezones no queden hundidos y los pechos de las madres se hallen, sexual y bio-energéticamente vivos, nada cambiará.... ¡Nada! Ninguna constitución, ningún parlamento, nada podrá impedirlo. Nada, digo. Nada hará que la cosa mejore. No se puede imponer la libertad en los empobrecidos sistemas bio-energéticos de los niños».
(9)

La sexualidad uterina y la sexualidad materno-primal se prohibieron, porque están asociadas al desarrollo de la sexualidad básica del género humano, de la que depende el crecimiento de la criatura humana bondadosa y deseante. El tabú sobre el sexo en general y el famoso tabú del incesto en particular, que según la antropología dieron origen a nuestra sociedad, son en realidad el tabú que prohíbe esta sexualidad básica y común que se organiza en torno a la maternidad.

Juan Merelo Barberá asegura que esta sexualidad materno-primal es *la relación básica erótico-relacional que promueve la expansión vital y anímica de los seres humanos* (el sistema bio-energético que decía Reich): por eso, cuando se trató de producir esclavos y guerreros se organizó su represión sistemática, una verdadera *castración* en ese momento preciso del que depende en gran medida el desarrollo humano; lo mismo que se castra a un toro para hacer un buey, o que se cortan las raíces de los pequeños árboles para hacer bonsais. No nos cabe la menor duda de que esta es la principal causa del malestar humano. El desarrollo de la sexualidad básica materno-primal daría lugar a una sexualidad infantil y a una madurez sexual que no se alcanza en nuestra sociedad, incompatibles con cualquier sistema represivo, y que promovería una autorregulación social basada en la ayuda mutua.

Desde esta perspectiva, el nudo gordiano del tejido social es la maternidad; *ahí es donde se cortan las raíces de la vida humana*. Esto, aunque se sabe perfectamente, se oculta —no se aprende ni en los colegios ni en las Universidades—, y se reprime a quienes lo divulgan o investigan sobre ello. Michel Odent afirma (3): «Los personajes cuyos nombres están asociados tanto al nacimiento como a la capacidad de amar, encuentran poderosos obstáculos: hacen temblar los fundamentos de nuestras culturas» Y más adelante hace referencia a «la tendencia muy expandida de neutralizar, colocar fuera de la ley, o perseguir a cualquiera que promulgue mensajes tanto sobre la capacidad de amar como sobre la forma de nacer».

La situación actual de la maternidad es la de la sardina que se muerde la cola, porque las madres que hacemos la maternidad sin líbido, hacemos criaturas sin líbido, y las niñas crecen sin desarrollar su sexualidad y se hacen mujeres con el útero rígido y espástico, y entonces vuelven a realizar la función reproductiva con los cuerpos robotizados, con dolor y esfuerzo en lugar de con gozo y bienestar, en la asepsia libidinal. Y mientras no se recupere la maternidad impulsada por la líbido, no habrá criaturas humanas que crezcan desarrollando su sexualidad, su 'sistema bio-energético'.

Cada vez hay más evidencias de que la antigua danza del vientre, de la que ahora nos quedan ciertos vestigios, era una danza sexual de las mujeres de todas las edades, y desde luego también de las niñas, desplegando toda su vitalidad y energía. Y lo que se aprende de niñas, jugando y disfrutando, se incorpora en todo nuestro desarrollo psicosomático. Algunas antropólogas han rastreado el origen de danzas como la samba brasileña, para encontrar su origen en las danzas llamadas en antropología de la 'fertilidad', que fueron traídas de Africa por las poblaciones de esclavos transportadas al continente americano. Parecer ser que fueron consideradas muy obscenas por las mentes europeas cristianas, y fueron transformándose en las sambas, etc. actuales, al ir cambiando los movimientos de brazos, manos y pies, cabeza etc. que disimulan un poco la danza del vientre. Tanto el mismo hecho de que hayan sobrevivido vestigios de estas danzas bajo diferentes formas, como la generalidad de las mismas, puesto que las encontramos en diferentes culturas de todos los continentes, prueban que formaron parte de los hábitos más cotidianos y de la cultura más enraizada de nuestras antepasadas, que vivieron antes de las prohibiciones, antes del tabú del sexo y del sometimiento de la mujer por el hombre.

Por otro lado, también la antropología ha rastreado la evolución de los hábitos posturales; de cómo hemos dejado de sentarnos en cuclillas y en taburetes bajos, para sentarnos en sillas dobladas en tres sin movilizar la pelvis. Si nos fijamos un poco en los documentales de ciertas culturas, veremos cómo las mujeres hacen sus quehaceres y su vida en cuclillas o sentadas en asientos muy bajos, posturas que les hace tener las piernas abiertas y la pelvis en movimiento, levantándose y agachándose decenas de veces al día. No importa que la costumbre de sentarnos en sillas sea muy perjudicial para la columna vertebral porque hace que las vértebras lumbares sufran mas peso del previsto. Todo esto no es nada anecdótico; por el contrario, es significativo e indicativo de una sexualidad prohibida. Hay que tener en cuenta que el objetivo perseguido es que la mujer no sienta ni se entere si quiera de lo que tiene en su cavidad pélvica; y los hábitos de la vida cotidiana se tienen que adaptar de tal forma que la pelvis no se tenga nunca que mover, lo mismo que las vestimentas para ocultar la sensualidad natural. Los hogares se transforman, y en lugar de vivir a ras de la tierra, sillas, mesas, camas, cocinas, todo se eleva para no tener que agacharse y mover la pelvis, y al tiempo que nos despegamos de la Tierra nos 'despegamos' de nuestros propios cuerpos.

En la antigüedad griega, una mujer frígida era una mujer con el útero arrinconado arriba y paralizado. En el neolítico pre-patriarcal, además de la representación simbólica del útero con peces, ranas, etc.. inventaron la imagen simbólica de la sirena, mitad pez, mitad mujer, para representar una voluptuosidad femenina no coital ni falocéntrica, puesto que una sirena no puede tener relaciones coitales. Sin embargo, esa voluptuosidad era tal que los hombres no podían resistirse a su atracción (como se relata

en la leyenda de Ulises). Si tratáis de nadar como una sirena, con las piernas juntas, veréis que sólo podéis hacerlo con un gran movimiento de la pelvis. En realidad, es como una danza del vientre dentro del agua. Y el estilo de nadar es como el del delfín; así entendemos por qué el delfín también fue un símbolo femenino en la antigüedad. Una mujer que desde niña ha sentido el placer y el impulso de su vientre, bailando y nadando como los delfines, y se ha pasado sus días y sus tareas agachándose en cuclillas y levantándose, cuando tenga que parir lo hará con mucha facilidad. Decía Reich que una mujer relajada tarda en abrir su útero para parir entre 1 y 5 horas, a diferencia de las 20 ó 40 horas que puede tardar una mujer con el útero contraído (10).

Sobre el ‘yo primario’

Konrad Sttetcher (1991) en su importante obra citada en este libro, habla de un ‘yo’ primario que corresponde a la criatura en su integridad primaria, cuando todavía se mueve por el principio del placer: evita o rechaza lo que le produce malestar y se deja atraer por lo que le produce bienestar y placer.

Pensamos que aquí sucede lo que sucede con tanta frecuencia cuando nos adentramos en el conocimiento de la vida, que utilizamos miméticamente unos conceptos que no son adecuados para definir una condición y unos procesos sustancialmente diferentes.

El ‘ego’ corresponde a un tipo de individualización humana para una sociedad fraticida; tiene todas las cualidades para esta guerra: mide, calcula, negocia, ataca, pacta, conquista, desprecia, excluye, acapara, posee, gana, y autoafirma a su portador en la medida en que adquiere destreza y habilidad para estas operaciones; apuntala sus cuerpos acorazándolos e insensibilizándolos para no sentir placer ni compasión y dejarlos aptos para la crueldad; los sostiene con el cemento armado del botín y las posesiones, conquistando la propia aceptación y reconocimiento según ha doblegado sus emociones y ha ‘aprendido’ y ‘crecido’ en los quehaceres de esta guerra, eufemísticamente llamada ‘educación’, madurez, adaptación etc. Lo digan como lo digan las nuevas religiones disfrazadas de psicología, de pediatría y de pedagogía (autoestima, autoafirmación) es la conversión de las criaturas humanas para un mundo fraticida. Es una patología de la condición humana, que no tiene nada que ver con su condición primaria, disfrazada de ‘civilización’ y de ‘ciencia’.

Como dice **Michael Balint** (1979), también ampliamente citado en este libro, en su integridad primaria la criatura no conoce límites ni fronteras entre su cuerpo y el de su madre; es un ser disuelto en su entorno, y el ‘ego’ aparece cuando se corta el fluir y el derramamiento del deseo; es decir, que la formación del ‘ego’ es un modo de producirse la individualización, por la vía de la represión. Pero este aspecto de dejarse fluir en el entorno no tiene que desaparecer con la etapa simbiótica, puesto que sabemos que en otras sociedades el tránsito de la simbiosis materna a la integración en el grupo humano se hacía siguiendo el propio deseo de la criatura que fluía hacia otros cuerpos del entorno. Y no solo lo sabemos por la información arqueológica y antropológica, sino por la observación y la experiencia de nuestras propias criaturas y de nuestros propios deseos. La antropología que ha recogido este modo de socialización también miméticamente ha llamado a este sistema de identificación humano, ‘sistema de identidad grupal’, porque la conciencia que se tiene de sí mismo o de sí misma de

pertenencia a un grupo, está muy por encima y engloba y abarca cualquier otro aspecto de la percepción de sí mismo o de sí misma como algo individual.

En la forma, una se siente disuelta entre otras, no hay aristas ni límites; en el contenido, nos movemos por la búsqueda del bienestar, y la reciprocidad es un fenómeno universal del grupo. Por eso ahora creemos que llamar 'ego' a la psique individual de la criatura humana, no es adecuado, y que no basta con añadirle el calificativo de 'primario', porque no cambia el mismo concepto del 'ego', sino que lo matiza o lo reforma; Es como lo de añadir el calificativo de 'patriarcal' al concepto de 'familia', o de 'nutricio' al concepto de 'padre' como hace alguna escuela de psicología. Habrá que buscar otro concepto, si es que hace falta, para referirse a la psique individual de la criatura humana. No hay paralelismo ni homología entre la psique primaria y el ego; son diferentes en sus formas y modos de acción, producen cosas diferentes, y se mueven de modo diferente.

Quizá entre las cosas más difíciles de imaginar esté esto que la antropología llama 'sistema de identidad grupal'; porque ahí está la percepción de la condición humana no fratricida, la condición humana que hace la sociedad basada en la ayuda mutua.

.....

Hay otros aspectos que se tocan tangencialmente en este libro sobre los que ahora querríamos matizar o decir más cosas; por ejemplo, sobre la relación entre el 'sistema de identidad grupal' y el disfrute horizontal de los bienes (para imaginarnos una organización social en la que los bienes no se constituyen como propiedad privada); sobre la vida humana como parte de la vida en general (para no contraponer 'lo humano' a 'lo biológico'); o sobre los importantísimos hallazgos arqueológicos y antropológicos que están revelando estos secretos y tabúes establecidos por nuestra civilización (que recogemos en el libro *El Asalto al Hades* (2001)); pero en realidad sería entrar en una espiral casi interminable y lo dejamos con estas observaciones sobre la sexualidad de la mujer y el llamado 'yo primario'.

.....

Como decía el Infante Arnaldos: *yo no digo mi canción/sino a quien conmigo va*. Gracias a todos y a todas, lectores y lectoras de mente activa y sensibilidad despierta, que nos acompañáis; porque nos hacéis saber que la soledad y la Santa Inquisición se pueden vencer, como tantas y tantas otras cosas de este mundo.

La Mimosa, junio 2004

NOTAS

(1) *Matricidio y estado terapéutico*, Revista Archipiélago num. 25, otoño 1996, *La Sexualidad de la Mujer*, Ekintza Zuzena, 1999, *Tender la urdimbre: el parto es una cuestión de Poder* I Congreso de Parto y Nacimiento en casa (octubre 2000), *El Asalto al Hades*, capítulos tres y cuatro, Traficantes de Sueño, 2001, etc.

- (2) **Gimbutas, M.** *The Goddesses and Gods of Ancient Europe*, U.California Press 1974. *The Language of Goddess* Harper-Collins 1991. En castellano, editadas por Istmo y Dove respectivamente.
- (3) **Odent, M.** *La cientificación del amor*, Creavida, Argentina 2001
- (4) **Leboyer, F.** *El parto: crónica de un viaje*, Alta Fulla, 1998
- (5) VV.AA. *Mamatoto*, Plural ediciones, 1992
- (6) **Reich, W.** *Reich habla de Freud*, Anagrama, 1970
- (7) Correspondencia entre A.S.Neill y Wilhem Reich, publicada por la Escuela española de terapia reichiana (ESTER)
- (8) **Bachofen, J.J.** *Mitología arcaica y derecho materno*, Anthropos 1988 (primera publicación 1861)
- (9) *Reich habla de Freud*, pag. 44
- (10) *Ibidem* pag. 95

I PARTE: El Crimen de la Madre

«...suponiendo que tengáis leyes bastante buenas, una de las mejores será la que prohíba a los jóvenes preguntar cuáles de ellas son justas y cuáles no».

Platón, *Las Leyes*

Citado por R.D. Laing en *El Cuestionamiento de la Familia*

«El orden social sólo funciona si es inconsciente... Nuestra especie es la única que utiliza como instrumentos a miembros de la misma especie: para que se dejen utilizar es necesario que no sean conscientes de ser utilizados».

Jesús Ibáñez *El regreso del sujeto*

«*Thou shalt not be aware*» Alice Miller : Título de su libro publicado en 1981. Es difícil traducirlo fielmente de manera que en su traducción quede incorporada la carga intencional de su formulación como otro más de los Diez Mandamientos de la Ley de Dios, en un inglés antiguo, bíblico: «*Thou shalt not kill*» —no matarás—, «*Thou shalt not be aware*», más o menos: «no te darás cuenta, no serás consciente de lo que pasa».

«El crimen de la madre es el secreto de la Humanidad» Victoria Sau

«No en vano el tabú del incesto, que bloquea la aspiración a la confusión con la 'carne de mi carne', es el gran cancerbero del sistema jerárquico que sirve para transmutar las relaciones de tú a tú en relaciones reglamentadas de acuerdo con el sistema jerárquico-expansivo patriarcal. (...) Sin una madre patriarcal que inculque a las criaturas 'lo que no debe ser' desde su más tierna infancia, que bloquee su capacidad erótico-vital y la canalice hacia 'lo que debe ser', no podría operar la Ley del Padre que simboliza y desarrolla de una forma ya más minuciosa 'lo que debe ser'».

Amparo Moreno *Carta a la Asociación Antipatriarcal*

Capítulo 1

El útero y la sexualidad femenina

En el Diccionario ideológico feminista(1), Victoria Sau dice que «hasta finales del siglo XVIII se cree que la matriz (...) vehiculiza los humores que transportados por sangre serán la causa de las convulsiones histéricas (...) Como sólo las mujeres tienen *hysteron* (útero) sólo ellas son calificadas de *histéricas*». Así nos enteramos, de paso, las que no sabemos griego, que 'histeria' —epíteto con el que se ha calumniado milenariamente a la mujer— quiere decir nada menos que 'útero'. Añade Victoria Sau «Su útero fue declarado inferior para no tener que reconcerle el poder de la maternidad en un orden social en que domina en solitario el padre».

Para Victoria Sau las *histerotomías* —extirpación del útero— que se practican a partir del siglo XIX en gran número y en general de forma innecesaria, son una manifestación más del odio patriarcal al útero.

Según Carmen Saéz (2) «Dos poderes masculinos fundamentales se confabulaban en torno a las mujeres ricas (el marido con su dinero y el médico con su avidez de ganarlo) para no poder salir (las mujeres) de ese círculo vicioso de enfermedades o pseudoenfermedades físico-psíquicas que en el peor de los casos acaban o hacían un alto obligado en el cirujano, siempre dispuesto a extirpar aquel útero o aquellos ovarios de los que provenían los disturbios».

Laing, en unas declaraciones hechas en 1977, en Madrid, a su regreso de una conferencia en Roma, a la revista *Reporter*, decía: «Los ginecólogos han contado que la histerectomía era la respuesta a la anticoncepción, era una industria, y por lo visto practicada por médicos técnicos que no tienen el menor respeto al problema emotivo que supone para una mujer el hecho de perder su útero, para siempre. Personalmente creo que la mayoría de los ginecólogos odian a las mujeres. La *envidia uterina* de la función biológica femenina es posiblemente más profunda que la conocida envidia de pene achacada a las mujeres (...) Una persona que pasa la mayor parte del día extirpando quirúrgicamente y con rutina úteros de mujeres puede naturalmente odiar a las mujeres en el fondo».(3)

Sin embargo, no creemos que haya sido la envidia la razón por la que tradicionalmente el útero ha sido, física y psíquicamente, castigado y perseguido. Luego hablaremos de los *sentimientos* misóginos como elemento emocional del patriarcado que engrasa todos sus mecanismos. Sospechamos que si el útero ha sido perseguido, castigado y, finalmente, *borrado* de la conciencia de la mujer ha sido porque posiblemente sea uno de los órganos vitales en la producción del placer y de los deseos de la mujer.

En el *Human Sexual Response*, Masters y Johnson(4) dicen, de pasada y por completo desvinculado de todo el resto de su tratado, que «las contracciones rítmicas de las fibras musculares uterinas son un elemento *esencial* del orgasmo femenino, cualquiera que sea el origen de este orgasmo». Hablar en un tratado de sexualidad de 'un elemento esencial' del orgasmo de una manera tangencial, parece un poco discordante. A no ser que se trate de que el útero siga permaneciendo al margen de la deformada sexualidad femenina. Quizá por eso, cuando en el siglo pasado empezó el reconocimiento de una sexualidad específica femenina no se tuvo en cuenta el útero como fuente de placer y todavía hoy sólo se habla de la vagina

y, cómo no, del clítoris, del orgasmo 'vaginal' y del orgasmo 'clitoridiano', aunque sepamos que «las fibras musculares uterinas sean un elemento esencial del orgasmo femenino». Hay algo muy importante que se quiere ocultar cuando se sitúa la sexualidad femenina del clítoris a la vagina. En los tratados de sexualidad, salvo rarísimas excepciones nunca aparece el útero. Eso sí, ya no se dice que el útero es la histeria; ahora el útero es una cuestión sanitaria, pues *han conseguido que el útero y todas las funciones sexuales de la mujer vinculadas al útero no tengan nada que ver con la sexualidad de la mujer, sino con su salud*, y por tanto, queden a merced exclusiva de los médicos que se ocupan de las enfermedades de la mujer, a saber, los embarazos, los partos y los trastornos menstruales. De este modo se consigue que la mujer quede desconectada de sus funciones sexuales que pasan a ser manipuladas por el Poder, a través de la Medicina, con toda normalidad. Esto confirma la sospecha de que algo importante pasa con el útero de lo que no nos tenemos que enterar.

Juan Merelo-Barberá(5) empezó también a sospechar algo cuando llegó a sus manos un estudio de sexología del Dr. Serrano Vicens en el que reseñaba un caso en el que aparecía una relación objetiva entre el orgasmo y el parto. Al parecer esto le llevó a evocar otros casos que habían quedado inexplicados. Luego el propio Merelo-Barberá. empezó a investigar y, en poco tiempo, halló «una sustancial cantidad de casos positivos. Lo que entendí como una prueba de que la frecuencia de orgasmos en el parto es mayor de la que se pueda imaginar». (6)

A raíz de la investigación de Merelo-Barberá, el Dr.Schebat del Hospital Universitario de Paris, realizó un estudio que recogió catorce casos de partos orgásmicos de un total de doscientos cincuenta y seis.

Merelo-Barberá constata que la sexología oficial del siglo (Kinsey, Master y Johnsons, Hite etc.) hace referencia de pasada a algunos casos de partos orgásmicos, y se pregunta cómo es posible que ante pruebas o vestigios de esta índole, gente que se pretende 'científica' no haya indagado en su significado. La respuesta es que, tan presos y presas estamos del pensamiento falocéntrico en materia de sexualidad, que no nos podemos imaginar otra sexualidad que no sea la que depende del falo. Hasta tal punto que incluso el psicoanálisis tuvo que inventar mecanismos de 'asociación', 'transferencia', etc. para explicar los deseos y pulsiones sexuales que no aparecían vinculadas al coito sino a otras funciones sexuales de la mujer y de las criaturas, y que el pensamiento falocéntrico no podía aceptar por sí mismas.

Así se llega a afirmar que el deseo que tiene el bebé del cuerpo materno es el deseo de acostarse con la madre, es decir, de realizar el coito con ella. Semejante disparate es el pilar sobre el que se ha construido el famoso Complejo de Edipo (del que trataremos más adelante), por el que se atribuye al recién nacido no sólo el deseo de consumir el coito con la madre sino también el deseo de matar al padre.

¿Cómo han conseguido que traguemos con esta barbaridad de que el bebé desea realizar el coito con la madre, cuando la verdad es algo tan elemental y evidente? Aunque bien es cierto que no es distinto que creerse, como se cree la mitad de Occidente, que Jesucristo está en la hostia consagrada. Si el Complejo de Edipo es, como iremos viendo, una de las principales agarraderas del Patriarcado moderno para justificar la represión de las criaturas, ya nos vamos haciendo una idea de por qué ha sido tan importante ocultar el papel del útero y la sexualidad materno-infantil.

Merelo-Barberá también llega a la conclusión de que el estado de cosas actual (la frigidez femenina y el parto y menstruación con dolor, etc.) se explicaría porque la mujer ha sido

culturizada para romper la unidad psicosomática entre su conciencia y el útero(7). Así que, si el útero es en realidad, como suponemos, el centro del esqueleto erótico de la mujer, no es difícil imaginar que la represión milenaria de la mujer encaminada a controlar su capacidad reproductora haya requerido como condición (¿o quizá fue su consecuencia?) la rigidez uterina. De esta manera se impide que las funciones reproductoras se realicen movidas por el deseo y la pasión y con la gratificación del placer; se consigue que las madres sean insensibles a los deseos, a las necesidades y a los sufrimientos de las criaturas, al menos en la medida suficiente para reprimirlas y domesticarlas según la Ley patriarcal.

Como dice Victoria Sau (8): «Que las mujeres hagan mucho trabajo maternal, mucho maternaje, no significa que haya Maternidad. Incluso la parte más 'natural' de la misma, a la que por otra parte ha sido reducida, no le pertenece *porque también esas funciones en sensu strictu femeninas le han sido alienadas*».

La conexión entre la represión de las mujeres y la rigidez uterina está explícitamente establecida en el libro del *Génesis*, que recoge la versión judeo-cristiana del origen de las Prohibiciones (parirás con dolor y el hombre te dominará).

Dicho sea de paso, la *Biblia* también nos tenía que haber inducido a la sospecha, puesto que si en el *Génesis* se condena a la mujer a parir con dolor, tendríamos que haber pensado que antes las cosas sucedían de otro modo.

.....

El útero es un seno donde anidan los óvulos fecundados. No es, como los huevos de algunas especies animales, de usar y tirar, ni es algo básicamente exterior a la hembra. Es una parte del propio cuerpo de la mujer integrado en el mismo sistema nervioso y regado por sus flujos sexuales. El útero al igual que el estómago o la vagina desea verse colmado y lleno. Cuando se produce una fecundación, la mujer inicia un ciclo sexual distinto; el útero se hincha, crece, se hace pesado y presiona suavemente la vagina y el recto. Durante los nueve meses de gestación compartimos con el feto la comida, el oxígeno, una misma sangre impulsada por un solo corazón que late al unísono en los dos cuerpos, uno totalmente dentro del otro. Los pechos de la mujer grávida también se hinchan y palpitan de placer. Sin duda existen conexiones nerviosas importantes entre el útero y los pechos, puesto que tanto en la gravidez como durante la preparación mensual del nido uterino, se producen erecciones de los pezones y la mujer siente el placer también localizado en los pechos.

Este estado sexual culmina cuando la gravidez llega a término (la luna llena) y la criatura sale a la luz del mundo; después del parto, se inicia otra función sexual femenina, la de la crianza, que habitualmente en nuestra civilización se reprime para impedir la socialización humana según el principio del placer y en la saciedad de los deseos. El parto es un acto sexual en el que toman parte una pareja de seres: la excitación sexual de la mujer, *inducida por el feto que ha llegado a término*, si no estuviese bloqueada por el miedo y la cultura milenaria que pesa sobre ella, produciría la relajación, el abandono al deseo y los flujos maternos necesarios para que el parto y el nacimiento fuera un acontecimiento gozoso y placentero para ella y para la criatura; y también para que las criaturas, una vez fuera del útero materno, encontrasen un regazo, un vientre y unos pechos palpitanes de deseo dispuestos a satisfacer los propios anhelos de calor, de contacto físico, de nutrición, higiene y protección.

Frecuentemente, cuando hablamos sobre el parto en términos de placer, de función amorosa íntima, etc., se nos rebate aduciendo los peligros del parto, las altas tasas de mortalidad de

madres y recién nacidos en los siglos pasados, y la necesidad de la intervención médica en los mismos. En Holanda, país en el que el 40 % de los partos tienen lugar en casa con asistencia de comadrona, sólo hay un 6 % de cesáreas —frente al 25 % de los demás países occidentales—; las cifras de mortalidad perinatal son inferiores al 10 % y las de mortalidad maternal inferior al 1 por 10.000. ¿No prueban estas cifras sobradamente que la intervención de la Medicina en los nacimientos no es inocente?

Adrienne Rich, en su obra *Nacida de Mujer*(9) relata cómo la mortalidad de madres y recién nacidos se incrementó de modo brutal precisamente a raíz de la intervención del médico en los partos, que, desconociendo la necesidad de la asepsia, traía los gérmenes de sus otros pacientes e infectaban a las parturientas. La Medicina se apunta como un tanto a su favor el haber hecho descender en este siglo esas tasas de mortandad que ella misma había traído, sirviéndose de ello además para establecer de modo definitivo la necesidad de su intervención en los partos.

Desde luego, ningún grupo que trabaja en pro de los partos en casa descarta la posibilidad de acudir a un centro hospitalario en caso de complicaciones. No cabe duda que el parto es una función sexual complicada, al menos en las actuales condiciones, y que entraña un riesgo y, por otra parte, que las técnicas médicas actuales podrían ser un aliado de la mujer: claro que querríamos una medicina humanitaria. Pero tal medicina no existe. Haría falta más de un libro para explicar la función de la Medicina como servicio de mantenimiento de la fuerza de trabajo para la gran empresa capitalista, y como instrumento del Poder en la manipulación y el control de las criaturas. Foucault, al tratar sobre el panoptismo(10) sitúa a los hospitales tras las cárceles, las fábricas, las escuelas y los cuarteles.

Aquí sólo queremos indicar la función que la Medicina realiza para convertir la maternidad precisamente en la reproducción de fuerza de trabajo o de herederos —no de criaturas humanas— tratando a la mujer como máquina reproductora. En términos prácticos, tratar a la mujer y a las criaturas como seres biológicos, y el parto, como una función fisiológica, como si no hubiera nada libidinal, emocional, sentimental, incluso sin dimensión racional puesto que el médico no dialoga con la mujer, sólo da órdenes; así se elimina la condición humana: los deseos, la gratificación del placer del acto, y se organiza impasiblemente el sufrimiento humano (¿o no es humano el sufrimiento de las mujeres y de los bebés en el parto?) decretado 'natural' e inevitable. La mujer es una histérica y los bebés no sienten ni entienden. En ningún caso le interesa que se indague en las rigideces uterinas y en el por qué los partos ahora son dolorosos cuando hubo un tiempo en que no lo fueron, etc. etc. Precisamente la rigidez uterina y la dificultad de los partos es lo que permite y justifica que la Medicina (y el Poder) meta las narices en el parto y en las funciones íntimas, sexuales, materno-infantiles. Por eso es tan difícil aceptar *en las condiciones actuales* la intervención de la Medicina en la maternidad.

Convertido el parto en una intervención quirúrgica es fácil a continuación separar a la criatura de su madre. Para justificar esta separación también se han aducido todo tipo de razones —religiosas y míticas en la Antigüedad y 'científicas' en nuestros tiempos— de las que nos ocuparemos en la segunda parte de este libro. Con la brutal separación de la pareja madre-criatura inmediatamente después del parto, se corta la libido femenina que a pesar de todo puede producirse, impidiendo el encuentro amoroso y el desarrollo de los deseos primeros de las criaturas; impidiendo su crecimiento con los deseos saciados, sin carencias ni miedo al abandono puesto que no se puede temer algo que no se sabe que puede suceder ni está previsto que suceda. Este tipo de relación erótica con la madre sería incompatible con la

puesta en marcha del principio de autoridad, es decir, con la sumisión a los padres que son el primer eslabón autoritario de la sociedad patriarcal, pues la madre no sería capaz de soportar y menos de infligir sufrimientos al objeto de su pasión amorosa.

La necesidad de destruir a la madre entrañable para hacer de las criaturas seres sumisos a las leyes y al orden establecido, lo explicaba así A. Moreno en una carta dirigida a la Asociación Antipatriarcal (11):

«No en vano el tabú del incesto, que bloquea la aspiración a la confusión con la 'carne de mi carne', es el gran cancerbero del sistema jerárquico que sirve para transmutar las relaciones de tú a tú en relaciones reglamentadas de acuerdo con el sistema jerárquico-expansivo patriarcal.» Y también: «Sin una madre patriarcal que inculque a las criaturas 'lo que no debe ser' desde su más tierna infancia, que bloquee su capacidad erótico-vital y la canalice hacia 'lo que debe ser', no podría operar la Ley del *Patre* que simboliza y desarrolla de una forma ya más minuciosa 'lo que debe ser'».

Así pues, esta cuestión, la cuestión de la represión del deseo materno —la conversión del *hysterion* en histeria— se torna así en uno de los soportes estratégicos del Patriarcado porque de ella depende su reproducción.

La sexualidad de la mujer no es uniforme; tiene dos ciclos, uno mensual, que se inicia en la pubertad, y otro que dura tres o cuatro años y que se inicia cada vez que un óvulo se fecunda. Según el ciclo y el momento del ciclo en que se encuentre, la mujer está en un estado sexual diferente. La mujer menstruante, simbolizada por la luna nueva, no es sólo la mujer que cada mes ovula sino también la que prepara en su útero un nido; si no se produce una fecundación, el nido es expulsado, pues el nido no sirve si no está recién preparado. La mujer menstruante a lo largo del mes pasa, pues, por diferentes estados sexuales. Y uno de ellos es la transformación que se opera en las paredes del útero para, eventualmente, acoger un óvulo fecundado de tal modo que pueda anidarse y crecer. Esto sucede siempre, haya habido fecundación o no, incluso aunque no haya habido coito. Hay una enorme confusión en torno a la menstruación de la mujer y mucha gente piensa que se trata de los óvulos no fecundados que se expulsan cuando en realidad se trata del desprendimiento de ese 'nido' que se prepara en el útero todos los meses durante la mayor parte de su vida. Las descargas hormonales se alternan marcando las fases del ciclo mensual. El flujo vaginal, la flacidez o erección de los pezones, todos los cambios fisiológicos y anatómicos que se operan son las señales periféricas de los deseos que a pesar de todo se producen en la mujer. El mayor o menor deseo de realizar el coito tienen que ver con el estado sexual en que se encuentre la mujer y no con esa frigidez famosa que sirve de tapadera para ocultar los diferentes estados y orientaciones de la sexualidad femenina.

Para probar la pluralidad de las funciones sexuales de la mujer, Michel Odent, médico que trabajó en el equipo de Pithiviers (Francia) (12), da cuenta de las señales periféricas que dan las hormonas sexuales:

«La oxitocina interviene en los preludios del acto sexual y en el orgasmo masculino y femenino... La oxitocina se libera antes y durante la mamada ... Hay oxitocina en la leche humana... Los efectos de esta hormona en las contracciones uterinas son bien conocidas. Hay un nivel punta de liberación en la hora que sigue al nacimiento, en el momento del primer contacto de la madre y su bebé ... Cuando una mujer dá de mamar a su bebé no tiene el mismo equilibrio hormonal que cuando está de parto o cuando tiene que establecer el primer contacto con su recién nacido, o cuando tiene relaciones íntimas con su marido. En función

del contexto hormonal el amor o la relación altruista *toman direcciones distintas. No se concentran en el mismo objeto...* La madre que amamanta está en un equilibrio hormonal particular. Está bajo los efectos de una hormona indispensable para que se produzca la leche en su seno. Se trata de la prolactina. ... La prolactina reduce la libido, el interés sexual [hacia el marido] ... Cuando una mujer comienza la lactancia todos los efectos de la 'hormona del amor' (la oxitocina) tienden a dirigirse al bebé.»

La hormona es el indicio fisiológico de nuestras pulsiones sexuales y la producción hormonal es distinta en los diferentes momentos y en los distintos ciclos sexuales de la mujer; es decir, la mujer no está en el mismo estado sexual cuando está preparando un nido en su útero que cuando lo está expulsando. Dentro del ciclo maternal, el estado de gravidez (la luna creciente) produce todavía en muchas mujeres un bienestar orgásmico; y tenemos constancia también de que, en este estado, con frecuencia la atracción que la mujer sentía antes hacia su pareja disminuye o incluso desaparece. Durante la lactancia también la libido se orienta hacia el bebé, sino exclusivamente como señala Odent, al menos en gran medida.

Por otro lado, sabemos que han existido —y quizá existen todavía— pueblos cuyas normas sociales prohibían el acceso sexual de los hombres a las mujeres durante un año o dos después del parto; por supuesto que se trataba de organizaciones sociales basadas en la poligamia y no en la pareja heterosexual monogámica. Conocemos también algún caso cercano de mujeres que han dado el pecho a sus criaturas sin reprimir sus deseos, que han dormido con ellas durante toda la lactancia, y que durante todo ese tiempo el deseo sexual hacia el compañero desapareció. No obstante, creemos que es arriesgado afirmar, como hace Odent, que «todos los efectos de la 'hormona del amor' tienden a dirigirse al bebé». No sabemos cómo podrían ser las cosas en una sociedad que respetase la libido materna, la sexualidad femenina, ni que tipo de criaturas humanas varones resultarían de ese respeto. Como tampoco sabemos hasta qué punto, en las condiciones actuales, la madre que no reprime la libido materna siente rechazo hacia el compañero, debido precisamente a que ni él ni la sociedad respetan su decisión de no reprimir sus impulsos maternales ni reconocen que hay periodos de tiempo y momentos en los que la producción de la libido materna es por lo menos preponderante. Pero como decíamos, si se respetase y se reconociese la sexualidad maternal quizá podría haber compañeros solidarios que colaborasen en la protección de la madre y su criatura, en cuyo caso la madre podría seguir sintiendo deseos o ternura hacia el hombre, incluyendo deseos libidinales.

De lo que se trata es de reconocer la existencia de la libido materna que entra en conflicto con las normas de conducta sexuales vigentes. Hasta qué punto esta libido disminuye o *excluye*, como afirma Odent, durante un tiempo la pulsión sexual de la mujer hacia el varón no podemos saberlo, pero esto es secundario. Sería desde luego secundario y carecería de importancia para las criaturas humanas saciadas y en un mundo en que el amor sexual entre adultos y adultas no fuese exclusivo ni excluyente.

Eso sí, encontraremos vestigios de libido materna mientras que exista vida humana sobre el planeta. El hecho de que se conozcan casos de orgasmos en la mujer durante el amamantamiento, tendría también que habernos hecho sospechar algo, pues si se producen orgasmos incluso en la mujer edipizada y rígida actual, ¡cuál no sería la voluptuosidad de una mujer no educada y socialmente desinhibida !

En un texto de la religión janista del 550 a.j. (13) se dice:

«Para las mujeres no hay nirvana. Tampoco su cuerpo es una envoltura apropiada, por lo que tienen que llevar una. En la matriz, entre los senos, en el ombligo y las ijadas tiene lugar continuamente *una sutil emanación de la vida* ¿Cómo pueden estar [las mujeres] en condiciones de autodominarse? Una mujer puede ser pura en su fe e incluso preocuparse por estudiar los sutras o practicar un excelente ascetismo, pero, aun así, en su caso no se producirá el desprendimiento de la materia kármica.»
(el subrayado es nuestro).

Es decir, que se está diciendo que la líbido sexual femenina es tan potente que es imposible para la mujer 'autodominarse'.

Lo cierto es que encontramos en la Antigüedad una denigración de la sexualidad femenina a veces tan absurda que nos hace reír pero esa misma denigración es reconocimiento de su existencia que hoy en cambio está oculta. En su *Historia de las Mujeres*, Bonnie Anderson y Judith Zinsser dicen (14):

«Las creencias sobre el útero y la reproducción eran aún más despectivas. Los hombres griegos y romanos que escribieron sobre ciencia y medicina tomaron al varón como modelo y consideraron a la mujer como una variante inferior (...) Estos escritores antiguos abrigaron la creencia de que el vientre 'vagaba' por el cuerpo como un 'animal'... Platón, el filósofo griego del siglo IV a.j., escribió: «este es el caso del llamado vientre o matriz de las mujeres. El animal que lleva dentro está deseoso de procrear hijos y cuando no da fruto durante mucho tiempo después de su momento propicio se queda insatisfecho y enojado, vaga por todas direcciones a través del cuerpo, se aproxima a las vías respiratorias y, al obstruir la respiración, las conduce a las extremidades, ocasionando todo tipo de enfermedades.» Esta teoría del 'vientre errante' resultó muy persistente. Mencionada en numerosas ocasiones en el Corpus hipocrático del siglo IV a.j., fue tenazmente formulada por Areteo de Capadocia en el siglo II, quien escribió que «en conjunto, el vientre es como un animal dentro de un animal» porque vagaba por el cuerpo, pero podía ser atraído a su lugar adecuado por dulces olores (...) El hecho de considerar el útero como un repulsivo 'animal dentro de un animal' contribuyó a la denigración del cometido de las mujeres al concebir...»

No hay duda que la representación del vientre errante, del útero como un animal que vaga por el cuerpo, pretendía denigrar y ocultar el placer sexual del movimiento ameboide característico del latido del útero; pues aunque la mujer haya perdido la sensibilidad de su útero, éste late y se mueve cada vez que la mujer inicia un proceso de excitación sexual .

Cuando la mujer quedó en situación de sumisión y dominada por los adultos varones, de entrada, toda su producción deseante, aquellos deseos que no eran compatibles con los objetos del deseo del varón adulto pasaron a ser irrelevantes. Y no sólo irrelevantes, sino un estorbo y una amenaza de alteración del orden. Durante mucho tiempo, cuando no estaban las cosas para sutilezas, la única forma de bloquear los deseos prohibidos a las mujeres fue reprimir por Ley toda forma de placer sexual y con la violencia que fuera necesaria. Hoy, cuando ya se ha logrado la ruptura entre la conciencia y el útero de la mujer, es posible una 'liberación' selectiva de sus pulsiones sexuales, las más alejadas del útero y del ciclo materno; una 'liberación' que, como decíamos, va de la vagina al clítoris, y que sigue dejando el útero a merced de la maldición divina y del Poder. Hoy la mujer puede gozar todo lo que quiera y pueda, siempre y cuando sea con su marido o compañero, pues mientras no redescubra su sexualidad uterina, la reproducción y la domesticación de las criaturas quedarán al margen de sus deseos y se podrán seguir controlando.

Hay que creerse que la sexualidad normal y 'natural' de la mujer sólo tiene una dirección, la que se complementa con la del varón y que todo lo demás son aberraciones. Pero hay algo que no cuadra del todo bien porque la mujer no siempre siente el mismo deseo del coito que siente el varón; por eso, para que no se descubra por qué no funciona la complementariedad de la pareja heterosexual estable, se inventa la famosa frigidez de la mujer. La frigidez de la mujer que, claro está, no tiene nada que ver con la rigidez uterina y la desconexión entre el útero y la conciencia que hemos mencionado, sino con la naturaleza misma de la mujer que supuestamente es un varón defectuoso, un varón castrado, incompleto que carece de pene, y por eso es frígida. Así quedan explicados los fallos de la complementariedad de la pareja heterosexual que podrían poner en entredicho la institución del Matrimonio y la monogamia. Nadie tiene que llegar tan siquiera a imaginarse (ahí está el papel del tabú) que si la mujer no desea al varón es porque a lo mejor desea en ese momento otras cosas. Semejante suposición no puede entrar dentro de nuestra conciencia debidamente edipizada, en la que la sexualidad materno-infantil ha quedado borrada.

Con esto no negamos que los problemas del mundo, la angustia, el miedo, la incomunicación, el aburrimiento, la falta de sentimientos, etc. y, desde luego, la represión de la sexualidad primaria en la propia infancia, produzcan también frigidez sexual, tanto en los hombres como en las mujeres. Sólo queremos señalar que la situación de no reconocimiento y de represión de la sexualidad uterina y de los distintos ciclos de la mujer hace inevitable la frigidez.

Al bloquearse aquellos deseos de la mujer que no la orientan hacia el varón adulto, al quedar desterrados los palpitos de sus entrañas, se destierra, no sólo una parte de la sexualidad femenina, sino también la maternidad entrañablemente deseada y la sexualidad primaria y *básica* de los seres humanos de ambos sexos; se bloquean a la vez los deseos de las criaturas y los deseos de las madres (que al definirse como vinculados al coito, quedan anatemizados como incesto). Este es el gran logro de la masculinización de la sexualidad femenina.

Tras leer a Mereló Barberá y motivadas por sus referencias, leímos la obra Georg Groddeck, *El Libro del Ello* (15), nada menos que el verdadero descubridor del inconsciente (16), aunque después parece ser que Freud reclamó para sí la originalidad de su pensamiento en lo que se refiere al descubrimiento del Ello. En forma de cartas, Groddeck va describiendo las pulsiones eróticas inconscientes de la mujer embarazada, del parto, de la madre que amamanta al bebé y, también, las pulsiones sexuales y las frustraciones de los bebés ante los comportamientos maternos. ¡Y cual no fue nuestro asombro cuando constatamos que fue la observación de la sexualidad materno-infantil la que le dió las claves de la existencia del inconsciente!

En una carta a Freud, Groddeck decía: «Por más santa que sea la maternidad, ello no impide que el útero grávido excite sus nervios y produzca una sensación de voluptuosidad... voluptuosidad secreta, inconsciente, *jamás definida*... En verdad, esta sensación, una vez se le ha retirado el nimbo de la sublimación, no es otra cosa que la que se produce generalmente cuando algo se mueve en el vientre de la mujer»(17).

Groddeck abrió una importante brecha al destapar la existencia de las pulsiones sexuales ligadas a la maternidad y desvelar el potencial erótico de la mujer más allá del varón, aunque en su adoctrinamiento freudiano no pudo distanciarse totalmente del falocentrismo .

Pues Groddeck cae también al final del libro en la obsesión de los huecos y protuberancias, asociando la producción del deseo y del placer a una determinada forma anatómica, e identificándose con la teoría de Freud de que el 'huevo' es carencia y castración; así se

continúa negando el potencial sexual de la 'concavidad' femenina que, en otros capítulos, el mismo Groddeck desvela. Mientras que unas veces Groddeck habla del enorme potencial de placer sexual del útero, en cambio otras habla del vientre de mujer, al igual que de la vagina, como el 'hueco' dejado por la castración, y del feto como sucedáneo de falo que viene a colmar la carencia...

Ahora bien, llamar al útero 'hueco' y entender el 'hueco' como una castración es un simbolismo a todas luces malintencionado, que trata de impedir la producción de los deseos y del placer del tal 'hueco', y de ocultar lo que sería evidente, lo que el hueco nos sugeriría, a saber, nada de carencias ni de castraciones sino el lugar donde la vida late y anida y donde se acogen los primeros deseos y las primeras ansias de amor de las criaturas humanas, el lugar del gozo por antonomasia.

¿Y qué ocurriría si tratásemos, como propone Gloria Steinem (18) de reemplazar el concepto de 'penetración' por el de 'envolvimiento'? ¿En el que el papel activo, el sujeto del acto fuese el útero o la vagina que envuelve en lugar del falo que penetra? Llegaríamos quizá a entender que lo importante de la sexualidad es el deseo que se pone en juego en la fusión amorosa, veríamos la relatividad de las formas anatómicas y que en ningún caso puede ser una relación de sujeto a objeto, sino entre dos o más sujetos, porque los objetos no tienen deseos.

El discurso patriarcal sobre el útero a lo largo de la historia, pasa del vientre errante, del 'animal dentro del animal', a su negación pura y simple, a la carencia, a la castración, a la desaparición del útero como órgano erógeno. Este cambio en el discurso, esta 'desaparición' del útero se hizo imprescindible con el reconocimiento 'científico' de la sexualidad y el descubrimiento del inconsciente, para poder seguir enajenando la maternidad y manteniendo la condición de inferioridad de la mujer.

Como no se puede evitar que «el útero grávido —o preparando el nido uterino— excite sus nervios con voluptuosidad», se trata, como decía Merelo Barberá de romper la unidad psicosomática entre la conciencia y el útero de la mujer, y para empezar, nada mejor que la toma de conciencia del útero como una castración.

Una vez que se ha logrado convertir el útero en castración, el neocortex, dominando el cerebro ancestral, inhibe la producción del deseo. La resistencia del útero rígido y tenso a las contracciones funcionales hace que estas sean dolorosas en lugar de placenteras. Las sensaciones o deseos que a pesar de todo no se logran inhibir (recordemos que la producción deseante en ciertos momentos puede ser muy fuerte) se bloquean, se echan para atrás, y se albergan en el inconsciente. De esta manera se logra efectivamente que el deseo materno y toda la sexualidad no falocéntrica de la mujer se convierta en frustración. Los huecos y las castraciones no son más que otro truco, una pieza del engranaje que mantiene oculta la sexualidad materno infantil.

Aquí entra de lleno la famosa polémica sobre si la femineidad es primaria o secundaria. Según Freud, no hay, claro está, más que una libido y un sólo sexo, el masculino, pues el femenino sólo es su derivación secundaria, una falta del único sexo existente. Entonces las niñas, antes de darse cuenta de la diferenciación sexual, se creen que son iguales a los niños, del único sexo posible, es decir, del masculino.

«...El sujeto infantil no admite sino un solo órgano genital, el masculino, para ambos sexos. No existe pues una primacía genital sino una primacía del falo» (19).

Por eso, según Freud, las niñas en primer lugar pasan por una fase fálica y sólo después, cuando se dan cuenta de que no tienen pene, admiten su castración, se resignan y adoptan la feminidad.

La feminidad es pues algo que se construye secundariamente... pero no después de que la niña constata que no tiene pene, como pretendía Freud, sino después de que la sociedad ha arrasado la feminidad primaria sin dejar apenas rastro de ella, después de haber culturizado a las niñas en una ruptura psicósomática de su conciencia y su útero, dejando este último rígido y en manos de la Medicina.

Dice Sau (20) que, desde cierto punto de vista, Freud tenía razón, en cuanto a que no hay en la sociedad patriarcal más feminidad que la secundaria
—odas parimos con dolor en los hospitales—. Pero que esta feminidad secundaria es sólo una máscara ...:

Y dice también Sau que si las mujeres toman conciencia, aprenden otro saber, y «si en lugar de sucumbir al fatalismo se apropian de la vida, el 'yo' secundario puede ser sustituido por el verdadero» (21) A lo que añadimos, abundando en el optimismo, que la feminidad primaria, la libido femenina no está muerta del todo, que cada mujer la puede encontrar por allá perdida en lo más hondo de sus entrañas y en las profundidades de su inconsciente.

Pensamos que la feminidad secundaria responde a una sexualidad falocéntrica que destruye el potencial erótico y sexual de la mujer. Pues, como decíamos antes, la propia sexualidad coital no puede funcionar bien en la mujer que tiene negada la sexualidad uterina y materna; por eso la feminidad secundaria no sólo hace posible la madre insensible a los sufrimientos de las criaturas, sino también la conversión de la mujer en sujeto pasivo y objeto sexual. Por último, decir que creemos que la feminidad primaria vendría del reconocimiento social del sexo femenino en toda su integridad, del propio reconocimiento por parte de la mujer de su sexo —que supondría el restablecimiento de la unidad psicósomática entre la conciencia y el útero—; y, en fin, de su propia vivencia de la sexualidad materna como hija y, eventualmente, como madre.

Luisa Muraro (22) también propone el amor a la madre como medio de recuperar la conciencia femenina que no existe en la cultura patriarcal, y que puede ponernos en camino también de recuperar la sexualidad femenina destruida. Pero para sentir el amor de las entrañas maternas y percibir el hálito de su deseo, es preciso aprender a discernir la madre entrañable de la madre —víctima y represora— patriarcal.

NOTAS

- (1) **Sau, V.** *Diccionario ideológico feminista*, Icaria, Barcelona 1990, pág 269
- (2) Citada por V. Sau en *Diccionario ideológico feminista*, pag 270
- (3) Citado V. Sau en *Diccionario ideológico feminista*, pag. 270
- (4) **Masters, W., y Johnson, V.** *Human Sexual Response*, 1966. Versión en castellano: Intermédica, México, 1978
- (5) **Merelo-Barberá, J.** *Parirás con placer. La sexología y el orgasmo en el parto*, Kairós. Barcelona, 1980.
- (6) Op. cit. pg. 168
- (7) Op. cit. pag. 162. La inmovilización del útero no es sólo una no-movilización de sus haces de fibras musculares; es también una falta de desarrollo de las conexiones neuro-musculares; de ahí que el útero no se sienta (nota de esta edición)
- (8) **Sau, V.** *La maternidad: una impostura. m=f(P)*, en *Duoda Revista d'Estudis Feministes* 6 (1994), pag. 99
- (9) **Rich, A.** *Nacida de mujer*, Noguer, Barcelona 1978 (Primera edición: EEUU, 1976). También, **H.J. Eysenck** (*La rata o el diván*, Alianza) recoge la lucha del Dr. Ignaz Philipp Semmelweiss para reducir las tasas de mortalidad de las mujeres por septicemia después de dar a luz con asistencia médica. Semmelweiss se había dado cuenta de que la septicemia no se producía en los partos asistidos por comadronas y que la tasa de mortalidad descendía del 30 % en los partos con asistencia médica, al 9% en los partos asistidos por matronas. Semmelweiss fue por dos veces destituido de su puesto y su denuncia desoída por el Congreso de Ginecología de París 1858.
- (10) **Foucault, M.** *Vigilar y Castigar*, Siglo XXI, 20ª edición en castellano, Madrid 1992. (1ª edición francesa, 1975).
- (11) **Moreno, A.** *Boletín nº 4 de la Asociación Antipatriarcal (al lado de los niños y niñas)*. Madrid, diciembre 1989.
- (12) **Odent, M.** *El bebé es un mamífero*, Mandala, Madrid 1990. Pags 76 y 77.
- (13) **Mahavira, Tatparya-Vritti.** Citado por **Tama Starr** en *La 'inferioridad natural' de la mujer*, Alcor (Martinez Roca), Barcelona 1993, pag 43. (1ª edición inglesa 1992).
- (14) **Anderson, B. S. y Zinsser, J. P.** *Historia de las mujeres: una historia propia* Editorial Crítica, Barcelona 1991, pag 53. (Primera edición inglesa, 1988).
- (15) **Groddeck, G.** *El libro del Ello*, Taurus, Madrid 1981 (1ª edición alemana: 1923)
- (16) Ver prólogo de Carlos Castilla del Pino de la obra citada.
- (17) *Correspondencia*, Anagrama, Barcelona, 1977 Subrayados nuestros

(18) **Steinem, G.** *Womb envy, testyria, and Breast castration anxiety*. Publicado en la revista *Ms*. Vol.IV nº 5, EEUU, 1994.

(19) **Freud, S.** (1923) Obras completas, pag. 2902. Citado por Victoria Sau en *La construcción del 'yo' femenino: hacerse a sí misma*, Universidad de Barcelona, Facultad de Psicología, 1987.

(20) **Sau, V.** *Otras lecciones de psicología*. Ed.Maite Canal, 1992, pag. 16.

«... si hay una feminidad secundaria es porque hay otra anterior, la primaria, mientras que la segunda, lejos de ser la verdadera *feminidad es la adaptación que exige la organización patriarcal a partir de un tiempo de desarrollo, que coincide con la capacidad intelectual necesaria para darse cuenta de esa organización y del papel de cada sexo en la misma*. La feminidad secundaria -la que hace de la mujer la incógnita del hombre, porque nunca está seguro de lo que hay debajo de la máscara- es un deseo y una exigencia del colectivo masculino». (Subrayado nuestro)

(21) **Sau, V.** *La construcción del 'yo' femenino: hacerse a sí misma*. Facultad de Psicología, Barcelona, 1987, pag. 28

(22) **Muraro, L.** *El amor como práctica política*, en *El Viejo Topo*, num 74, abril 1994

Capítulo 2

La Falta Básica y la constitución del Edipo, o la constitución del 'yo' como vértice del triángulo edípico

«Nosotros decimos que el campo social está inmediatamente recorrido por el deseo» Deleuze y Guattari

«... debemos decir que el psicoanálisis tiene su metafísica, a saber, Edipo. Y que una revolución ... no puede pasar más que por la crítica de Edipo» Deleuze y Guattari

«Freud cree que el conflicto provocado por los deseos incestuosos del hombre es de orden natural y, por consiguiente, inevitable. Nosotros, en cambio creemos que en una situación cultural en que se respete de verdad la integridad de cada individuo, y por consiguiente de cada niño, el Complejo de Edipo desaparecerá» E. Fromm

...

«Freud hizo el tácito supuesto, sin aducir prueba alguna, de que las emociones, sentimientos, deseos, temores, impulsos instintuales, satisfacciones y frustraciones de los niños muy pequeños son, no sólo muy similares a los de los adultos, sino que también guardan entre sí aproximadamente la misma relación recíproca» M. Balint

«La relación que trata de designar la expresión 'dependencia oral' *no* es una dependencia unilateral, sino que es una 'interdependencia'; libidinalmente, la madre depende casi en la misma medida de su bebé en que éste depende de ella; aquí no se da una determinada satisfacción independientemente de la otra» M. Balint

«La meta última del anhelo libidinal es, pues, la conservación o restauración de la armonía original» M. Balint

...

El reconocimiento de que hay una libido femenina maternal que se orienta hacia la criatura que la mujer alumbró, socaba los cimientos del discurso patriarcal.

Este reconocimiento llevaría, entre otras cosas, al fin del Matrimonio, es decir, de la pareja heterosexual monogámica estable como célula básica y principio de Autoridad de la sociedad, y rompería lo que Deleuze y Guattari (23) llaman la triangulación edípica del deseo.

En realidad, el reconocimiento de que la sexualidad primaria es una sexualidad maternal, cóncava y no falocéntrica, no habría permitido una interpretación del mito en los términos del Complejo de Edipo; habría conducido a la interpretación más sensata de Eric Fromm (24) de que es en la violación del principio maternal donde se encuentra el origen y el meollo de casi todas las neurosis: fué el crimen de Yocasta, al abandonar a su hijo en el bosque para que encontrara la muerte, lo que desencadenó la destrucción de todos, incluida la de ella misma.

No nacemos con complejos de Edipo, ni con castraciones; no nacemos con carencias, sino con una enorme producción de deseos, de deseos maternos, que bien pronto se estrellan contra las pautas y los límites establecidos por las normas patriarcales.

Dicen Deleuze y Guattari (25) «que siempre hay, además de una máquina productora de un flujo, otra conectada a ella y que realiza un corte, una extracción de flujo (el seno-la boca) ... El deseo no cesa de efectuar el acoplamiento de flujos continuos».

Pero al producirse el parto de manera violenta y a continuación negar a la criatura recién nacida el cuerpo materno, al prohibir el acoplamiento de flujos y deseos, se produce en los pequeños seres humanos la primera y más imperdonable carencia. A cambio de quitarnos los flujos maternos que hemos inducido, nos colocan unos muros en forma de triángulo dentro del cual y en uno de cuyos vértices habremos de vivir con la mirada fija en los otros dos: el padre y la madre patriarcal, es decir, la madre que ha negado su propio sexo y ha quedado orientada de forma exclusiva y excluyente hacia el falo.

Michael Balint (26), después de medio siglo de práctica psicoanalítica en EEUU, ha llegado también a la conclusión de que las patologías o el malestar que manifestaban sus pacientes, referían la existencia de una herida o carencia primaria, de un ámbito en la psique que él llamó el 'ámbito de la falta básica', que es previo o anterior o que está por debajo de los conflictos edípicos:

«Todos estos hechos pertenecen esencialmente al campo de la psicología de dos personas y son más elementales que los correspondientes al nivel edípico de tres personas. Además les falta la estructura de un conflicto. Esta era una de las razones por las cuales propuse llamarlos 'básicos'. Pero ¿por qué 'falta'? Primero, porque ésta es exactamente la palabra usada por muchos pacientes para designarla. El paciente dice que le falta algo en su interior, una falta que debe ser reparada. Y se la siente como una falta, no como un complejo, no como un conflicto, no como una situación... Se trata de algo que falta, que falla en la psique, una especie de deficiencia... no es algo contenido como por un dique que necesite

una mejor válvula de escape, sino que es algo que el paciente echa de menos ahora o que quizá haya echado de menos durante toda su vida. Una necesidad instintual puede satisfacerse, un conflicto puede resolverse, una falta básica tal vez pueda curarse... El adjetivo 'básico'... significa no sólo que se refiere a condiciones más simples que las que caracterizan el complejo de Edipo, sino también que su influencia se extiende ampliamente, y es probable que se extienda a toda la estructura psicobiológica del individuo y que abarque en varios grados tanto su psique como su cuerpo».

Es la carencia o falta básica producida por la frustración de un amor primario, del amor maternal. Para aceptar este hecho puesto en evidencia por sus pacientes, Balint (27) también tuvo que dismantelar la teoría de Freud sobre el 'narcisismo primario' que pretende que el erotismo primario es un 'autoerotismo', y que la libido de las criaturas se empieza a proyectar fuera de ellas sólo después de cubrir esta 'fase' de egoísmo primario; siendo, entre tanto, la madre, libidinalmente, un mero contenedor del narcisismo primario de la criatura, un aséptico recipiente sin relación con ella (es decir, la versión patriarcal de la madre-vaca en el terreno de la estructura psíquica):

«Según la teoría del narcisismo primario, el individuo nace teniendo apenas relación con su ambiente o ninguna relación en absoluto... [Sin embargo] sabemos que la dependencia del feto respecto de su ambiente es extrema, ciertamente más intensa que la dependencia de un infante o de un adulto... La catexia del ambiente por el feto debe ser muy intensa, más intensa que la de un niño o la de un adulto... De conformidad con mi teoría, el individuo nace en un estado de intensa relación con su ambiente, tanto biológicamente como libidinalmente. Antes del nacimiento, el sí mismo y el ambiente están armoniosamente interpenetrados el uno en el otro... Para evitar toda posible malinterpretación, deseo hacer notar que llamar a mi teoría 'amor primario' no significa que yo piense que el sadismo o el odio no tienen un lugar en la vida humana o que sean desdeñables... creo que estos sentimientos son fenómenos secundarios, consecuencias de inevitables frustraciones. La meta de todo anhelo humano es establecer -o probablemente restablecer- una comprensiva armonía con el ambiente a fin de poder amar en paz».

Balint, pues, manifiesta que por debajo de cualquier conflicto edípico existe en la estructura psíquica humana por él estudiada una 'falta básica' y, frente al 'narcisismo primario' adoptado por el psicoanálisis clásico, sostiene la teoría del 'amor primario', la teoría de una libido inicial proyectada hacia la madre.

Lo que Balint no llega a ver, o por lo menos a decir, es la conexión entre la Falta Básica y el Complejo de Edipo, a saber, que el conflicto edípico se crea cuando se separa a la criatura de la madre. La represión del amor primario produce la herida, la falta básica en la criatura la cual, en lugar de una madre entrañable se encuentra con la institución del Matrimonio con la que inexorablemente entra en conflicto. Es decir, el Edipo se construye precisamente al producirse la falta básica, de tal manera que se puede decir que el conflicto edípico es su consecuencia inevitable. Balint no niega la existencia de Edipo, pero lo llama 'conflicto' en vez de 'complejo'. Este matiz, sin duda, refleja sus observaciones clínicas, pues es cierto que el Edipo no es un 'complejo' innato sino el conflicto que la institución del Matrimonio crea en la criatura. Pero Balint no es capaz de ver la conexión, el engarce entre lo que él

llama el 'ámbito de la falta básica' y el 'ámbito del conflicto edípico' que, según él, existen en la psiquis humana.

También hemos notado que Balint evita utilizar el término 'madre' cuando habla de la relación «a dos», y prefiere utilizar el vocablo 'ambiente', la interpenetración de la criatura con el 'ambiente', etc.. Aunque luego diga algunas veces que ese 'ambiente' es la madre, hay una clara resistencia a decir que lo que falta es la madre, como dicen Victoria Sau (28) y Montserrat Guntin (29):

«El hecho de la matrofagia, el engullimiento de la madre, su desaparición, es ocultado a la prole. En su lugar se le da una impostora que la suplanta. Las propias 'madres impostoras' fueron olvidando a través de los siglos que lo son y se toman a sí mismas por reales, añadiendo confusión a la confusión» (30).

Defender abiertamente a la madre requiere algo más que ser un psicoanalista honesto: hace falta tomar posición contra el orden patriarcal. Pues tampoco Balint establece la conexión entre la Falta Básica y el Sistema social autoritario, aunque su obra desvele lo más oculto y rompa las bases argumentales con las que el psicoanálisis construyó el Edipo y el discurso justificativo de la represión patriarcal. La experiencia clínica de Balint corrobora lo que Deleuze y Guattari dicen en el Anti-Edipo: que la carencia nunca es lo primero, la carencia la crea la sociedad en la abundancia de la producción de los deseos. El deseo es inmanente a la vida, la necesidad lo que se le añade después, la carencia que se origina al reprimir los deseos.

Si el conflicto edípico se crea al abandonar la madre a la criatura, la 'superación' del conflicto y la adaptación al sistema social (la adaptación psíquica al triángulo) se logra por la idealización y sublimación de la frustración. En efecto, *la represión de la libido primaria de las criaturas se sublima y esta sublimación es el reconocimiento del matrimonio de nuestros padres, como la pareja básica de la sociedad y como la única pareja sexual posible, con los atributos de poder y de Autoridad*. La sexualidad primaria desaparece; el Amor Filial y el Amor Maternal definidos por la Ley son de orden espiritual. Así se organiza la represión general de los deseos de los seres humanos: Primero se produce la Falta Básica en la criatura; después la criatura sublima la frustración y entra en el triángulo edípico que garantiza la asepsia de los deseos y la sumisión a la Autoridad. (Y al quedar así constituido el ser humano, destruidas sus producciones deseantes, se va destruyendo también el apoyo mutuo como forma de convivencia humana.)

El Edipo no nace, pues, con la criatura, sino que nace de la sublimación de la represión primera. «*El sistema represión-'refoulement'*(31) *provoca el nacimiento_ de una imagen edípica como desfiguración de lo reprimido. (...) Lo reprimido es la producción deseante. Es lo que producción no pasa en la producción o la reproducción sociales. Es lo que introduciría el desorden y la revolución, los flujos no codificados del deseo*»_(32).

Es decir, que la imagen edípica es una desfiguración del deseo materno reprimido. Así el llamado Edipo se *origina* cuando la vida rebosante de deseos de la criatura recién nacida, se mete en el triángulo parental, dentro del cual, y como condición de su propia supervivencia, tendrá que aprender el 'amor' espiritual, los 'amores'

ordenados por la Ley, y la obediencia a los padres. Las pulsiones sexuales que afloran serán tildadas de falocéntricas, de deseos de consumir el coito con la madre (o el padre); y *puesto que la represión de las criaturas es invisible*, las pulsiones agresivas contra los mayores serán contempladas, no como la cólera que inevitablemente resulta de la frustración, o como una reacción de autodefensa lógica del puro instinto vital de supervivencia, sino como una maldad innata de la criatura humana (el Tánatos innato). En el inconsciente quedará de por vida el deseo primario reprimido ('refoulado') del cuerpo materno, que, desde luego, nada tiene que ver con el deseo adulto de realizar el coito, por mucho que en ello se haya empeñado el psicoanálisis.

Este empeño es lo que explica que Edipo tenga tanta prisa en que las criaturas adopten una identidad sexuada adulta masculina o femenina para poder sostener sus supuestos deseos de realizar el coito con la madre o el padre. Sin embargo, *la sexualidad infantil no es coital: el deseo materno es el mismo en el bebé con pene que en el bebé con útero y vagina*. Todo el Edipo es una fabulosa tergiversación de los deseos de las criaturas.

El Complejo de Edipo reforzó y se apoyó en el antiguo tabú del incesto. Edipo es incestuoso. Pero el concepto de incesto encierra otro descomunal engaño, porque intencionadamente engloba y confunde la sexualidad materno infantil y la sexualidad coital. Con la prohibición del incesto no sólo se evitó la reproducción endogámica, para lo cual se dice que se inventó tal prohibición, sino que quedó sentenciado a muerte el acceso de las criaturas al cuerpo materno, destruyéndose la pareja sexual básica de la sociedad promotora de los deseos ilimitados e indefinidos de las criaturas, sustituyéndola por el matrimonio represor de esos deseos (aunque en algunos momentos nos pueda parecer que matrimonio y producción de deseos coinciden).

La conciencia de la criatura, en lugar de formarse por la percepción de sí misma como ser que desea y siente placer, es el resultado de nuestra transformación en ser humano libidinalmente aséptico y sumiso a los padres. Stettbacher (33) explica así la formación del 'yo' según el principio del placer:

«Todavía no conoce ninguna palabra, todavía es sólo 'todo sensación', y por el momento, depende completamente *de este primer nivel de percepción: la sensación*. Las experiencias vividas en el plano de las sensaciones engendran, ya en el vientre materno, un *segundo nivel de percepción: el sentimiento*.

Las experiencias vividas en el plano de las sensaciones quedan grabadas en la criatura y las almacena en forma de recuerdos. El placer suscita en ella el sentimiento de «bien», y el desplacer proveniente, por ejemplo, de un dolor o de un miedo o de una molestia, suscita el sentimiento de «mal».

Las experiencias hechas por la pequeña criatura, tanto en relación con ella misma como en relación a su medio, van a formar en ella *el nivel de 'lo que siento' como prefiguración de lo que desearía obtener o evitar*. A partir de estas experiencias y reacciones, ligadas a sus sensaciones y sentimientos, ya se constituye en ella una opinión, una definición interior de lo que está bien y de lo que está mal. La

definición proveniente de la combinación de la sensación y del sentimiento forma el YO calificador».

Nunca —que nosotras sepamos— se había expresado de manera tan sencilla y tan plausible el principio del placer innato... y lo cercana y asequible que en realidad está lo que habitualmente concebimos, si es que lo concebimos alguna vez, como una lejana utopía: la socialización según el principio del placer.

La criatura debidamente edipizada, es la criatura definida patriarcalmente. Desde el punto de vista patriarcal, el deseo y el bienestar no tienen valor, no sirven para explotar, conquistar, constituir o incrementar los patrimonios; no sirven para segregar y definir a los herederos ni a los desheredados, ni a sus madres respectivas. No interesa una relación entrañable sino una filiación patriarcal (el *hilo* que teje la reproducción patrimonial) que define y segrega a las criaturas según el padre que las reconoce o las ignora, como seres sometidos por el triángulo que forma con sus padres: yo soy el hijo de mis padres, no soy ninguna otra cosa más que lo que dice mi nombre (sólo existe lo que se nombra y en la condición en que es nombrado) y el reconocimiento social a través del Registro Civil. No vivo, sobrevivo resistiendo a la represión. Desde que tengo conciencia de mí mismo, tengo mis deseos reprimidos; soy un nombre (con unos apellidos), una identidad, el vértice de un triángulo, pero lo que deseo no tiene un reconocimiento social.

La madre entrañable reconocería los deseos de las criaturas; pero sólo tenemos el reconocimiento del padre que nos da la identidad. Precisamente porque la identidad se constituye en el triángulo edípico, porque se forma en la represión de los deseos, siempre hemos llevado el nombre del padre. La identidad es necesaria porque son necesarios los titulares de los patrimonios; la identidad se hace necesaria cuando son necesarios los propietarios y las estirpes de propietarios para la reproducción patrimonial. Ya no somos una 'nube roja' o un 'rayo de luna', sino el nombre del padre y del abuelo.

Como no se puede nombrar lo que no puede existir, la madre no podía tener nombre. La maternidad en el orden patriarcal es una función del padre ($M=f(P)$) (Sau, 1994), y todos los humanos tomamos el nombre del padre; y en el caso de las mujeres, en el segundo triángulo, tienen que dejar el nombre de su padre por el nombre del padre de sus criaturas, porque es en virtud de él que se hacen madres y no por sí mismas. Porque en este orden social no se trata de reproducir la vida humana deseante sino la fuerza de trabajo, los herederos de los patrimonios y la maternidad robotizada; por eso la madre de carne y hueso en este orden social no tiene nombre (34).

Y porque nos sentimos y nos pensamos vértices de un triángulo, el único cauce de desarrollo para las emociones y los sentimientos será la repetición mimética del triángulo, de esa determinada ordenación de lo que queda del deseo o de lo que nos creemos que son nuestros deseos, pues nuestra vida sentimental es de hecho una carencia estructurada (35). Una vez constituido el 'yo' en base al triángulo formado con sus padres, prácticamente nos encontramos abocados a constituirnos a imagen y semejanza del espejo en el que nos miramos, en un nuevo padre o madre patriarcal formadores de otros 'yo'.

«Tomo una mujer que no sea mi hermana para constituir la base diferenciada de un nuevo triángulo cuya cima, cabeza abajo, será mi hijo -lo que se llama salir de Edipo, pero también reproducirlo, transmitirlo antes de reventar solo, incesto, homosexual, zombi». (36)

Entonces el 'yo' queda definido por dos triángulos, el formado con el matrimonio de los padres (en el que aprende a autoreprimirse, a sublimar los deseos reprimidos, a obedecer y a respetar la Autoridad), y el formado con el propio matrimonio (en el que ejerce la Autoridad y aplica la represión tal y como aprendió en el primer triángulo).

Esquema de la reproducción del 'yo' según el principio de Realidad en tanto que Padre o Madre patriarcal. Todos los deseos siempre encerrados. Sólo los hijos y las hijas de puta pueden quedar fuera (Ver Esquema 1 en '**LIBRO IMÁGENES**')

Cuando formamos parte de un triángulo, entonces estamos 'bien' dentro del orden establecido: psíquica y emocionalmente, con nuestra falta básica bien arropada, podemos seguir las leyes vigentes sobre la acumulación de excedentes, la extracción de una plusvalía, el robo, la propiedad privada, el patrimonio, la competencia, los herederos, etc. etc... y efectuar todos los días la represión y el bloqueo de los deseos indefinidos que romperían el triángulo y nos harían insumisos y rebeldes frente al orden general patriarcal. El dolor de la represión se olvida por los mecanismos de la autorepresión (*refoulement*) y por la sublimación filial, quedando alojado en el inconsciente. La herida no se dice, no se sabe, no existe. El crimen de la madre es ocultado a su prole. La Falta Básica nos condicionará de por vida sin que lo sepamos, mediatizando y/o bloqueando sentimientos y deseos. Por lo demás, sentimos la tranquilidad de la integración social, el reconocimiento de los demás que se tranquilizan a su vez en un hacer todos lo mismo y se reafirman en su triángulo. Los triángulos no sólo regulan las relaciones humanas ordenando lo que se debe sentir y lo que se debe desear; también ordenan la 'solidaridad' que se debe practicar, el 'apoyo mutuo' que debe quedar confinado a las relaciones consanguíneas, de manera que se cumpla aquello de que «fuera de la familia no hay salvación». Todo el mundo está definido por los dos triángulo: en el que fue sometido y en el que ejerce el mando. En uno y/o en otro se supone que debe encontrar el apoyo, la estabilidad emocional y material, la complicidad y la ayuda que necesite a cambio de su obediencia a la Ley. Si un triángulo falla, por ejemplo un huérfano o una mujer abandonada por el marido, la persona puede agarrarse al otro triángulo al que pertenece. Pero ¡ay de aquellas a quienes les fallen los dos triángulos! Por eso, cualquier cambio de la constitución triangular de cada individuo debe ser también debidamente nombrado y en muchos casos, ritualizado, para ser asumido, señalado, reconocido. Estos cambios son los bautizos, las bodas, y también, los divorcios, los entierros...

La familia es, pues, la estructuradora y la formadora de la psique (37) de acuerdo con las normas patriarcales. Por eso, aunque parezca que hay una tendencia hacia la disgregación de la familia, que ahora la familia cuenta menos, etc. dicha apariencia es sólo formal. Pues aunque ahora haya menos relaciones y menos vinculación afectiva, lo que hay tiene más peso que antes:

«La pérdida relativa de importancia de algunos aspectos institucionales de la familia no supone una pérdida paralela de importancia de la familia en sí misma. *Su capacidad de identidad social*, erosionada con la variedad y amplitud de la movilidad generacional, ha sido paralela *al aumento de la significación psicológica* de los lazos familiares» (38).

Es decir, que no hay mengua alguna en la eficacia de su labor de edipización de la psique.

Pero Edipo en primer lugar tiene que ser represión de la sexualidad femenina y del deseo materno ...

Dice Victoria Sau que el crimen de la Madre es el secreto de la humanidad, que la madre patriarcal es una impostora, y Montserrat Guntin que la Madre es la Gran Ausente (39). La madre patriarcal no es madre, es un sucedáneo de madre que funciona según la ordenación social en lugar de funcionar según los deseos. Porque para construir el triángulo edípico, primero hay que matar a la madre, es decir, matar el deseo libidinal materno y matar el deseo del cuerpo materno de la criatura.

Es verdad lo que denuncian Deleuze y Guattari acerca de la falacia del Complejo de Edipo innato, de tomar Edipo como medida universal de análisis y de querer entender y solucionar todos los problemas como si los deseos de las criaturas 'sanas' pudiesen encontrar su plena expansión y satisfacción en la institución del Matrimonio. Pero esto no basta, hay que decir, como decía Victoria Sau (40) refiriéndose a Lacan, que al suprimir a los padres, a quien se mata verdaderamente no es al padre sino a la madre, porque se suprime la falacia y el poder, pero también la madre de carne y hueso, el verdadero objeto de los deseos de la criatura, dejándola igualmente huérfana de deseos, de pasión, de placer, y de la necesaria protección de su bienestar inmediato.

De lo que se trata es de recuperar a la madre entrañable. No es sólo, como dicen los autores del *Anti-edipo*, que la sociedad bloquea la producción deseante *en general* de las criaturas; hay que añadir que bloquea en primer lugar una producción deseante hasta cierto punto diferenciada (nacemos libidinalmente emparejados), sustituyendo la madre entrañable por una madre patriarcal distante, fría y seca.

Nacemos con una relación de pareja de 9 meses de acoplamientos de flujos que nos han conducido al nacimiento, a la vida exterior, al mundo. Por eso, *la represión de los deseos en general pasa necesariamente por la represión primera del deseo materno*; cuanto más se deje echar andar la máquina deseante, más feroz habrá de ser después la represión exterior; es decir, es más fácil impedir que la máquina deseante llegue a funcionar del todo que el pararla después que ha empezado a funcionar. No olvidemos que la represión de los deseos está al servicio de la represión social, del orden patriarcal.

Es muy posible que esto tenga que ver con el hecho de que la clitoridectomía y la infibulación (los ritos en los que la criatura acepta el dolor infligido por los mayores como símbolo de su disposición a aceptar tanto los sufrimientos mismos como el Poder en el que los sufrimientos se materializan; es decir, como símbolo de aceptación de la Ley y como precio para acceder al mundo adulto) se practiquen en las sociedades poligínicas que respetan más la sexualidad primaria. En estas sociedades la represión de las criaturas está organizada a base de golpes bruscos, discontinuos, exteriores que marcan el camino de la socialización, el camino de la

sumisión. En cambio, en nuestra sociedad occidental la represión descansa básicamente en la manipulación de los inconscientes, partiendo de un brutal golpe inicial que corta la libido y la empatía materna y garantiza la no satisfacción de los deseos de la criatura a partir de ese momento; es una represión mucho más sutil — una vez justificada por la Medicina la violencia del parto, ratificada por la ciencia la maldición de Dios— sin discontinuidades, basada en la desaparición casi total de la madre entrañable, pero que da la apariencia de un grado de 'civilización' superior.

Existe una contradicción, como señala Stettbacher (41), entre las pautas violentas de comportamiento admitidas por nuestra cultura para el parto, y las que se admiten en los periodos posteriores al parto:

«Imagínense que un médico saca a un bebé de la cuna, lo agarra por los pies, le deja así sujeto suspendido en el aire y le pega. Se le consideraría, incluso por nuestra propia cultura, como un loco y un peligro público. Pero tratar de ese mismo modo a un pequeño ser humano tan sólo unos días antes, en el momento de su nacimiento, pasa por ser una indicación médica».

Esquema de desarrollo de la criatura como máquina deseante en medio de flujos maternos: si la criatura salta del útero al vacío (lo que sucede con el parto violento y la separación madre/criatura después del parto) se rompe la continuidad de los deseos satisfechos y del impulso erótico, bloqueando la producción deseante. El triángulo que recoge a la criatura herida, será como un celda aséptica de deseos en donde la criatura será debidamente edipizada y encarrilada en la espiral de la carencia, del miedo y de la sumisión. La madre entrañable da la vida y sacia los deseos de las criaturas para expandir el yo primario que no puede, en cambio, crecer en el triángulo edípico. (Ver Esquema 2 en 'LIBRO IMÁGENES')

El *Anti-Edipo* es una obra decisiva para esclarecer la mecánica represiva de los deseos y la formación del inconsciente patriarcal; pero no es suficiente. Hay que darle nombre a la sexualidad primaria, reconocerla como una sexualidad maternal no falocéntrica, reconocer la evidencia de que nacemos libidinalmente emparejados, pues ciertamente la única pareja verdaderamente 'exclusiva' que tenemos las criaturas humanas es la que formamos con nuestra madre antes del parto (salvo en el caso de hermanos gemelos). Y que el ser humano en los primeros momentos de su vida exterior alienta deseos maternos diferenciados si ya no exclusivos ni excluyentes, de una preponderancia tal que de su producción dependen todos los demás.

Si el trabajo de Balint prueba la existencia y la represión del amor primario, la obra de Deleuze y Guattari deja claro que Edipo, como Complejo innato de la criatura y como parte de la condición humana, es una invención, una *idea* al servicio de la represión de los deseos y del amor primario (42). Y no porque los deseos sean malignos o asociales:

«No es que el deseo sea asocial, sino al contrario. Es perturbador: no hay máquina deseante que pueda establecerse sin hacer saltar sectores sociales enteros. Piensen lo que piensen algunos revolucionarios, el deseo en su esencia es revolucionario...y *ninguna sociedad puede soportar una posición de deseo verdadero sin que sus estructuras de explotación, avasallamiento y jerarquía no se vean comprometidas*. Si una sociedad se confunde con sus estructuras (hipótesis divertida), entonces, sí, el deseo la amenaza de forma esencial. Para una sociedad tiene, pues, una importancia vital la represión del deseo». (Subrayados nuestros)

En general, el deseo es perturbador porque rompe las estructuras autoritarias, la ordenación de los sentimientos y produce relaciones humanas basadas en el apoyo mutuo.

Pero existe un deseo maternal en concreto que *es perturbador del orden porque directamente se opone a la domesticación y al sufrimiento de las criaturas*; por eso el cambio de la madre entrañable por la madre represora, el Crimen de la Madre, es la base del Sistema (y una parte del Secreto de la Humanidad). Como dice Sau, la madre patriarcal es una impostora porque además de infligirnos la Falta Básica y dejarnos sin protección social, hace que nos creamos que tenemos lo que no

tenemos y que todo está bien; es decir, nos priva de la conciencia primaria del bien y del mal.

Sin una madre patriarcal no sería posible la sociedad autoritaria. No sería posible la escalada de la privación del deseo, de la conciencia y de la voluntad de las criaturas.

La represión del amor maternal (la destrucción de las Diosas y de sus estatuillas) no es un asunto de novela rosa, sino una cuestión política y social de primer orden. De ahí la importancia del reconocimiento de la libido materna y de su incompatibilidad con el Sistema, porque, además, no es hablar de deseos ni de perturbaciones del Orden en abstracto, sino de unos deseos con los que no es tan difícil conectarse.

Es una lástima que Deleuze y Guattari no hayan dado el paso del reconocimiento de la sexualidad maternal primaria. Cuando dicen: «El deseo no amenaza a una sociedad porque sea deseo de acostarse con su madre, sino porque es revolucionario» (43) enturbian en parte lo que clarifican, porque dan a entender que el mismo deseo del cuerpo materno es una invención, cuando ese deseo existe y la invención, la mentira es decir que ese deseo es falocéntrico, es deseo de consumir el coito. En lugar de ser lo que tan fácilmente se podría ver si no tuviéramos la Falta Básica hundida en el inconsciente y la mente confundida: un deseo de mamar, de chupar, de succionar el cuerpo materno; de ser lamido, de habitar en ese cuerpo, de sentirnos envueltas por él. Pero algo muy gordo se tenía que inventar para que la represión de estos deseos apareciese como la condición de socialización humana: la oposición del recién nacido al Padre. Cuando en realidad es el Padre quien ha organizado la Gran Oposición contra la criatura.

Es mucho más cierta la interpretación de Fromm del mito de Edipo que la clásica freudiana. La tragedia de Edipo es la tragedia de la madre que abandona al hijo recién nacido, no la del hijo que quiere matar a su padre para acostarse con su madre. Pasolini, en su película, *Edipo, hijo de la fortuna*, presenta también la tragedia de Edipo como resultado de la destrucción del deseo materno.

Edipo como ocultación de los orígenes...

No podemos dejar a Edipo y pasar a otro capítulo sin hacer hincapié en un aspecto fundamental de su misión en el mundo moderno que ha sustituido parcialmente a Dios por la Ciencia, es decir, en un mundo que necesita dar cobertura científica a la Ley: *la función de ocultación de los verdaderos deseos de la criatura humana recién nacida y de la libido maternal femenina*. Esta función está implícita -pero no explícita y de ahí su eficacia- en la operación de triangulación de los deseos. La magia de la ocultación radica en que con Edipo se logra dar esa imagen trucada de los deseos de las criaturas, que antes hemos mencionado:

«Al no ver desde el principio cuál es la naturaleza de esta producción deseante, ni cómo, en qué condiciones, bajo qué presiones la triangulación edípica interviene..., nos encontramos presos en las redes de un edipismo difuso y generalizado *que*

desfigura radicalmente la vida del niño y sus consecuencias: los problemas neuróticos y psicóticos del adulto, y del conjunto de la sexualidad» (44)

Ocultar los orígenes humanos —ocultar la madre, ocultar los primeros deseos, ocultar la Falta Básica— es una labor primordial que realiza Edipo. Esta ocultación hace que nos creamos que somos lo que nos hacen ser, que 'deseemos' lo que nos dicen que deseamos, sin poder concebir otra condición humana distinta; permite que nos podamos seguir creyendo que nacemos 'malos', egoístas, violentos, con instintos de agresividad y perversiones 'antihumanas'. Sin la ocultación de los orígenes no sería posible mantener la teoría de la criatura con deseos perversos, mala, egocéntrica, insociable y del salvaje malo que justifica la represión de los pequeños seres humanos para salvaguarda de la sociedad.

«Desde que nos introducimos en Edipo, desde que se nos mide con Edipo, ya se ha desarrollado el juego y se ha suprimido la única relación auténtica: la de producción. El gran descubrimiento del psicoanálisis fue el de la producción deseante, de las producciones del inconsciente. Sin embargo, con Edipo, este descubrimiento fue *encubierto* rápidamente por un nuevo idealismo». (45)

Transformar la herida infligida a la criatura en el Complejo de Edipo innato es una de las más modernas y sofisticadas elaboraciones para ocultar lo prohibido y la represión primaria. Pues una vez descubiertas las pulsiones sexuales de las criaturas, se las ha convertido en algo perverso innato que debe ser reprimido para bien propio y de la comunidad. Así se sigue ocultando el verdadero sentido del deseo materno, manteniendo como centro de toda sexualidad el falo y el coito, de manera tal que los deseos de las criaturas se entiendan como deseos de realizar el coito con la madre y de quitarle el sitio al padre, incluso antes de que la criatura se entere de que existe el padre, el falo y el coito y unos doce o trece años antes de llegar a la pubertad.

Así pues, el efecto de la ocultación se logra con la siguiente operación que va implícita en el Edipo: primero se sustituye la madre entrañable por una madre patriarcal, falocéntrica, que pare con el útero rígido y sin deseo, que reprime su propia sexualidad maternal y los deseos de la criatura; entonces se constata *el efecto resultante de esta represión*: la herida, la carencia y todo lo que de ella se deriva; y, por último, los resultados de la represión no se nombran como tales sino como condiciones innatas, malignas del ser humano. Ya tenemos el Tánatos original servido, el supuesto instinto anti-social y egocéntrico de la criatura, el pecado original, el karma. Esto es lo que Deleuze y Guattari llaman el *contra-efecto* de la represión de los deseos, que constituye ya sea el Pecado Original bíblico, o el Complejo de Edipo freudiano.

Así el Complejo de Edipo del psicoanálisis viene a cumplir el mismo papel que el Pecado Original de la religión judeo-cristiana: ocultar el crimen de la madre, ocultar (su cadáver y construir la impostura, la madre patriarcal libidinalmente aséptica.

La Ley Antigua asimiló la sexualidad femenina a la maldad («de los vestidos sale la polilla y de la mujer la maldad femenil» Eclesiástico 42, 13) e hizo de la vagina algo parecido al Rey Midas que convertía en oro todo lo que tocaba. La Biblia confiere al sexo femenino la misma capacidad de 'contagio' y de impureza que la lepra. Así, la

criatura nacida de mujer salía contaminada de la 'maldad femenil', con el Pecado Original. El deseo y los flujos femeninos siendo en sí mismos pecaminosos, obligaban a la mujer 'impura' a ofrendar sacrificios expiatorios y a pasar por un periodo de 'purificación' que tenía por objeto la separación física de la criatura de la madre y la inhibición de la libido materna.

El nefasto papel del psicoanálisis clásico...

El imperialismo analítico de Edipo (como lo califican Deleuze y Guattari) oculta la condición del ser humano en los orígenes, una condición exuberante, sin carencias, sin faltas, sin castraciones... que nos llevaría a un «campo social recorrido por el deseo» y a una convivencia basada en el apoyo mutuo.

Es preciso, pues, recoger la advertencia de los autores del *Anti-Edipo* sobre el papel clave que está jugando el psicoanálisis en la aplicación de Edipo: «En vez de participar en una empresa de liberación efectiva, el psicoanálisis se une a la obra de represión burguesa más general» (46).

«El psicoanalista debería saber que, bajo Edipo, a través de Edipo, detrás de Edipo, tiene que enfrentarse con las máquinas deseantes» (47). Sin embargo, no es esta la actitud habitual del psicoanalista, sino la práctica del 'forcing' para hacer encajar la condición humana, sea cual sea, en el Edipo. 'Forcing' del que Deleuze y Guattari llegan a decir: «No es sugestión, es terrorismo» (48).

Por su parte, Alice Miller también ha denunciado este triste y trágico papel del psicoanálisis oficial contra las criaturas, abandonando el Asociación Internacional de Psicoanálisis en 1985. Alice Miller demuestra que no sólo hay un 'forcing' para hacer encajar a cada criatura en Edipo, sino que hay un 'forcing' también en la interpretación del mito, pues, según el mismo texto de Sófocles, Edipo es, en primer lugar, una víctima de sus padres, quienes le enviaron a la muerte con todos los agravantes de premeditación y alevosía (49).

Por nuestra parte creemos que el psicoanálisis (el análisis de la psique) podría servir para descubrir la verdad de la infancia; un ejemplo es la propia obra de Balint. Y que podría tener como cometido el relacionar la verdad de la infancia con la Falta Básica, y el estado de carencia con el estado de sumisión inconsciente. Que la negación de los hechos concretos unida a la construcción de abstracciones falaces (denunciadas por Alice Miller y otro/as), fue un viraje, una gran pirueta de Freud ante la terrible verdad a la que se enfrentó en la práctica con sus pacientes. A partir de ahí, el Sistema ha conducido el psicoanálisis hacia su propia justificación y perfeccionamiento, echando más y más capas de tierra sobre el cadáver de la madre y los sufrimientos de las criaturas.

Para poder operar sin límites, para operar en cualquier circunstancia, el psicoanálisis clásico ha logrado crear un Edipo-pulpo, un Edipo-universal capaz de absorber cualquier cosa que intente salirse del triángulo.

Pues no sólo se trata del 'Edipo restringido' (el triángulo 'Yo', papá, mamá), sino de un 'Edipo generalizado', un Edipo dogma, mediante el cual se pueden vincular las pulsiones y afectos (con 'transferencias', 'símbologías', etc.) según convenga en cada caso, de manera que la criatura no tenga escape, no haya forma posible de eludir la represión de los deseos (50).

«Cuando se nos invita a superar una concepción simplista de Edipo basada en las imágenes parentales para definir funciones simbólicas en una estructura, por más que se reemplace el papá-mamá tradicional por una función-madre, una función-padre, no vemos bien lo que ganamos con ello, salvo fundamentar la universalidad de Edipo más allá de la variabilidad de las imágenes, *unir todavía mejor el deseo con la ley y lo prohibido*» (51).

Y no podemos por menos que decir, que el cambio de 'papá-mamá' por 'función-madre' y 'función-padre' es todavía un Edipo más destructor, si cabe, de la sexualidad primaria, pues en la 'función' madre se elimina la madre de carne y hueso, el cuerpo materno y, por tanto, no cabe ninguna filtración del deseo inducido en las entrañas maternas; se suprime definitivamente incluso ese cuerpo materno mutilado y medio insensibilizado que no termina de secarse del todo y que produce rayitos de deseo a pesar de todo. Se han separado totalmente las 'funciones' maternas del deseo, de cualquier atisbo del deseo que las promovía, dejando totalmente sola la 'función'. En otras palabras, se consagra una 'función' (a realizar por un robot cualquiera) para cubrir las necesidades de protección y alimentación según la ordenación social en lugar de según los deseos. Se ha logrado lo que con la madre de carne y hueso nunca se llegaba a lograr del todo de un modo sistemático: la asepsia total de los deseos, la robotización de las funciones nutricias, y la insensibilidad ante el sufrimiento propio y ajeno que hace posible la constitución del Poder sobre las criaturas. No podíamos pensar lo sutil que podía llegar a ser la robotización las actividades humanas. Ni siquiera la imaginación de Orwell y Huxley pudieron llegar a tanto.

También quienes hablan de una etapa 'pre-edípica', de apego a la madre, tampoco se salen de la tutela de Edipo porque tal etapa no es sino una preparación para el Edipo, y por eso se nombra esa etapa en referencia a Edipo. Admiten una fase de apego a la madre, pero no admiten una socialización y un proceso de autonomización desde esa relación, sino que siguen manteniendo la necesidad del padre para romper esa relación 'pre-edípica'. Como la criatura humana debe socializarse desde la carencia y en la espiral de la carencia y del miedo a carecer y no en su condición de productoras de deseos saciables, hay que impedir la producción y la satisfacción de sus deseos. Se establece que los deseos de las criaturas son malignos de tal manera que nadie puede entender ni imaginarse una 'superación' de la relación materna por la saciedad de ese deseo que cargaría de energía erótica a las criaturas. Por eso Deleuze y Guattari impugnan el concepto de 'pre-edípico' y proponen el calificativo 'aedípico' para definir el estado psíquico de las criaturas, en cualquier momento, en cualquier 'etapa'.

La sociedad patriarcal ha hecho de Edipo la medida universal de lo humano porque Edipo es simplemente la adecuación de los inconscientes a la Ley y a la institución del Matrimonio, el principio de Autoridad que sustenta toda jerarquía, toda la pirámide social. Edipo de hecho mide nuestro grado de sumisión al orden

sentimental y social establecidos, nuestro grado de domesticación y adaptación psíquica al Sistema. (52)

Desde cierto sector del feminismo están surgiendo también los esbozos de un nuevo psicoanálisis, no sólo aedípico (como piden Deleuze y Guattari) sino consciente de la carencia que produce la falta de la madre entrañable y la represión de la sexualidad materno-infantil; así, Montserrat Guntin (53) apoyándose en la obra de Balint, entiende los trastornos psíquicos no como deficiencias en la edipización, sino desde la óptica de esa 'falta básica', que por supuesto es aedípica.

Si para Victoria Sau «el crimen de la Madre es el secreto de la humanidad», para Montserrat Guntin, «la madre es la Gran Ausente, pues la mujer, no existe como deja de existir cualquier enemigo (individuo, pueblo o sociedad) cuando ha sido vencido. Esta es la Falta que todos y todas llevamos y que forma parte del inconsciente colectivo» (54). Citando a Balint, dice:

«Lo más frecuente es que el paciente repita una y otra vez que ha quedado despojado y abatido y que nada en este mundo valdrá la pena mientras no se le restituya algo que le fue quitado, de que quedó privado...»

Y añade:

«Parece que hable de alguien que ha sido víctima de una estafa inadmisibles. ¿Puede haber mayor estafa que la de creernos durante un tiempo que tenemos madre y luego descubrir el inmenso vacío? Una cuestión, a mi entender clave, ¿quién demuestra más salud mental, la/el que lo vive como una estafa que se le debe reparar, o la/el que se adapta al discurso vigente y consigue negar o reprimir el vacío?» (55)

Por su parte, Konrad Stettbacher en su obra citada, también ofrece un modelo de terapia que básicamente consiste en la operación contraria que efectúa el psicoanálisis clásico: recordar, sentir, conocer los sufrimientos infligidos en la primera infancia (la falta básica), recuperar *la verdad*... «sin ningún tipo de justificación del comportamiento adulto, a fin de vivir de acuerdo con nuestro YO primario. Este YO que no quiere recibir ni dar nada más que el bien y el amor». (56)

Quienes admiten una vinculación básica con la madre pero sólo como una fase 'pre-edípica', y sostienen que es necesaria una intervención del padre para separar a la criatura de la madre, alegan que de otro modo la criatura se psicotiza, se fija a la madre, sin poder desarrollar una subjetividad propia, una autonomía como sujeto social ni alcanzar la identificación con uno u otro sexo. Este es otro de los argumentos del psicoanálisis clásico para sostener la existencia de Edipo.

Una vez más el discurso edípico se apoya en los estados que la propia represión edípica produce para justificar la continuación de dicha represión. Todas las criaturas, por lo menos en las sociedades occidentales, han salido con violencia de un útero rígido que les oprimía y han tenido un apego físico a la madre insuficiente, y, por tanto, arrastran su dosis de frustración, su 'falta básica'; por otra parte, también la madre patriarcal ha sido hija de madre patriarcal, se ha criado en cautiverio como vértice de un triángulo edípico y vive en la espiral de la carencia y

del miedo a carecer. El placer se ha convertido en dolor y el deseo se ha transformado en miedo a la carencia y por lo tanto en *necesidad de poseer* para neutralizar o apaciguar el miedo al abandono y a la carencia. En estas condiciones la pareja madre-criatura transforma la relación de acomplamiento de deseos y flujos maternos en una relación neurótica de dos seres que carecen: la criatura pide más y más mimos y caricias y brazos; llora y tiene miedo, siempre tiene miedo a que le dejen porque ha conocido el abandono; por su parte, es 'normal' que la madre insatisfecha se aferre a la posesión de la criatura en un intento de compensar todas las frustraciones (el marido que no puede curar la falta básica primaria ni la represión de la libido materna, etc.)

Por eso a veces, ante niños/as muy enmadrados, tímidos, poco sociables... se dice que el niño o la niña ha sido demasiado mimado/a, que no ha superado la fase pre-édipica de despegue de la madre, etc. etc. Cuando lo que pasa es que se trata de criaturas que no han terminado de resignarse, que no han sido suficientemente reprimidas, porque tenían madres insuficientemente represoras -quizá, a su vez, insuficientemente edipizadas, que dejaron filtrar una cierta complicidad con la criatura- que alargan y dificultan el proceso de edipización de su hijo/a.

Es decir, entre el 'despegue' de la madre patriarcal por la vía de la represión y el 'despegue' de la madre entrañable por la vía de la saciedad de los deseos, hay procesos intermedios de madres inconsecuentes. No existe la madre patriarcal 'pura' y muchísimo menos la madre entrañable 'pura'. En cierto modo todas somos madres patriarcales inevitablemente defectuosas. Aunque tengamos el útero rígido y nos duelan las reglas y los partos, *de hecho no somos* vacas, ni animales errantes, ni histéricas castradas, ni asépticos contenedores de narcisismos primarios. No podemos saciar del todo a las criaturas pero tampoco reprimirlas del todo, y así se quedan 'enganchadas', aferradas a nuestra contradictoria condición buscando ese alivio, esa compensación a la carencia que ni se acaba de dar ni de negar del todo.

Una criatura pedigüeña, pegajosa, siempre suplicante o exigente, etc. es una criatura que siente la carencia y no está resignada, ni adaptada a vivir en ella.

En cualquier caso, si hay niños o niñas que se quedan 'colgados' de sus madres no es porque se les ha mimado demasiado, sino por haberles 'mimado', insuficientemente, y en general de manera neurótica y posesiva.

El rito de la circuncisión entre los musulmanes y otros, es ante todo el rito del 'despegue' del mundo de la madre. La película *Halfaouin* lo muestra muy claramente. Entre los musulmanes, el contacto físico de las criaturas con la madre se permite durante bastante tiempo. Existe una sensualidad visible entre las criaturas y las madres. La circuncisión es un acto de violencia, un sacrificio por el que madre e hijo dan fe de su sumisión al señor y de su disposición a renunciar a su relación, para que el hijo se haga hombre, se haga hijo digno de su padre y del mundo de su padre. Es como la Jura de la Bandera: un rito de sumisión, de rendición de la propia vida al Poder.

Liedloff (57) dice que la criatura que no ha sido frustrada ni reprimida al nacer y a la que se le ha respetado el deseo materno, alcanza una diversificación afectiva —y una autonomía— mucho antes que la reprimida-resignada o que la

insuficientemente reprimida e insuficientemente resignada, que seguirá intentando buscar compensaciones y resarcimiento de la carencia mientras que la madre se lo permita, incluso durante toda su vida en los casos extremos.

En definitiva, como hemos dicho antes, si se toman los efectos de la represión de los deseos como los estados 'naturales' es fácil declarar incapacitada a la madre para socializar a las criaturas y afirmar la necesidad del padre para separarlas, para cortar con los mimos excesivos y asegurar el despegue por la vía de la represión. Es exactamente lo mismo que tomar los efectos de la Falta Básica como la condición 'natural' de la criatura para decretar innato el odio al padre y el amor 'incestuoso' a la madre.

Dice Veggetti (58) que el discurso patriarcal (y edípico, añadimos nosotras) subestima la capacidad creadora de la madre, porque tiene que negar a la mujer la posibilidad de socialización de las criaturas por ella misma. Pero la cuestión no estriba sólo en si la madre puede o no puede socializar ella sola a las criaturas, sino de qué tipo de socialización hablamos. Y esta cuestión es la que el feminismo, mayoritariamente en una vía reformista, elude.

Si se trata de una socialización en la carencia y en la represión, o de una socialización saciando los deseos de las criaturas. Desde luego que las mujeres somos capaces de ambas cosas. Y no se entiende por qué tanto empeño en querer demostrar que podemos ser buenas educadoras-represoras, que podemos ser padres excelentes... ¿No será que hemos asumido la inferioridad que nos han atribuido milenariamente, que tenemos un complejo de inferioridad y que intentamos 'superarlo' demostrando que sabemos ejercer el mando y administrar la Ley en la sociedad patriarcal?

Liedloff relata casos en los que, a pesar de la separación en el nacimiento, se ha logrado posteriormente, con una dedicación intensa (lo contrario que aconsejaría el psicoanálisis clásico), un relativo resarcimiento y compensación de la carencia y del miedo.

La madre entrañable da la vida, no retiene ni es posesiva. Las criaturas cuanto más y mejor han satisfecho sus deseos maternos, vuelan antes y mejor.

Admitir una fase maternal pre-edípica no cambia nada porque niega igualmente que *los deseos de las criaturas son saciables y que las criaturas saciadas son sociables*. En realidad, es como si se admitiese una prolongación de la gestación después del parto, pero, en definitiva mantiene que la socialización es edipización.

Edipo también es el asentamiento del principio de Autoridad...

El otro argumento de Edipo es que la criatura tiene que tener un 'modelo' de identificación de su sexo y de sus funciones. Si es niño «como papá» y si es niña «para hacer lo que hace mamá con papá». No sabemos mucho de la sexualidad infantil. Cómo se desenvolvería ese amor primario si no fuese reprimido. Cómo sería el contacto físico con los adultos y con otros niños/as y cómo serían sus

juegos a los cuatro, cinco, seis, siete años; ni, en fin, cómo se produciría su 'identificación' con las funciones coitales; pero es seguro que para ver lo que es un adulto varón o una adulta mujer no hace falta sacrificar la función maternal y tener un par de policías en casa. La sexualidad adulta coital la ven las criaturas y la veían en las tribus y en los clanes en los que los adultos no vivían encerrados en casas 'unifamiliares' y en triángulos edípicos, sin necesidad de 'mamá' y de 'papá'. *Lo que el psicoanálisis ha camuflado aquí con el modelo sexual es el modelo de jerarquía: no es el proceso de identificación sexual sino la interiorización de la autoridad que hay que aceptar y de la sumisión en la que hay que sobrevivir.* La edipización pretende ser el aprendizaje de los roles sexuales masculinos y femeninos, pero de hecho lo que supone es el aprendizaje de los roles de sumisión y autoridad que corresponden a las criaturas y a los padres, así como el modelo de sumisión de la mujer al hombre.

Nuestra crítica al psicoanálisis clásico tiene una clara delimitación que es preciso explicitar para no dejar ningún puente tendido a la creciente ola de pensamiento reaccionario que nos invade, y que en el campo del análisis de la psique toma cuerpo en diversas corrientes que tienden a subestimar la importancia del inconsciente y de la producción del deseo; precisamente el descubrimiento de ambos fenómenos es un logro fundamental del psicoanálisis sin el que no es posible entender la condición humana. Aunque luego se haya pretendido volverlo contra las criaturas, el descubrimiento del inconsciente y de las producciones deseantes es en sí mismo subversivo... precisamente porque nos desvela que los tabúes, lo que sentíamos y creíamos sagrado, no son más que sublimaciones del dolor y de la represión, mecanismos de manipulación de nuestros inconscientes que aseguran que la Ley se ejecute. El descubrimiento del inconsciente nos permite entender que lo reprimido no se evapora, sino que lo 'refoulamos' y lo almacenamos en el inconsciente, y queda ahí para siempre mediatizando nuestras vidas sin que nos demos cuenta de ello; sin el inconsciente no se podría entender el estado de sumisión y resignación en el que nos hallamos, porque precisamente dicho estado es inconsciente —valga la redundancia—; en otras palabras, la conciencia de las producciones deseantes rompe el esquema mental que entiende la vida humana como carencia.

La sublimación del dolor de las heridas es imprescindible para taparlas y sobrevivir, y por eso creemos en todas las figuraciones y formas que la sublimación adopta: Dios, Padre, Matrimonio... Como decía J. P. Sartre «Dios es la soledad de los hombres», es decir, *otra* sublimación del dolor de la falta básica, que se nos aparece para ofrecernos la Ley —ya sea Yavé entregando a Moisés los Diez Mandamientos, ya sea Shamash, dios del Sol, o el dios Marduk, esculpido en lo alto de un falo de piedra dictando al rey Hammurabi las leyes mesopotámicas—. Dios es el resultado de un proceso de sublimación inconsciente, es una imagen del dolor sublimado; creer en Dios, como creer en el Estado, creer en el Rey, creer en el Padre, nos sirve para no sentir la herida, para no reconocer nuestra condición sumisa, resignada, el sacrificio de nuestra propia vida al Poder. Dios fue el invento idóneo para la interiorización de la Ley en los inconscientes. Así los reyes y jefes de Estado son meros intermediarios de la voluntad divina. Dios aparentemente no es nada, pero si se contempla como la sublimación de la Falta Básica, es una realidad imponente.

El deseo convertido en «miedo abyecto a carecer»... los celos y la posesividad

Se ha pretendido que los celos son algo 'natural' y que además son una prueba definitiva de que la pareja heterosexual monogámica y estable es consustancial a la condición humana; y que, por tanto, no hay nada más 'natural' que la institución del Matrimonio. Pero los celos no pertenecen a la condición humana; sólo forma parte de la condición humana patriarcal que transmuta los deseos humanos en «miedo abyecto a carecer» (59). En la abundancia de la producción sin represión ni límites, el deseo no aspira a la posesión de un objeto; el deseo sólo fluye y se desparrama; como el agua, como la vida misma. Es la carencia y ese miedo profundo y, en la mayoría de los casos, inconsciente, lo que crea la necesidad de posesión y los celos; es decir, una vez que la producción deseante ilimitada e indiferenciada ha sido reprimida, sublimada y transformada en el 'deseo' exclusivo y excluyente de la pareja del sexo contrario, según la imagen sublimada de la pareja formada por los propios padres.

Como tampoco el Capital y la propiedad privada son consustanciales a la vida humana, sino tan sólo a la explotación de unos humanos por otros, y a la carencia y a la miseria que esa explotación engendra.

Desde el punto de vista de la estructura psíquica humana, lo que sustenta el Matrimonio, es decir, la pareja sexual socialmente admitida, no es el deseo, sino el miedo a la carencia engendrado por la frustración del amor primario (*Faire basculer tout le désir dans la grande peur de manquer*) (60). Como no somos conscientes de la falta infligida, no sabemos nada del origen del miedo ni por qué ni de qué tenemos miedo; es más, ni siquiera muchas veces nos damos cuenta de que tenemos miedo; mucho menos nos damos cuenta de que nuestros sentimientos están mediatizados por el miedo. Y así los celos, al igual que el chupete de plástico, pasan a formar parte del orden 'natural' humano.

No sabemos lo que nos falta, ni nos reconocemos como seres emocionalmente mutilados que no han tenido madre, entonces nos creemos a pies juntillas que lo que nos hace falta es un buen marido o una buena esposa tal y como ordenan los cánones. Intentamos calmar la herida primaria en la dependencia conyugal. Como dice Luisa Muraro:

«Nosotras hoy sabemos que una mujer llega a esta dependencia -que no excluye ni a las emancipadas- porque intenta encontrar en el hombre algo que sólo la madre podría darle». (61)

El miedo fue sublimado al comienzo de la vida con el reconocimiento de los padres como pareja, y esta sublimación y este reconocimiento hacen del Matrimonio la representación del fin de la carencia -desde pequeños nos dicen: «ahora careces, ahora sufres, pero de mayor te casarás como tus padres, tendrás amor, caricias y besos y serás feliz; el Matrimonio es la felicidad frente a todas las desgracias» y entonces nos cuentan los cuentos de Blancanieves, de Cenicienta, de la Bella Durmiente, y todas al final se casan y son por fin, felices.

Parece aquí inevitable citar aquello de León Felipe:

« ...que la cuna del hombre la mecen con cuentos...
Que los gritos de angustia del hombre los ahogan con cuentos...
Que el llanto del hombre lo taponan con cuentos...
Que los huesos del hombre los entierran con cuentos...
Y QUE EL MIEDO DEL HOMBRE...
HA INVENTADO TODOS LOS CUENTOS».

La obsesión inconsciente por calmar la herida primaria y el miedo al abandono, nos hacen destruir nuestro propio potencial erótico y la inmensa mayoría de nuestros sentimientos amorosos. Este estado emocional y psíquico es canalizado por el orden social hacia una relación exclusiva y excluyente, acotada y definida por una serie de derechos y deberes socialmente ordenados: *el Matrimonio que se presenta como la solución al miedo y como unguento mágico que cura la herida primaria*, ya que la posesión de la una por el otro y viceversa, y el no abandono queda garantizado por la Ley (¡la Ley y Dios garantizan que vamos a ser una sola carne! ¡el retorno al útero materno!). Los celos no son producto directo del deseo sino del contra-efecto de su represión, de la sublimación de la carencia inicial orientada por la Ley hacia el Matrimonio o hacia la idea de pareja que de él se deriva.

Hoy en día podría parecernos que el Matrimonio ha perdido su áurea mítica, que ya la gente no se casa sistemáticamente, que una pareja puede decidir el casarse o el no casarse, que esto es ya casi el amor libre... Pero lo que ha cambiado es que el áurea mítica ahora la tiene la Pareja en lugar del Matrimonio, lo cual indica que la interiorización de la represión de los deseos es más fuerte que antes. Pues antiguamente nadie pretendía que el Matrimonio fuese otra cosa que un pacto de conveniencia social y se entendía perfectamente que hubiera pasiones extraconyugales (otra cosa es que se tolerasen más o menos: 'más' a los hombres y 'menos' a las mujeres).

Si antes, aunque se prohibiera, era normal que los cónyuges sintieran deseos extramaritales —y esos deseos no ponían en cuestión el matrimonio—, hoy cuando alguien se entera que su pareja tiene algún 'lío' por ahí, se desata una auténtica tragedia. Aunque esta actitud supone un rechazo a la hipocresía del Matrimonio que pretende presentarse como una institucionalización del amor, lo cierto es que estamos ante un fortalecimiento del paradigma edípico de la Pareja monogámica.

Precisamente se ha trivializado la forma legal porque está más arraigado en el inconsciente colectivo el triángulo edípico, la idea de la familia nuclear al estilo americano, como el estado 'natural' y paradigmático del ser humano. ¿Quién no cree en lo más íntimo de sí que encontrar la pareja ideal, su 'media naranja' es el equivalente a encontrar la 'felicidad'?

Lo cierto es que como decía Alberdi (62), se confirma que a medida que la familia pierde consistencia formal, gana en significación psicológica, debido, precisamente a la falta de un tejido social de apoyo mutuo, a la falta de solidaridad humana fuera de la familia. Esta falta es lo que hace que demos mayor significación a lo poco que tenemos, o que creemos que tenemos, de estructura social solidaria.

Podemos elegir entre Matrimonio y Pareja. Como diría Jesús Ibáñez: entre Skip y Colón, entre Ford o Renault y creernos libres de 'elegir':

«Los programados se sienten libres... un programa sintáctico deja abierto un abanico de opciones en cada nudo o encrucijada, aunque en el límite ese abanico se abate sobre la opción entre dos términos indiferentes» (63).

Skip o Colón, Matrimonio o Pareja. Las cosas se nos presentan de tal modo que, las por muchas vueltas que demos, siempre acabamos en lo mismo. Como los gays y lesbianas reivindicando el reconocimiento de la Pareja. Es como un laberinto por el que caminamos pero sin encontrar ninguna salida, porque «el laberinto es un rizoma: los caminos interiores son practicables, pero no hay camino al exterior» (64). Casarse o vivir en pareja es la libertad de elegir entre términos indiferentes en lo esencial porque ambos nos encierran en el triángulo edípico. Estamos psíquicamente programados para vivir encerrados, mientras todo el campo social está inmediatamente recorrido por el deseo (65) y además para no darnos cuenta de que la institución del Matrimonio o de la Pareja tienen por finalidad el mantenernos en ese encierro.

A pesar de que la vida cotidiana *contradice* continuamente el Matrimonio (y la pareja), a pesar de los descabros y los sufrimientos que tal idea y tal institución acarrearán, la cuestión se elude oponiendo una actitud tan pragmática como cerril. (De hecho, sólo la actitud religiosa es congruente porque la actitud religiosa es por definición incongruente con la vida).

Una vez, un filósofo de estos que se llaman progresistas y que nos abruman con sus discursos sobre la ética, interrogado sobre qué solución veía para la relación entre los dos sexos, contestó que la 'monogamia sucesiva'.

Se trata, desde luego, de una teorización sobre la práctica socialmente admitida como 'decente' desde la legalización del divorcio. Como la monogamia está acorralada, los filósofos del régimen tienen que encontrar una fórmula para defenderla, al menos en el tiempo: no se puede amar a dos personas a la vez. Algo vamos ganando. Nos dejan amar a varias personas, pero siempre y cuando matemos una relación antes de empezar con otra (66).

Pero la teoría de la «monogamia sucesiva» no es más que una cínica defensa de la pareja, es decir, de la edipización, del encerramiento de los deseos. Teniendo que reconocer unos deseos y unos sentimientos, para no cuestionar la ordenación social, se obliga al sujeto deseante a matar sus sentimientos previos, a acabar con la relación anterior, hacer pública su finalización y proceder a un vía crucis de procesos burocráticos para legalizar ante el estado y la familia el cambio de pareja. Esto no es una liberalización; es sólo un mecanismo de contención del deseo, — cuando no se le ha podido ahogar a tiempo— que supone una destrucción de los sentimientos amorosos anteriores y una sangría y unos sufrimientos increíbles.

Las personas se ven abocadas a una disyuntiva inhumana: o matar lo uno o lo otro. Tan aberrante es matar los deseos nuevos, como los sentimientos viejos. Y como todo lo nuevo se hace viejo, se trata de una fórmula que condena a muerte las relaciones humanas y a cada individuo a la soledad. Porque si antes el Matrimonio

destruía todo el deseo, ahora el poco deseo que se autoriza está abocado a matar los sentimientos y las relaciones afectivas de la vida de cada persona. El empeño en no reconocer el amor libre impide la formación del hogar y de un grupo humano de convivencia estable que asegure el bienestar de las criaturas, porque impide que los sentimientos vayan construyendo un entramado de sólidas relaciones de reciprocidad y mutuo apoyo.

Todo por una idea, una sólo idea que puede más que la fuerza de nuestros deseos y de nuestros sentimientos. El verso de Garcilaso «¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas!» define y resume esta tragedia de la ordenación patriarcal de los sentimientos. Y esta tragedia consiste en que *no puede admitirse algo tan elemental como que el amor no se puede fijar y menos todavía en un sólo objeto de amor*. Pero el orden social no puede permitirlo. De hecho, lo más subversivo que se puede hacer en este mundo es autorizarse a sentir y a producir deseos, y ser consecuente con todos los sentimientos: tan simple y tan subversivo.

Que proliferen redes de prostitución, prostíbulos, que se destruyan años de amor y de convivencia, que las criaturas se queden 'descolgadas', se conviertan en cargas y sufran humillaciones: todo antes que reconocer que el campo social está recorrido por el deseo y que el amor es libre, y antes de permitir que la condición humana quede libre de muros edípicos.

No hay ninguna razón fuera de la Ley, ningún razonamiento posible que sostenga que los sentimientos y los deseos sólo pueden ser inducidos por una sola persona, o que convierten inevitablemente el ser amado en posesión, o que la duración del deseo es predecible. Ni se puede poseer a un ser amado, ni fijar el deseo en una persona con goma de pegar, ni cronometrarlo, ni institucionalizar el acoplamiento de los flujos. Lo que se posee, lo que se fija, lo que se cuantifica y lo que se institucionaliza son otras cosas. A simple vista tendría que verse que son asuntos diferentes, de distinta condición. ¡Qué gran tanto se apuntó el Sistema cuando logró que la gente identificara pasión amorosa y Matrimonio o Pareja! Deseos y contrato económico; amor y relación mercantil. ¡Qué gran trampa para que una a una fueran cayendo todas las criaturas! ¿Pues qué mejor manera que matar los deseos y la pasión que hacer creer a la gente que tales cosas podían constituirse en propiedad privada y guardarse en casa de por vida, con el album de fotos de la boda, etc. etc.? ¿Y qué mejor manera de poner coto a los sentimientos que definirlos antes de producirse! (67), establecer incompatibilidades y desligarlos de los deseos? Que no nos quepa la menor duda: allí donde haya *incompatibilidad* lo que hay es institución, carencia y miseria; y lo que pueda haber de amor y deseo, lo habrá a pesar y en contra de la institución, de la carencia y de la miseria de la condición humana sometida al orden patriarcal.

Según la lógica de la edipización sufrida, basta un sólo objeto amoroso; sólo uno basta para formar el triángulo. Aunque tan absurdo sea decir que porque quiero, deseo y me gusta X ya no voy a querer ni a desear a nadie más, como el decir que porque me gusta una pieza de música ya no me puede gustar ninguna otra más. Claro que de vez en cuando descubrimos una pieza nueva que nos enloquece, la ponemos una y otra vez hasta que se nos pasa esa pasión, esa afición exclusiva por esa pieza. El deseo no es exclusivo ni excluyente: las pasiones no duran toda la vida pero ¡son inherentes a la vida!. La cuestión es que en la sociedad patriarcal no

se trata de vivir en la dinámica del deseo sino de sobrevivir en la espiral de la carencia. Por muy fuerte que sea la presión social, por mucho que echemos el cerrojo en el inconsciente, esto es así: la exclusividad de los deseos, tanto en la calidad como en la cantidad, son una idea. No son en absoluto inherentes a la condición humana. Son inherentes a una Ley y también, modernamente, inherentes a Edipo. A poco que cualquiera haya vivido sabe que ni hay un solo tipo de deseo ni es una sola persona la que induce a otra su producción. Otra cosa es que necesitamos poseer y sentirnos poseídos, y fijar en un contrato sujeto a Ley tal compromiso de posesión, y que nada menos que un Estado y unas Familias guarden y respalden el contrato, *para tener una seguridad de no ser abandonados/as*. Para no destapar la herida primaria. Para no reactivar lo que llama Balint la cicatriz, en caso de que haya cicatrizado, de la Falta Básica.

Porque cada abandono sufrido en la vida se pone en conexión con el abandono primario que yacía dormido en el inconsciente.

Pero 'saber' más o menos conscientemente una cosa a veces no basta: por mucho que sepamos y por muy simple y evidente que sea el hecho de que el deseo no es exclusivo ni excluyente, es muy difícil desprenderse del miedo inicial y destruir la edipización del inconsciente.

Los celos no son otra cosa más que la obsesión del triángulo. Si 'yo' soy en virtud de una pareja de padres modelado a su imagen y semejanza y además esa pareja ha quedado sublimada en el inconsciente como el paradigma de la felicidad, el destino de ese 'yo' es constituir otra pareja de padres. La pareja de exclusivos excluyentes se nos representa como la condición de la felicidad del 'yo', como la manera de calmar la herida, la carencia en la que nos hemos convertido. El flujo del deseo amoroso que sale de abajo en lugar de desparramarse como el agua generosa de la vida, se vuelve como un *boomerang* hacia el 'yo' y se convierte en un amor posesivo y celoso. El Amor de pareja se queda así celosamente fijado por los deseos de los dos convertidos en *boomerangs* —en general, no se aman el uno a la otra y viceversa, sino que se juntan para 'amarse' cada cual a sí mismo/a— y sólo se cuestionará por la fuerza de alguna pasión amorosa que por casualidad se cuele rompiendo la pareja, pero rompiéndola sólo en la medida en que la reconstituye con otros personajes. Y si un tercero se queda en el trance desaparejado, sufrirá un terrible shock. Pero, ojo, no es la pérdida amorosa, no es una represión de la producción deseante lo que tiene lugar y lo que produce sufrimiento, sino la reactivación de un abandono anterior y primario que nunca fué curado. Porque seguramente, en el mejor de los casos, el deseo en la antigua relación, de seguir produciéndose, sería más débil, y el sentimiento más profundo que en verdad habría sería cariño y costumbre sin pasión amorosa; deseo, cariño y costumbre que en absoluto tendrían que ser incompatibles con una nueva pasión amorosa.

Por otro lado, lo que verdaderamente sufre el o la desaparejada es que se ha quedado sin triángulo y por tanto socialmente impedido. Rara vez una pareja se cuestiona en frío su condición, a menos que el asunto sea un verdadero desastre por causas accidentales. Se cuestiona sólo ante la evidencia del hecho consumado, de una pasión que desborda los cauces establecidos.

No nos podemos imaginar cuán miserable es nuestra actual condición humana y todo lo que nos perdemos. Lo que podrían ser, no sólo el amor, la pasión y el deseo, sino también la amistad, la fraternidad y la solidaridad... si dejaran que la vida fuera la expansión creciente de deseos saciados en lugar de una espiral de carencia, miedo y sumisión.

En cualquier caso, lo cierto es que los sentimientos primarios, no posesivos, no metabolizados en Ley, no tienen cabida en este mundo; el amor puro, gratuito —no contaminado por la posesividad, asociado al deseo y no a la carencia—, el que sólo sabe desparramarse, el que no entiende de posesión ni de trueques ni de convenios, el que no se vincula a la idea de la Pareja, aunque aflore no puede mantenerse en un sistema de sujetos que sobreviven en la carencia y en el miedo a carecer, formados en la Falta Básica y emocionalmente constituídos como vértices del doble triángulo. Los propios sujetos humanos se convierten en apisonadoras destructoras de los sentimientos puros de las criaturas recién nacidas y de los que se puedan filtrar de las adultas.

Todo es propiedad privada (es decir, un patrimonio). Todo el planeta Tierra es propiedad privada; no queda un metro cuadrado sin acotar y sin propietario. Puedes comprar o vender un pedazo de tierra, incluso puedes regalarlo, pero siempre como una propiedad, como una posesión. Así ocurre con el deseo y con el amor. En cuanto aparece, inmediatamente es metabolizado por el Sistema y transmutado en objeto de posesión; y si se resiste u ofrece dificultades a dicha metabolización, entonces sencillamente no puede ser, se le condena a la extinción.

Dado que en este mundo la propiedad privada (y por lo tanto el patrimonio y por lo tanto la familia) es la garantía de no carecer, la posesión quita el miedo consciente —aunque *nunca* podrá hacer desaparecer el miedo inconsciente primario: esta es nuestra tragedia—. Cuando poseemos y nos sentimos poseídos/as parece que no sentimos el miedo. Pero cuando se pierde el objeto poseído, cuando se deshace una pareja, de las profundidades del inconsciente sale el miedo en forma de angustia, de soledad, de vacío... tal que un volcán que entrara en erupción y que empezara a escupir la lava que estaba adormecida en sus profundidades.

NOTAS

(23) **Deleuze G. y Guattari F.** *El anti-edipo, capitalismo y esquizofrenia*. Paidós, Barcelona 1985. y 1ª edición: *L'anti-aedipe, capitalisme et sqhizophrénie*. Minuit, Paris 1972.

(24) **Fromm., E.** *El complejo de Edipo y su mito* en Fromm, Horkheimer, Parsons et al. *La Familia*, Península, Barcelona 1986

(25) Op. cit. pg. 15

(26) **Balint, M.** *La Falta Básica* Paidós, Barcelona 1993 (1ª edición inglesa: 1979) Pg 35.

(27) **Balint, M.** Op. cit. pags. 83, 84 y 85.

(28) Ver notas 8, 20 y 21

(29) **Guntin, M.** *La Madre: la Gran Ausente*, en *Otras lecciones de Psicología*. Ed. Maite Canal, Bilbao 1992.

(30) **Sau, V.** *La maternidad: una impostura ...* pg. 98

(31) Nos vemos ante la imposibilidad de traducir la voz francesa *refoulement* o el verbo *refouler*. El traductor del *Anti-edipo*, Francisco Monge, advierte en una nota de esta dificultad y de cómo la ha resuelto: traduciendo *répression* por 'represión general' y *refoulement* por 'represión' a secas.

Nos parece que esta no es una solución acertada pues, en primer lugar, *refouler* o *refoulement* dicen de una represión realizada por uno/a mismo/a; y, en segundo lugar, dicen que lo reprimido no se ha esfumado en el aire sino que se ha echado hacia atrás, se ha almacenado en el fondo del inconsciente. Nuestro concepto de 'represión' no dice nada de lo que sucede con lo reprimido, ni da indicación alguna de que es una represión realizada por uno/a mismo/a. La traducción de Monge, pues, no arroja ninguna luz sobre la diferencia entre *répression* y *refoulement*, y creemos que sería mejor traducir *refoulement* por 'auto-represión' o 'auto-inhibición', que al menos da una idea de que es el propio sujeto el que realiza la represión. De todos modos, por nuestra parte pensamos que lo que ocurre con lo reprimido es un asunto clave en la comprensión de todo el tinglado y justifica la utilización de la voz francesa entre comillas, puesto que en castellano no encontramos nada que se le asemeje.

Así pues, y volviendo a la frase que estamos citando, decir "el sistema represión general-represión" no traduce para nada la expresión «*le système répression/refoulement*»; es decir, el *sistema que combina* la represión exterior coercitiva con la autorepresión inconsciente y/o más o menos voluntaria.

(32) **Deleuze y Guattari** Op. cit. pg. 179. Subrayado nuestro

(33) **Stettbacher, K.** *Por quoi la souffrance?* Aubier, Paris 1991. Pgs. 25-26. Subrayados del autor.

(34) Por eso dice Victoria Sau (*La maternidad: una impostura*): «Las mujeres no hacen genealogía. No tienen nombre que transmitir porque carecen de nombre propio. Ellas mismas no pueden ser llamadas si no es por apelación al varón. Tan *women* (cosa de hombres) son que ni siquiera han reparado en ello. La *maternidad* no genera instituciones ... A través de ese padre y del linaje masculino al que pertenece —del que él es un eslabón más— las supuestas madres ceden al Estado, Padre de padres, el poder de vida y muerte sobre sus hijo/as. Otras instituciones, como el Ejército y la Iglesia -la que sea- le siguen en importancia, así como todas las económicas, jurídicas y sociales. La propia tierra que pisamos, nuestro suelo común, es la Patria o territorio de los Padres, lugar en el que no se entra, ni se sale, ni se reside, sin la autorización de éstos».

(35) **García Calvo A.** *Familia: la idea y los sentimientos* Lucina, Madrid 1983

(36) **Deleuze y Guattari**, Op cit. Pag. 77

(37) «Así, en fin, se constituye el alma individual en el seno de la Familia: adviene el alma al principio de realidad, y se hace un alma real con ello, y con ello al tiempo la Sociedad se constituye y se mantiene y sigue adelante el mundo del Trabajo y de la Cultura». **García Calvo, A.** *Familia: la idea y los sentimientos* Lucina, Madrid 1983. pag. 27.

(38) **Alberdi, I.** *Algunos aspectos del cambio familiar* Amaranta nº 2, Madrid, dic. 1993. Pag. 17. Subrayado nuestro.

(39) Ver notas 29 y 30

(40) **Sau, V.** *Entrevista* realizada por la Asociación Antipatriarcal, Barcelona, febrero 1989

(41) **Stettbacher K.** Op. cit. pag. 125-126

(42) **Deleuze y Guattari** Op. cit. pg.121

(43) **Deleuze y Guattari** Op. Cit. pg. 122

(44) **Deleuze y Guattari** Op. cit. pg. 54. Subrayado nuestro.

(45) **Deleuze y Guattari** Op. cit. pg. 31. Subrayado nuestro.

(46) **Deleuze y Guattari** Op.Cit. pag. 54

(47) **Deleuze y Guattari** Op. Cit. pag. 62

(48) Op. cit. pag. 50.

(49) Véase el capítulo «Edipo: la víctima culpabilizada» de su libro *L'enfant sous terreur - L'ignorance de l'adulte et son prix* Aubier, Paris, 1991. 1ª edición alemana: 1981.

(50) **Deleuze y Guattari** Op. Cit. pag. 57

(51) **Deleuze y Guattari** Op. cit. pag. 88. Subrayado nuestro.

(52) Balint, aunque no niega frontalmente a Edipo, lo transforma de 'complejo' innato en un 'conflicto' posterior a la Falta Básica -lo cual es totalmente cierto- y no cesa de aludir a la 'inadecuación' de la teoría del Complejo de Edipo en su quehacer psicoanalítico. Repasando teorías y casos clínicos estudiados, constata el desastre terapéutico que la ignorancia de la Falta Básica produce. Así llega a decir que «llamaría al marco analítico clásico una restricción o coacción por acción simbólica por parte del analista». (Balint op cit. pag. 218)

(53) **Guntin, M.** Op. Cit.

(54) **Guntin, M.** Op cit. pag. 64

(55) **Guntin, M.** Op. cit. pag. 64

(56) **Stettbacher, K.** Op. Cit. pag. 155

(57) **Liedloff, J.** *The continuum concept* Arkana-Penguin Group, Usa, 1986. 1ª edición inglesa, 1975.

(58) **Veggeti Finzi, S.** *El niño de la noche* Cátedra, Madrid 1992 (1ª edición Milán 1990)

(59) **Deleuze y Guattari** Op. cit. pag. 34

(60) **Deleuze y Guattari** Op. Cit.

(61) **Muraro, L.** Op. cit.

(62) Op. cit.

(63) **Ibañez, J.** *Del Algoritmo al Sujeto* Siglo XXI. Madrid, 1985. pag. 64

(64) **Ibañez, J.** *Publicidad, la Tercera palabra de Dios* Revista de Occidente num 92 enero 1989

(65) **Deleuze y Guattari** Op. cit. pag. 36

(66) Carlos de Inglaterra no puede decir que cuando se casó siempre pensó simultáneamente las relaciones con su esposa y con su amante, pero sí puede decir que tuvo una relación extra-conyugal «cuando su matrimonio ya estaba roto» sabiendo que esa circunstancia le absuelve. Es decir, que aunque su matrimonio formalmente no estaba disuelto, si la 'pareja' ya no funcionaba, la sociedad ya admite relaciones extraconyugales porque ya puede constituir una nueva pareja. Sirva como ejemplo de lo que venimos diciendo.

(67) **García Calvo, A.** Op. cit.

Capítulo 3

El 4º Mandamiento: el principio de la Autoridad

La transformación de la vida deseante en carencia y en miedo a carecer hace de la criatura, casi inevitablemente, un ser sumiso, gracias a un sutil y constante chantaje cotidiano ejecutado más o menos inconscientemente por los padres. Un ser sumiso en general y un ser sumiso al padre y a la madre, en particular.

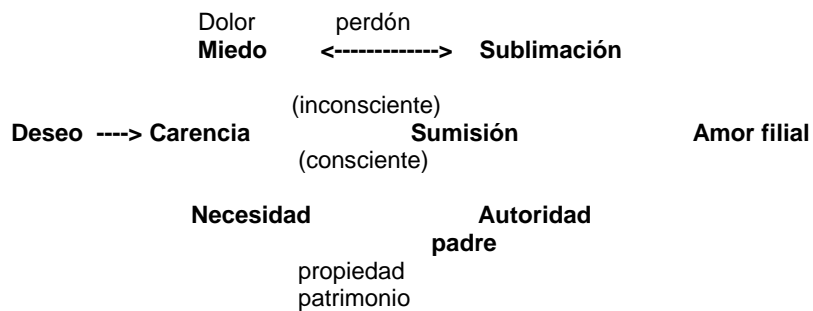
El estado de carencia, pues, está inmediatamente seguido de un estado de sumisión.

«Cuando un recién nacido aprende en una sala de nido que es inútil gritar... está sufriendo ya una experiencia de sumisión». (68)

El parto violento y la separación de la madre inmediatamente después del parto es una cuestión clave, como ahora trataremos de ver, para el asentamiento del principio de Autoridad en el inconsciente colectivo. Pues, tras esa operación, la condición del ser humano cambia, de un ser que desea a un ser que necesita, para aprender enseguida que su supervivencia depende de su obediencia a los mayores que atienden a sus necesidades.

El deseo es el impulso vital, el principio inmanente de la vida (69) de la vida que no se trata de aniquilar sino de domesticar. Al romper el acoplamiento de los flujos y deseos con los que la criatura nace, se produce una carencia y un bloqueo de la producción de los deseos. Esta operación de transmutación del deseo en carencia, miedo y sumisión, ha de pasar necesariamente por una *sublimación*, en menor o mayor grado, de ese deseo, una idealización del deseo para poder soportar la frustración, el miedo, la decepción, la desesperanza y mantener ciega la conciencia ante lo que sucede. No se mata del todo el deseo, se le reprime y se le sublima. Y todo el peso de la frustración se va almacenando en el inconsciente. La sublimación del deseo son los amores espirituales ordenados y el perdón: para amar a quien te reprime y dejarte reprimir por quien supuestamente te ama. *Hay que perdonar para mantener vigente a lo largo de todo el proceso de represión de los padres, la sublimación inicial* (70) (Ver esquema). Este es el punto de partida de la constitución de la identidad, del 'yo': la edipización del inconsciente. Son los cimientos de la sociedad autoritaria, porque el aceptar como principio la propia humillación y la represión, es asumir, en general, el principio de Autoridad.

(Ver Esquema 3 en '**LIBRO IMÁGENES**')



Esquema de la génesis del estado de sumisión y del principio de Autoridad.

El deseo es inmanente a la vida; el principio de Autoridad procede del estado de carencia y de sumisión.

De donde se ve la importancia estratégica de la conversión del deseo en carencia (la única operación que sólo se efectúa en un sentido: por el único sitio por donde se rompe el proceso); y de donde se deduce también la importancia de revisar todas las tácticas, medios y razones empleadas para hacer efectiva dicha conversión.

Dice Murray Boockhin: «Es ciertamente ambiguo que la palabra más antigua que designa la 'libertad' sea *amargi*, expresión sumeria que significa 'retorno a la madre'. Puede tratarse de una regresión, pero también de una referencia a la idea de que la naturaleza era benévola y que la libertad no existía más que en la cuna de la sociedad matricéntrica». (71)

Y dijo también Otto Gross, anarquista y también discípulo rebelde de Freud:

«L'esprit libre qui n'est pas dans l'amour libre, sera toujours conservateur ou corrosif, dieu ou diable, mais jamais Esprit Libre. Nous croyons que la première véritable révolution réunira en un, la Femme, la Liberté et l'Esprit». (72)

No nos podemos imaginar (aunque Stettbacher ya ha empezado a hacerlo) lo que debe ser el paso del estado en el que los deseos se sacian, de bienestar y de satisfacción absoluta, en el que ni siquiera existe el miedo a carecer puesto que no hay ninguna referencia en la psique de que los deseos no puedan saciarse ni de que pueda llegar a faltar aquello que los sacia, al estado en el que se nos niega el cuerpo materno. Y si, como dice Balint, en el comienzo de la vida humana, la interpenetración y la catexia libidinal es más fuerte que en ningún otro momento posterior podemos deducir, aunque no lo recordemos, que el abandono materno en esos momentos nos produce un sufrimiento tremendo.

El hambre, la soledad, la ausencia de contacto físico, el abandono en un momento de máximo deseo y sin el conocimiento o la noción de otras compensaciones, el picor de la piel, cosas hasta ese momento desconocidas para la criatura humana, para las que no había sido preparada ni había desarrollado ningún mecanismo propio de autodefensa —salvo el llanto para pedir ayuda, esa ayuda mutua que de algún modo formaba parte del tejido social humano— aparecen en su vida y dan lugar a dos tipos de sensaciones o sentimientos básicos autodestructivos que caracterizan el estado de sumisión: la humillación y el miedo.

«Las heridas tienen siempre por consecuencia un miedo inconsciente. El miedo se transforma en actitudes individuales de defensa para lograr la supervivencia. Las heridas de la integridad primaria tienen como consecuencia inevitable el sufrimiento...»(73)

El llanto como mecanismo asociado a la supervivencia, a pesar de que sus timbres denotan inequívocamente dolor, desesperación y angustia, no conmueve a la madre ni a ningún adulto. Porque la madre y los adultos mujeres y hombres, ya se han hecho, en general, insensibles a los sufrimientos de las criaturas: entre otras cosas, reconocer ese sufrimiento supondría reconocer el estado de carencia y el propio dolor primario, y no es muy frecuente encontrar gente adulta en condiciones de hacerlo.

Primero se nos ha enseñado a no reconocer el sufrimiento (si un bebé llora es para hacer pulmones, etc.), después a justificarlo (si no le obligo no come, si no le castigo no aprende); y, finalmente, a aceptarlo como algo 'natural' e inevitable. Este es el Valle de Lágrimas, el Paraíso no es de este mundo, «mañana, cadáveres, gozaréis»... (74) La insensibilidad se va forjando de la mano de la resignación y de la propia sumisión (decimos: «si me castigaban era por mi propio bien» —en general todos los adultos/as piensan que sus padres les hicieron un gran favor al reprimirles—), hasta el punto de poder presenciar e infligir sufrimientos sin afectación emocional alguna («tienen por eso no lloran/de plomo las calaveras», decía otro poeta). En nuestro mundo la definición de un hombre adulto o una mujer adulta —quizá su definición más verdadera— sería «el que o la que es insensible a los sufrimientos de las criaturas». Este sufrimiento es el producto directo de la represión ejercida por el Poder, y es a la vez la materia prima que lo constituye.

La criatura no tiene noción del tiempo ni de la espera. El abandono es vivido como la pura negación de la vida, como un océano de males sin esperanza.

En estas condiciones, las gotas de cariño que le otorga la madre son como la gota de agua en el desierto, en medio de la sed absoluta, de la falta absoluta del cuerpo materno. La criatura aprende a vivir humillada en un mundo en donde impera el miedo y la carencia. De ahí el por qué la sublimación arraiga con tanta fuerza. Tiene que neutralizar el dolor de la herida y la angustia del miedo, y detener la fuerza del deseo; formarse, en fin, una conciencia en la que no quepa el recuerdo de lo ocurrido.

A lo largo de las horas y de los días se va realizando el chantaje, entre la carencia y el miedo a carecer, que va constituyendo y socializando a la criatura como ser

humillado (¡la virtud de la humildad que tanto nos han inculcado, qué trampa más gorda!), va forjando el 'yo' sumiso. La sumisión es aceptar que lo que deseamos no cuenta y que lo que cuenta es lo que manda la autoridad, esto es, ignorar lo que deseamos, aceptar la Autoridad, cambiar el 'yo' primario por el 'yo' edípico. Cada vez está más lejos ese 'yo' primario formado al percibir las sensaciones y sentimientos que producían bienestar, y que inducía a la criatura a moverse según sus deseos.

La sumisión es un aspecto básico e imprescindible del Edipo. Y esto es lo que el psicoanálisis encubre con todos los rollos sobre 'la diferenciación sexual' y las identificaciones con uno y otro sexo, etc. etc. Si la formación del 'yo', si la adaptación psíquica al Sistema genera con frecuencia problemas psicológicos, es porque esa adaptación es ante todo una *represión* de la máquina deseante. Si el Edipo fuera consustancial a la condición humana etc. etc., si no fuera una maniobra represiva de bestial envergadura, no sería tan difícil de 'superar'. Edipo no es un proceso inevitable de la condición humana camino de su identificación sexual sino la represión de la máquina deseante pura y llanamente. La transmutación de la relación erótico-vital, de tu a tu entre madre y criatura en la relación de Sumisión y Autoridad (75)

Esta operación tan bestial de eliminar por sistema el acoplamiento de los deseos y bloquear el crecimiento erótico de la criatura, ha requerido milenios de aplicación de la Ley, apoyada por los castigos y las representaciones simbólicas, mitológicas, religiosas y, desde luego por la interiorización de Tabúes.

Es la Ley de la sumisión a los Padres que está reiteradamente presente en todas las sociedades sin excepción, a lo largo de los siglos de Historia hasta los Mandamientos y el Código Penal actuales, a pesar de que ya hoy forma parte del Sistema inconsciente de reproducción humana. Que no por ser hoy inconsciente es menos lesivo ni menos cruel. (76)

Llevamos un par de siglos de movimientos de liberación obrera, 'antiimperialista', abolicionista, feminista, etc. Vivimos en una sociedad escindida en sexos, en clases, en razas, en países pobres y países 'desarrollados', etc. Sin embargo, el primer mandamiento de la Ley no ordena ni que el esclavo obedezca al amo, ni la mujer al varón, ni que los pueblos conquistados deban sumisión al conquistador: esto no figura en los Mandamientos de la Ley de Dios *porque todo está ya contenido en la sumisión de las criaturas a los padres, en el reconocimiento por parte de las criaturas de la Autoridad de los Padres*. Toda la sociedad obedece a lo que genéricamente se llama Ley del 'Padre' que debe su existencia a la constitución de los hijos/as como tales -el Poder se hace del sufrimiento de los/as sometidos/as. Un hijo se constituye como tal rompiendo el vínculo con la madre entrañable y transmutando el acoplamiento de los deseos en sumisión al Señor que la madre le presenta como Padre. Es decir, el 4º Mandamiento ordena también y contiene la derrota de la madre entrañable que en su derrota pacta con el varón adulto la represión sistemática y ordenada de las criaturas; la mujer ha sido previamente edipizada y constituida en vértice del triángulo donde se cierra y encierra a su hijo/a. La mujer está lista para convertirse en Señora, aceptar el poder vicario del Señor y aceptar y comprometerse a criar a su hijo/a en cautiverio (77) a domesticar y

educar a su criatura y entregarla para ser heredero o esclavo, capitalista o fuerza de trabajo.

El padre por definición es la sumisión de la criatura; el sufrimiento de ésta, su Poder. El padre se constituye por la conversión de la criatura en hijo. Cuando nos constituimos en vértice del triángulo edípico, en hijos o hijas, aceptamos el principio de Autoridad de todo el régimen social. Por eso la mitología, los referentes simbólicos hubieron de transformar a Dios no sólo en Dios-Padre, sino también en Dios-Hijo-que-obedece-al-Padre hasta la muerte, el Hijo en el que el Padre se complace y por el que existe. Pues como dice Julio Rico (78) «a quién realmente salvó (Jesús) fue a su Padre, al satisfacer las necesidades de respeto autoritario...» *Cada criatura cubre la necesidad edípica del adulto de ser obedecido y reconocido como autoridad*: así, cada hijo 'salva' a su padre, y a su vez el hijo será constituido en padre y 'salvado' por sus propios hijos unos años después. La 'Ley del Padre' (la Ley de la Autoridad) es también la 'Ley del Hijo' (la Ley de la Sumisión). Es la misma Ley según se observe su aplicación, de arriba a abajo o de abajo a arriba.

El 1º, 2º, y 3º Mandamiento judeo-cristiano configuran el marco general mitológico —la aceptación de Dios como representación de la sublimación de la represión general—, y el que figura en 4º lugar es el primero que regula las relaciones humanas de facto: *es el mandato explícito de sumisión de las criaturas* que lleva implícito, además de la misma institución del Matrimonio, todos los otros logros del sistema: 1º) la misma constitución de las criaturas en hijos o en hijas, 2º) la sumisión de la mujer al Padre pues sin la conversión de la mujer en madre patriarcal no habría sumisión de las criaturas al padre, no existiría el padre; 3º) la aceptación de la represión y el perdón (olvidar el daño de la represión) 4º) la obligación de trabajar lo que haga falta para el Padre o para quien el Padre ordene; 5º) no rebelarse, no mostrar ira, no mostrar inconformidad, obedecer con gusto y creer que la represión es un bien, sacrificando la conciencia -sacrificando la vida- para no lesionar el bienestar y el equilibrio emocional de los padres, pues es su condición la de complacerse en los hijos/as, recibir honra y respeto de ellos y de ellas. 6º) Por último, amar espiritualmente a los padres.

Como decía Aristóteles, esto se convierte en el orden 'natural' de las cosas.

La sumisión de todos y todas al colectivo hegemónico de varones unidos por el pacto patriarcal queda sellado en este Mandamiento; por este pacto entre padres se garantiza la triangulación edípica de cada criatura y se asegura la sublimación de la represión primera en la Autoridad paterna. Así es como se cumple el máximo precepto de la Ley: las criaturas para ser sociales necesitan tener un padre (79). Así llegamos a la estructuración psíquica y social de la criatura para la sumisión general, porque *el respeto de cada criatura a la Ley en general depende del arraigo de la sublimación de la herida primaria* y su transformación en amor filial (80). Por eso genéricamente la Ley del sistema entero se llama 'Ley del Padre', y la constitución de las criaturas humanas en Hijos e Hijas garantiza la constitución de la sociedad patriarcal.

Ahora bien, ¿cómo es que las criaturas llenas de vida aceptan la represión y caen en el estado de sumisión? ¿cómo es que no se rebelan? ¿no son inteligentes? ¿no se dan cuenta de lo que sucede? ¿no rebosan vitalidad?

Hay dos mecánicas de funcionamiento, mutuamente entrelazadas y en equilibrio dinámico y compensatorio, de manera que cuando una no funciona bien, la otra pone sus motores a mayor potencia. Según sopla el viento, se despliegan unas u otras velas. Según si es cuesta arriba o cuesta abajo, metes una u otra marcha en el coche. Se trata de que en cualquier caso siempre funcione y nunca deje de funcionar.

De las dos mecánicas que decíamos una es muy simple y otra muy elaborada y sofisticada, elástica, flexible, muy pulida y ajustada. La simple es hacer funcionar el sistema -y cada sujeto- por la fuerza exterior, por la violencia represiva. La otra, la elaborada, es la manipulación de los inconscientes, la edipización. La sumisión en general se debe hoy en día, ante todo, y antes de que el Sistema de Mentiras, Silencios y Opacidades nuble la capacidad cognoscitiva y racional de las criaturas, a la manipulación de la herida primaria y del miedo inconsciente desde los inicios de sus vidas. *Antes de privar a las criaturas de su conciencia, hay que privarlas de sus deseos.*

En sus orígenes, la sociedad patriarcal, sin duda, se puso en marcha de la forma más simple, por la represión exterior directa: al hijo que no obedece se le mata (81) o se le corta una mano (82), se lapidan y se matan a las mujeres adúlteras etc. Hasta fechas recientes (2000 años) el *pater familias* tenía derecho de vida y de muerte sobre los/as hijos/as, y en el mismo momento de su nacimiento decidía si había de vivir o no o si debía ser abandonado/a. Incluso en la actualidad 'faltan' en China 30 millones de mujeres que fueron eliminadas al nacer (83). Este es un dato que hoy sabemos, pero podemos suponer que hay muchos más que ignoramos. El cristianismo supuso un reforzamiento de los mecanismos inconscientes de sumisión, pues incorpora a la civilización un nuevo cauce de sublimación. Como dice J. Rico: «la obediencia hasta la muerte de Jesús es la otra cara de la pena de muerte al hijo rebelde». (84) Pero la forma simple de represión seguirá existiendo, pues las edipizaciones no pueden a veces contener del todo la vida deseante y además con frecuencia son más defectuosas de lo que debieran, las familias no están lo suficientemente bien constituidas y hay a menudo demasiada rebeldía, incluso en los tiempos modernos, y a pesar del sofisticado apoyo aportado por la psicología, la pedagogía, la pediatría, etc. La violencia y los malos tratos a la infancia y a las mujeres siguen siendo necesarios: a las criaturas se les dan bofetadas, se les queman cigarrillos en la piel, se les ata, se les dan palizas (85), se les mata (86), se les viola, se les castiga o se les mete en un correccional o en un internado. El filicidio, aunque no figure en el Diccionario de la Lengua, es el más antiguo oficio de la Humanidad: una prostituta, antes que prostituta fué una niña maltratada.

La otra mecánica descansa en la edipización de la que venimos hablando, en la sublimación de la represión que consiste en creer que nos reprimen por nuestro bien: porque nuestros deseos carecen de importancia, porque no conducen a nada bueno, o, simplemente, porque son en sí mismos algo malo; siempre, por eso, las criaturas huyendo de los sentimientos de culpabilidad y los mayores repitiéndonos que somos egoístas; así llegamos al punto en el que *de hecho* nuestros deseos no cuentan para nada (entonces todavía lloramos y cogemos pataletas), y luego al estado en el que ni siquiera los percibimos ni percibimos su represión (cuando dejamos de llorar y llegamos al uso de la razón patriarcal). Esta es la mecánica que

hace que la sumisión funcione inconscientemente, sin que las criaturas tan siquiera seamos conscientes del estado de sumisión. Cuanto más funcione el 4º Mandamiento inconscientemente, menos represión exterior habrá que aplicar para mantener la Autoridad. Seguramente desde el principio ya se vio que se podían lograr mejores resultados en la dominación de las criaturas por la vía 'blanda' que por la 'dura' (lo que A. Miller llama 'pedagogía 'blanca' o pedagogía 'negra') y la mecánica de la manipulación de los inconscientes debe estar presente también desde los orígenes. Aunque, bien es verdad, que con formas muy rudimentarias. Si Moisés o Aristóteles levantaran la cabeza se asombrarían de la autodisciplina, de la capacidad de autorepresión de los seres humanos y de la eficacia de los medios de formación de masas (87).

Para lograr que la sumisión funcione inconscientemente en primer lugar se trata, como ya hemos dicho, no sólo de que la criatura humana 'obedezca', 'no agreda', 'respete' y 'honre' a sus padres, sino que les 'ame' (ver al respecto la evolución en los catecismos de la formulación del 4º Mandamiento), que acepte la represión como un bien propio y que *sublime* sus deseos y los transforme en 'amor filial', es decir en un sentimiento espiritual ajeno al deseo:

«Aprender la separación entre los besos, apalpones o refriegues lícitos, consentidos y aun promocionados en el seno de la Familia, y aquellos otros que caen bajo la prohibición (barrera de orden ideal, pues malamente puede referirse a la calidad de los gestos mismos, sino a la carga intencional que se les supone) es la propedéutica para reconocer, en la sociedad adulta, la oposición entre 'Amor' y 'Sexo', fundamental para su constitución y para que los peligros del amor se sigan conjurando en ella». (88)

Al aprender este 'amor filial' aséptico, la criatura aprende que su deseo no cuenta, que su voluntad tiene ir contra su deseo, y que tiene que sacrificar su bienestar a lo que los padres esperan de ella. Una vez controlada la producción deseante -y la sexualidad infantil- se trata de controlar los sentimientos a través del establecimiento de un férreo control de la inteligencia, de tal manera que los sentimientos se conformen a las ideas que sobre ellos nos suministran; es decir, lo que debe ser el 'amor maternal', el 'amor filial', el amor fraternal' etc. (89). Así se instaura un control de lo que se debe saber y pensar, y de lo que no se debe saber ni pensar. Lo que no debe saberse, a ser posible, se silencia, no se nombra, incluso si es posible, se deja sin nombre, en el caos de lo indefinido, para que ni se sepa ni se piense en ello. A tal fin se levanta una cortina de humo: el tabú organizado con un sustrato simbólico, mitológico, religioso... Si el silencio no es posible, entonces simplemente se prohíbe —todo lo indirectamente que se pueda— y se califica moralmente como 'malo' para que la conciencia lo perciba como tal y lo rechace. Esto es lo que sucede con las leyes que definen lo que es malo. Y viceversa, lo que la conciencia podría percibir como malo, como sufrimientos inútiles e innecesarios que las Autoridades mandan, se califica moralmente como bueno para que el 'yo' lo acepte y obedezca por voluntad propia, sin coacción física exterior. Ya casi no sabemos nada de aquel 'yo' primario que describía Stettbacher, que calificaba las sensaciones y los sentimientos placenteros como buenos, y que no pudo crecer en un mundo en el que el único modo de supervivencia es la aceptación de la represión. Entonces, para que la criatura crea que lo que le reprime y lo que le ordenan desde arriba es bueno y que lo que le viene de abajo y desea es malo, una

parte del consciente y del inconsciente se constituyen en 'conciencia moral' con el apoyo de los mitos y de los tabúes que a su vez se apoyan en los miedos originados en el abandono primario y los manipulan. Pues si tan fácilmente aceptamos la definición del bien y del mal de la Ley es porque tenemos miedo a enfrentarnos con la verdad del desamor y de la represión primaria. Así neutralizamos la capacidad racional y cognoscitiva, las emociones, la cólera y los otros mecanismos de supervivencia de la criatura humana.

Con la constitución moral del 'yo' (o conciencia moral) el árbol de la ciencia del bien y del mal se hace inaccesible: se logra que para la conciencia lo bueno parezca malo y lo malo bueno (90); y se logra uno de los principales objetivos de la Ley: *mantener vigente la sublimación inicial a lo largo de todo el proceso de represión* y evitar el desgaste del poder de los Padres; que a pesar de la represión, de los malos tratos físicos y psíquicos prevalezca el amor filial, que los hijos sigan queriendo a los padres. Pues si el amor filial no resiste y se quiebra ante malos tratos demasiado evidentes o excesivos, la sumisión por lo menos interior se quebraría y se produciría la inadecuación, la rebelión y la consiguiente amenaza al orden.

Si los hijos/as dejan de querer a los padres, se rompe el Sistema, el mecanismo de reproducción de las generaciones sumisas.

Vamos a detenernos un poco en este punto del *refoulement* del daño recibido y de su sublimación.

El daño de la represión no es sólo un daño físico. El daño físico es la parte más superficial de la herida primaria, de la humillación de la criatura al sentirse rechazada, expulsada de su lugar. Además de las cicatrices de los cigarrillos quemados en la piel, de las clitoridectomías, etc. tenemos la enorme herida del alma: la falta básica. Podemos reconocer que nuestros padres nos daban palizas mucho antes que reconocer que no nos querían, y muchísimo antes que reconocer el sufrimiento producido por su desamor. La resistencia a traer a la conciencia esta verdad es mucho más poderosa de lo que nos podemos imaginar. Es como si nos fuese la vida en ello; y así es en cierto modo, pues psíquicamente nos hicieron así. Se han inventado todo tipo de teorías justificativas del comportamiento adulto para poner la verdad de la infancia fuera del alcance de la conciencia. Amparándose en actitudes supuestamente anti-dogmáticas (la verdad no es accesible), supuestamente humanitarias (hay que perdonar), supuestamente científicas (hay que evitar la demagogia lacrimógena), etc. Apoyándose en el hecho de que nos resulta intolerable aceptar el propio sufrimiento como criaturas y que preferimos olvidarlo, se evita la toma de conciencia de la verdad de la represión en la infancia, y por esta inconsciencia se consagra la condición humana sumisa e insensible al sufrimiento de las criaturas. Tenemos, por eso apenas lloramos, de plomo las calaveras, el corazón y las tripas, y una tensa rigidez muscular que nos sirve de coraza. Le debemos mucho a Alice Miller y a Konrad Stettbacher por la denuncia del proceso inconsciente de aceptación del principio de Autoridad (4º Mandamiento) y por el duro combate que la primera está librando para derribar el muro de silencio y contra el status quo académico, y en general vigente, sobre la infancia.

También hay una correlación entre la agresividad destructiva acumulada por la continua frustración y represión, y la sublimación filial (Alice Miller). Si la

sublimación filial funciona, la agresividad no se vuelve contra los padres, ni contra la Autoridad sino, contra uno/a mismo/a (autodestructividad), y/o contra los propios hijos/as según ordena el Sistema, o contra el exterior de manera sesgada (sadismo, fascismo, criminalidad). A este importante tema le dedicamos un capítulo en la segunda parte de este libro.

Horckheimer (91) señala que una de las conclusiones del trabajo de T.W. Adorno y otros sobre la personalidad autoritaria en EEUU (92), era que "las personas de mentalidad fascista" idealizaban invariablemente de forma muy notoria a sus padres. Nada de extrañar, puesto que, cuanto más represión hayamos recibido, más tenemos que sublimar al padre y más se nos tiene que arraigar el principio de Autoridad; y por otro lado, si el padre representa la Autoridad, cuanto más autoritarios somos tanto más tenemos que idealizar lo que para cada 'yo' es la representación misma de la Autoridad.

Una vez más nos referimos a aquello en lo que el *Anti-Edipo* insiste tanto. Casi nunca se manda o se prohíbe directa o explícitamente lo que se quiere mandar o prohibir. Lo que ordena el 4º Mandamiento no es 'honrar' o 'amar' a los padres sino perdonarles y obedecerles, es decir, *consentir a los procesos edípicos de olvido, sublimación y sumisión a los padres*. Lo prohibido es cuestionar a los padres, cuestionar el principio de Autoridad.

Como dice Stettbacher (93), «cuando se haya adquirido el derecho de amar lo que verdaderamente es amable...» se habrá abolido el 4º Mandamiento.

Hemos empezado a esbozar en la Iª parte de este libro el Abandono de las Criaturas al que nos dedicaremos por completo en la segunda parte del libro porque nos parecía imprescindible introducir el 4º Mandamiento ya aquí para entender la envergadura social y psíquica de la destrucción de la sexualidad femenina y la transformación de la madre entrañable en madre patriarcal.

Finalmente, queremos decir que el 4º Mandamiento constituye el engranaje entre la autorepresión (*refoulement*) de los deseos y la represión general de la sociedad, pues el estado de dominación de unas clases sobre otras y la sumisión de cada sujeto a la autoridad, no se pueden explicar sólo por la represión general y por los sistemas de mentiras dirigidos a las masas.

NOTAS

(68) **Odent, M.** Op. cit. pag. 54

(69) **Deleuze y Guattari** Op.cit. pag. 14

(70) **Miller, A.:** - *Por tu propio bien - raíces de la violencia en la educación del niño* Tusquets, Barcelona 1985 (1ª edición en alemán: Franckfurt 1980). - *L'Enfant sous terreur - L'ignorance de l'adulte et son prix* Aubier, Paris 1986 (1ª edición: Franckfurt, 1981). - *El saber proscrito* Tusquets, Barcelona 1990 (1ª alemana: Franckfurt 1988). -

La llave perdida Tusquets, Barcelona 1991 (1ª edición alemana: Franckfurt 1988) - *Abattre le mur du silence - pour rejoindre l'enfant qui attend* Aubier, Paris 1991 (1ª edición en alemán: Hamburgo 1990). La traducción de los textos en francés que se citan es nuestra.

De ahora en adelante, citaremos sólo el título del libro de Miller.

(71) **Bookchin, M.** *Une société à refaire* Ed. ACL. pag. 96

(72) **Gross, Otto** (1913) citado en *Otto Gross: une tragédie de la Modernité* de Gabriel, N. y Auzias, C. en **IRL (Informations et Reflexions Libertaires)** nº 84, febrero-marzo 1990 pgs 11-21.

(73) **Stettbacher, K.** Op. cit. pag. 45

(74) **Legendre, P.** *Jouir du pouvoir* Minuit, 1976.

(75) **Moreno, A.** Carta citada, 1989

(76) **Miller, A.** *Por tu propio bien*

(77) **Guntin, M.** Op.cit.

(78) **Rico, J.** *El amor de Dios. Contribución a la crítica de la economía amorosa* Donostia, 1992. Inédito. Pag. 35.

(79) «Cuando no se tiene un buen padre, hay que hacerse con uno»: **Nietzsche F.** *Humano, demasiado humano* EDAF, Madrid, 1984 (1ª edición en alemán: 1878). Pag. 231.

(80) Por eso el caso típico del delincuente huérfano de clase social baja, sin acceso a unas funciones parentales sustitutorias: las sublimaciones de la represión general no están articuladas con una sublimación primaria bien arraigada en el inconsciente y en el 'yo' del huérfano o de la huérfana. Nadie duda de que la familia es la base de esta sociedad.

(81) **Exodo (21,17)** y **San Mateo (15,4)** (*La Sagrada Biblia* Editorial Católica, Madrid 1963)

- (82) **Código de Hammurabi** Tecnos, Madrid 1986
- (83) **Horacio Sanz Guerrero** *La Vanguardia Magazine* 1.3.92
- (84) Op. cit. pag. 18
- (85) En *Integral* 15 (495), se recogía la cifra dada en un Congreso de Enfermería, de medio millón de niños/as asistidos en centros hospitalarios al año por malos tratos
- (86) *Diario 16*, 14.11.89 pag 15: «Cada año mueron en España 4.000 niños debido a los malos tratos que reciben». En la II parte dedicaremos un capítulo a los malos tratos en la infancia.
- (87) Término acuñado por Agustín García Calvo para denominar a los llamados medios de comunicación.
- (88) **García Calvo, A.** *Familia: la idea y los sentimientos* pag 25.
- (89) **García Calvo, A.** *Familia: la idea y los sentimientos*
- (90) Sólo los poetas -a veces- expresaban esta transformación de lo bueno en malo, como el «¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas!» de Garcilaso; o los gritos de angustia de Cernuda que clamaba por el lugar «donde habite el olvido, o donde el deseo no exista».
- (91) **Horkheimer, M.** *La familia y el autoritarismo* en *La Familia* de Fromm, Horkheimer, Parsons Península, Barcelona 1986 (pag. 187)
- (92) **Adorno, T.W.; Frenkel-Brunswik, E.; Levinson, D.J. et al.** *The authoritarian personality* W.W. Norton & Co., New York 1993 (1ª edición inglesa, New York 1969).
- (93) **Stettbacher, K.** Op. cit.

Capítulo 4

«Ya no existe la distinción hombre-naturaleza ... Hombre y naturaleza no son como dos términos uno frente al otro ... Son una misma y única realidad esencial del productor y del producto. *La producción como proceso desborda todas las categorías ideales y forma un ciclo que remite al deseo en tanto que principio inmanente*» (94)

La inteligencia al servicio de la represión de los deseos y del orden patriarcal

Cuando constatamos el hecho de que la mujer tiene estados sexuales distintos, que el deseo o instinto sexual de la mujer tiene diversas orientaciones, que este instinto tiene una comprobación fisiológica y orgánica, y que responde a descargas hormonales muy precisas, *no es para contraponer la naturaleza a nuestras normas culturales sobre el amor sexual, sino para intentar ver el tratamiento selectivo que la cultura patriarcal ha dado a los instintos sexuales y a los deseos, y las consecuencias de ese tratamiento selectivo en la vida humana.*

No estamos desarrollando aquí una nueva versión del Buen Salvaje roussoniano, sino sólo negando la teoría del Salvaje Malo, o de las criaturas malas, que es totalmente distinto. No es un pequeño matiz de la cuestión sino una importante diferencia que con frecuencia se quiere pasar por alto —que el discurso racionalista patriarcal pasa por alto continuamente—. La trampa está en el salto sin sentido ni lógica alguna de la negación del 'Buen Salvaje' a la afirmación del Salvaje Malo, como si de la negación de lo primero se derivase automáticamente lo segundo, y viceversa; de tal manera que, cuando cuestionamos alguna de las muchas fórmulas en las que se ha expresado la maldad y el egocentrismo innatos de las criaturas humanas, que es la justificación corriente del sistema represivo y de toda la sociedad autoritaria, automáticamente se etiqueta como una defensa del Buen Salvaje roussoniano. De este modo se consigue dar por sentada la ineluctabilidad de la represión para una socialización humana. Por eso es preciso salir al paso de semejante sofística y dejar claro que cuando hablamos de los *orígenes humanos* no es para defender la 'naturaleza' frente a la 'cultura', sino para demostrar que ésta es un tipo de cultura *represiva* y un tipo de sociedad *autoritaria jerarquizada*, que no están determinadas ni justificadas por una supuesta 'naturaleza' perversa o una malignidad innata de los salvajes sin civilizar o de las criaturas antes de ser educadas. Sencillamente, que el Pecado Original es un invento, que ni la condición humana es inevitablemente patriarcal ni la sociedad tiene que ser necesariamente represiva. Si los salvajes y las criaturas sin educar amenazan a la sociedad es porque la sociedad es patriarcal y represora. Su inocencia e ingenuidad que les hace creerse todo los cuentos y dejarse domesticar, prueban la ausencia de maldad en ellos.

Es frecuente encontrar este truco en los discursos académicos para deformar la percepción de lo que ocurre: contraponer Cultura a Naturaleza, cuando lo que hacen de hecho es oponer la Cultura Patriarcal a la utopía, a otra cosa que pudiera ser y que ni siquiera debemos imaginarnos que puede ser y que puede haber otro modo de convivencia humana; por eso dicen que la única alternativa a su Cultura es el retorno a la Naturaleza, al 'salvajismo'. Es decir, se trata de oponer la Cultura *Patriarcal* a la posibilidad de un modo de convivencia humano no patriarcal.

Más adelante veremos la conexión que tiene esta intencionada confusión con la creación del Padre, que será quien nos dé el ser social, la parte 'humana' frente a la madre que nos dá tan sólo la parte animal, salvaje, fuente de todas las perversiones. *La teoría del Salvaje Malo es la justificación del principio de autoridad*, y esto tendrían que verlo quienes se consideran anti-

autoritarios y no seguir echando leña a las justificaciones académicas de esa teoría, so protexto de no incurrir en un idealismo roussoniano.

Siempre se ha utilizado una supuesta descomposición de la criatura humana en alma y cuerpo, con el fin de facilitar su control: se ha dicho, tanto antes como después del descubrimiento del inconsciente, que el ser humano es el resultado de infundir un alma al cuerpo animal (nuestra literatura patriarcal está plagada de leyendas, mitos y teorías, que ofrecen otras tantas versiones sobre cómo se realiza esta 'humanización'); y es este 'alma' infundida la que da a la criatura animal las facultades de 'memoria, inteligencia y voluntad'. De modo que se puede infligir a la criatura, y sobre todo hacerse autoinflingir, todo tipo de represiones y censuras en nombre de su humanización, de su supuesta parte superior, el alma 'racional' humana que debe dominar y someter a su parte inferior, las bajezas del 'cuerpo'.

Esto no es sino otra estratagema para conjurar los deseos prohibidos que se puedan filtrar contra el orden establecido. Pues hoy todavía, cuando las mujeres hablamos de cosas de nuestros cuerpos que percibimos, que no corresponden con lo que nos han enseñado que debe ser y nos sorprenden, se nos corta diciendo que no somos animales y que somos racionales; que eso es hacer 'naturalismo' o 'biologismo' y no tener en cuenta nuestra dimensión inteligente humana; como si reconocer nuestra corporeidad, el sexo y todo lo que se nos oculta de nuestra condición fuese equivalente a reconocernos animales. Así pretenden que, para no ser 'animales' y ser 'racionales' como los hombres ahogemos toda la fuerza vital de nuestras entrañas.

Además, como lo prohibido, en este caso jamás ha sido nombrado (como decía Groddeck, («la voluptuosidad femenina jamás definida»)) es muy fácil hacer que se identifique con 'lo animal', como lo inferior y lo no humano. Recordemos que sólo lo que tiene nombre se considera humano; lo que se silencia, o no existe o pertenece al mundo animal o al caos. Por eso a Dios, la representación del Poder y de la Autoridad, la sublimación de la represión patriarcal, se le llama también el Verbo.

No, nuestro cuerpo no es un cuerpo animal, precisamente es un cuerpo humano inteligente que piensa, siente y desea, y al que a veces no le resulta fácil llevar pensamientos, sentimientos y deseos cada cual por separado como está ordenado que hagamos; que, al contrario, a veces se nos ocurre que inteligencia y placer pueden andar de la mano y que el principio del placer no tendría por qué sacrificarse a semejante realidad; y por tanto, que potencialmente somos capaces de producir una racionalidad coherente con los deseos, con el principio del placer, a favor de la vida, es decir, una racionalidad no patriarcal: «El cerebro recogido/volviéndose vientre» (Gioconda Belli).

La racionalidad patriarcal aplica la razón y la lógica a partir de unos supuestos intangibles, sagrados, de unos tabúes incuestionables (el tabú del incesto —léase la prohibición de la sexualidad materno-infantil—, el 4º mandamiento —léase la obligación de perdonar y olvidar la represión infligida por los padres—, el complejo de Edipo —que resume los dos anteriores—, la pareja heterosexual monogámica, la estratificación social en castas, la reproducción social de patrimonios y herederos, el racismo, la misoginia, la necesidad de la violencia y de la jerarquía, del Estado, el Capital, la economía de mercado, etc. etc.), y establece que antes de todo esto, que antes de la Ley del Padre no había más que el mundo animal. Ahora, eso sí, a partir de ahí no sólo te dejan razonar sino que te obligan a razonar pues, de otro modo, podrías ocupar la mente en pensar sobre las emociones, la rabia, las pulsiones del placer, y se te podría ocurrir salirte de las normas y promover la alteración del orden. *La producción constante del razonamiento patriarcal y, en el caso de las mujeres, la reducción de los sentimientos y deseos a una categoría animal, son condiciones imprescindibles para el mantenimiento de la represión interior —el refoulement—* : la razón discrimina los sentimientos nombrándolos o silenciándolos y los sentimientos ordenados ordenan a su vez la desaparición de los deseos;

en otras palabras, la cabeza controla el corazón y ambos la producción de los estremecimientos del vientre. Pero lo que no pueden controlar son los estremecimientos mismos una vez que se desencadenan, por eso, en muchos casos, se trata de impedir que nunca se lleguen a producir, porque después, entra la pasión porque se repita aquel estremecimiento, y la pasión es bastante más difícil de controlar que la ignorancia.

La razón patriarcal 'educa' la inteligencia, la acostumbra a razonar dentro de los límites establecidos y definidos como 'lo humano' impidiendo que la inteligencia reconozca las emociones, los sentimientos, la rabia y los deseos que cuestionen el orden familiar y social; impide que el mismo sistema de represión sea descubierto y que se pueda empezar a razonar de otro modo; por tanto, no somos 'irracionales' ni renunciamos a nuestra inteligencia cuando indagamos en los deseos que emanan de nuestras entrañas, de nuestras 'bajezas' corporales. Sería más propio calificar de irracionales o de desaprovechar su inteligencia a los que se limitan a razonar dentro de lo autorizado conforme a lo definido por la Ley y quieren impedir que razonemos más allá de los límites permitidos; los que quieren evitar a toda costa que cuestionemos los tabúes y las instituciones que ocultan la condición de la mujer y de sus criaturas.

Se puede hacer funcionar la inteligencia de dos maneras: una es como persona bien educada, respetuosa con el orden y con lo ya definido, que funciona sólo a partir de y hasta los límites que marca ese orden, y que permanece impermeable a aquellos sentimientos, deseos y pulsiones que rompen los límites y no encajan en las definiciones; esto, sin duda, es inteligencia, y hemos conocido a hombres inteligentísimos, sensibles a las artes, las ciencias y las letras, con una capacidad crítica y de análisis admirables; que llegan a decir cosas originales, etc. etc. pero que no se ponen en contra del discurso patriarcal. Toda su inteligencia discurre por los campos del Señor.

En su triángulo edípico bien constituido, ejerciendo el poder que les corresponde y el miedo bloqueando el acceso a la verdad.

La inteligencia no es un don absoluto situado más allá de la sociedad patriarcal. Pero también ocurre alguna vez que se pone a funcionar de la otra manera, contra el orden patriarcal, cuando es empujada con suficiente fuerza por la vida misma: por la rabia, las emociones y los deseos... venciendo el miedo inconsciente. Esto sucede cuando se comprime la vida en demasía y esta rugie como un volcán y hace de tripas corazón y de corazón cabeza; entonces puede empezar a funcionar en contra del orden establecido y de forma respetuosa con la vida y con los deseos de abajo; es la inteligencia que no sólo no niega los sentimientos prohibidos sino que además admite la existencia de sentimientos y deseos indefinidos; que admite las emociones y la rabia que surgen de la represión y que van en contra del orden; que vence el miedo y se atreve a afrontar la verdad; es decir, la inteligencia que conduce *racionalmente* a la insumisión y a continuas y sucesivas redefiniciones de lo definido, a la lucha revolucionaria contra la explotación y la opresión, contra el sufrimiento de las criaturas y contra el orden familiar establecido; la inteligencia dedicada a la búsqueda del bienestar y del placer; la inteligencia para gozar de la fraternidad entrañable para tramar la solidaridad y el apoyo mutuo; la inteligencia que no se cierra a la utopía, es decir, que admite que puede haber otra racionalidad, otra forma de convivencia humana, otra civilización; que por eso se atreve a preguntarse el por qué de los tabúes, a romper lo sagrado, a indagar el para qué de los mandamientos: que desgarran su 'yo', su identificación triangular y su integración familiar y social. La inteligencia que acompaña aquellos versos del poeta:

«Tus pies sobre la tierra antes no hollada,
Tus ojos frente a lo antes nunca visto»

Y a los que podríamos añadir: «Tu vientre, ante las sensaciones nunca definidas»

Está demostrado que la inteligencia se educa para seguir 'el principio de realidad' (la Ley del Padre) y no para seguir el 'el principio del placer'; de hecho así es como funciona, como se utiliza en contra de los deseos y de la vida, y/o para sofocar la rabia y la indignación que espontáneamente tanta represión nos produce; hemos demostrado que podemos llegar a inhibir, e incluso a dejar almacenados de por vida en el inconsciente, algunos o todos nuestros deseos o instintos sexuales.

Es nuestra civilización patriarcal levantada en base a tabúes, mandamientos y mentiras que ocultan nuestras coordenadas vitales, y organizada sobre UNA SELECTIVA represión sexual. Aunque es el único modo humano de convivencia que conocemos, y aunque no tuviéramos pruebas —que las tenemos a montones— de otros posibles, sería totalmente irracional creer que es el único posible.

Es decir, que los verdaderos animales son todos los inteligentísimos señores que permanecen impassibles ante el sufrimiento humano, y que no utilizan su inteligencia más allá del nivel de lo que ya ha sido dicho; porque son tales los sufrimientos de las criaturas en esta sociedad que, aunque sólo fuese por eso habría que intentar preguntarse el por qué se discriminan y excluyen una determinada clase de deseos, y probar a hacer las cosas de otro modo.

Pues, ¿qué civilización es la que se trata de justificar? ¿Es que es tan maravillosa? ¿Quién dice que es maravillosa? ¿Los miles de criaturas abandonadas o muertas cada día en el mundo o los 100 millones de niñas que sufren clitoridectomías e infibulaciones actualmente en el mundo según las últimas cifras de la OMS? (95) ¿Por qué se permiten unos instintos sexuales y por qué se prohíben otros? ¿Quién puede decir que estas arbitrariedades son la racionalidad, 'el' orden racional, lógico o natural de la vida?

Es un imperativo de la inteligencia que no ha renunciado a los deseos y que no es impermeable al sufrimiento de las criaturas el indagar en la herida amorosa, el ir a las prohibiciones; o mejor dicho, al origen de las prohibiciones porque hoy las prohibiciones son irreconocibles a primera vista. Hoy las prohibiciones ya no se presentan como tales sino como la Realidad, el sustrato intocable e incuestionable sobre el que la vida tiene necesariamente que desarrollarse, y al que la inteligencia debe mostrar su respeto, limitándose a aplicar la lógica y el razonamiento a partir de su reconocimiento, precisamente para ir tapando las fisuras y los agujeros por donde continuamente hace aguas.

Por eso tenemos además de una producción fija, otra continuamente renovadora de las razones de Estado, de Capital y de Familia para formar, educar y convencer por su lógica interna a nuestro 'yo', que nos acompañan siempre en nuestro viaje por el mundo, creyéndonos libres, inteligentes, superiores y dueños de nuestras vidas. No creamos que los presupuestos de las Universidades tienen otro fin que servir a la racionalidad patriarcal, a la construcción personalizada de cada discurso justificativo de la razón adulta patriarcal. Cuando se descubrió el inconsciente y la sexualidad infantil, rápidamente se elaboró el Complejo de Edipo para conjurar el peligro de que el gran tabú, el tabú que cubre los Orígenes quedase al descubierto con toda su miseria y su insignificancia. Por eso cuando asoman los deseos, algún sentimiento, alguna emoción prohibida o desconocida tenemos siempre a mano las razones objetivas de los objetivos patriarcales para acallarlas, como los Edipos y los tanatismos innatos; o como aquello de llamar 'subjetivo' o 'personal' a lo prohibido para descalificarlo (como lo 'subjetivo' y lo 'personal' debe ser sacrificado en aras del bien común, es decir, del orden patriarcal, así no llega nunca a constituirse en una pista que lleve a pensar que pueden existir verdades diferentes de las definidas y de las que caben en los límites del orden patriarcal). Por eso, cuando creemos que estamos haciendo un razonamiento 'objetivo', estamos recitando los objetivos de la razón patriarcal. Y por eso decía Bergamín «Si me hubieran hecho objeto, sería objetivo; como me han hecho sujeto, soy subjetivo». Porque la subjetividad es una manera que

tenemos de hacer reventar todo el tinglado, porque lo subjetivo no termina nunca de adaptarse a los objetivos del Patriarcado. El Estado podrá ser asaltado y destruido por un ejército de tanques, pero para eso antes los deseos subjetivos tendrán que haber hecho reventar muchos cientos de miles de triángulos edípicos.

Si la represión general ordena, programa, organiza, controla y vigila la auto-represión interior (el *refoulement*) de cada sujeto, es porque la auto-represión de cada cual es la condición de la represión general (descubrimiento que, como reconocen Deleuze y Guattari, debemos a Reich): engañan a la cabeza; engañan todavía más al corazón; llegan al inconsciente; pueden impedir que el vientre palpite; *pero cuando el vientre palpita no pueden alterar sus palpitaciones*: esa es la única cosa cierta que no va a hacernos daño ni va a hacer daño a nadie; la única cosa que puede desordenar y desordena los *sentimientos* ordenados, que puede desestructurar y destruye nuestra *psique*, de nuestro *inconsciente*; y en la medida que desordenemos los sentimientos y que desestructuremos la psique, podrá fluir la *inteligencia* a la par de los deseos y de la vida. La inteligencia es una arma poderosa y a la vez es la facultad más vulnerable de las criaturas, la que se puede manipular mejor para lograr fijar la autorrepresión, la represión interior de los deseos de cada criatura. Si no se pudiese manipular su capacidad cognoscitiva, la represión de cada criatura se tendría que lograr únicamente a base de represión exterior, a base de vara y castigos. No en vano el arte del Patriarcado es que la criatura piense que lo que hace lo hace porque quiere.

Aquí es donde entra la *conciencia moral* que antes hemos mencionado, como parte de la identidad del 'yo' constituido y que tiene por objeto engañar la inteligencia. La inteligencia podría detectar que lo que viene de arriba, cosas que nos hacen nuestros padres 'por nuestro propio bien' no son buenas, y que no habría por qué rechazar cosas que vienen de abajo que se nos ocurren hacer o desear. Podría atreverse a simpatizar y acoger lo de abajo, y también a rechazar y no someterse a las órdenes de arriba. Por eso se establece la conciencia moral, que funciona como una brújula que se orienta según la definición del bien y el mal de la ley patriarcal que ordena la sumisión de las criaturas.

Hay que tener en cuenta que ni los deseos se matan de una vez por todas, ni las órdenes se dan de una vez por todas. Por eso hace falta ***un mecanismo que esté continuamente funcionando*** para que, automáticamente, se repriman los deseos de abajo (definidos como malos por la Ley) y se perdonen los daños que nos hacen las jerarquías superiores (definidos como buenos), para que se olviden y no queden registrados en la memoria. Pues la conciencia moral y el ejercicio de perdonar son mecanismos imprescindibles de la auto-represión (*refoulement*). Se trata de perdonar para olvidar, y olvidar para no tratar de defenderse o de evitar la represión, es decir, continuar en condiciones de ser reprimidos, y constituirnos en sujetos sumisos a la Ley.

La conciencia moral no sólo tiene por objeto la autorrepresión de lo prohibido; no es sólo la policía interior que reprime lo que no debe ser; además debe producir el perdón y el olvido del daño que nos hacen. Incluso cabe pensar que lo más importante y lo primero es el aprendizaje del perdón, puesto que si al principio desconocemos la Ley, no podemos saber autorreprimirnos según esta. *Al principio somos reprimidos, no sabemos todavía reprimirnos solos*. Entonces, el primer ejercicio que realizamos en tanto que conciencia moral, es el perdón de la represión recibida, es el 'querer' a la persona que nos hace daño en lugar de mostrarle ira y cólera, *de tal manera que esa persona pueda seguir en condiciones de hacernos daño*, es decir, de educarnos.

Perdonar no es ninguna cuestión metafísica y no se puede eludir sin comprender los complejos mecanismos del *refoulement* y del inconsciente por los que se arranca de la conciencia aquello que no debemos saber ni recordar. Porque el perdón que otorga nuestra conciencia moral no

es más que un mecanismo para que se produzca el *refoulement* de la herida primaria y de todo lo reprimido, para que el daño recibido quede borrado de la conciencia, quede en el olvido.

Sin el *refoulement* y el perdón de cada sujeto hacia sus represores directos no podría funcionar la línea de mandos de una sociedad autoritaria; y por eso el 'perdón' es una de las contraseñas de todas las religiones.

Por eso no debe permitirse que la inteligencia indague sobre los orígenes del bien y del mal — por eso también, al expulsarnos del Paraíso, Yavé nos prohibió acercarnos al «árbol de la ciencia del bien y del mal»—; por ejemplo, quién y por qué decide que el incesto es malo, o quién y por qué decide que yo no puedo mandar a la mierda a mis padres. El miedo es un factor que bloquea la inteligencia; pero luego, para reforzar el bloqueo, vienen lo sagrado, el tabú, el mito y la religión recubriendo pudorosamente a la conciencia moral. Para que si nos acercamos demasiado a ellos se nos pongan los pelos de punta de horror y nos demos media vuelta y apliquemos nuestras neuronas en otros pensamientos, y que los primeros deseos reprimidos queden reprimidos para siempre.

NOTAS

(94) **Deleuze y Guattari** op cit. pag. 14

(95) El informe de Amnistía Internacional para concienciar de los malos tratos a las mujeres (*El Mundo* 7.3.95) daba la cifra de 110 millones de mujeres clitoridectomizadas y la de 2 millones de niñas por año en 20 países diferentes. «Sientan a la niña desnuda, en un taburete bajo, inmovilizada al menos por tres mujeres. Una de ellas le rodea fuertemente el pecho con los brazos; las otras dos la obligan a mantener los muslos separados, para que la vulva quede completamente expuesta. Entonces, la anciana toma la navaja de afeitar y extirpa el clítoris. A continuación viene la infibulación: la anciana practica un corte a lo largo del labio menor y luego elimina, raspando, la carne del interior del labio mayor. La operación se repite al otro lado de la vulva. La niña grita y se retuerce de dolor, pero siguen sujetándola. La anciana enjuga la sangre de la herida y la madre, así como las otras mujeres, "verifica" su trabajo, algunas veces introduciendo los dedos. La cantidad de carne raspada de los labios mayores depende de la habilidad "técnica" de quien opera. La abertura que queda para la orina y el flujo menstrual es minúscula.

Luego, la anciana aplica una pasta y asegura la unión de los labios mayores mediante espigas de acacia, que perforan el labio y se clavan en el otro. Coloca tres o cuatro a lo largo de la vulva. Estas espigas se fijan con hilo de coser o crin de caballo.

Pero todo esto no basta para asegurar la soldadura de los labios; por eso, a la niña la atan desde la pelvis hasta los pies. Le inmovilizan las piernas con tiras de tela».

Capítulo 5

La expulsión del Paraíso: la prohibición para la mujer del placer sexual «antes del parto, en el parto y después del parto» y la aparición del padre.

La expulsión del Paraíso es un hito simbólico que nos remonta a los orígenes de la sociedad patriarcal, a los orígenes de las prohibiciones y de la represión. Hoy las prohibiciones están constituidas en Ley 'natural' y se perciben como la Realidad, pero sabemos que hubo un tiempo en el que no eran concebidas de tal modo y un tiempo en el que tuvo lugar un proceso (Tablas de la Ley de Moisés, Código de Hammurabi, etc.) para su implantación síquica y social -este tiempo y este proceso son los que se repiten en cada criatura humana que nace-. Con el fin de explicar el cambio, la implantación o, como está ahora de moda decir, la implementación de las Prohibiciones, se han inventado muchos cuentos y uno de ellos es el de la Expulsión del Paraíso. En él nos cuentan que, efectivamente, *antes* vivíamos entre placeres y no había nada que fuese obstáculo a nuestros deseos, hasta que un día, según nuestro cuento, desobedecimos algo que Yavé nos había prohibido para poner a prueba nuestra sumisión, y fuimos expulsados y condenados, unas a ser dominadas por el varón y a parir con dolor, y otros, a trabajar con el sudor de su frente. Es decir, unas a ser madres patriarcales, esclavas y represoras a la vez, y otros a vender su fuerza de trabajo: la enajenación de la vida humana para poner en marcha un régimen de realización de patrimonios. Yavé, Dios y Padre estableció al mismo tiempo el principio de Autoridad, la segregación humana en clases sociales, la oposición de los sexos, la prohibición de saber lo que de verdad es bueno y lo que de verdad es malo, el dominio del hombre sobre la mujer, y el control por parte de aquél de la reproducción humana, para asegurar la continuidad de la reproducción de herederos y esclavos, es decir, un sistema de acumulación de patrimonios y de domesticación de las criaturas humanas: los 'elegidos', fue la justificación de los patriarcas y el 'pueblo elegido' el principio de la patria, de las ciudades-Estado, las formas pactadas por los patriarcas para la defensa de sus patrimonios.

Dicen los historiadores que la expulsión del Paraíso debe situarse hacia el 3000 antes de Jesucristo. Entre el 20.000 A.J. y el 6.000 A.J, y hasta el 1500 AJ, aproximadamente, existieron civilizaciones humanas que sin duda tendrían ya rasgos patriarcales similares a los nuestros pero por lo menos diferentes en un punto importante: no había empezado la era de la prohibición general del placer para la mujer, y, por tanto, en esta cuestión, su grado de domesticación y de sumisión al varón era distinta de la que conocemos actualmente. La serpiente todavía no era enemiga de la especie humana. Los cuerpos desnudos de mujeres eran esculpidos y dibujados sin pudor alguno. Que fueran o no representaciones de Diosas de la Vida, de la Fertilidad, de la Salud, de las Serpientes, la Gran Madre, la Diosa Blanca, etc.etc. (96)

es indiferente, pues lo único que importa es el reconocimiento de la voluptuosidad del cuerpo femenino que nos transmiten, dando prueba de que el modo de convivencia de nuestros antepasados fué diferente al marcado por la expulsión del Paraíso. Todas las demás interpretaciones sobre si se trataba o no de matriarcados, etc. son secundarias. Bachofen (97), Morgan (98), y Engels (99) (por citar a los clásicos), o el mismo Fromm (100) o Victoria Sendón (101), etc. han considerado que esas figuras son testimonio de la existencia de una sociedad matriarcal. Otros estudios nos dicen que no fueron matriarcados sino sencillamente civilizaciones de filiación materna, matrifocales o matricéntricas de las que relatan que, aunque todavía no había aparecido el Padre, la autoridad la ejercía un hermano de la madre. Pensamos que, en referencia a los orígenes humanos, no se puede confundir 'matrilineal' con 'matrifocal'. Porque no se puede hablar de sociedades 'matrilineales', es decir de una *línea* de filiación, cuando todavía no existía el concepto de *linaje*, puesto que dicho concepto de 'linaje' aparece asociado al régimen de acumulación patrimonial. La sociedad que reconoce a cada criatura como hija de una madre de un grupo pero en la que no existe la noción de estirpe, no debe calificarse de 'matrilineal' sino de matrifocal. Esto no quiere decir que no hayan existido sociedades matrilineales en muchos lugares durante el cambio o la transición a la organización social patriarcal.

Pero lo que nos importa ahora, como decimos, es que el cuerpo femenino fue insistentemente reproducido, cuerpos de caderas anchas y vientres redondos; y estas representaciones tan enormemente abundantes (una breve visita al *British Museum* de Londres, que conserva el botín de varios siglos de imperialismo por el mundo entero, basta para comprobarlo) no parecen compatibles con la sistemática represión de los deseos sexuales de la mujer que viene después; después las mujeres se cubrirán de velos y túnicas etc. etc. pues el grado de desnudez se convierte en prueba y medida del grado de su desvergüenza y de su deshonra.

Mucha tinta ha corrido proponiendo diversas interpretaciones de las figurillas de mujer aparecidas en los yacimientos arqueológicos, y de cómo eran las cosas antes de la maldición de Yavé. Entre ellas hay una que es bastante razonable en relación a lo que venimos diciendo y que se recoge en el libro *El no de las niñas* de Martha Moia (102).

«La estructura social básica y estable, que ofrece seguridad física y psicológica, es la compuesta por una mujer y su prole. Las mujeres de varias generaciones (y sus proles) se *aúnan en la tarea común de dar y conservar la vida*, y establecen el **ginecogrupo**, estructura más amplia que vincula a una pluralidad de personas. El **ginecogrupo** -y no la pareja heterosexual- es la primera forma de organización humana, original y universal... que se estructura a partir de *exigencias específicamente humanas, es decir culturales y no instintivas...* El vínculo original diádico mujer/criatura se expande al agregarse otras mujeres en estado de gestación-crianza, y las que habían pasado por esas etapas (menopáusicas), *para ayudarse en la tarea común de dar y conservar la vida. Una misma circunstancia las aúnan, y el conocimiento compartido permite que cristalice la solidaridad entre ellas...* Los lazos que establece la *cópula en la época arcaica son momentáneos e inestables, y no parecen haber sido un elemento fundacional del grupo...*»

Por eso decimos que, en lugar de hablar de sociedad matrilineal sería más propio decir sociedades matrifocales o ginecofocales, porque la estabilidad y la economía de los núcleos humanos no estaba basada en el matrimonio —en la pareja heterosexual— sino en los grupos de mujeres con sus criaturas; los varones del grupo acudían a otros grupos para formar pareja por un tiempo determinado, pero estos emparejamientos no daban lugar a nuevas residencias y no constituían un grupo familiar nuevo; con lo cual, entre otras cosas, eran unos emparejamientos mucho más libres que los de ahora. No constituían un grupo familiar nuevo porque no había intención de crear o continuar linajes o estirpes, porque no había patrimonio que perpetuar; la maternidad estaba desligada del patrimonio y seguía sus propias leyes: *las*

del deseo de protección, de cuidados mutuos y de proveer bienestar. La reproducción humana no podía estar vinculada a la reproducción del patrimonio porque no existía. Los varones, aunque pasasen épocas de su vida fuera, eran considerados miembros del grupo en el que habían nacido, y participaban en el «dar y recibir bienestar» y en la protección de las criaturas de su grupo, puesto que era lo que de niños habían recibido, aprendido y, en concreto, compartido con sus hermanas. Cuando se marchaban, la madre y las criaturas no quedaban desamparadas porque estaban protegidas por el grupo y parientes consanguíneos. En fin, dice Martha Moia que en los grupos ginecofocales la 'identidad' no era individual sino grupal. Las relaciones humanas se basaban en el afán de dar y recibir bienestar, satisfacción mutua y protección. Para esto no hace falta una identidad individual. La identidad individual aparece cuando hay que fijar herederos, primogénitos, esclavos, etc. Para lo primero, lo pertinente es la pertenencia al grupo en el que se practica la relación directa del apoyo mutuo. Para lo segundo, lo pertinente es la pertenencia a un triángulo para formar una filiación patriarcal, y en esto Martha Moia coincide con el *Anti-Edipo*. En los grupos ginecofocales no existían muros edípicos para recortar los deseos de las criaturas que podían fluir del cuerpo materno a otros cuerpos. No había misioneros para obligarles a vivir en viviendas unifamiliares. La producción deseante así tenía que ser menos excluyente, más indiferenciada, y, al mismo tiempo, el cuerpo femenino maternal era, con toda certeza, el primer objeto de deseo de las criaturas, símbolo de bienestar y de seguridad del grupo, por lo cual era continuamente representado.

«Causará, sin duda, sorpresa enterarse de que durante milenios las hijas de un hombre hayan sido las dadas a luz por sus hermanas, y no las engendradas por él. Sin embargo, esta noción es muy coherente en un sistema de identidad grupal en el que, además, existe una sexualidad libre (aunque controlada) tanto para la mujer como para el hombre. La paternidad, concepto social y no biológico, alude a una relación absolutamente diferente de la maternidad. La evolución de esta relación es la historia de la opresión de la mujer» (103).

La consolidación del patriarcado trae consigo la inversa, es decir, es la mujer la que cuando se casa se muda al hogar del varón, pasa a formar parte del patrimonio y de la familia del varón para el que debe dar herederos; pero no va libremente, sino como un objeto vendido pues se trata de un intercambio comercial entre varones de distintos grupos.

«La palabra 'familia' nombra a un conjunto de personas (parientes, criados y esclavos) reunidas por una relación de posesión/opresión con respecto a un hombre. No existe en un vacío, sino que es la familia de un hombre. Como realidad social es muy reciente, ya que cuenta con unos 1500 años. El 'matrimonio' es un vínculo legal que se establece cuando un hombre entrega a una mujer (su posesión) a otro hombre (su posesión). Por ello, ninguno de los dos términos sirve para caracterizar las relaciones grupales ni las individuales que enlazan a las mujeres y hombres del ginecogrupo» (104).

La represión exterior se organiza en torno a los patrimonios. Los valores emanados de lo femenino van siendo relegados. Madre y Tierra, antes sustentadoras de deseos y placeres pasan a ser objeto de posesión y depredación; las estatuillas de pechos generosos, nacidas de la tierra, cercanas y benévolas, se sustituyen por dioses que surcan los cielos, distantes e intangibles, dispuestos siempre al juicio más severo y a los que no se ama sino se teme. El mismo vínculo que establecía la relación de la madre con sus hijos y de la Tierra con sus criaturas es destruido. Porque el destino de la mujer es el mismo que el del animal de cría, parir hijos como ganado para el destino que el varón designe (fuerza de trabajo, guerreros, esclavos, criadas, herederos, etc.). Al tiempo que la madre entrañable se convierte en esclava y madre patriarcal, aparece el Padre de la criatura formándose el triángulo de la represión de los deseos y la Ley de la obediencia a los padres. El bienestar común, las relaciones eróticas, de apoyo y protección mutuas, como fundamento de los núcleos de convivencia, «para dar y conservar la vida», dejan paso a las relaciones de autoridad al servicio de la creación, conservación y ampliación de los patrimonios. *Desde la aparición del Padre, del 4º*

mandamiento y del triángulo edípico, todas las criaturas que nacen reprimen sus deseos, sufren y obedecen a los padres.

Seguramente el nombre de 'matrilineal' dado a las sociedades ginecofocales y a los ginecogrupos en general, obedece más a la costumbre de razonar y nombrar las cosas desde la perspectiva androcéntrica y patriarcal que a la verdadera condición de esa forma de vida; porque, como hemos dicho, ni la identidad era individual ni había patrimonio ni, por tanto, linaje que perpetuar.

Malinowsky (105) cuenta que en la tribu *Papúa* de Nueva Guinea (calificadas por el autor de matrilineales pero androfocales) con quienes convivió un tiempo en los años 20, cuando a la mujer le faltaba un mes para dar a luz se iba a casa de su madre, que era desalojada por los hombres del clan para esa ocasión, y allí daba a luz a la criatura acompañada por su madre, hermanas y mujeres del grupo de su madre. Madre y criatura permanecían allí durante un mes, en una especie de cama alta, con un fuego encendido cerca en el suelo, en donde se quemaban una serie de plantas aromáticas —al parecer con virtudes higiénicas y asépticas— de manera que la pareja descansaba desnuda y caliente a la vez. Durante este tiempo, el compañero de la madre sólo las veía de lejos. Después de ese mes, se vestían y salían fuera, recibían felicitaciones y regalos, pero no iban a la casa del marido todavía sino que permanecían un mes más en la casa materna. A los dos meses se trasladaban ya a casa del compañero de la madre, en donde la principal dedicación de la madre seguía siendo la crianza de la criatura. Un tabú especial prohibía al compañero acceder sexualmente a la mujer, por lo menos hasta que la criatura anduviese o hasta los dos años. La sociedad era polígínica, es decir, el hombre tenía varias mujeres. No existía el concepto de 'padre' sino de 'tama', que quiere decir compañero de la madre, que también protegía a las criaturas de las mujeres que con él convivían.

Las sociedades matrilineales han sido seguramente una de las mil formas de transición a nuestra sociedad patriarcal; es evidente que el varón empezó a ser patriarca antes de ocurrírsele constituirse en Padre y formalizar el matrimonio monogámico, con esposa en propiedad, criadora de herederos/esclavos, cuando, como dicen muchos autores, tomaba a los hijos de sus hermanas (las mujeres de su grupo) para esos fines. Que efectivamente han existido estirpes matrilineales, no cabe duda, puesto que, aparte de referencias de primera mano como la de Malinowski, algunas han sobrevivido hasta nuestros días como las tribus *Cherokees* americanas.

De lo que se trata es de ver la evolución del respeto y/o represión de la maternidad y de la sexualidad primaria materno-infantil, de ver cómo se produce la destrucción de la pareja madre-criatura puesto que, desde nuestro punto de vista, esta es la clave de la puesta a punto de una sociedad que se constituye y se reproduce a base de la represión de las criaturas como modo de producción de esclavo/as y herederos.

Lo seguro es que la destrucción de la sexualidad femenina maternal tuvo que ir más o menos aparejada a nuestro estado de sumisión al varón y a un status social de inferioridad; como también es seguro que el proceso no fue lineal, sino complejo y diferente en los distintos lugares.

Y lo que es evidente es que las cosas no han sido siempre como lo son ahora y ha habido un antes y un después de las prohibiciones y de la Ley: las prohibiciones, las leyes y los dioses mismos no fueron sino la promoción del cambio. Las formas de vida que producían las estatuillas de mujeres desnudas no tenían más fundamento que la de proveer el bienestar, eran acordes con los deseos de las criaturas y encajaban más con nuestros deseos sexuales, incluidos los de la crianza, puesto que no había razón por la que debieran ser reprimidos: el patrimonio, la autoridad patriarcal. La pareja heterosexual monogámica y la destrucción de la

díada original madre-criatura se institucionalizan: no para proveer bienestar y apoyo mutuo, sino para crear, conservar y ampliar los patrimonios. Por eso se tuvieron que imponer por medio de prohibiciones y mandamientos.

Pues si no se hubiesen conocido otras cosas, si no hubiese habido algo diferente antes de las Prohibiciones no hubiera sido necesaria prohibición alguna, ni mitologías para encubrir los orígenes.

Debió de haber, pues, un periodo de tiempo, que duró seguramente muchos muchos milenios, de consolidación social y psíquica de las prohibiciones, es decir, de consolidación de la civilización patriarcal tal como la conocemos ya perfectamente perfilada en el 500 AJ. en el mundo griego.

La primera ley escrita que se conoce es el Código de Hammurabi (106) que está grabada (y no por casualidad) sobre un enorme falo de piedra de más de 2 m. de altura; data de la segunda mitad del siglo XVIII a.j. y hoy se puede contemplar en el Museo del Louvre de París. Según dicho código, las mujeres ya eran propiedad del varón, y su estratificación social se establecía en función de la categoría de hijos que debían de tener: según si estos debían ser herederos, esclavos o suplentes, ellas serían esposas, esclavas o suplentes. (Ver : *Código de Hammurabi*. Basalto, 2,07m. Primera mitad del siglo XVIII A.J. arriba puede verse al dios Marduk dictando las leyes al rey Hammurabi. (Museo del Louvre) en '**LIBRO IMÁGENES**').

Lo de las 'suplentes' es una magnífica prueba de flexibilidad de plantilla y de liberalismo económico para una mayor eficacia y rendimiento del patrimonio familiar; porque además, a diferencia de lo que sucedía en la sociedad judía, el heredero no era automáticamente el primogénito, es decir, el primero de los hijos varones nacidos de la primera de sus mujeres, sino el preferido por el padre; de este modo se *incentivaba a las mujeres a educar a sus criaturas según los deseos del patriarca* y se aseguraba la continuidad patrimonial en un tiempo en que el Matrimonio no existía y el papel de esposa no estaba consolidado, como para tener la garantía de que la madre reprimiese y educase debidamente a sus hijos. Cuando el padre elegía el heredero, automáticamente la madre del heredero se convertía en la señora del señor y alcanzaba el rango más alto posible para la mujer.

Parece ser que en lo orígenes la paternidad se realizaba mediante la adopción. Es decir, eligiendo el señor a quien le gustaba para sucederle. Por eso muchas de las normas del *Código de Hammurabi* regulan temas sobre la adopción.

En la obra dirigida por Tellenbach *L'image du père dans le mythe et l'histoire* (107), Jan Assman dice sobre el concepto de padre en el Antiguo Egipto (108):

«Lo que destaca de este concepto de padre, no es sólo la posibilidad de impugnar la paternidad, sino también la inversa, la posibilidad de contratarla... Hace falta que el padre reconozca al hijo como tal... Se ve reflejado en el hijo... Sólo es hijo aquél que en sus actos 'copia' la voluntad paterna y en ello se revela como el 'vivo retrato' del padre... en estas concepciones psicológicas están las raíces de la paternidad... No será que el concepto 'normal' de paternidad contiene ya lo que se podría llamar una 'componente adoptiva', es decir, que [la paternidad] debe ser contratada y puede ser impugnada. Por ello, todas las relaciones de este tipo en las que uno 'sigue' a otro, le 'copia', se deja instruir y guiar y le toma por modelo, pueden ser comprendidas y calificadas según la constelación padre-hijo. Así todo soldado encargado de guardar las fronteras que sabe leer y descifra las palabras de Sesostris III ... puede creer que [Sesostris] se dirige a él como a un hijo».

Con lo cual se va entendiendo cómo las exigencias de la realización de los patrimonios fueron exigiendo defensores, continuadores o 'copias' de los señores que conquistaban y construían 'patrimonios', y así se fue destruyendo la maternidad entrañable:

«Aquel de mis hijos
que quiera defender esta frontera que he creado,
ese es mi hijo, ha nacido de mí
(...)
Pero aquel que quiera abandonarla, que no pelee por ella,
ése no es mi hijo, no ha nacido de mí». (109)

El carácter 'electivo' de la filiación, es algo parecido al sistema republicano de Estado, que ofrece la ventaja, frente al sistema monárquico, de que los poderes fácticos (los propietarios de los grandes patrimonios) puedan elegir entre varios, al más apto en cada circunstancia para la dirección del Estado. El sistema monárquico de Estado ofrece, en cambio, una ventaja de estabilidad, puesto que la persona que debe mandar a todos, que debe ocupar la cúspide del poder, es incuestionable.

La incuestionabilidad de la Autoridad que rodea al primogénito-heredero permite una educación en la convicción de que se ha nacido para ejercer el poder; o, como se dice ahora, la autoestima (mejor sería decir la sobrestimación) necesaria para creerse el oficio del mando supremo por mandato divino. Quizá por eso prevaleció el sistema de primogenitura, pues las luchas por obtener el beneplácito del padre debían de producir un terrible desgaste, incluso convertirse en una seria amenaza para el propio patrimonio y la continuidad de la estirpe. El sistema de primogenitura se pone en práctica cuando se ha logrado un suficiente estado de sumisión en la mujer, cuando hay garantías —respaldadas por el Padre y por la familia de la mujer: ser de 'buena' familia es una cualidad para ser un 'buen partido' no sólo por la enjundia del patrimonio sino *por la educación que confiere*— de que va a cumplir su cometido, y entonces puede ya ser 'esposa' antes de parir. Por eso también la insistencia hasta muy recientemente en las clases dominantes de que los hijos elijan a la madre de sus futuros hijos entre las familias de su mismo rango, que asegure el conveniente adiestramiento de la siguiente generación. El sistema de primogenitura consolida la institución del Matrimonio.

La similitud entre mujeres y vacas en tanto que animales de crianza es asombrosa. Nuestros antepasados aprendieron un día que las vacas se podían clasificar y seleccionar y ser montadas por ciertos sementales obteniendo una cierta producción de terneros. Y que la mecánica de la reproducción era parecida en todos los mamíferos. No es casual, pues, la coincidencia histórica entre la aparición de la Ganadería y la dominación de la mujer por el varón. Gerda Lerner (110) y otros/as antropólogas/os, aún sin establecer la conexión lógica entre ambos hechos, sitúan cronológicamente la consolidación de la dominación de la mujer por el varón en el mismo momento en que aparece la Ganadería. Dar el paso de la conexión cronológica a la conexión lógica requiere una sensibilidad ante el sufrimiento de las criaturas y ver las cosas desde su punto de vista; paso que, en general, la antropología, no da, puesto que el pensamiento humano es básicamente adultocéntrico.

Merelo Barberá hace referencia a la domesticación de los animales como un 'ensayo' de la domesticación de las mujeres:

«Tal división, tal acción de una parte de la humanidad sobre la otra mitad, no hubiera surgido si la especie humana no hubiera hecho el ensayo previo de someter a otras criaturas del universo. Pues el mismo método empleado para la domesticación de los animales... sirvió para

domesticar a la mujer, aprovechando el momento propicio de su necesidad de mayor solidaridad: el estado grávido y el parto» (111).

Hay gente que se esfuerza en demostrar que no hubo orígenes, que no hubo tiempos antes de la expulsión del Paraíso (¡si hubo expulsión del Paraíso es porque había Paraíso!), ni sociedades ginecofocales, ni amazonas, ni sociedades en las que las mujeres exhibían sus cuerpos sin pudor, en las que lo que importaba era el bienestar del grupo, de la mujer y de su prole, y en las que los hombres no eran insensibles a los sufrimientos de la infancia; es decir, gente que defiende que el origen humano es simultáneo al origen de la Prohibición y de los Tabúes. Puesto que pretenden que el humano nace con la carencia, con instintos tanáticos y con el complejo de Edipo, deben defender con Freud que no pudo haber otro humano que el expulsado del Paraíso, el humano con los deseos reprimidos, y si no estaba reprimido no podía ser tal humano sino algún mono antepasado. Del caos animal al orden humano patriarcal. Para no reconocer la herida que se produce y escamotear el por qué y el para qué se produce, se dice que nacemos con ella. En realidad, se debería de suprimir nuestro nombre de 'humanos' pues con el de 'patriarcal' sería suficiente. Reconocer lo contrario llevaría a creer en la posibilidad de una socialización y de una conciencia humana basada en el respeto de la sexualidad materno infantil en lugar de basada en su represión; terminaría con la oposición establecida por Freud entre principio de realidad y principio de placer. Terminaría con la justificación de toda la represión patriarcal: tanto la represión general como la interiorización en cada psiquis de esa represión, es decir, la propia autoinhibición o *refoulement*. Negar, pues, periodos no patriarcales en los orígenes humanos es un pensamiento coherente con la creencia en los pecados originales, en los complejos de edipo y deseos tanáticos congénitos, cuya represión es imprescindible para la humanización de las criaturas recién nacidas.

No es la sardina que se muerde la cola ni el cuento de qué es primero, el huevo o la gallina. No se trata de eso. Pues toda la filosofía patriarcal descansa en que lo primero es la carencia, la castración, la falta. Pero como dicen Deleuze y Guattari :

«Nosotros sabemos de dónde proviene la carencia... La carencia es preparada, organizada, en la producción social... Nunca es primera; la producción nunca es organizada en función de una escasez anterior, es la escasez la que se aloja, se vacuoliza, se propaga según la organización de una producción previa. Es el arte de una clase dominante, práctica del vacío como economía de mercado: organizar la escasez, la carencia, en la abundancia de la producción...» (112)

El deseo es inmanente a la vida; la carencia es la represión a la que se somete la vida (y por la que se la somete).

Mimar es complacer los deseos. Mimar es el deseo de complacer los deseos del ser deseado, incluso si esos deseos están prohibidos y obligan a enfrentarse a las autoridades o a la ruptura del propio triángulo edípico y al cuestionamiento de la propia identidad. Mimar es un verbo que de alguna manera tiene que ver, en activo y en pasivo, con la satisfacción de los deseos; el deseo de ser mimado es quizá una de las pocas conexiones que tenemos con lo reprimido y desterrado en el inconsciente, una de las pocas maneras que tenemos de verbalizarlo. Y no es de extrañar que el verbo 'mimar' se conjugue como una concesión. Cuando uno se siente mimado afloja la cuerda de las autoinhibiciones y empieza a dejar que salgan los deseos. La expulsión del Paraíso es la prohibición de la satisfacción de los deseos y del mimar creando así la necesidad, la carencia, la herida amorosa que convierte a la criatura en siervo suplicante y sumiso, capaz de cualquier cosa por recibir alguna pequeña dosis de lo que necesita. Pero antes que carencia somos siempre máquinas deseantes. La carencia empieza cuando no se deja funcionar la máquina deseante. Por eso, cuando se consigue que la madre patriarcal impida que fluyan los deseos de la criatura, al tiempo que se crea la carencia, se crean la justificación de la represión general exterior y la pieza clave del chantaje que permite obtener la

sumisión interior de las criaturas, el talón de Aquiles por el cual van a quedar las criaturas agarradas. *La criatura humana, en lugar de moverse impulsada por los deseos, se mueve para colmar la necesidad que se le ha producido*, pues la carencia, la herida infligida nos duele tanto que para obtener unas pequeñas dosis de atención y cariño, estamos dispuestas a olvidarlo todo y enviarlo al inconsciente (*refouler*); estamos dispuestas a ser buenas, a resignarnos, a obedecer. ¿Cómo no creer que nacemos con carencias, con instintos tanáticos y un potencial contenido de agresividad si hemos ocultado en el inconsciente la represión que los ha producido? Una vez sentado que nacemos con el pecado original y que somos criaturas malas y egoístas, queda automáticamente justificada la represión que ejercen los padres y toda la represión general, como condición humana insoslayable. Fue en este punto donde Freud dio media vuelta en el camino emprendido, como señalan Deleuze y Guattari, Alice Miller, Gloria Steinem (113) y otros defensores de las criaturas humanas.

Aunque como ya hemos dicho, el psicoanálisis crítico (por llamar de alguna manera a la crítica que desde el propio psicoanálisis se ha hecho a las teorías psicoanalíticas justificativas del patriarcado) sólo ahora está empezando a reconocer (Balint, Stettbacher, Guntin, etc.) que la represión de la libido materna es la causa inmediata de la carencia, de la herida primaria.

En el Paraíso, según la *Biblia*, NI SE TRABAJABA CON EL SUDOR DE LA FRENTE NI SE PARIA CON DOLOR NI LA MUJER ESTABA DOMINADA POR EL HOMBRE. La civilización patriarcal descansa en esos pilares absolutamente esenciales y básicos: pues si no hay patrimonio sin explotación del hombre por el hombre, tampoco hay explotación que perdure sin herederos y esclavos, y no hay ni herederos ni esclavos sin maternidad patriarcal, sin madres frías y esclavas.

Esta es la conexión que Deleuze y Guattari reclamaban de Reich, entre la represión general y la estructura psíquica humana autoreprimida portadora de agresividad, autoritarismo y sumisión.

Dios, Javé o Jehová, aparece como El Que Prohíbe y como Padre, pues los hombres se metabolizan en Padres para mandar y prohibir, y construyen una Cultura para defender que es la única socialización posible. La expulsión de Adán y Eva del Paraíso es la definición de los límites de lo prohibido.

El placer que acompaña las funciones sexuales de la mujer fue condenado. Con la Prohibición, dichas funciones dejaron de responder a los deseos de la mujer la cual, desde entonces se convierte en el objeto del deseo autorizado del varón. Empieza la historia de la dominación de la mujer y del sufrimiento del cuerpo femenino. El varón que compra o rapta a una mujer, viola su cuerpo frígido; para la mujer el sexo, tanto en el coito como en el parto, no es deseo sino frigidez, tensión, miedo, dolor. El varón domina y somete a la mujer, destruye su sexualidad para impedir que la reproducción de las criaturas se realice con el impulso del deseo; para poder controlar su prole y constituir la sociedad autoritaria. La mujer se convirtió en un ser inferior y su consideración social dentro de su inferioridad dependía de su comportamiento, tanto en lo que se refiere al capítulo de la obediencia como en lo que se refiere a la 'pureza'. Para ser considerada como 'señora' debía ignorar los placeres carnales. La serpiente, que fue el símbolo de la voluptuosidad del cuerpo femenino, pasó a ser símbolo del demonio y fue aplastada y derrotada para siempre -según la Biblia- por María, la nueva Eva, la madre virgen, símbolo absoluto de la 'pureza', de la no-sexualidad. La menstruación también pasó a ser algo impuro, obscuro, que convertía a la mujer en un ser impuro. En la Biblia y en el Corán podemos encontrar muchas menciones al respecto, y nuestra Santa Madre Iglesia tampoco se quedó atrás como explica Romeo de Maio:

«La subordinación a los principios de la Iglesia era tal que ésta podía pedir que los médicos... la secundaran en sus ecuaciones [en la relación que la Iglesia establecía] entre esterilidad y

castigo divino, entre parto malformado y pecado y también entre menstruación e impureza sacra. En Benevento, un futuro papa tuvo que llamar la atención del clero para que no se le negase la Eucaristía a la mujer e incluso la entrada en la iglesia después del parto. De hecho, en la época del Renacimiento hasta los bonzos de Oriente aseguraban que la menstruación era una señal de la ira celestial...» (114)

Parece ser que la menstruación fue la razón por la que la Iglesia Católica no permitió el acceso de la mujer al sacerdocio (y debe seguir siéndolo, pues sigue sin permitírsele):

«Se decía... que ni siquiera ella [la Virgen María] como mujer hubiera podido ser sacerdote... Añadían que la mujer a causa de la menstruación es impura. Por lo tanto no sólo no puede subir a un altar, sino que ni siquiera debe acercarse al presbiterio» (115).

Así pues, ni sacerdotisas ni monaguillas ha tenido la Santa Iglesia Católica por causa de la menstruación.

Decretar impuros o malignos los flujos del cuerpo y hacer un tabú de ello y del sexo en general, ha sido una parte importante de la organización de la represión del deseo:

La Tercera parte del "Levítico" recoge las Leyes sobre la 'impureza' decretadas por Yavé. Las leyes sobre la impureza de la recién parida, se encuentran entre la impureza de los animales y la de los leprosos:

«Yavé habló a Moisés, diciendo: "Habla a los hijos de Israel y diles: cuando dé a luz una mujer y tenga un hijo, sea impura durante siete días; será impura como en el tiempo de la menstruación. El octavo día será circuncidado el hijo, pero ella quedará todavía en casa durante 33 días en la sangre de su purificación; no tocará nada santo ni irá al santuario hasta que se cumplan los días de su purificación. Si da a luz una hija, será impura durante dos semanas, como al tiempo de la menstruación, y se quedará en casa durante sesenta y seis días en la sangre de su purificación. Cuando se cumplan los días de su purificación, según que haya tenido hijo o hija, presentará ante el sacerdote un cordero... en sacrificio por el pecado. El sacerdote lo ofrecerá ante Yavé y hará por ella expiación, y será pura del flujo de su sangre...» (116)

Así la mujer después del parto también se consideraba impura —demasiada oxitocina en el cuerpo, demasiado deseo de la criatura— hasta que se celebraba el rito de la Purificación; y mientras duraba la 'impureza' se la mantenía separada de la criatura recién nacida, asegurando de este modo la represión de la libido materna en el estratégico momento del que depende la maternidad entrañable. Nótese que la 'purificación' era de mayor duración si la criatura nacida era niña que si era niño, siguiendo y confirmando la regla: a mayor estado de sumisión, mayor represión libidinal, ya que la niña siempre ha estado destinada a un estado de mayor sumisión, y siempre se ha requerido una más honda represión y sublimación. Luego hablaremos más detenidamente de la importancia de retrasar el contacto de la madre con la criatura después del parto para institucionalizar la maternidad represiva.

Todo este decálogo de impurezas es una construcción cultural que establece un marco represivo exterior y al mismo tiempo hace que la mujer sienta asco de sí misma y evite las sensaciones placenteras de su sexo (véase al respecto los anuncios de tãmpax -que según la publicidad nos hace más 'libres' porque permite que nos olvidemos de nuestro sexo- o los de compresas -que hacen que nos sintamos 'limpias' y 'secas'); por cierto, que esta estrategia de inducir la sensación de asco se emplea también para reprimir la sexualidad anal y bucal en la primera infancia introduciendo el sentimiento de asco hacia las heces, etc.

El Catecismo Ripalda decía, para dejar bien establecida la pureza de la Virgen María -y de paso cuál debía ser el modelo de mujer patriarcal- que fue 'pura' «antes del parto, en el parto y después del parto». Es decir, que explícitamente precisaba que no sólo la Virgen no gozó de ningún coito antes del parto, sino tampoco en el parto y en la crianza. Esto prueba que no hace tanto tiempo se sabía lo que Groddeck y Merelo-Barberá han redescubierto, es decir, que el parto y la función de la crianza después del parto eran funciones inducidas por el deseo y realizadas con la gratificación del placer. Ahora con la ayuda de los medios audiovisuales de formación de masas se ha podido culminar esta obra titánica de la civilización patriarcal, convirtiendo la 'liberación' de la mujer en su masculinización, en la reducción de sus funciones sexuales al coito dejando todo lo demás en manos de médicos y hospitales. Entonces se hace innecesario encomendar 'pureza' para el parto y para después del parto, pues todo el pecado de impureza sólo puede referirse a lo de «antes del parto». Ahora la mujer se cree que la menstruación es una porquería como las heces y los orines; no va a la Iglesia a purificarse, pero se lava y se perfuma para oler 'bien' y alejar de sí la noción de su sexo. Poco a poco la mujer se desconecta de las pulsiones del placer y ya no hace falta la amenaza del pecado y de la culpa. No hay pues necesidad de prohibir los placeres del parto y de después del parto porque ya no existen, el tabú los ha matado; la Prohibición se ha convertido en Realidad.

NOTAS

- (96) Entre otros: **Graves, R.** *La Diosa Blanca* Alianza Editorial, Madrid 1986 (1ª edición inglesa: 1948). **Sendon de Leon, V.** Más allá de Itaca Icaria, Barcelona 1988 y *Sobre diosas, Amazonas y vestales* Zero Zyx, Madrid 1981. **Pigem, J.** *La civilización de la diosa: la religión de la naturaleza en la Antigua Europa* Integral, 1042 Pgs 42-46.
- (97) **Bachofen, J.J.** *Mitología arcaica y derecho materno* Anthropos, Barcelona 1988 (1ª edición alemana: Stuttgart 1861).
- (98) **Morgan, L.H.** *La sociedad primitiva* Endymon, Madrid 1987 (1ª edición en lengua inglesa: N.York 1877).
- (99) **Engels, F.** *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado* Obras Escogidas de C. Marx y F. Engels, Editorial Progreso, Moscú (1ª edición: Nottingen-Zürich, 1884)
- (100) **Fromm, E.** *El complejo de Edipo y su mito* Ver cita 24
- (101) Además de las obras recién citadas: *Un extraño holograma* en *El Viejo Topo* num 74, abril 1994 pag.65-70
- (102) **Moia, M** *El no de las niñas* laSal edicions de les dones Barcelona 1981. Pag 65-66 (subrayados nuestros)
- (103) **Moia, M.** Op. cit. pag. 77
- (104) **Moia, M.** Op. cit. pag. 83
- (105) **Malinowski, B.** *The sexual life of savages in North-western Melanesia* Beacon Press, Boston 1987 (1ª edición inglesa: Londres 1929)
- (106) En realidad, no es la primera legislación escrita que se conoce, pues se han encontrado otras grabaciones con normativas sociales, aunque no tan completas como la de Hammurabi. Ver nota (73)
- (107) **Tellenbach, H. et al** *L'image du père dans le mythe et l'histoire* PUF, Paris 1983 (1ª edición en alemán: 1976) La traducción al castellano de los textos que citamos de esta obra es nuestra.
- (108) **Assmann, J.** *L'image du père dans l'ancienne Egypte* en la obra citada dirigida por Tellenbach. pag.26-27
- (109) Inscripción del rey Sesostri III (hacia el 1850 a.j.), es decir contemporáneo más o menos de Hammurabi en Mesopotamia. **Assman, J.** Op. cit. pg. 26
- (110) **Lerner, G.** *La creación del Patriarcado* Crítica, Barcelona, 1990 (1ª edición en lengua inglesa: 1986)
- (111) **Merelo Barberá, J.** Op. cit. pag. 25-26
- (112) **Deleuze y Guattari** Op cit. pag. 35
- (113) **Steinem, G.** op.cit.

(114) **De Maio, R.** *Mujer y Renacimiento* Mondadori, Madrid 188 (1ª edición en italiano: Milán 1987)

(115) **De Maio, R.** op. cit. pag. 52-53

(116) *Levítico* 12 (1,8)

Capítulo 6

«Vemos, pues, la facilidad que posee lo prohibido para desplazarse a sí mismo, ya desde el principio desplaza al deseo» (117)

De la Prohibición al Tabú, del Tabú a la construcción del inconsciente edípico y a la aceptación de este orden como la única realidad posible

...

En los primeros tiempos de las prohibiciones, todo lo que hiciese referencia o que tocase el tracto vaginal de la mujer, al ser susceptible de producir placer de modo involuntario, de estimular el deseo sexual, debía de definirse y establecerse como impuro. Por eso, el catecismo Ripalda, para no dejar ningún cabo suelto, además de decir que la Virgen concibió por obra y gracia del Espíritu Santo y que no conoció varón alguno, que, por tanto, hasta el parto su vagina permaneció intacta, no tocada, tenía que resolver la paradoja de permanecer 'pura' (no tocada) en el parto; es decir, la paradoja de decir que fué la madre de Jesús y al mismo tiempo permanecer pura. Pues ¿no recorrió Jesús el tracto vaginal de María? Pues, no señor; sin cortarse un pelo, como si fuese el cuento de Caperucita Roja, Ripalda dice que Jesús «salió del vientre de la Virgen como un rayo del sol por el cristal, sin romperlo ni mancharlo», es decir, dejando intacto el tracto vaginal de María. Podían haber inventado un Jesús que viniese a la Tierra en un meteorito, o transportado por los ángeles. Pero no, había que dar un modelo de mujer 'pura', de madre 'pura'. Aunque, desde luego, ninguna mujer podría ni tendría que ser tan pura como la Virgen, que había nacido sin pecado original, etc. etc. y tampoco íbamos a concebir por obra y gracia del Espíritu Santo, etc. etc. Pero cuanto más nos aproximásemos, cuanto menos sintiésemos, cuanto menos nada ni nadie tocase o pasase por nuestro tracto vaginal, tanto más nos pareceríamos a la Virgen María: tanto menos se desinhibiría la libido materna y tanto mejor haríamos de madres patriarcales.

Fuimos condenadas a parir sin deseo, sin sentimientos, sin sentir la vida y el placer en nuestras entrañas. Porque de otro modo nunca hubieran conseguido que infligiéramos el daño que infligimos a las criaturas. Como leonas o lobas defenderíamos a nuestras crías contra el patriarcado; nos dejaríamos matar mil veces antes que consentir que nadie hiciese llorar de desesperación a un recién nacido o antes de permitir que lo arrancasen de nuestro pecho y nuestro regazo. No podríamos soportar esa frustración ni controlar la fuerza de la pasión materna.

Se trata de que la maternidad funcione así:

1º) Los sentimientos ordenados maternales no tienen que guardar relación alguna con el sexo o con los deseos sexuales.

2º) Cualquier pulsión sexual aunque no esté producida en relación directa con el coito sólo puede tener como referencia, ya sea por asociación, simbolismo, transferencia, tendencia pervertida etc. el coito y el falo. Es decir, toda la sexualidad es falocéntrica.

3º) La relación erótica y sus pulsiones deben reducirse al coito y relaciones sexuales entre adultos.

4º) Por tanto, las pulsiones sexuales de las criaturas sólo pueden ser perversiones infantiles edípicas y abusos sexuales de los adultos. El deseo del bebé del cuerpo materno es un deseo de realizar el coito con la madre; y el deseo de la madre de tener apegado a ella al bebé es un impulso sustitutivo del pene que le falta, es reflejo de una mala relación con su pareja, y de su tendencia a crearse relaciones de dependencia.

5º) El embarazo, parto, amamantamiento y crianza en general no forman parte de las funciones sexuales impulsadas por los deseos, sino de la Medicina.

6º) la prohibición de los deseos maternales recíprocos, que producen el acoplamiento de los flujos humanos primarios, se convierte en el tabú del incesto.

7º) Las funciones sexuales se realizan sin deseo, sin líbido, a veces sin flujo, con el útero rígido produciendo dolor. El impulso de las sensaciones placenteras y de bienestar es sustituido por los mandatos sociales. El sufrimiento se padece, se 'refoula' y se sublima, dando paso a los sentimientos definidos por la Ley.

8º) Hemos convertido el deseo en algo prohibido, luego en tabú y finalmente, ha desaparecido de la realidad; la Realidad ya es carencia, miedo y dolor.

Fuimos expulsados y expulsadas del Paraíso y la vida, dicen, es un Valle de Lágrimas sin salida. Nadie puede pensar que puede ser otra cosa ni cabe otra actitud que la de la resignación. En todo caso, algunos dicen que el Paraíso está en la 'otra vida', cuando estemos muertos («mañana, cadáveres, gozareis»).

La caída histórica de la maternidad, y de su reconocimiento, es la transformación de la madre deseante en madre frígida y esclava, que es insensible al sufrimiento de las criaturas y que se autoreprime y las reprime; es la conversión de la mujer en animal de cría o máquina reproductora y represiva.

Merelo-Barberá dice, refiriéndose a la madre patriarcal:

«Este sistema social de represión relacional o erótica para sostenerse, no sólo cuenta con los principios médicos y morales, sino que ha logrado rizar el rizo de su defensa convirtiendo a la víctima erótica, la mujer, en la eficaz guardiana y

propagadora de los ideales que la oprimen, en víctima y verdugo a la vez... Esta es la función social de la madre, educada para reprimir a los hijos desde los primeros días de la vida del bebé, coincidentemente con la técnica médica, hasta la pubertad, y *domesticarlos en la carencia de la expansión erótica* y, en particular, en la aceptación por las hijas de su destino impuesto de *sumisión a la abstracta figura del modelo varonil...*» (118)

La represión general sólo se produce en tanto que logra organizar la represión de los deseos de cada sujeto, que es condición suya imprescindible. No es sólo el fascismo lo que no se puede entender de otra forma, como dijo Reich; lo que no se puede entender de otra forma es la represión de las criaturas por sus madres durante cientos y miles de años.

Acompañando a la caída de la maternidad y para respaldar la aparición del Padre, aparecieron historias sobre la génesis humana, en las que simbólicamente un hombre engendra a una mujer, como aquello de Dios creando a la primera mujer a partir de una costilla de Adán, o Atenea saliendo de la *cabeza* de Zeus, o el Dios de los Yanomamis apareándose con su pantorrilla. Es la mitología misógina (119) destinada a hacer creer que en la mujer se gesta y reproduce una supuesta 'parte animal' de los humanos, pero que lo propiamente 'humano' nos viene del Padre (en el principio fue el Padre, en el principio fue el Verbo), logrando la increíble hazaña de ocultar a nuestro consciente lo más evidente de nuestra vida que es su manera de reproducirse. Es importante ver la conexión que existe entre esto de reducir la maternidad a 'animalidad' y la transformación de los deseos y sentimientos en 'amor' espiritual, impidiendo el acoplamiento primario de los flujos humanos, y separando la díada original con el muro del incesto. Como no se podía prohibir que la mujer concibiese, gestase y pariese, se asigna a estas funciones una categoría no humana; a continuación, se prohíbe —ahora sí es posible— el amor físico entre madre y criatura inventándose el 'amor' maternal virginal, dejando a la criatura lista para 'humanizarse' por la vía de la represión de sus deseos y de la imposición de las ideas, tabúes y normas de la Ley del Padre: así entramos en la lógica de que el principio del ser humano es el Padre, o el Verbo que transmite sus órdenes.

Descompuesta la maternidad entre la medicina y el amor espiritual, descompuesta la mujer, el Patriarcado funciona.

Dice Romeo de Maio (120) que «la historia del cuerpo femenino es una *Ilíada* de sufrimientos». Y es que el precio pagado para conseguir la rigidez y la insensibilidad del cuerpo de la mujer a lo largo de la historia ha sido altísimo: extirpación del clítoris (121), incluso en Europa ahora entre la población árabe emigrada) (122), coser los labios vaginales para que el esposo los rasgue a punta de navaja la noche de bodas, cinturones de castidad, torturas de todo tipo de la Santa Inquisición (123), el sofisticado invento del cepo para los pies de las niñas chinas, o la hoguera que espera a las mujeres de la India (las mujeres en el patriarcado somos una carga económica y nuestros padres tienen que pagar una dote para deshacerse de nosotras: en India los pobres entregan a sus hijas adolescentes a viejos ricachones sin apenas dote, los viejos mueren al poco tiempo y las chicas en la flor de su juventud son quemadas vivas en las hogueras junto a sus difuntos esposos; a veces las queman directamente para ahorrarse la dote);

todo esto no pertenece al pasado pues, aunque en algunos casos algunas de estas costumbres han sido legalmente condenadas, su práctica continúa (124).

En un ilustrativo pasaje del libro *Cisnes Salvajes* (125) hay un relato de lo que han hecho en China, durante más de mil años, las madres patriarcales con sus hijas:

«Su mayor atractivo eran sus pies vendados, que en chino se denominaban "lirios dorados de ocho centímetros". Ello quería decir que caminaba "como un tierno sauce joven agitado por la brisa de primavera", cual solían decir los especialistas chinos en belleza femenina. Se suponía que la imagen de una mujer tambaleándose sobre sus pies vendados ejercía un efecto erótico sobre los hombres... Los pies de mi abuela habían sido vendados cuando tenía dos años de edad. Su madre, quien también llevaba los pies vendados, comenzó por atar en torno a sus pies una cinta de tela de unos seis metros de longitud, doblándole todos los dedos -a excepción del más grueso- bajo la planta. A continuación depositó sobre ellos una piedra de grandes dimensiones para aplastar el arco del pie. Mi abuela gritó de dolor, suplicándole que se detuviera, a lo que su madre respondió embutiéndole un trozo de tela en la boca. Tras ello, mi abuela se desmayó varias veces a causa del dolor. El proceso duró varios años. Incluso una vez rotos los huesos, los pies tenían que ser vendados día y noche con un grueso tejido debido a que intentaban recobrar su forma original tan pronto como se sentían liberados. Durante años, mi abuela vivió sometida a un dolor atroz e interminable. Cuando rogaba a su madre que la liberara de las ataduras, ésta rompía en sollozos y le explicaba que unos pies sin vendar destrozarían su vida entera y que lo hacía por su propia felicidad. En aquellos días, cuando una muchacha contraía matrimonio, lo primero que hacía la familia del novio era examinar sus pies... si los pies medían más de diez centímetros... la suegra... con un brusco gesto de desprecio partía dejando a la novia expuesta a la mirada de censura de los invitados, quienes posaban la mirada en sus pies y murmuraban insultantes frases de desdén. En ocasiones, alguna madre se apiadaba de su hija y retiraba las vendas; sin embargo, cuando la muchacha crecía y se veía obligada a soportar el desprecio de la familia de su esposo y la desaprobación de la sociedad, solía reprochar a su madre el haber sido demasiado débil... No sólo se consideraba erótica la imagen de las mujeres cojeando sobre sus diminutos pies, sino que los hombres se excitaban jugando con los mismos... Las mujeres no podían quitarse la venda ni siquiera cuando ya eran adultas, pues en tal caso sus pies no tardaban en crecer de nuevo... Los hombres rara vez veían desnudos unos pies vendados, pues solían aparecer cubiertos de carne descompuesta y despedían una fuerte pestilencia. De niña, recuerdo a mi abuela constantemente dolorida. Cuando regresábamos a casa después de hacer la compra, lo primero que hacía era sumergir los pies en una palangana de agua caliente al tiempo que exhalaba un suspiro de alivio. A continuación, procedía a recortarse los trozos de piel muerta. El dolor no sólo era causado por la rotura de los huesos, sino también por las uñas al incrustarse en la planta del pie».

Esta es la verdad que se esconde detrás de lo que los poetas chinos llamaban «tierno sauce joven agitado por la brisa de primavera».

Si mencionamos estas atrocidades no es para ponerle la carne de gallina al que lea estas líneas, sino para tratar de *ver y entender* con que saña ha sido perseguida y destruida la condición y la capacidad sexual femenina. Y cómo ha sido

imprescindible la destrucción del amor primario también para insensibilizar a las madres que debían producir tales sufrimientos a sus criaturas. Estas prácticas *generalizadas* encaminadas a asegurar la represión del placer en la mujer (sólo las desvorganzadas gozaban, las esposas nunca podían gozar, por eso una puta nunca podía ser madre legítima, únicamente madre de 'hijos de puta') han determinado la inhibición de la sexualidad de la mujer para que funcione la reproducción patriarcal. Durante milenios, para la mujer, sexo ha sido pánico: pánico a la mutilación, a la pira, a la lapidación, al dolor y al repudio; pánico que produce la tensión, la rigidez y el dolor que pedía la maldición divina para manipular a las mujeres y a sus criaturas.

No hay duda: el erotismo de las relaciones madre-criatura fue un obstáculo que en su día hubo que salvar para hacer funcionar la Ley del Padre. Destruir la sexualidad primaria y lograr su sublimación edípica para establecer el principio de Autoridad y controlar aquello que «hace rodar la rueda de la vida» (126). Además de conseguir que la mujer sea insensible a los sufrimientos de las criaturas, hay que evitar la fusión de la pareja madre y criatura pues la energía erótica que se liberaría sería imposible de encerrar y dominar. ¡Cómo se iban a organizar los ejércitos de fuerza de trabajo, de soldados y de esposas sumisas! Los lazos afectivos entre la madre y los pequeños seres humanos que se pueden construir a partir de una relación entrañable durante la crianza deben producir una lealtad recíproca indestructible, lealtad incompatible con la jerarquización que precisa el patriarcado y toda su trama de intereses.

La prohibición del incesto no se puso en marcha para asegurar las relaciones exogámicas entre distintos grupos, como suele decirse, sino para cortar la relación entrañable madre-criatura; para inhibir los deseos y hacer funcionar a la madre como una máquina, y poder entonces construir un amor maternal espiritual, al estilo de la madre-virgen María. Si hay algo imprescindible en el patriarcado es la madre capaz de descomponerse en cuerpo animal y alma *espiritual*, de sublimar el deseo y convertirlo en ese 'amor' de madre idealizado que conocemos, *capaz de todos los sacrificios sin recibir nada a cambio*, como suele decirse, y que consiste en subordinar el bienestar de la criatura a su futura integración en el orden patriarcal. Lo que hoy se entiende por 'amor maternal' debe tener poco que ver con lo que debió ser el antiguo amor maternal antes de las prohibiciones y de los tabúes.

NOTAS

(117) **Deleuze y Guattari** op cit. pag. 77

(118) **Merelo Barberá, J.** op cit. pag. 35 subrayados nuestros

(119) El carácter misógino de la mitología lo analizó Adrienne Rich en la obra mencionada *Nacida de Mujer* y también Romeo De Maio en el también citado libro *Mujer y Renacimiento*.

(120) **Romeo De Maio** op cit.

(121) Ver cita 95. La OMS calcula la cifra de mujeres clitoridectomizadas entre ochenta y cinco y ciento catorce millones (Ver *El Mundo* 3.3.95, *Egipto autoriza la ablación del clítoris en hospitales públicos*).

(122) *El País* 7.3.93 *Africa en el Maresme*

(123) Narradas con bastante detenimiento por Romeo De Maio en la obra citada

(124) *El Independiente Quemadas por la dote* 9.6.91. Por otra parte, en Egipto se ha legalizado la ablación del clítoris en marzo de 1995, reconociendo que nunca se ha dejado de practicar. En Egipto, el porcentaje de mujeres clitoridectomizadas es del 95 % en las zonas rurales y del 73 % en las ciudades. En los hospitales se realizan hoy 3.600 clitoridectomías diarias. (*El Mundo* 3.3.95)

(125) **Jung Chang** *Cisnes Salvajes* Circe, Barcelona 1993. (1ª edición inglesa: 1991)

(126) **Raknes O.** *Educación económica sexual* en *International Journal of Sex Economy* (Vol.2) en 1943. Publicado en Boletín num. 4 de la Asociación Antipatriarcal, diciembre 1989

Capítulo 7

«La institución [del Matrimonio] ... es una arbitrariedad sociológica... pues considera que la pareja es el elemento nuclear de la sociedad a través de la familia como primera célula de ella. Esto es consecuencia de la eliminación de la *función básica erótica relacional*... no es mera elucubración lo que afirmo, pues la ideología que logró imponer la creencia de que la expansión y relación erótica se reducía al acto breve reproductivo sólo tiene, aproximadamente, un siglo de vigencia general» (127).

La constitución del Padre que impide el amor primario y el apoyo mutuo entre los/as hermanos/as...

La socialización por la vía de la represión

La obra ya mencionada de Tellenbach (128) dedicada a la pesquisa del origen del padre, a pesar de su planteamiento netamente misógino y androcéntrico (129), arroja un montón de luz sobre dicho origen.

Ya habíamos adelantado algo sobre este tema en el capítulo 5. Quizá el análisis de Assman sobre la paternidad adoptiva en el Antiguo Egipto sea la prueba más esclarecedora del origen patriarcal del padre (valga la redundancia).

En primer lugar explica que en el Antiguo Egipto, la madre 'predominaba' en lo que Assman denomina 'biológico'. Para mostrarlo cita unos versos del *Libro de los Muertos* (130) en donde no hay traza de filiación paterna: «¡Oh corazón nacido de mi madre/oh conciencia nacida de mi existencia sobre la tierra!»

Pues, efectivamente, en el Antiguo Egipto las relaciones de parentesco se establecían por el vínculo materno (131).

En segundo lugar, Assman aborda lo que en algunos textos del Antiguo Egipto llaman «la rebeldía de la simiente»: «Pero la simiente es rebelde/ se pierde si contraviene tus proyectos/si se opone a todo lo que se le dice/y si en su boca tiene propósitos condenables/Atrápalo, no es tu hijo/no ha nacido de tí/todo su ser se parece a su boca/aquél que no te sigue, es alguien que ha sido rechazado/y cuya pérdida ha sido decidida desde el vientre materno...» (132)

O aquellos otros versos de Sesostris III ya citados («La imagen del hijo que sostiene a su padre/es el que defiende la frontera de su creador/ pero el que quiera abandonarla, el que no pelee por ella/ese no es mi hijo, no ha nacido de mí») según los cuales, los hijos que no defienden las fronteras que el padre ha conquistado, no son sus hijos; es decir, que además del patrimonio y de la patria, la frontera también delimita y define los hijos. Siempre en los orígenes las verdades aparecen nítidas.

Finalmente, se dice, por fin: «la verdadera paternidad es adoptiva» (132). Como ya hemos visto, la paternidad era contractual e impugnabile; se trataba de una elección que un hombre poderoso realizaba por la que se convertía en una especie de padrino, maestro de armas, mecenas o mentor espiritual de un niño o joven, y por la que obtenía un continuador de sí mismo, como forma de inmortalizarse y dar un sentido a sus conquistas y proezas y a la acumulación de riquezas; en definitiva, con la paternidad se constituye el patrimonio, en tanto que propiedad vinculada a un linaje, cuyos integrantes serán los agentes de carne y hueso que ejecutarán su continua expansión y realización.

A través de este concepto de la paternidad, se entiende la filiación divina del Rey, y el mismo Rey como figura paternal de sus súbditos —que defienden sus fronteras— a los que casi siempre, en la Antigüedad, se dirigía en términos de 'hijos'. No se trataba de un lenguaje poético o simbólico, sino de la verdadera paternidad de entonces.

Que duda cabe que existe un paralelismo entre la paternidad en el Antiguo Egipto y en Mesopotamia. El Código de Hammurabi tiene multitud de versículos que regulan temas relacionados con la adopción, y sabemos que el heredero, que era el 'preferido', no tenía necesariamente que haber nacido de alguna de las mujeres del padre.

Como dicen Merelo Barberá y Marta Moia, el sistema de paternidad actual es muy reciente por mucho que parezca emanado de la misma 'naturaleza' humana.

No tiene, pues, nada de asombroso, que en el prólogo de la obra dirigida por Tellenbach, Yves Pellicer nos diga que las investigaciones aportadas confirman lo que ya se sabía (por descontado, debidamente camuflado de 'armonía' etc.):

«Así pues, habría que interrogarse para saber si la *autoridad legítima* (por oposición al autoritarismo y al despotismo) no fue lo que primitivamente favoreció precisamente la reunión, la armonía, etc. El padre, en esta función, asegura el equilibrio intrafamiliar y facilita el acceso del niño/a, realidad biológica en crecimiento, un tanto salvaje, al mundo socialmente organizado. Las sociedades sin padre intrafamiliar tendrían entonces que elegir entre la anarquía privada y pública o el suicidio en la gran paternidad colectiva y obligatoria de un cesarismo».

Sobran, desde luego, los comentarios, porque lo dice casi todo: desde la 'autoridad' como principio del padre, pasando por la 'realidad biológica' y 'salvaje' de las criaturas cuyo acceso a la sociedad organizada es facilitada por el padre, hasta la anarquía que nos espera en la sociedad sin padre.

...

El Paraíso es el lugar donde nacer es un placer y en donde las madres sacian los deseos de las criaturas sin distinción de su sexo, ni de orden de nacimiento, ni discriminación de tipo alguno; sin que las expectativas futuras o proyección de otros intereses se interpongan a su bienestar inmediato: *por la propia condición del deseo materno* que obra de este modo. El Valle de Lágrimas es la sociedad organizada *para* la realización de los patrimonios; es una civilización trascendente, como dice Victoria Sendón (134) que requiere la invención y la intervención de la figura del Padre para que las criaturas humanas se metabolicen en hijos e hijas criados en la carencia y en la sumisión a la Ley del Padre.

La transformación de la madre entrañable en madre patriarcal fue, pues, promovida y acompañada por la transformación del *tama* en padre, una figura que elimina la madre entrañable y organiza una filiación y una identidad social al margen de la madre; filiación e

identidad determinadas por su posición respecto a los patrimonios, y que en definitiva representan una socialización en estado de carencia y en régimen de sumisión.

Si el deseo de la madre entrañable lleva el bienestar inmediato a la criatura y produce la expansión del 'yo' primario, con el padre se bloquea esa expansión, se impide el desarrollo de la vida humana deseante, y comienza la producción de la fuerza de trabajo y de los guerreros violentos e insensibles al sufrimiento de sus congéneres.

El origen del padre está vinculado a la destrucción de la sexualidad primaria de las criaturas humanas. Por eso, el discurso justificativo del padre siempre sitúa la función reproductora en la disyuntiva de o lo social o lo biológico, naturaleza o cultura, *escamoteando su dimensión erótica y libidinal*, en la absoluta 'pureza' bíblica. Asociada la libido a la sexualidad falocéntrica, el discurso patriarcal convierte la maternidad en un hecho estrictamente 'biológico', en la acepción más física de la biología (el contenedor del narcisismo primario).

La eliminación de la dimensión *libidinal* de la maternidad es, pues, la clave, y a la vez el síntoma inequívoco, de la anulación *social* de la maternidad que señala Sau. Pues entonces, lo que trasciende al orden social no es la verdadera maternidad sino un sucedáneo robotizado de la misma. Anulada en lo social y reprimida en lo libidinal, la maternidad sólo existe ya por homologación a la función cultural represiva del Padre. Maternidad y Paternidad se uniformizan, según fórmula Sau (1994) $m = f(P)$ (maternidad es función del Padre).

Tal y como están actualmente las cosas, es decir, destruida la libido materna y degradada la maternidad en lo social, desde un punto de vista anti-autoritario también podría decirse que la madre es lo mismo que el padre: la primera autoridad que reprime a la criatura. Incluso físicamente puede ser la primera represora de la criatura. Pero, aunque en nuestra sociedad 'madre' y 'padre' sean mentira, son dos mentiras diferentes que esconden verdades diferentes. En realidad, ambos, la madre patriarcal y el padre se aprovechan de la verdad de la madre entrañable; de ella toman prestada la función y la imagen de bondad, bienestar, protección etc. con la que realizan el chantaje emocional que hace a los hijos/as obedientes; es decir, se apoyan en esa verdad para legitimarse y legitimar la represión sistemática de las criaturas y la introducción del principio de autoridad. La 'madre patriarcal' conserva el nombre de la verdadera madre, y el padre, para alinearse con la madre y tomar su legitimidad, toma el nombre homólogo al de 'madre', de manera que la represión se presente como el cariño y la protección que la criatura necesita, afirmando la figura del 'padre' como algo natural y necesario.

Por eso decimos que lo que hoy se conoce por 'madre' es una impostura (Sau 1994), un sucedáneo de madre; y lo que llamamos 'padre' un invento falaz.

Recordemos cómo decía Marta Moia, que durante milenios las hijas de un hombre han sido las dadas a luz por sus hermanas y no las engendradas por él (135) y que el 'padre' como realidad social es muy reciente, ya que cuenta con unos 1500 años (136).

Hay quien propone dar otro nombre a la 'madre entrañable', argumentando que si nos 'cargamos' al padre, también nos tenemos que 'cargar' a la madre, ya que ambos están igualmente asociados a la represión patriarcal y al autoritarismo, etc. etc.; pero renunciar al nombre de la 'madre' porque la madre actual sea una impostora es otra manera de seguir ocultando el Crimen del amor maternal. Significa que aceptamos que por detrás, antes y por debajo de la madre patriarcal no hubo ni hay una madre entrañable, y por lo tanto, la negación del amor primario. Precisamente en la homologación de la 'paternidad' y la 'maternidad' está escondido el crimen de la Madre.

«El crimen organizado contra la madre -su deglución- es el matricidio primitivo. Desde entonces la maternidad no se trasciende a sí misma en valores sociales o culturales; no es portadora de tales valores sino portadora de los valores del Padre... La maternidad no es homologable a la Paternidad. Al contrario, está al servicio de esta última. Que las mujeres hagan mucho maternaje, no significa que haya Maternidad. Incluso la parte más 'natural', a la que por otra parte ha sido reducida, no le pertenece porque también esas funciones en *sensu strictu* femeninas le han sido alienadas... ¡La Madre ha muerto! ¡Viva el Padre!» (137)

Antes de seguir, queremos dejar claro que negar al padre no es afirmar algo así como que los hombres, en lo que se refiere a la crianza, están de sobra, son inútiles o no puedan ser partícipes de los amores primarios: todo lo contrario, puesto que si *negamos* la 'utilidad' o la función que realizan en esta sociedad, es porque *queremos* hombres que amen a las criaturas y construyan el tejido social de protección y apoyo mutuo para el bienestar de los grupos humanos. Al igual que *carecemos* de madre, carecemos y necesitamos urgentemente hombres que amen a las criaturas inocentes que cada día son víctimas del orden patriarcal, y las protejan del mismo, para lo cual tendrían que dejar de ser lo que ahora son, del mismo modo que las madres patriarcales tendríamos que dejar de ser lo que somos. Ahora no hay hombres, sólo padres y maridos.

Por tanto, no estamos declarando inferior o negando lo masculino para tratar de afirmar lo femenino como superior; puesto que lo que reivindicamos es la genuina fraternidad entre los sexos, la sexualidad común a los hombres y mujeres. Pero negamos al Padre, el rol del varón en la sociedad patriarcal, porque es por definición la destrucción de la fraternidad.

Como dice Merelo-Barberá:

«Desde la perspectiva... de la función relacional básica y unívoca, también el varón aparece en parte reprimido, sometido y limitado. No voy a tratar ahora de ello, pues el presente trabajo se refiere a la mujer, pero procede que se señale ya que el varón *está robotizado por la cultura o sistema de civilización de poder masculino y se ve llevado a una conducta erótica determinada y socialmente trazada, que concediéndole el premio de la dominación sobre la mujer [y sobre las criaturas, añadimos] le engaña sobre su identidad y posibilidades eróticas*» (138)

Quizá sean esas posibilidades eróticas sobre las que tan engañados y engañadas estamos, las que nos den las pistas para imaginarnos el varón anti-padre, amante y protector de criaturas, y para reivindicar una 'identidad' masculina aedípica.

Quizá también ese varón adulto no edipizado sea, como la madre, libidinalmente democrático y generador de fraternidad. Al igual que el deseo compartido del cuerpo materno nos hace hermanos y hermanas, partícipes de unos mismos modos de producir bienestar; al igual que hermanos y hermanas podemos compartir el útero y los pechos maternos, sin que ello produzca rivalidad ni celos; también el falo compartido puede ser fuente de fraternidad; y de esto tenemos igualmente indicios históricos, pasados y presentes.

No tratamos, pues, de dar la vuelta a la tortilla; ni es una negación mecánica del padre para afirmar a la madre. Sabemos que es fácil rebatir lo que aquí se plantea con la simple operación de reducir la cuestión a lo que siempre se ha entendido por 'padre' y 'madre' -y la facilidad estriba en que se apoya precisamente en que no hay que forzar lo que se cree ni lo que se quiere creer. Cuestionamos al padre, no al varón; cuestionamos la falocracia y el falocentrismo, no el falo.

No tratamos de declarar al falo, como se hiciera antaño con el útero, de monstruoso, perverso, agresivo o inútil, porque creemos que la libido masculina y el deseo del varón también podrían ser generadores de la fraternidad humana y de una sociedad basada en el apoyo mutuo. Una

fraternidad no generacional, basada en la convivencia adulta y en el bienestar compartido, y no basada en el sometimiento generacional de los hijos a los padres. Quizá esto merecería escribir otro libro, cuando tuviéramos más sabiduría en el arte de compartir y de convivir fuera de la Ley.

Nuestro estudio se centra en la destrucción de la díada madre-criatura y de la libido materna — y del papel de la figura del padre en dicha destrucción— de la cual tenemos algún conocimiento. La tragedia de la humanidad actual consiste, como dice Merelo-Barberá, en creer que la expansión y relación erótica se reduce al 'breve acto reproductivo', y, por tanto, en imponer la familia nuclear —el Matrimonio— como marco de convivencia estable de las criaturas. Porque el 'breve acto reproductivo' que da lugar a la gestación de un nuevo ser humano, puede ir acompañado de una pasión, de un deseo y de unos sentimientos más o menos fugaces o prolongados —nunca habrá dos casos iguales—; y no se puede hacer depender la estabilidad de la vida cotidiana, la protección de las criaturas y la 'armonía' que decía Pellicer, *de una relación que en sí misma no es estable*, ni pretender hacerla 'estable' por medio de la Ley, el miedo, la sublimación edípica de la represión y los mecanismos coercitivos publicitario-subliminales.

Para salvar el orden patriarcal, cuando la gente ha empezado a exigir el derecho de estar con el ser amado, se han visto obligados a hacer la pirueta de revestir de Amor la institución del Matrimonio. Pero eso mismo está resquebrajando la institución porque la gente se lo cree de verdad y se permite el volverse a enamorar y dejarse llevar por el deseo cuando éste sale con fuerza. De ahí el panorama actual de mujeres con criaturas destrempadas y desamparadas pidiendo a gritos —para quien quiera oírlos y no reducirlo a una pensión alimenticia— un cambio del modo de convivencia humana. Pues ni el divorcio, ni los esfuerzos conjuntos del Vaticano, en pro de la castidad, y de Hollywood, en pro de la familia nuclear, son suficientes para tapar los agujeros por donde el sistema hace aguas. De hecho el Matrimonio hoy se sigue sosteniendo por los imperativos económicos -que son de distinto signo para los ricos y para los pobres- y por la necesidad de seguridad y estabilidad psicológica. Por eso decía Ines Alberdi que a la par que formalmente se desmembra la familia, su significación psicológica aumenta.

Lo que la generalización del divorcio ha puesto de manifiesto es que las relaciones de apareamiento no dan lugar a un sentimiento estable, duradero, leal y fiel, de los varones hacia las criaturas que dan a luz las mujeres con las que han tenido esas relaciones. Ni en los casos de encuentros casuales o de alguna breve historia amorosa, ni en los casos de las relaciones de pareja más prolongadas. Ni haciendo que el padre asista al parto en un afán de impregnarle emocionalmente del recuerdo; ni aún estando enamorado de la mujer gestante o lactante. Lo cierto es que estamos presenciando —y es un hecho fehaciente generalizado e innegable— una asombrosa capacidad emocional de los hombres en general para olvidarse y pasar olímpicamente de los/as hijos/as. Esta actitud de los hombres hacia las criaturas es debida ante todo, y sin que nos quepa la menor duda, a la anulación de su propia sexualidad primaria.

Lo cierto es que la relación de apareamiento en sí misma no produce en los varones energía libidinal o un vínculo emocional estable con las criaturas que se conciben en dicha relación. En cambio, la relación que se establece durante la infancia entre hermanos y hermanas criados por una madre con algo de entrañable, sí crea un vínculo emocional y sentimental estable y duradero, siempre que después no vengan los intereses patrimoniales a destruir dicho vínculo y a inocular la competencia y el fratricidio (como ha venido ocurriendo con los vestigios de amor materno y de fraternidad entrañable que se producían en este mundo). El deseo y el instinto de protección del varón hacia las criaturas que da a luz la niña que compartió sus juegos, *sus deseos y sus sentimientos básicos*, que ha ido viendo crecer y que se ha hecho madre, sin duda serían inevitables. El vínculo entre hermanos y hermanas uterinos es en cierta

medida indeleble. Recientemente un amigo nos confirmaba este supuesto, y me decía que él por los hijos (2 y 4 años) de su hermana gemela sería capaz de "hacer cualquier cosa"; incluso le había dicho a su hermana que si alguna vez el marido la dejaba, que no se preocupara que allí estaba él. Esto sugiere *que el papel protector de los varones (hermanos, tíos, etc.) en los grupos matrifocales puede que fuese (y que sea) una actitud acorde con la economía libidinal humana* y no sólo una forma transitoria del dominio del hombre sobre la mujer, como se ha venido diciendo.

Estamos pues empezando a sospechar que, *desde el punto de vista de la economía libidinal de la vida humana*, el deseo de los varones de protección de las criaturas, permanente y profundo, vinculado al sentido de conservación de la vida, que daría seguridad y constituiría una base sólida y estable (la armonía que decía Yves Pellicer, y que de ningún modo puede descansar en la 'autoridad' o en Ley alguna, sino únicamente en el deseo), se produciría hacia los hijos e hijas de las hermanas uterinas con las que convivieron y compartieron los sentimientos amorosos básicos.

En cualquier caso, nos parece claro que las relaciones de parentesco de los grupos matrifocales eran más acordes con la economía libidinal que las patriarcales, no sólo en lo que se refiere a las madres y a las criaturas, sino también en lo que se refiere a los varones adultos.

No cabe duda que los varones adultos antes de las Prohibiciones, antes de ser padres, antes de organizar la reproducción patrimonial y de ocurrírseles prohibir la sexualidad materno-infantil, debían también tener una relación entrañable con las criaturas, un profundo deseo de protección y cuidado de la vida humana.

Si el hombre adulto no tuviese afanes de posesión, proyectos de explotación de la vida humana y de realización de patrimonios, si su 'yo' en lugar del 'yo-padre' edípico fuese el resultado de la expansión del 'yo' primario, y si en su psique en lugar del «ambito de una falta básica» (las frustraciones de la represión de los deseos y la herida del abandono) hubiera el recuerdo psicossomático del amor primario (la exuberancia de los deseos saciados) y la experiencia de una infancia en la que fue amado por sus mayores, no podría entrar en suspicacias y celos hacia las pequeñas criaturas que las mujeres dan a luz; es más, no podrían imaginarse que las cosas pudieran ser de otro modo, que se pudiera privar a las criaturas y a las madres de su amor recíproco, ni hacerles otra cosa a esas criaturas que procurarles su bienestar.

Sin embargo, el varón patriarcal se hace padre para interponerse entre la madre y la criatura, para impedir una función socializadora de la madre entrañable, con el peligro acechante de una socialización respetuosa con los deseos de la criatura. Porque *no hay un narcisismo primario*: hay un amor primario a dos. Este es el peligro, esto es lo que tiene que impedir el padre, esta es su razón de existir en este mundo: impedir la relación erótica básica, impedir que una criatura llegue a desear y pensar fuera de los límites del triángulo.

El padre entonces debe producir una filiación segregacionista, organizar la segregación de las criaturas humanas según las distintas funciones que la realización patrimonial requiere.

En primer lugar, el padre discrimina y clasifica según si reconoce o deja de reconocer como 'suya' una criatura; hará de ella una criatura socialmente aceptada en el pacto patriarcal o un/a hijo/a de puta (y a su madre una puta) socialmente despreciables.

Discrimina y clasifica a las criaturas según el sexo. Discrimina al extranjero, al 'bárbaro', al que nace fuera de la Patria, es decir, del territorio que abarca los patrimonios del pacto patriarcal al que pertenece, por cuya discriminación no estará obligado a aplicar las normas pactadas para las criaturas nacidas en su Patria, produciendo el racismo, la xenofobia y la superexplotación

de la inmigración, etc. etc. (Y por eso también se nos tiene definidos por la 'nacionalidad' que debe figurar en todo DNI o pasaporte) (139). El padre, en fin, clasifica a las criaturas en herederos y desheredados, en futuras madres de herederos y madres de desheredados.

Esta segregación y clasificación patriarcal de los hermanos y hermanas, transforma las relaciones fraternales entrañables de las criaturas productoras de deseos, en *relaciones de competitividad, en relaciones fraticidas*.

La maternidad entrañable produce una fraternidad que se hace al convivir en la saciedad del deseo y *al compartir las mismas formas de satisfacerlos* y de procurarse bienestar; promueve, por tanto, las relaciones de apoyo y protección solidarias y recíprocas entre hermanos y hermanas, en lugar de las relaciones de competitividad por la primogenitura, por el reparto de bienes patrimoniales, por las herencias, por los privilegios, por el acceso a los espacios y a las cuotas de poder: *del matricidio se deriva el fraticidio*, la guerra, el enfrentamiento entre los hermanos. El matricidio no sólo nos deja huérfanos; también nos deja sin hermanos y sin hermanas que nos protejan y nos ayuden a vivir; destruye la sustancia que forma el entramado social del apoyo mutuo.

Hoy en día, cuando el peligro de que haya una madre entrañable, es decir, que la mujer engendre criaturas movida por sus pulsiones sexuales y por sus deseos, es bastante remoto, y como, por eso mismo, una socialización de las criaturas sin obstáculos para sus deseos (sin el triángulo edípico esperándole en la puerta del paritorio) sería en todo caso una cuestión de algún caso muy aislado, el racionalismo patriarcal ha canalizado la rebelión de la mujer contra el varón hacia la 'igualdad de los sexos', hacia su participación en el dominio de las criaturas, metiéndola en la lucha por áreas de poder y de mando, permitiendo a una minoría trepar hacia las cúspides del poder. Ahora el Sistema puede permitir que las mujeres, masculinizadas en lo sexual y patriarcas en lo social, socialicen solas a sus hijos; y por eso la madre soltera y el hijo de madre soltera empieza a dejar de ser un estigma (aunque siga siendo un factor de discriminación a todos los niveles, tanto para la madre como para el hijo o la hija, y en general en condiciones muy duras para la madre): porque la patria potestad compartida por el padre y la madre (en el Estado español desde la ley del PSOE de 1983) convierte a la mujer en el segundo padre de sus hijos.

Muchas mentiras se han construido a lo largo del tiempo para justificar el padre y las prohibiciones, y para desfigurar lo prohibido de manera que pierda su atractivo (que sin duda debe tener pues de otro modo no harían falta leyes prohibitivas). Pero las prohibiciones dan pistas, sobre todo si se tira del cabo y se empieza a deshacer la madeja de mentiras que suele acompañar a cada prohibición. Por eso nunca se ha prohibido directamente el amor maternal, ni se ha podido decir que el padre se inventó para prohibirlo. La bondad del amor maternal es demasiado evidente para prohibirlo directamente. Por eso se han buscado maneras y razones para quitarle importancia a la madre, entre las cuales, la imagen (la visualización tiene un enorme poder hipnótico) de la semilla masculina sobre un campo de cultivo femenino; el hombre engendra la vida y la mujer produce los nutrientes necesarios para su desarrollo. Esta imagen, reiteradamente repetida en toda la literatura, ni es una casualidad ni es insignificante.

Orestes fué absuelto del asesinato de su madre, Clitemnestra, con el argumento de que «no era su madre»; que Clitemnestra era sólo la cuidadora de la simiente de Agamenón, su padre, que le había sido confiada. A cerca de lo cual comenta Sau (140):

El matricidio se convierte así en el fundamento del Patriarcado, no tanto por la muerte física, real, de Clitemnestra, sino *por el argumento* utilizado para declarar inocente a su hijo.

Cuando llegó el descubrimiento de la psique y de la libido, Freud tiene que *matar libidinalmente* a la madre, de manera que la nueva 'ciencia' mantenga la coherencia con las antiguas y poder

seguir con el régimen del matricidio; entonces dice que la mujer es la lata de conservas del narcisismo primario de la criatura. Quizá esto de declarar 'narcisistas' a las criaturas humanas es una de las más retorcidas y falaces mentiras inventadas por los padres para destruir a las madres y para autojustificarse.

Así se sigue eliminando la madre entrañable, manteniendo el concepto de 'madre' para referirse a un ser de una categoría infrahumana, a una 'cuidadora' de las criaturas del padre (hoy encubierto en la homologación de la Paternidad y la Maternidad), y se puede seguir con la misma anulación de la maternidad (antes la mujer no tenía alma y era sólo un animal histérico, ahora no tiene líbido) y seguir despreciando sus flujos y bajezas corporales. De este modo, no sólo cae por su peso que el 'hijo' es del padre, sino que es imprescindible, pues de otro modo las criaturas nacidas de mujer sólo serían semi-humanas. La Patria Potestad fue justificada por todas las Razones y Derechos inimaginables incluido un Derecho Natural:

Primero, que el semen del hombre contiene el humúnculo; después, cuando se descubre que el cigoto se forma con un espermatozoide y un óvulo femenino, se sigue manteniendo la imagen de la simiente para forzar la visualización semen = humúnculo; y cuando se descubren las producciones libidinales, se inventa una complicadísima teoría consistente en hacer 1º) a la madre libidinalmente aséptica a lo largo de meses y años de funciones sexuales de gestación, parto y crianza, 2º) a la criatura auto-erótica durante el tiempo en el que es imposible físicamente separarle de la madre, y 3º) por fin se hace que del supuesto autoerotismo, la criatura pase directamente a los deseos libidinales adultos y edípicos que como tales deben ser reprimidos. Así es como el Crimen de la Madre nos cierra las puertas del Paraíso.

Hay que insistir en que no se trata de reivindicar una condición animal o 'natural' en la relación madre-criatura. Si fuésemos simplemente animales mamíferos, la fuerza del vínculo materno no sería problema alguno, pues *los vínculos* entre las madres y las crías animales *desaparecen después de la crianza*; *el peligro radica precisamente en que las mujeres no somos simplemente animales* y, por lo tanto, *en la continuidad o consecuencias en las relaciones humanas adultas*, en los modos de convivencia que resultarían; pues la expansión de los 'yoes' primarios que sólo desean el bienestar compartido, darían lugar a unas relaciones sociales de apoyo y protección recíprocas y solidarias, incompatibles con la realización de los patrimonios; es decir, que la proyección social de la madre entrañable sería una fraternidad entrañable frente al fratricidio, la competitividad y la socialización segregacionista del padre.

Porque no somos animales, el peligro radica en el tipo de humanización y de fraternidad que se produciría si las criaturas tuviesen una madre entrañable y no fuesen reprimidas. Ahora nos resulta difícil el imaginar esas consecuencias, pero ya hay quien ha dicho algo: por un lado, daría lugar a una estructura psíquica humana incompatible con la violencia de la sociedad patriarcal (141); por otro, a unas relaciones adultas incompatibles con la jerarquización social (A. Moreno, 1989); a la expansión de los 'yoes' primarios que solo desean dar y recibir amor y bienestar (Stettbacher, 1991); y, en fin, a la liberación de las barreras edípicas que impiden que el deseo fluya por todo el campo social (Deleuze y Guattari). Posiblemente otras muchas consecuencias inimaginables.

De lo que no puede haber ninguna duda, es que, en definitiva, nuestra condición de humanos *no elimina* la importancia de la crianza sino que la eleva a la enésima potencia, porque durante la crianza humana se construye el estado de sumisión, la ordenación de los sentimientos y de la psique. Todo el régimen patriarcal se pone en juego en el tipo de crianza y en la educación.

NOTAS

(127) **Merelo Barberá, J.** Op cit. pag. 26-27 subrayados nuestros

(128) Ver cita 107

(129) En general parte del supuesto judeocristiano de que el padre es el que engendra la vida, por tanto es el origen de la vida que a su vez se manifiesta de modo natural en la familia nuclear o extensa. Ya en el prólogo se dice sin ningún empacho que «la monogamia está vinculada a la civilización» (pag 10). Assman dice que en el Antiguo Egipto, objeto de su estudio, «en lo que se refiere a la trascendencia de lo biológico, el vientre materno predomina sobre la simiente paterna», incurriendo en dos sempiternos sofismas, a saber, meter lo libidinal en el saco de lo 'biológico', y decir que la 'simiente' es 'paterna'; lo cual, como ya hemos dicho, es la eterna falsedad que se ha utilizado para dar una cobertura 'natural' al padre. Habrá que repetir una y mil veces que el padre aporta parte de lo que constituye la semilla pero que la semilla es materna, porque el óvulo fecundado sólo existe en la madre (salvo ahora que con el progreso de la robotización de la función materna, ya tienen óvulos fecundados en los tubos de ensayo de los laboratorios); y que, por tanto, la imagen de la madre como vientre receptor del humúnculo, la tierra que recibe la semilla de trigo, es una falsificación. Nótese una nueva filtración patriarcal en el lenguaje, pues lo mismo que histeria viene de *hysteron*, simiente viene de semen (María Moliner da dos significados a la voz 'semen': el primero, semilla, el segundo, espermatozoide) !! La frase de Assman no es un desliz sin importancia, sino que muestra (hay otros 'deslices') que se ha tragado todo el pensamiento androcéntrico sin inmutarse. No obstante, la obra recoge datos, como veremos, muy esclarecedores.

(130) Traducción del original al francés de Paul Barget *Le livre des morts* Cerf, Paris 1967
Capítulo 30

(131) Marta Moia en la obra citada *El no de las niñas* hace un amplio estudio de esta cuestión.

(132) *Ptahhotep* 197-217, citado por Assman, op cit. pag. 25

(133) Op cit. pag.8

(134) *Un extraño holograma*

(135) op cit pag.77

(136) op. cit. pag 83

(137) Sau, V. *La maternidad: una impostura...* pag 99

(138) Op cit. pag.35 subrayados nuestros

(139) Dice Rafael Amor: «no me llames extranjero si en el amor de una madre/tuvimos la misma luz en el canto y en el beso/con que nos sueñan iguales las madres contra su pecho»: esto nos hace humanos y hermanos ¿qué más da que yo naciera más lejos?

(140) *La maternidad: una impostura...* pag 111 subrayado nuestro.

(141) En la segunda parte dedicamos un capítulo a los orígenes de la violencia. Varios autores establecen una conexión entre la represión de la sexualidad primaria y la violencia.

Capítulo 8

LA MATERNIDAD de la evidencia a la impostura, del placer a la violación.

Los instrumentos de dominación: el matrimonio y el tabú del incesto

La institución del matrimonio niega la diversidad de la sexualidad femenina, y hoy en día, al presentarse como paradigma del amor, no sólo es el escenario, sino también la tapadera de la transmutación de la madre entrañable en madre patriarcal. Decimos 'hoy' porque antes no se pretendía justificar el matrimonio con el amor o la sexualidad; no se negaba que los matrimonios eran contratos o convenios interesados entre familias o entre individuos con una componente mercantil y económica fundamental. Pero hoy, después de la Ilustración, en los tiempos de la Democracia y los Derechos humanos, cuando sobre el papel se ha abolido la esclavitud, etc. etc. y cuando supuestamente se reconoce la 'igualdad' entre el hombre y la mujer (curiosamente se dice 'igualdad entre los sexos'), *debemos creer, además de que la Ley se establece para complacer nuestros deseos, que la sexualidad del hombre y la de la mujer se complementan de modo absoluto; y que, por tanto, esa complementaridad sexual corresponde a nuestros deseos y es algo así como el fundamento natural de la institución del Matrimonio, la institución de Poder básica de la sociedad.*

Cuando, como decía Merelo-Barberá, el Matrimonio es una arbitrariedad sociológica y la pareja 'básica', promotora de la sexualidad básica y común de todos los humanos, tendría que ser la «mamatoto» (142), la pareja madre-criatura, lo cual daría lugar a la expansión erótica del amor primario, al crecimiento de los 'yoes' primarios sin deformación patriarcal, y a la creación de un tejido social formado por esa expansión, de un modo de convivencia basado en el apoyo mutuo.

No hay razonamiento que aguante al Matrimonio como representación del amor. Una de dos, o es un contrato económico y patriarcal, porque toda la economía es patriarcal, y no tiene nada que ver con el amor; o si es amor como se pretende, ¿a cuento de qué sujetarle a compromiso alguno? Precisamente si dos se quieren y creen que se quieren con amor perdurable en el tiempo, ¿qué sentido tiene firmar un contrato? Permanecerán unidos por ese amor siempre sin necesidad de intervención del Estado, de las familias o de la Iglesia. ¿O no? ¿O es que hace falta el matrimonio para mantenerse unidos y para dar satisfacción a las necesidades edípicas inconscientes de constituirse en Pareja? ¿Tan carentes estamos de afecto y de satisfacción de nuestros deseos íntimos que necesitamos un papel firmado con el reconocimiento del Estado y de las familias para no perder la tranquilizadora condición de vértice de triángulo y que así sigan esos deseos escondidos en el inconsciente?

El triángulo edípico es el soporte en el inconsciente de la institución social matrimonial para encubrir dos mentiras básicas y organizar las relaciones de poder. El triángulo está formado por los dos supuestos complementarios sexuales y un tercer vértice asexual que levanta los ojos para ver lo que ahora debe reprimir y la función sexual y autoritaria que debe aprender como paradigma humano adulto. Pero esta complementariedad absoluta hombre-mujer es falsa (1ª mentira) como lo es que los/as niños/as sean asexuales (2ª mentira). Ni el hombre se complementa con una sola mujer (pues una mujer no siempre estará sexualmente orientada hacia el hombre, por lo tanto, no tiene sentido la pareja exclusiva monogámica) ni la mujer encuentra siempre satisfacción sexual en los varones: pues en momentos de su vida su líbido estará orientada hacia la maternidad y hacia la relación con sus criaturas. Por eso la monogamia es una gran mentira. Una mentira que se ha mantenido con mucha flexibilidad para los hombres, y a sangre y fuego para las mujeres.

Quizá por eso de que la maternidad en nuestros tiempos ya está tan bien encarrilada en los hospitales, tan desligada del deseo sexual, hoy es posible una 'liberación sexual' de la mujer que excluye tajantemente la sexualidad de la maternidad. Es una liberación salomónica: relajación del sexo para acostarse con el hombre y tensión y frigidez en la menstruación, en la concepción, gestación, parto y crianza. ¡Pobres de nuestros cuerpos! ¡Nos tememos que es pedir demasiado! Pero por si acaso, para que el cuerpo descompuesto y despiezado siga tirando, venga de teorías sobre la frigidez de la mujer... Y sobre todo, mucha técnica, mucho ginecólogo, mucho psiquiatra, mucho psicólogo y consejero matrimonial para hacernos encajar en Edipo como sea.

Por eso decimos que no tenemos ni idea de lo que sería la sexualidad infantil y la relación adultos-niños si naciéramos impulsados por los palpitos del deseo materno; pues ese aliento es lo que permite mantener viva la producción de deseos y el bienestar de las criaturas, y su falta, lo que produce la necesidad, la resignación y el bloqueo actual, la herida y el miedo al abandono que a su vez convierte el deseo en afanes de posesividad.

Decíamos que la verdadera finalidad del tabú de la prohibición del incesto no era favorecer las relaciones exogámicas, sino eliminar la relación de la madre con la criatura recién nacida para cortar la producción del deseo en el instante mismo de nacer, producir la carencia y el miedo al abandono, y construir el chantaje emocional que mantendrá de por siempre sometidas a las criaturas. Y que para asegurar el cumplimiento de la prohibición se oculta la bondad de lo prohibido.

Como no se podía presentar la sexualidad materno-infantil directamente como algo perverso y maligno, pues sin duda (ahí están las figurillas maternas de la antigüedad) se consideraba como lo más bondadoso que había en la vida, lo más piadoso, lo más placentero y complaciente, no se podía prohibir *directamente*. Había que inventarse todo eso de que el deseo carnal de la criatura es un deseo de realizar el coito con la madre, de matar al padre, de perversiones, etc. etc.

Se llama luego incesto a toda relación carnal entre consanguíneos, diluyendo así la relación madre-criatura, como una relación consanguínea más, que además siempre se asocia al coito y al falo para asegurar que no se destape la sexualidad

materno-infantil específica y distinta. Así, no pueden explicar las pulsiones sexuales de la lactancia por sí mismas, y tienen que hacer de la lactancia un 'coito simbólico', en el que, según dicen, la madre adopta el rol masculino (pues su pezón es el falo y la boca de la criatura la vagina). El psicoanálisis, rendido al discurso patriarcal, ha pretendido y pretende todavía, que la lactancia, la práctica de mamar y de dar de mamar, libidinalmente no tiene entidad propia; que la carga libidinal le viene del falo... ¡Cómo ha podido el falocentrismo afincarse tan hondo como para hacer perder el sentido común a tanta gente!

Tanto el incesto como las relaciones sexuales de los adultos con los niños son para nosotros sinónimos de perversiones y aberraciones, cuando la más elemental observación sin los actuales prejuicios culturales nos permitiría ver que la maternidad y la crianza constituyen la sexualidad básica de los seres humanos; es mamátoto, el amor primario a dos, entre la madre y la criatura que no tiene nada de aberrante ni de perverso sino todo lo contrario, y como venimos tratando de explicar, precisamente *porque es todo lo contrario* es por lo que se prohíbe.

Pero mientras que la sexualidad materno-infantil se meta dentro de la maleta del incesto, dentro de las violaciones y abusos que los mayores cometen con los pequeños, se consigue hacer efectiva su prohibición.

Así, *lo verdaderamente prohibido* por el tabú del incesto, que es el placer jamás definido, como decía Groddeck, de la maternidad y de la crianza, queda no solamente prohibido sino fuera de la realidad, indefinido y totalmente fuera del alcance de nuestra imaginación.

Lo verdaderamente prohibido es algo muy simple y maravilloso que nos perdemos todos los humanos y cuya pérdida nos produce una falta impercedera; es el placer de la relación con la madre en los primeros tiempos de nuestras vidas; y el placer de las relaciones que podrían existir entre los adultos en general con las pequeñas criaturas humanas si los deseos de la madre y de los bebés no fueran bloqueados.

Maternidad, ¿placer o violación?

Hoy no tenemos apenas noción de que la maternidad sea goce o placer venéreo, como decía Groddeck. Solo algunas gentes que han visitado algunas tribus indias que quedan perdidas allá por el Amazonas nos cuentan que allí las mujeres 'paren sin dolor', tribus que viven, —dicen— en la Edad de Piedra. El mismo Bartolomé de las Casas en *La Historia de las Indias*(143) cuenta que las indias del Caribe parían casi sin dolor, que no había ley matrimonial alguna y que los emparejamientos se producían según les apetecía a unos y a otras.

También sabemos de otros casos, más cercanos en el espacio y en el tiempo, de mujeres que han empezado a vivir de otra forma, luchando por encontrar resquicios para escapar de la norma patriarcal en esta cuestión. Estas mujeres han demostrado que se puede vencer la maldición divina, y vivir la crianza como una luna de miel con sus criaturas en lugar de como un trabajo. Desde luego, esto no es fácil. Pues, como M. Odent dice: (144)

«Para amamantar a un bebé durante varios años, una mujer moderna debe de estar dotada de una capacidad poco común de resistencia a las presiones sociales, incluidas las intrafamiliares».

Y habría que añadir que debe también tener la comprensión y el apoyo de la colectividad con la que conviva. Y decimos 'colectividad' porque en el seno de la familia típica de la pareja-metida-en-su-piso en principio no parece posible amamantar al bebé 2 ó 3 años, por las limitaciones económicas y domésticas. La maternidad entrañable implica unas formas de vida distintas, no basadas en la realización patrimonial —como la familia— sino en el apoyo mutuo —como los clanes y los antiguos ginecogrupos—.

Los orgasmos en los partos censados por Merelo-Barberá y otros, no son hechos anormales y esporádicos. Son la prueba de que el útero de la mujer en un tiempo no fué rígido (antes del 'parirás con dolor'), ni Groddeck se equivocaba al decir que todo lo que se cuece entre madre e hijo sólo lo sabe el inconsciente.

Por desgracia, cuando una mujer dice que 'desea' tener un hijo, en general, no se trata de un deseo libidinal sino de un 'deseo' de cumplir la Ley del Padre, como se suele decir, de 'realización' social, fraguado en la cabeza y no en las entrañas. Lo que se filtra por el inconsciente de los deseos de abajo es difícil de saber y seguramente será muy variable según los casos. ¡Hay tanto que se ha ido preparando para evitarlo! Desde la edipización de nuestro inconsciente que tuvo lugar en nuestra primera infancia, hasta toda la serie de órdenes sociales pertinentes subrepticamente transmitidas, a cuya normativa explícitamente nos adherimos cuando suscribimos un contrato matrimonial —llámese como se llame—. El dar cumplimiento a lo que la sociedad patriarcal espera de la mujer le permite sentirse socialmente aceptada e integrada. Al mismo tiempo, psicológicamente, satisfecha por la constitución del segundo triángulo, por ocupar el vértice del triángulo, pero ahora en la parte de arriba ¡por fin llega el turno de mandar, de tener poder, de ser una autoridad sobre las indefensas criaturas! Según su conciencia, desde la más tierna infancia, los deseos más íntimos fueron felizmente resueltos en el triángulo padre-madre-yo (la mencionada idealización imprescindible para la supervivencia), y no concibe ningún otro desarrollo posible de los mismos; por el contrario, la repetición de ese mismo triángulo es el paradigma de la felicidad. Edipo no sólo bloquea el deseo en las criaturas pequeñas sino que desde que se instala en el inconsciente de cada máquina deseante y origina la carencia permanente, no deja otra escapatoria que la de reproducir el triángulo maldito y cerrar el paso a la producción indefinida de deseos (incluida la solidaridad, el apoyo y la protección mutuas, el deseo de dar y recibir amor y bienestar)

Pero Edipo no mata del todo (145). Del mismo modo que el deseo sexual de apareamiento, y los sentimientos asociados a ese deseo, se filtran a través del 'deseo' racional y social de ser marido o esposa, etc., al que antes hemos aludido, el 'deseo' racional e inconsciente de reproducir un nuevo triángulo, crea una situación en la que es posible, en alguna medida, la producción y la filtración del otro deseo que late en el vientre y que conectará con las primeras pulsiones de la criatura, con los primeros deseos, los que pueden llegar a hacer fracasar la socialización patriarcal de los seres humanos; y que por eso han sido constituidos en tabú. Muchas madres que en un principio se sienten emocionalmente indiferentes a su embarazo, se conmocionan de pasión cuando tienen la criatura en sus brazos. Y no

solamente si esto sucede inmediatamente después del parto, por las tremendas descargas de oxitocina y la emoción de la salida de la criatura, sino también si sucede después, y tampoco por las sensaciones de la subida de la leche y de sentir la mamada del bebé; es porque la criatura misma provoca la producción de los deseos maternos. Esos deseos que encontramos en algunos poemas de Gabriela Mistral (146) quien por ser mujer y madre, y por hablar en lenguaje poético es más precisa casi que los propios Merelo-Barberá y Groddeck :

**Corderito mío,
suavidad callada:
mi pecho es tu gruta
de musgo afelpada**

**Me olvidé del mundo
y de mí no siento
más que el pecho vivo
con que te sustento**

**Carnecita blanca,
tajada de luna:
lo he olvidado todo
por hacerme cuna.**

**Yo sé de mí sólo
que en mí te recuestas.
Tu fiesta, hijo mío,
apagó las fiestas.**

del poema *Corderito*

**Porque él ha bajado
desde el cielo inmenso
será que ella tiene
su aliento suspenso**

**De dicha se queda
callada, callada:
no hay rosa entre rosas
tan maravillada**

del poema *Rocío*

O aquel sentimiento de la criatura pegada a su cuerpo:

**Velloncito de mi carne,
que en mi entraña yo tejí,
velloncito friolento,
¡duérmete apegado a mí!**

**Hierbecita temblorosa
asombrada de vivir
no te sueltes de mi pecho
¡duérmete apegado a mí!**

del poema *Apegado a mí*

O los versos del poema *Beber*:

**Y yo bebí, como una hija,
agua de madre, agua de palma.
Y más dulzura no he bebido
con el cuerpo ni con el alma.**

Resulta increíble que el psicoanálisis haya ignorado algo tan elemental y primario — «la voluptuosidad jamás definida»— durante tantos años. Comprender cómo es posible que haya corrido tanta tinta y tanta discusión sin haber situado la represión de la sexualidad primaria nos remite al cuestionamiento de la Cultura, de la Ciencia,

del saber académico preñado de adultocentrismo de androcentrismo que ha bloqueado el acceso al 'yo' primario del ser humano (Stettbacher, 1991).

El latido del vientre de la mujer que tan violenta y sutilmente se ha ocultado, existe aunque todos los hombres del mundo pretendan decir lo contrario. Toda la misoginia de nuestra cultura encerrada en tantos y tantos libros no podrán hacerlo desaparecer. Aunque nadie nos lo diga, aunque la realidad esté construida a la medida del Patriarcado que silencia cuanto le estorba; con esa manera tan sibilina de silenciar las cosas que es no nombrarlas, o nombrarlas equívocamente para despistar y mezclar churras con merinas y luego llamarlas 'pepitas'; pues el lenguaje tiene muchos recursos para fijar y extender la reproducción de las mentiras, de los silencios y las opacidades del Patriarcado, y hacer que lo esencial sea invisible a los ojos. El hecho es que existe un deseo de concebir y tener hijos que no viene de arriba, ni de las órdenes sociales ni del inconsciente debidamente educado de cada mujer, sino de muy abajo, y su existencia nos sorprende de vez en cuando a las mujeres. Durante muchos años no habíamos dado importancia a esas 'sorpresas' que hemos vivido, no sabíamos lo que encerraban ni que eran tan importantes. Pero hoy que sabemos lo que significan es imprescindible dar cuenta de ello.

Hay momentos en que la atracción sexual que sentimos se desdobra: se produce el deseo de la penetración/envolvimiento, de sentir el pene dentro de la vagina, y se produce también el deseo de que el útero se hinche. El deseo de que el útero se hinche, se llene, pese, el deseo de sentirse grávida, de sentir la vida creciendo dentro. La gravidez comporta dos sensaciones muy placenteras: una en el bajo vientre, cuando el peso del útero hinchado oprime la vagina y el recto, los frota, se hace como una pesantez que produce continuamente placer; y luego los pechos hinchados que palpitan produciendo también placer. Estas sensaciones placenteras se irradian e invaden todo el cuerpo, como un suave oleaje que nos recorre de arriba a abajo constantemente. Como una serpiente, que por eso fue el símbolo de la sexualidad femenina. Son sensaciones sin nombre, que la fuerte rigidez muscular y las corazas logradas con tanta represión hace que muchas mujeres nunca lleguen a sentir, silenciadas en la esperanza de que junto con las ideas bien metidas de impureza, pecado y dolor desaparezcan de la vida de la mujer para mejor control de su capacidad reproductora.

A veces se producen atisbos de esta sexualidad sin nombre en alguna mujer, como la que relata este testimonio:

«La primera vez que parí no había leído a Leboyer, ni a Odent, ni había oído cosa alguna sobre el parto como no fuera que era algo que dolía mucho y que había que hacer no se qué respiración para mitigar el dolor; no sabía nada de los 'descubrimientos' del parto sin violencia, que un niño en vez de llorar en el momento de nacer puede sonreír ... Parí en un hospital pero como afortunadamente no me anestesiaron, pude sentir y ver salir a mi hija de mi cuerpo. Jamás podré agradecer lo suficiente a aquel bendito equipo sanitario el que no me anestesiaran. De otro modo, nunca hubiese podido sospechar una emoción semejante en la vida. No puede decirse por tanto que eran las 'ideas' que se sobreponían a mis sentimientos, porque no tenía ni la más mínima idea de lo que me estaba sucediendo. Yo misma no me reconocía. Estaba fuera de mí. Estaba en el Paraíso sin Dios. Por un instante había vencido a la maldición divina. Si la palabra 'felicidad' puede servir

para algo, por ejemplo, para describir los goces orgásmicos, mucho antes la utilizaría para describir aquellas oleadas emocionales *que no tienen nombre*, las vibraciones del cuerpo durante las 4 ó 6 horas siguientes al parto.

Posteriormente leyendo aquello que dice Michel Odent de que «hay un nivel punta de liberación -de la oxitocina- en la hora que sigue al nacimiento», a Jean Liedloff, a Carillo y otros testimonios, he podido saber lo que me había ocurrido. He podido entender mis emociones. La lucha permanente que ha presidido la crianza de mis hijos, entre mis inclinaciones y las normas establecidas al respecto. ¡Cuanta razón tenían mis instintos, mis apetencias, mis deseos! ¡Cuánto sufrí y cuánto les hice sufrir al reprimirme y al reprimirles a ellos! ¡Cómo lloraban cuando les dejaba en la guardería para ir a trabajar o a alguna reunión!»

Cuando nos pusimos a indagar en todo este asunto de la maternidad, partíamos de algunas sospechas, de experiencias que no casaban con lo que se suponía que debían ser las cosas, alguna referencia sobre el parto sin violencia y la conexión que A. Moreno establecía entre la destrucción del erotismo madre-criatura y el principio de Autoridad. Empezamos a buscar en la seguridad de que tendría que haber otra gente en alguna parte que hubiera indagado en este erotismo y que hubiera dado cuenta de ello. Así dimos con Merelo-Barberá, con Groddeck, con Stettbacher, con los poemas de Gabriela Mistral, con *la Falta Básica* de Balint, *La Gran Ausente* de Guntin y el *Anti-Edipo* de Deleuze y Guattari, con el *Nacida de Mujer* de A.Rich... y con todo lo demás que vamos citando aquí, como un artículo de Ana María Carrillo (147):

«Hoy se puede saber que durante el embarazo y la lactancia circula en el cuerpo de la mujer prolactina que la hace tener una actitud relajada, y empieza a reconcerse el carácter sensual de la alimentación al pecho, donde los pezones están erectos y hay también un placer genital, no asociado a las relaciones sexuales. Es lógico que los actos voluntariosos de la procreación proporcionen placer como una manera de garantizar la supervivencia de la especie humana».

Las funciones sexuales pueden ser dolorosas o placenteras según si están movidas por el deseo o si se realizan en cumplimiento de la Ley (representada en el 'ello' debidamente constituido). Por ejemplo, la diferencia de un coito a otro puede ir desde la más atroz de las violaciones al acto más placentero imaginable; y las maternidades pueden ser igualmente diferentes. Como la base del deseo y del placer sexual radica en el cerebro arcaico, y éste puede quedar inhibido por el neocortex, la sociedad ha podido construir una cultura inhibiendo el cerebro arcaico según los intereses patriarcales. Esta es la tarea que se conoce como la educación de las criaturas. No es que 'lo humano' sea parir con dolor; no es que la mujer sea frígida 'por naturaleza'. Es que se ha construido una sociedad sobre una *selectiva* represión de los instintos, produciendo la rigidez uterina en las funciones sexuales. No es que la relación heterosexual adulta sea la única relación sexual 'humana' y todas las demás sean pura 'animalidad' o biología; es que es la única que se ha admitido.

Decimos que la maternidad en la sociedad patriarcal es violación, del mismo modo que decimos que una penetración es violación si no es fusión de los deseos de las máquinas deseantes, si la mujer no siente deseos de ella; tener hijos, no como máquina deseante sino como máquina a secas, como sucede en esta sociedad, es una violación del cuerpo de la mujer. Tan dolorosa como lo es la penetración si la

mujer está presa de pánico, rígida, temerosa, contraída y sin lubricar. Y llevamos milenios pariendo con dolor: presas de pánico, rígidas, contraídas, temerosas y sin lubricar. Nos va a costar mucho recuperar nuestra potencia sexual y transformar la maternidad de violación en placer, de acto de obediencia en acto de rebeldía, de instrumento para la explotación de la vida en creación de la vida. Pero el asunto merece la pena, por muy duro que sea, pues se trata nada menos que dejar de parir esclavos y siervos sumisos al Estado y al Capital, y empezar a parir criaturas humanas que puedan expandir el 'yo' primario que «sólo desea dar y recibir amor y bienestar».

Algunas mujeres que lo han intentado y que en medio del parto han acudido al hospital porque han tenido miedo o porque se han presentado problemas, han tenido que aguantar todo tipo de malos tratos, humillaciones y desprecios por parte del personal sanitario, en castigo por su pretensión de querer recuperar su sexualidad y la de la criatura.

Sabemos que no va a ser fácil, pero hay grupos que están trabajando en ello, y al final de este trabajo daremos la relación de los que conocemos.

Sólo cuando la maternidad deje de ser un castigo divino y un trámite socio-sanitario, un mal trago en la vida de la mujer, habrán cambiado las cosas. Lo malo es que si no nos damos un poco de prisa, la ingeniería genética sustituirá el cuerpo rígido de la mujer y producirá humanos perfectamente preparados para satisfacer la demanda de la sociedad patriarcal. Quizá no hará falta ya todo este sutil juego de la represión de los deseos y de los sentimientos en la infancia, ni toda esa misoginia y desprecio a las mujeres. Ni se tendrá que justificar la superioridad masculina con aquello de que, por naturaleza, los niños son malos, las mujeres histéricas y neuróticas, y solo los hombres son inteligentes. Si la suerte no nos acompaña un poco, dentro de poco seremos todos y todas nada más que robots y dejaremos totalmente desfasado el 1984 de Orwell.

El crimen de la madre

Lo que hoy llamamos 'madre' no es en verdad una madre sino un sucedáneo de madre. Es muy difícil separar las cosas de los conceptos con los que se las nombra, pues dichos conceptos a menudo nos impiden ver lo que subyace por debajo, o lo que queda por detrás de ellas, o lo que engloban; y a veces sucede que son directamente el resultado de las mentiras elaboradas por los siglos de rodaje patriarcal. Las palabras determinan las ideas, condicionan los razonamientos y la conciencia, de manera que nos resulta muy difícil razonar y pensar más allá de lo definido y de lo ordenado por la Ley, a pesar de la fuerza de los sentimientos y de la tozudez de las sensaciones.

Adrienne Rich inició el lento camino del desenmascaramiento de lo que se esconde detrás de la 'madre', cuando se vio obligada (148) a distinguir «maternidad-institución» y «maternidad-experiencia». Victoria Sau ha dicho que el Secreto de la Humanidad es el crimen de la Madre; que la madre ha sido *engullida* por el Padre, ha desaparecido, no existe y que lo que tenemos es una *impostora*. A veces llama al hecho *matrofagia*, a veces *matricidio primitivo*, o crimen organizado contra la madre. Montserrat Guntin dice que la madre es *la Gran Ausente* y que es una

estafa creernos que lo que tenemos ahora es una madre. Balint habla de la *falta básica* y Stettbacher de la *herida* de nuestra psique producida por la falta del amor materno.

Sau también dice que la madre actual es *la más des-almada de las criaturas* porque «*ha vendido su maternidad* como Esaú vendió su primogenitura», la llama también *encubridora o estúpidamente ignorante* de los abusos de los padres contra las hijas; la llama «*madre evanescente*» y *oscurementemente cómplice*.

Nosotras venimos utilizando dos adjetivos: *patriarcal* y *entrañable*, ya que nuestro enfoque, básicamente es el de las producciones libidinales y deseantes y el de la formación del estado de sumisión en las criaturas.

Falta, impostura, crimen, engullimiento, estafa, ausencia, institución/experiencia, represión/amor entrañable, etc. etc. Estas palabras son otras tantas pistas para seguir reconociendo y descubriendo lo que hasta ahora pertenecía a lo indefinido y al caos.

El hecho de la matrofagia, el engullimiento de la madre, su desaparición le es ocultado a la prole. En su lugar se le da una impostora que la suplanta. Las propias «*madres impostoras*» fueron olvidando a través de los siglos que lo son, y se toman a sí mismas por reales, añadiendo confusión a la confusión. (149)

La madre es una cuestión clave en el entendimiento de este mundo. El descubrimiento de la madre, es decir, el descubrimiento de que no tenemos madre es un requisito para reconstruir un pensamiento no androcéntrico ni adultocéntrico y descubrir que otros modos de convivencia son posibles.

«La representación mental de este organigrama trágico del mundo como único posible, permite reproducir *ad infinitum* los mismos gestos, las mismas conductas. Estas se plasman en el mundo externo por medio de todos los vehículos culturales, reforzando tal representación a la vez que legitimándola» (150).

Para los grupos que luchan por la emancipación de la mujer es importante darse cuenta de que la madre patriarcal es una impostora, y que la ecuación:

maternidad = esclavitud

se cumple si

maternidad = f(P)

Es decir, que f(p) es igual a la esclavitud, a la impostura, a la estafa, a la institución, a la represión; pero en ningún caso la verdadera maternidad. Y lo que esta situación plantea no es conformarse con eludir de modo individual la impostura y la esclavitud (que, por otra parte, sólo es posible a medias), sino recuperar la madre, sacar la maternidad de las tripas que la engullieron.

Si no se deshace la confusión de las madres impostoras, de la maternidad patriarcal, incluso las mismas mujeres que quieren y se esfuerzan por liberar la condición femenina, sin darse cuenta seguirán alentando el matricidio, echando tierra sobre el cadáver de la madre. Sabemos que es una tarea muy difícil, teniendo

en cuenta además que «la verdad a la que la impostura suplanta resulta intolerable» (Sau, 1994) pues significa reconocer nuestra propia herida primaria y, eventualmente, la que hemos infligido a nuestras propias criaturas.

Volvemos a retomar la propuesta de Luisa Muraro «el amor como práctica política» para aprender a reconocer lo que pueda haber de madre verdadera en las madres impostoras, lo que pueda haber de amor entrañable en las madres patriarcales. La ecuación «maternidad = esclavitud» que se formula en medios intelectuales, suele ir acompañada de un desprecio a las «marujas», a las tareas domésticas de las madres impostoras, y se suele resumir en un desprecio a la propia madre de carne y hueso. Por eso se hace todavía más difícil separar mental, sentimental y emocionalmente lo que pueda haber de entrañable en las madres patriarcales y llegar a conocerlo. Pero lo que haya, por poco que sea, hay que reconocerlo porque es el único medio que tenemos de que el crimen de la madre empiece, al menos, a dejar de ser un secreto.

Según nuestra propia experiencia, y en este trabajo damos testimonio de ello, de lo entrañable de nuestra madre de carne y hueso hemos aprendido a revalorizar nuestra condición de mujeres, a no dejar impunemente a nuestras criaturas en el orden social del Padre, a luchar por todos los medios posibles por defenderlas, por ser madres lo menos des-almadas posible. Hemos aprendido a gozar sintiendo los deseos de las criaturas colmados.

Pues una vez descubierto el crimen de la madre y reconocida la madre entrañable, ésta nos desvela la otra parte esencial del Secreto que se esconde en sus mismas entrañas: que el Paraíso existe, que la ciencia del bien y del mal es accesible, y que los deseos de las criaturas se pueden saciar.

NOTAS

(142) mama-bebé en el idioma suahilí

(143) **de las Casas, B.** *Historia de las Indias* Fondo de Cultura Económica, México 1986 (1ª edición 1552). También ver cita en **Zinn, H.** *A peoples's history of the United States* Harper, 1990 (1ª edición: 1980)

(144) op cit. pag 87

(145) **Groddeck** op. cit.

(146) **Mistral, G.** *Ternura en Desolación, Ternura, Tala, Lagar* Porrúa, México 1986 (1ª edición Madrid 1925).

(147) **Ana María Carrillo** *Sexualidad femenina ¿placer u opresión?* en la revista **FEM** nº 12 México, noviembre 1988

(148) op.cit.

(149) **Sau, V.** *La maternidad: una impostura* pag 98

(150) **Sau, V.** op cit.pag. 107

Capítulo 9

La misoginia: el componente emocional inherente a la sociedad patriarcal.

Todas las crueldades cometidas contra la mujer, como las crueldades que se cometen contra las criaturas, contra los negros y contra otros seres considerados inferiores, tienen que *ir necesariamente acompañadas de un bagaje de sentimientos negativos*, de un estado emocional despectivo y distante que permita ejecutar las respectivas atrocidades sin conmoverse; es lo que los psicólogos llaman 'madurez emocional' o acomodación emocional al principio de nuestra realidad; es decir, que seamos capaces de asistir y cometer las crueldades como si tal cosa; mejor dicho, no como si tal cosa, sino sintiéndonos superiores, porque explotar, discriminar, violar, manipular, castigar etc confiere sentimiento de poder y superioridad. ¿Dónde se adquieren los sentimientos que un negro inspira a un blanco? ¿los sentimientos que una criatura pequeña inspira a un adulto? La misoginia y el racismo, como el 'adultismo' se transmiten inconscientemente dentro del triángulo edípico, allí donde se aprende que tus semejantes no son como tú; que los hay unos superiores y otros inferiores, unos que mandan y otros que son sumisos a los que mandan, como ya nos dejó dicho Aristóteles, uno de los más grandes misóginos y teóricos del discurso patriarcal.

La mitología ha jugado su papel en la formación de los sentimientos misóginos, cual era su destino. Romeo de Maio (151) explica el papel de la mitología andrógina en la transmisión más o menos inconsciente de los sentimientos misóginos hacia la mujer:

«La mitología andrógina, con Zeus y Adán preñados y con Hera, que sin Zeus pare a Tifón, conducía a los filólogos del Renacimiento a dos conclusiones misóginas: que la mujer sin el hombre pare monstruos, como lo era Tifón, y que el hombre llegará a procrear sin mujer, es decir, que la sustituirá en aquello que le es propio, al ser el parto una hazaña femenina, según el famoso pasaje de *Medea*, de Eurípides. El hombre preñado, de tan profundo significado en el *Simposio* de Platón, había trascendido a la iconografía misógina del Adán encinta».

Para considerar a alguien inferior es preciso que, de algún modo, despreciemos algo inherente a su condición, como un motivo o razón por el que pueda ser objeto de desprecio. En el caso del racismo es el color de la piel y en el caso de la mujer sus estados sexuales, su potencial de maternidad. La misoginia es el sentimiento de desprecio a la mujer que la hace inferior a los ojos de los hombres y de las propias mujeres patriarcales. ¡Como si abjurando de los flujos maternos se pudiese conjurar el dolor de la herida y la propia frustración del deseo reprimido de esos flujos! No es frecuente que un hombre se reconozca misógino, como ningún blanco o blanca se reconoce racista. Pero la misoginia está ahí, encubriendo el crimen de las madres, delatándose en actos, actitudes, palabras y silencios.

El desprecio al sexo de la mujer tiene que ser compatible con un *determinado* deseo de su sexo. Así se construye un modelo de mujer-objeto sexual totalmente opuesto a la mujer-madre, ensanchada por partos y con los pechos caídos por las lactancias. El objeto de deseo sexual del varón que se ha construido es la mujer virgen, la

mujer menstruante en los momentos en que no menstrúa —el flujo menstrual alude a la maternidad, es un nido materno— y en ningún caso la mujer madre, a la que sólo se le profesa cariño y respeto *en la medida* que convierte al varón en padre y satisface su propia estructura psíquica triangular. El hombre ha cortado sus deseos hacia la madre desde que nació, y luego, al llegar a la adolescencia, los gestos de ternura que pudiesen quedar. Esto lleva a la paradoja de la institución matrimonial, que presupone una relación heterosexual y monogámica en el hombre con una esposa que enseguida dejará de ser el modelo de objeto sexual que le han inculcado. Como no le han dejado amar a su madre, y en el fondo desprecia a las mujeres, el hombre patriarcal no puede desear a la mujer-madre. La mujer, para recuperar el atractivo para su compañero, después de parir debe hacer gimnasia, recuperar el tipo, etc. actitud que lleva incluso a dejar de dar de mamar a sus hijos. La condición masculina patriarcal es muy poco envidiable a pesar de tener el poder. Es el precio de la misoginia y de su superioridad sobre la mujer: no puede apreciar lo que debe despreciar para creerse superior. Esto se trata de paliar con el divorcio, y cada vez hay más hombres que, si su *status* económico y profesional se lo permite, dejan a las mujeres-madres a las que no pueden desear y se vuelven a emparejar con mujeres más jóvenes que puedan ser objetos de sus deseos sexuales. Y muchos de los que no lo hacen no es porque no deseen hacerlo, sino por los imperativos morales y económicos.

La superioridad de los hombres con respecto a las mujeres ha tenido, según los tiempos, diversas justificaciones, variando la importancia de unas u otras según las circunstancias: recordemos lo de que la mujer no tenía alma y que por tanto era sólo animal; que era un subproducto de hombre —lo de la costilla—, que era débil, que era enfermiza porque menstruaba, que tenía que dedicarse a las funciones degradantes de gestar parir y amamantar, etc. También, como decía el padre de una de nosotras, que todas las mujeres eran mentirosas, pérfidas y malas por naturaleza, como dice la Biblia en diversos pasajes (y como, por lo visto decía el asesino de las tres chicas de Alcasser: «todas las mujeres son unas putas»). Y finalmente porque la mujer es de una inteligencia inferior al hombre: los hombres son superiores a las mujeres porque son más inteligentes; y los blancos son superiores a los negros por la misma razón. Luego vienen las explicaciones científicas sobre la capacidad craneal y el peso del cerebro, etc. etc. Ni que decir tiene que la inteligencia de los adultos se presenta superior a la de los niños y niñas. Así viene funcionando la jerarquización del patriarcado desde sus orígenes: los hombres dedicados a las ciencias y a las letras, ejercitando su inteligencia, su superioridad; las mujeres haciendo funcionar las bajezas de su cuerpo como máquina reproductora, ejerciendo su inferioridad.

Claro que las distintas justificaciones se interrelacionaban, porque la menor inteligencia empalmaba con lo de que la mujer no tenía alma y era sólo un animal y sólo colaboraba en la paternidad como parte 'animal'; y como son 'animales' no son capaces de reprimirse como los hombres y por eso todas las mujeres son unas 'zorras', como dice la Biblia: que de la mujer emana una maldad 'femenil' y que la mujer 'honesta' debe tener vergüenza hasta de su marido:

«La mujer desvergonzada desconoce la vergüenza; la honesta tiene vergüenza aún de su marido» *Eclesiástico* 26,30

«Ligera es toda maldad comparada con la maldad de la mujer» *Eclesiástico* 25,26

Etc. etc. Y si nos vamos al *Corán* o a los libros sutras nos encontramos con una definición de la mujer similar, que aún haciendo todo tipo de ascetismo no puede nunca desprenderse del karma, etc.

La misoginia mutila y reduce el sexo femenino a condición animal, tanto para la reproducción (lo de la mujer-vaca) como para hacer a la mujer un objeto de sus deseos. Como el sexo femenino sólo puede ser parcialmente y en determinados momentos objeto de deseo del varón, no puede ser tal cual socialmente aceptable. Si no se puede permitir que la sexualidad femenina se expanda, que la maternidad sea producción deseante y como tal penetre en la sociedad, hay que despreciarla y reducirla a maternidad biológica animal y a una operación de apendicitis.

Todo esto es imprescindible para alimentar la misoginia, porque de otro modo no se podría despreciar esa maravillosa forma que tiene la vida humana de reproducirse ni dejarse llevar por los placeres que proporciona; no podría llamarse a la maternidad impureza, pecado, obscenidad, dolor, ni poner a las mujeres a parir en serie en posición de decúbito supino, a porrazos, a golpe de órdenes, alejada de sus seres queridos, sin intimidad, entre gente ajena a sus deseos y sentimientos que sólo manda y ordena, en cárceles que llaman hospitales, etc. etc.

La resistencia en medios intelectuales a reconocer que nacemos de mujer, que la maternidad es sexualidad, y que nuestros primeros deseos son los flujos del cuerpo femenino, es tremenda y no puede reconocerse, sólo puede habitar en el inconsciente, como decía Groddeck; no se puede reconocer su bondad y su importancia porque sería destapar la herida. Entonces sólo queda asco, desprecio y misoginia para tapar bien la frustración.

La misoginia es inherente al patriarcado desde el momento en que no se puede reconocer que nacemos de mujer, desde el momento en que el deseo de las criaturas hacia la madre es calumniado, insultado, reprimido, ocultado en el inconsciente y olvidado para nuestra conciencia. Por tanto, la misoginia es la condición de nuestra socialización y por eso tampoco puede reconocerse, nadie puede reconocerse misógino pues equivaldría a darse cuenta de lo que nadie debe darse cuenta.

Los hombres trabajadores no intelectuales no tienen necesidad de justificar su machismo porque no se lo plantean ni se sienten cuestionados por el feminismo. En cambio los intelectuales tienen que buscar argumentos y teorías para defender su sutil desprecio a la mujer y a la maternidad.

La misoginia forma parte del Edipo, es consustancial al Matrimonio y a la pareja heterosexual estable que destruye la díada original y el acoplamiento originario de los flujos humanos, encubre la represión de los deseos sobre la que se construye la presente civilización presentada como única posible. Y este es el punto clave de todos los discursos patriarcales: justificar, inventar teorías y cuentos y todo lo que sea necesario para presentar como imprescindible la represión total de los deseos en la primera infancia, es decir, la sexualidad materno-infantil. Y una de estas importantes teorías que sostienen la misoginia es que la sexualidad materno-infantil no tiene categoría humana, son instintos animales, desconectados de los deseos, del inconsciente y de la psique humana en general: en otras palabras, los únicos

deseos sexuales humanos que se reconocen son los falocéntricos y todo lo demás que ocurre en relación con el sexo es pura fisiología; o si admiten que pueden ser deseos sexuales tienen que ser de un orden distinto de los otros sin conexión con la producción de la libido y los sentimientos humanos. Ya sabemos que sólo el varón es humano y que las mujeres somos animales y los niños ni sienten ni saben ni entienden: biología pura. ¿No será más bien androcentrismo puro?

Por eso, creer que hubo tiempos antes de las Prohibiciones y del Matrimonio en los que la convivencia humana no era incompatible con esa sexualidad, con la producción de los deseos materno-infantiles, es un atentado a los sentimientos misóginos.

NOTAS

(151) Op. cit. pag. 53

Capítulo 10

La maternidad entrañable y la superpoblación

El entusiasmo por una maternidad entrañable y placentera conectada con el deseo de la mujer a veces se confunde con una defensa de la superpoblación. El Estado y las fuerzas políticas, que velan activamente por los intereses patriarcales, han incentivado en muchos países y de diversas formas la natalidad y han propugnado la maternidad como función insoslayable de la mujer, al objeto de reproducir tanto la fuerza de trabajo, los desheredados, como herederos con la voluntad de Poder y de conquista necesaria para la continuidad de los patrimonios. Ellos hablan de una 'maternidad' patriarcal, *insensible a los sufrimientos de las criaturas*, que debe impedir la puesta en marcha de los deseos de estas; de la maternidad de las esposas, de las mujeres sexualmente masculinizadas, reproductora de esclavos y patriarcas. Nuestro entusiasmo, por el contrario, es por la recuperación de la madre entrañable que colma los deseos de las criaturas; nuestro entusiasmo es que la mujer vuelva a ser madre en lugar de un segundo padre para sus criaturas. Y esta mujer no va a hacer aumentar los nacimientos. Porque no se trata de la cantidad de nacimientos sino de la forma de nacer, del respeto a las condiciones mínimas de nacimiento y crianza, y ese respeto haría descender drásticamente la tasa de natalidad. Es decir, que aunque todos y todas hablemos de 'maternidad' no estamos hablando de lo mismo.

Tradicionalmente se ha defendido siempre una maternidad patriarcal para llenar el mundo de esclavos. Se fomentan tasas de natalidad altas aunque haya gente muriéndose de hambre porque lo que necesitan son nuevas camadas que hagan la guerra, produzcan y consuman, y a las que arrebatan su fuerza de trabajo para el enriquecimiento de los patrimonios. Este es un aspecto de la maternidad patriarcal; pero está también el otro, la necesidad psicológica de reproducir el triángulo edípico. Recordemos que cada ego se conformó como vértice de un triángulo sin otra perspectiva que la reduplicación del mismo. Hay, pues, una necesidad y una voluntad de tener hijos siempre presente en todos los egos y los superegos. Pero esta necesidad y esta voluntad no se confunden con el deseo; sólo a veces se superponen al atisbo del deseo de la vida para asfixiarlo. Porque son cosas —la voluntad edípica y el deseo— de distinta e incompatible condición. Y su condición diferente se manifiesta precisamente en que *a esta voluntad social y psíquica no le importan los sufrimientos de las criaturas*. Mientras que el deseo no tolera el sufrimiento, la necesidad y la voluntad edípicas lo infligen. Sólo les importa dar satisfacción al ego debidamente conformado, y a las órdenes sociales. Ayer se parían hijos para que fueran guerreros valientes o hijas que fueran a su vez madres de más guerreros valientes; hoy lo mismo que ayer también se tienen hijos e hijas para que peleen contra sus hermanos y hermanas y triunfen en la competencia del mercado capitalista. Porque el triángulo edípico también mata la producción de solidaridad humana y del apoyo mutuo: fuera del triángulo sólo queda la competencia y la lucha por cuotas de poder, por cuotas de mercado, áreas de influencia, escalafones y territorios en general.

Hoy como ayer se tienen hijos para dar cumplimiento a lo que está mandado y porque es lo que debe hacerse para realizar el Edipo y sentirse uno bien, sin

intención de complacer los deseos de las criaturas y sin que importe su bienestar, o bien definiendo su 'bienestar' como la preparación para alcanzar y conservar en un futuro determinadas cuotas de poder. Por el contrario, aquí lo que se pretendería es luchar para impedir el sufrimiento de las criaturas, y por eso estamos a favor de una maternidad deseada, entrañable, que no se va a producir si la probabilidad de sufrimiento y desgracia para la criatura es alta.

Tenemos el ejemplo de algunas tribus indígenas que cesaron de procrear ante la amenaza del genocidio blanco para impedir que las criaturas sufrieran; otras cuyas mujeres sólo tenían una criatura cada una porque cuando llegaban los blancos y tenían que huir no podían llevarse más que una encima.

Por eso también defendemos el aborto como un mal menor que el sufrimiento que conlleva el nacimiento sin deseo.

Por otra parte, *La adopción* se ha presentado en ciertos sectores como una alternativa a la maternidad. La adopción se plantea como opción para convivir con criaturas, evitando, por un lado, la esclavitud de la maternidad patriarcal, y por otro, no contribuir a la superpoblación del mundo. Estos argumentos pueden ser ciertos, y la adopción puede ser una magnífica elección en casos concretos, pero *no es una alternativa al sistema* de reproducción humana porque, en primer lugar, el niño adoptado es ya un niño parido sin deseo, con violencia para él y para su madre, y luego abandonado y reprimido, y, en segundo lugar, porque aunque una minoría adopte niños abandonados, la mayoría seguirá teniendo hijos según el modelo patriarcal, seguirán naciendo criaturas de cuerpos sin deseo y de madres socialmente esclavas, que se ocuparán de ahogar los deseos primarios de sus criaturas y de inculcarles a continuación la Ley a la que deben someterse por el resto de su vidas.

Capítulo 11

«La compulsiva necesidad de transformar lo igual en lo idéntico representado en el Uno significante, asigna a las diferencias funciones no-significantes en su orden valorativo, diferencias que pasan a ser desigualdades 'necesarias' en un esquema que se multiplica hasta el infinito en cualquier pareja de 'contrarios'. *La lógica patriarcal reduce la igualdad a la demolición violenta de las diferencias*». Victoria Sendón (152)

«La ley sólo admite diferencias si están jerarquizadas»
Jesús Ibáñez (153)

Los tópicos de la 'igualdad' y de la 'diferencia' entre el hombre y la mujer

La lucha contra la inferioridad social de la mujer ha tomado desgraciadamente un camino nefasto. Es necesaria una lucha por la 'igualdad' para abolir las diferencias jerárquicas, y acabar para siempre con el *status* de inferioridad social de la mujer con respecto al hombre. Pero esta 'igualdad' no puede ser una abolición de las diferencias sexuales. Pretender una homologación o una 'igualdad' con el sexo masculino —el Uno significante— conduce a la deformación falocéntrica de la sexualidad femenina que hemos tratado de desmitificar aquí, a la existencia de un único sexo, como decía Freud. Haciendo un dogma de la 'igualdad' hemos llegado a aceptar que el único sexo es el masculino del que unos tienen más y otros menos (estamos castradas), de manera que las segundas necesitamos de los primeros para satisfacer el déficit de carencia, reforzando aún más el esquema mental de la vida entendida como carencia y no como producción deseante.

Aceptar que el sexo de la mujer es del mismo orden —la diferencia es sólo un 'más o menos'—, homólogo y complementario exclusivo del sexo masculino, de hecho supone aceptar nuestra propia represión sexual, esta vez con el señuelo de la 'igualdad'. Aprovechando la exigencia, por parte de las mujeres, de la 'igualdad' y de un trato social no discriminatorio, se hace creer que para salir de esa discriminación hay que suponer que los sexos son iguales, como si la discriminación estuviese inexorablemente vinculada a la diferencia. Como si para eliminar un tipo de diferencia, la jerárquica, hubiese que eliminar las diferencias de las funciones sexuales. O como si la diversidad de las cosas justificase o acarrease de forma inevitable la jerarquización y por ello hubiera que empeñarse en negar o subestimar las diferencias humanas de sexo, edad, raza, etc. Pero como bien dice Murray

Bookchin (154) diversidad y diferencia no quiere decir jerarquía. Precisamente en lo que somos distintos/as, en *lo único* que somos distintos los hombres y las mujeres, es en el sexo adulto y en las funciones sexuales adultas. Y la no discriminación social y la no jerarquización requiere precisamente tener muy en cuenta esas diferencias. No tenerlas en cuenta (¡no tener en cuenta la maternidad!) es lo que ha permitido organizar y producir la inferioridad social de la mujer. Otra vez el disparate más grande ha sido creído con la misma facilidad con la que nuestros antiguos creyeron en la magia divina. Nuestro sexo y sus funciones, la libido y la producción de los deseos es distinta. Pero de lo que se trata con la igualdad de los sexos es poder controlar la reproducción humana y para ello se desvaloriza la maternidad, se robotiza, so pretexto de 'liberar' a la mujer de semejante desvalorizador y degradante trabajo, se mantienen indefinidos la voluptuosidad y el placer sexual de la maternidad, y se guarda en secreto el crimen de la Madre, que deja huérfana y herida a la Humanidad entera.

Así, luchando por la igualdad nos hemos puesto a ser 'iguales' trabajando, haciéndonos profesionales y expertas en la organización social patriarcal, reivindicando un salario igual para un 'trabajo igual' y entendiendo al mismo tiempo por 'trabajo', lo que ellos entienden, la realización de los patrimonios; aceptando como única vida importante la suya, la que llaman pública, adoptando el arquetipo masculino patriarcal como el arquetipo humano único posible (155) ... etc. etc., en definitiva, asumiendo en aras de la igualdad, los intereses y valores patriarcales.

Por eso, Luisa Muraro se ve obligada a precisar:

«No me refiero al feminismo de las reivindicaciones de igualdad ni al de la rivalidad con el hombre: ambas son formas de emancipación en las que el hombre sigue siendo el patrón de medida de la mujer» (156).

No se trata de revalorizarnos dentro del sistema de realización de los patrimonios, ni de hacer méritos en el cumplimiento de la Ley o Contrato social patriarcal, porque en ese Contrato, en ese Pacto social las mujeres figuran como objetos, como cuerpos despiezados valorados en la medida en que ponen su capacidad reproductora a disposición de los padres:

«Las *madres*, y por extensión, las mujeres, son objeto pero no sujeto del Contrato Social Masculino. Dicho Contrato es un producto de los Padres. En tanto que *madres* las mujeres depositan los/as hijos/as en el seno de un orden social en cuya organización no han intervenido y que, además las excluye de forma explícita. El fenómeno reciente en la cultura occidental de que las mujeres *puedan* acceder a los mismos puestos directivos que los varones no otorga necesariamente significación femenina-materna a tales conductas. A pesar de los esfuerzos de algunas para transformar desde dentro, la realidad implica entrar en los recintos del Padre aceptando la normativa previa que rige en cada uno, establecida en su día unilateralmente. Se trata de una yuxtaposición de lo femenino a lo masculino-Paterno, al modo del vagón de cola que se añade a un tren ya formado y con itinerario previsto» (157).

Adoptando como nuestros los valores patriarcales (tales como el trabajo enajenado, la jerarquización social y la sexualidad falocéntrica), lo que estamos haciendo es

acabar de matar lo poco que quedaba de madre entrañable y *convertirnos cada vez más en el segundo padre de las criaturas.*

Este proceso moderno de masculinización de la mujer es señalado por Horkheimer (1958):

«Hoy el padre tiende a reemplazarse directamente por entidades colectivas: la escuela, el equipo deportivo, el club, el Estado. Cuanto más se reduce la dependencia familiar a una simple función psicológica en el alma del niño, más abstracta y general resulta en la mente del adolescente; lleva así, de modo gradual, a aceptar con facilidad toda forma de autoridad, mientras sea lo bastante fuerte.

Este proceso se ve impulsado por los cambios producidos en el papel de la madre. No es que trate al niño con más brutalidad que antes, al contrario. La madre moderna planifica científicamente la educación del hijo, desde la dieta equilibrada hasta la proporción igualmente equilibrada entre la reprimenda y las manifestaciones de cariño, tal y como recomienda la literatura psicológica popular. Toda su actitud hacia el niño se racionaliza; *incluso el amor se administra como un ingrediente de higiene psicológica (...)* Consideran la maternidad como una profesión y adoptan hacia sus hijos una actitud pragmática. La espontaneidad de la madre y su cariño, su sentimiento protector, naturales e ilimitados tienden a desaparecer...

Las mujeres han sido admitidas en el mundo económico del hombre a costa de adoptar las pautas de comportamiento de una sociedad profundamente reificada. *Las consecuencias de esto alcanzan hasta las más tiernas relaciones entre la madre y el hijo. La madre deja de ser el intermediario que mitiga el choque entre el hijo y la fría realidad y se convierte en un simple portavoz de esta última. (...)* La madre, separada de la comunidad de los hombres y obligada, a pesar de su idealización injustificada, a permanecer en una situación subordinada, representaba un principio distinto al de la realidad; podía soñar sinceramente en utopías junto a su hijo y era el aliado natural de éste, tanto si quería como si no (...). Pero hoy el niño no conoce el amor ilimitado de la madre y, por ello, su propia capacidad de amor permanece subdesarrollada...

El culto sensiblero de la madre, conscientemente practicado en Estados Unidos y tomado erróneamente por una tendencia matriarcal, no contradice su degradación. Podríamos decir, mejor, que este culto es una supercompensación ideológica por *la abolición del papel de madre. La organización se ha apoderado de la totalidad de nuestra vida (...)* Esta es una de las causas del fenómeno del 'mamaísmo' descrito por Philip Wylie. *La 'mamá' es la máscara mortuoria de la madre.*

La madre patriarcal antigua, socialmente marginada y sometida, hacía de intermediaria entre el principio del placer y el principio de la realidad, a pesar de las advertencias bíblicas de que no había que mimar a los niños etc. etc. Pero la madre patriarcal moderna es cada vez más un segundo padre; su incorporación a los escalafones del poder le ha valido la renuncia a lo que le quedaba de madre entrañable, al espacio en el que todavía el Poder no podía ejercer un control absoluto y total tanto sobre las criaturas como sobre ella misma. La renuncia al espacio en el que podía sentir y decir aquello de «Corderito mío /suavidad callada:/mi pecho es tu gruta/de musgo afelpada. /Carnecita blanca,/tajada de luna:

/lo he olvidado todo/ por hacerme cuna» O lo de : «Meciendo mi carne,/meciendo a mi hijo,/voy moliendo el mundo/con mis pulsos vivos»; esto lo podía decir y sentir una madre patriarcal antigua, pero no la madre patriarcal moderna, profesional, ejecutiva o simplemente asalariada, de nuestras ciudades industriales.

Ahora la organización del Poder se ha apoderado de la casi totalidad de nuestras vidas, llega más adentro, incluso allí donde parecía que no podría acceder nunca. Con la publicidad creando en el inconsciente el arquetipo de 'madre' ideal, para el mayor consumo del plástico y las leches artificiales (y para mayor beneficio del Capital), y con un buen puesto en el escalafón del Poder, la madre y la criatura pueden pasar directamente del hospital a la guardería y a la oficina (despiezada la vida, cada pieza tiene su espacio acotado), y reducir su relación al pago de las facturas y a los buenos días por la mañana o las buenas noches de vez en cuando.

La mujer ejecutiva 'liberada', directora de empresa o de un departamento ministerial, no dirá nunca a su criatura «velloncito de mi carne, duérmete apegado a mí» porque, ni sentirá ganas de dormir con la criatura ni podría hacerlo si las sintiera; ni se olvidará de todo por hacerse cuna, ni sus pechos podrán ser nunca una «gruta de musgo afelpada», porque, al apostar por los valores del orden patriarcal, ha renunciado al amor con sus criaturas.

Las mujeres hemos creído que al renunciar a la maternidad o al reducirla al acto de parir (cubriendo la función materna con plásticos, leche artificial y tatas), hemos demostrado que la inferioridad 'natural' de la mujer es una mentira; porque la maternidad es sólo una opción o se puede reducir a una gestación compatible con una carrera profesional definida según el arquetipo masculino, es decir, compatible con el trabajo asalariado. Sin embargo, esta actitud, de hecho, da la razón al discurso patriarcal que siempre ha justificado la inferioridad social de la mujer por su propia 'naturaleza': *porque, si sólo renunciando a la maternidad puede la mujer dejar de ser inferior, de alguna manera está admitiendo que la maternidad confiere status de inferioridad*; que la maternidad es degradante y origina una condición que degrada socialmente a la mujer. Como si el negro para dejar de ser inferior se tuviera que operar la piel a lo Michael Jackson.

El logro de hacer que la maternidad sea una opción no zanja la cuestión. No se trata de poder optar o no a *esta maternidad*, sino de modificarla, de recuperarla, de restituirla a la Humanidad. Aquí está el peligro de que el feminismo caiga en el cepo del reformismo. No es que las reformas como el derecho al aborto, etc. sean desdeñables. Se trata de que no nos cieguen. Que sepamos que nuestra liberación no está en el mundo patriarcal por muchos afeites y premios que nos ofrezcan a *unas cuantas*, sino en un mundo sin trabajo enajenado, sin jerarquías, y en el que podamos colmar los deseos de las criaturas; es decir, organizado para producir bienestar y no para realizar la revalorización de los patrimonios.

Por eso es importante tener en cuenta que el trabajo asalariado es un trabajo que enajena la vida y nos despieza. No es aquí el lugar de abordar este tema que ha sido profundamente abordado desde el siglo pasado. Pero sí tenemos que recordarlo porque ahora parece haber sido olvidado: el trabajo asalariado no es ningún paradigma. El trabajo asalariado tiene por objeto revalorizar el capital y no la creación y la conservación de la vida; por eso el/la que trabaja no tiene que saber, sentir, imaginar o poner nada de su vida más que la fuerza de su ser desmembrado. No tiene que saber lo que hace, ni para qué lo hace. Esto se logra con la línea de

mandos, con la jerarquización que divide los procesos productivos y ordena el movimiento que cada cual debe hacer en su puesto, manteniendo al conjunto en la ignorancia, privado el ser humano de la conciencia. La vida humana despedazada, los procesos divididos, los espacios también divididos. Despedazada la vida, cada pedazo tiene su lugar: la fábrica, el piso, la guardería, la oficina, el colegio, en donde puede estar la madre pero no la/el niño/o, o puede estar el hombre pero no la mujer. Cuanta más división, más despiece; cuanto más despiece, más jerarquía; cuanto más jerarquía, menos conciencia, menos autonomía, más centralización, menos solidaridad: tales son las reglas de la explotación, la destrucción del tejido social formado por el apoyo mutuo. Deleuze y Guattari dirían que las separaciones son separaciones de los flujos, barreras para impedir el acoplamiento de los deseos, para sustituir el apoyo mutuo, como forma de vida e interacción humana, por la jerarquía, como modo de succionar la vida y metabolizarla en capital patrimonial. El cuerpo despiezado de la mujer no produce leche ni funde su aliento con el de la criatura, pero sirve para realizar un trabajo enajenado, ocupar un lugar en la línea de mandos y dejar una criatura herida para su fácil domesticación.

Las reformas son reformas y no paradigmas. Primero hay que saber que una pequeña reforma nos puede hacer ganar un poco de aquí y perder un mucho de allí sin que nos demos cuenta; y de reforma en reforma, podemos ir de mal en peor. No estamos diciendo que todas las reformas nos hagan ir de mal en peor; sólo que es algo posible y que en algunos casos ha sucedido así. Por otra parte, confundir reforma y paradigma nos puede llevar a creer, por ejemplo, que el paradigma de la liberación de la mujer es el trabajo asalariado; y a hacer, en términos generales, de el orden patriarcal 'reformado' un paradigma. La maternidad robotizada y la venta de la fuerza de trabajo son estados de supervivencia, de necesidad: no constituyen el paradigma de la vida humana deseante; constituyen los pilares del orden patriarcal. Nuestro paradigma en ningún caso puede ser poner a las criaturas al servicio de la realización de las plusvalías (trabajo asalariado, guerra, explotación del cuerpo femenino, etc.).

¡Claro que es incompatible una lactancia con el trabajo asalariado! Porque no es la mujer la que trabaja, sino la fuerza, manipulada desde el exterior, de su cuerpo despiezado. ¿Por qué en las formas primitivas de vida, o en las tribus de economía llamada de 'supervivencia', es decir, que no realizaban patrimonios, las mujeres hacían todas sus tareas con sus criaturas? Porque eran ellas enteras las que realizaban los quehaceres y no sus cuerpos despiezados. Por eso no tenían que separarse de las criaturas. Y cuando estas iban creciendo, como los espacios no estaban divididos, podían permanecer en el entorno de sus mayores sin ningún problema.

No es el desarrollo tecnológico el que separa y despieza. El hombre que remaba en las galeras o que abría surcos en la tierra de otros con el arado de sol a sol, línea a línea, hectárea a hectárea, eran hombres despiezados. El despiece y la división empiezan cuando hay que hacer cultivos extensivos, grandes pirámides, o sacar toneladas de metales preciosos de la tierra: es decir cuando hay que trabajar para realizar una plusvalía que engorde un patrimonio. Si hubiéramos construido una civilización paradisíaca, es decir, para procurar el bienestar de las criaturas humanas, ni la revolución industrial ni el desarrollo tecnológico hubieran profundizado el desmembramiento de la vida humana.

Esta reflexión sobre el trabajo enajenado es imprescindible para deshacer las confusiones sobre lo que libera y lo que esclaviza y mata. Hay una falsa 'liberación' de la mujer, como hay una falsa 'liberación' del hombre, que son, de hecho, formas de recuperación de la rebeldía por parte del orden patriarcal. Todos los discursos políticos y filosóficos se presentan de hecho como la salvación y como el medio de remediar el malestar humano. Por eso hay también una recuperación patriarcal de la rebeldía de la mujer que supondría un abandono definitivo de su potencial libidinal y sexual, un reduccionismo machista y fálico de su sexualidad, y una mayor integración en los intereses patrimoniales y patriarcales (capitalistas y estatales); y que supondría también el abandono de ciertos rasgos de madre y de mujer que en su situación de marginación social, como dice Horckheimer, aún podía conservar. Ahora la mujer puede dejar hasta cierto punto un determinado *status* de subordinación y ponerse a mandar, a condición de que lo haga en tanto que padre. *No es la liberación de la condición de mujer, es la liberación de algunos rasgos de la opresión de las mujeres en la medida que renuncian a su condición.* Pues esas mujeres pseudoliberadas harán que otras mujeres sometidas les limpien la casa, les laven la ropa, les hagan la comida, les frieguen los portales y les cuiden a los/as hijos/as. En este tipo de 'liberación' de la mujer no hay, por ejemplo, ninguna traza de que las mujeres vayan a dejar de asumir la eliminación y el reciclaje de la basura que produce la humanidad en la esfera doméstica y que según Ivan Illich supone más de un 50 % del conjunto del trabajo humano, encima no reconocido (159). Tampoco hay que olvidar, pues, que el conjunto del orden patriarcal, la realización de los patrimonios, funciona en base a que las mujeres somos las Limpiadoras Universales de la Basura Humana en la clandestinidad.

El modelo igualitarista de 'liberación' de la mujer, sólo en el caso de muy pocas supone una liberación efectiva de algún aspecto, como este del trabajo doméstico (nunca, por ejemplo, la recuperación de su potencial libidinal femenino). La mayoría de las mujeres de clase baja y media que han sido socializadas en este paradigma de 'igualdad' y de 'emancipación' de la mujer, se encuentran con que, además de tener que renunciar a la maternidad o a adoptar una maternidad robotizada, tienen doble trabajo que antes. Pues las mujeres que ahora hacen las dos cosas, el trabajo fuera y dentro del hogar, pagan su 'igualdad', además de abandonando a sus criaturas y haciendo un trabajo enajenado, realizando el *doble* trabajo que los hombres. Con lo cual, en lugar de liberarnos de la maldición que Yavé nos echó encima a las mujeres lo que conseguimos es tener que cargar además con la otra maldición de comer el pan con el sudor de la frente.

Quizá este fenómeno es algo parecido a lo que ocurre con la clase obrera de los países occidentales, en donde muchos podrían decir que el capitalismo no es tan malo, les proporciona coche y video, y hasta una segunda residencia, se van de vacaciones y sus hijos/as van a la Universidad; pero no ven el desplazamiento terrorífico de la explotación y de la miseria al Tercer Mundo, ni el coste en sufrimiento humano que supone las enormes plusvalías de la industria de guerra.

Sabemos lo que pueden parecer estas afirmaciones. No, no estamos reivindicando «la vuelta al hogar» de la mujer, sino, como hemos dicho antes, la abolición del trabajo enajenado y de la maternidad patriarcal, es decir, *una subversión del sistema de realización de patrimonios*, pues la disyuntiva que ofrece este sistema a la mujer, en cualquiera de sus opciones (trabajar fuera y/o dentro del hogar), implica el mantenimiento de su opresión y, en términos generales, de su *status* de

inferioridad, aunque pueda parecer que algunas se puedan escapar a lo Margaret Thatcher, lo que, por otra parte, siempre ha sucedido. Y lo que no ven estas mujeres que acceden a cotas de Poder es que en lo fundamental no se liberan sino que, por lo general, se someten más a la Ley; y además que si ellas pueden eludir algunos aspectos de la condición de inferioridad de las mujeres **es porque se sigue manteniendo esa condición para el conjunto de las mujeres.**

El régimen de realización de patrimonios arranca mucho antes que el capitalismo y cuando este aparece la mujer ya lleva milenios pariendo con dolor y abandonando a sus criaturas: de manera que cuando los patrimonios comienzan a realizarse bajo la forma de Capital, las nuevas divisiones del trabajo industrial y urbano a gran escala, y la disociación entre lo público y lo privado producidas por el capitalismo, se organizan ya sobre unas bases familiares patriarcales bien constituídas, reforzando la tendencia del régimen patrimonial al desmembramiento humano: privar de los deseos, privar de la conciencia (la explotación es cada vez más anónima, el explotador está cada vez más lejos del explotado, la propiedad, los excedentes acumulados, los botines de guerra, toman la forma anónima de capital), separar, dividir a los hermanos y hermanas, encerrar a las mujeres en pisos unifamiliares, a los niños y niñas en las escuelas para impedir las relaciones de apoyo mutuo y solidaridad. Las disyuntivas en las que se encuentra la mujer del siglo XX son las establecidas por esas divisiones y disociaciones de la vida enajenada por la realización patrimonial (ahora ya realización del capital). *Todas las disyuntivas* presuponen la mujer despiezada porque *consisten* en seguir revalorizando el Capital o cualquier otra forma patrimonial, para lo cual debe seguir produciendo herederos y esclavos, y nuevas madres de herederos y nuevas madres de esclavos.

Todas las disyuntivas suponen el mantenimiento de la situación de inferioridad de la mujer y del sufrimiento de las criaturas. No podemos defender, pues, ni «la vuelta al hogar», ni la opción de la mujer ejecutiva moderna o la asalariada con tres meses de baja de maternidad y 8 ó 12 horas de trabajo asalariado enajenado, etc. etc. Porque los espacios 'públicos' no son neutros; presuponen unos espacios 'privados', y viceversa; y a cada cual se le asigna las tareas necesarias para el sistema *único*, como a cada criada dentro de un palacio, o a cada obrero/a de una cadena de montaje. En cualquier caso, no olvidemos, que el disfrute del botín de la explotación pública (y privada) de la vida humana se realiza siempre en los espacios privados y que todo patrimonio que se realiza en los espacios públicos (y privados) es una propiedad 'privada'; que, por lo tanto, los espacios públicos están al servicio de la realización de los patrimonios que siempre ha sido un asunto privado (160). Todo está marcado con el mismo significado de servicio al orden patriarcal. Lo 'público' y lo 'privado' son los espacios sociales de la vida enajenada y de los cuerpos despiezados y explotados.

No hablamos de «la vuelta al hogar». Hablamos de dejar de vivir para la realización de los patrimonios. Sustituir el régimen de realización de los patrimonios por un régimen de realización de los deseos de las criaturas. Es decir, un régimen de producción de bienes al servicio del bienestar, de la conservación y de la reproducción de la vida. Para ello hay que romper el pacto adulto y pactar con las criaturas la rebelión contra la Ley del Padre que ordena la realización patrimonial.

Nos dirán que esto es la utopía y que no es vendible. Lo primero es cierto; lo segundo, ya lo veremos. Porque lo que también es cierto es que todo lo demás es

dar vueltas por un laberinto sin salida al exterior; por caminos que se abaten en opciones indiferentes. Y no tenemos otra manera de salir del laberinto, y de ir tanteando alternativas, que la ruptura del pacto adulto contra las criaturas, lo que para las mujeres significa, entre otras cosas, dejar de parir según el orden patriarcal establecido.

Dicen que es el fin de las ideologías, porque parece que el capitalismo es el único gran Uno significativo y porque parece que ninguna otra cosa es posible, que sólo se trata de ser más eficaces, de tener buenos expertos, buenos especialistas para la mejor gerencia de la revalorización del Capital. Pero nunca el Contrato Social ha estado más desgastado y, por otra parte, está ya demasiado parcheado. No es el fin de las ideologías; quizá tenga que ser el comienzo de las utopías.

Estamos por la igualdad, sí; queremos que se reconozca que somos seres humanos 'iguales'. Precisamente la función maternal y el deseo materno es lo que nos hace iguales a las criaturas de uno u otro sexo, de una u otra raza, como decía Rafael Amor. Todos y todas tenemos la misma carga libidinal primera para desplegar la vida. Al matar a la madre, al reprimir la sexualidad primaria, se impide la vida común de los humanos de ambos sexos, la convivencia primaria que origina la verdadera fraternidad. El deseo del cuerpo materno, todo lo que vivimos desde nuestra estancia en el útero hasta el final de la infancia sería, libidinalmente hablando, muy parecido, nuestros deseos y gozos más íntimos serían los mismos. Recuperando a la madre y reconociendo la diferencia, desde luego que hombres y mujeres nos sentiríamos mucho más 'iguales' que ahora. La mayor desigualdad social es la que ignora las diferencias y obliga a reprimirlas. Somos iguales en cuanto a inteligencia humana y merecedores de una misma consideración y respeto y en cuanto que somos criaturas humanas que no nacemos para ser reprimidas ni para ser esclavos ni esclavas, ni ellos, ni nosotras. En esto somos iguales. Pero somos diferentes en que las mujeres realizamos la función maternal: menstruamos, concebimos, gestamos, parimos y criamos las nuevas criaturas.

Esto es diferente y no es fisiología; es de una importancia esencial en la vida humana. Eso sí, no tiene un valor reconocido en la economía de mercado de la sociedad capitalista, ni en el Estado del Bienestar ni en el Nuevo Orden Internacional. Pero no es biología. Es una vida HUMANA diferente; con una sexualidad, una estructura psíquica, una energía libidinal, unos deseos («el principio inmanente de la vida humana») diferentes. Una dedicación, una pasión, unas actividades y unas relaciones humanas diferentes. Nos niegan esta diferencia y en cambio nos hacen ser 'diferentes' en lo que no lo somos (desde la segregación social por nacimiento hasta los sempiternos mitos femeninos de que somos medio tontas, histéricas, mentirosas, desvergonzadas, zorras, animales sin alma, sin inteligencia etc.), utilizando esas supuestas diferencias para justificar la división de la humanidad en clases y el sexismo que confiere a la mujer una categoría social inferior.

Por eso el discurso de la igualdad y la diferencia es tan mixtificador; porque, por un lado no se respetan las diferencias verdaderas ni se reconoce el valor de lo específico femenino para la vida humana, y por otro se inventan diferencias inexistentes, siempre con el fin de ahondar la inferioridad de la mujer y de explotar la vida humana. Todo está encaminado a lo mismo; tanto el ocultar lo que de verdad es diferente como el inventar diferencias inexistentes.

Ignorando las diferencias *humanas* verdaderas, las mujeres 'liberadas' nos hemos encontrado matándonos para tener hijos y al mismo tiempo ser tan profesionales en los trabajos como los compañeros o maridos. Hemos dejado a las criaturas como hemos podido, en guarderías o con tatas, separándolos de nuestros cuerpos prematuramente, ahogando nuestra libido y sus deseos; recurriendo al plástico: biberones y chupetes como consoladores ya que nuestros cuerpos insensibilizados no estaban disponibles para permitir la relación amorosa con las criaturas. Recurriendo a las cunas, porque somos mujeres 'iguales' que los hombres y tenemos que estar dispuestas enseguida a volver a la cama conyugal, a la vida matrimonial, a vivir la sexualidad definida a la medida del hombre. Dejaremos incluso de dar de mamar porque nos ata demasiado a los bebés y además estropea nuestra estética sexual que tiene que corresponder al arquetipo de mujer deseable por los hombres. Dejaremos a los bebés en las guarderías para volver enseguida al trabajo, ya se sabe que las mujeres no somos buenas profesionales porque si tenemos hijos estaremos ...¡¡¡tres meses !!! ausentes del trabajo. ¡Qué lata esto de las mujeres! ¡No hay seriedad profesional! Entonces tenemos que combatir esta idea y demostrar que, como somos iguales a los hombres podemos trabajar igual que ellos aunque tengamos hijos y que la maternidad no va a afectar nuestro trabajo ni nuestro *curriculum* profesional.

Quizá si hubiéramos aprendido a amar a la madre entrañable, separándola y diferenciándola de la madre víctima, represora y pedagoga, desmitificando aquello de que te reprimen «por tu propio bien» etc. etc. hubiéramos podido recuperar el hálito del deseo materno para amar a nuestras criaturas por encima de los intereses patriarcales.

Como decía Fromm(161) el verdadero crimen en la tragedia de Edipo no es el de Edipo, sino el de Yocasta que manda matar a su hijo para salvar al marido: es el crimen que cometemos las madres patriarcales cuando abandonamos a nuestras criaturas para salvar nuestra triste posición en la sociedad patriarcal.

Conocemos el caso de algunas mujeres 'liberadas', orgullosas de su soltería y de su reconocimiento profesional, y que, ya en su madurez, en la culminación de su 'liberación' deciden tener un hijo solas, es decir, sin padre legal. Esto sería perfecto si no tuviesen que contratar a una chacha, comprar amor mercenario para su bebé porque, ¡ay!, gran paradoja, en el cenit de su liberación no puede permitirse el lujo de dejar fluir sus deseos y que la criatura que ha parido se críe en ellos. Tiene que renunciar al amor maternal. Así los/as hijos/as de las mujeres 'liberadas' se crían con consoladores de plástico y la mujer se traga como puede la frustración y la depresión post-parto para no estropear su carrera profesional.

Hay mujeres que, huyendo del sometimiento milenar de la mujer por el orden patriarcal, y al no tener en cuenta las raíces del mismo, tratan de liberarse dentro del mismo paradigma patriarcal, entendiendo la maternidad tal y como ha sido sometida por el Padre y ejerciendo ellas mismas directamente de Padre.

Y una se pregunta ¿qué 'liberación' es esta que no permite a la mujer vivir su maternidad, ni criar a sus criaturas? ¿Donde está la liberación si tiene que negar la función de su sexo, dejando la mitad de su cuerpo y de sus emociones por los suelos? ¿Qué liberación es esta que significa doble trabajo, el marginal, el

doméstico, el de hijos/as, además del profesional? ¿ Y como puede llamarse 'igualdad' a la situación que supone trabajar por lo menos el *doblo* que el hombre y que significa la represión de la libido, de la condición vital de mujer? No, la liberación de la mujer no pasa por la igualdad de los sexos, porque la igualdad de los sexos es mentira y esto cualquiera que no sea un o una intelectual intoxicado/a por el racionalismo patriarcal puede verlo; y lo que esa 'igualdad' encierra es una maternidad impostora.

La liberación de la mujer supondría el reconocimiento de una *igualdad* en cuanto a que ninguna criatura humana es superior ni inferior a otra, y al mismo tiempo un reconocimiento de la maternidad como algo sustancialmente diferente de lo admitido actualmente. La lucha contra la inferiorización social de la mujer tiene que ser necesariamente una lucha contra la degradación y robotización de la maternidad y contra la institución del Matrimonio. En lugar de reivindicar más robotización de la función materna, reivindicar su humanización, lo cual supone liberarla de la institución del Matrimonio (que la vincula a los patrimonios) y de la Medicina (que destruye su sexualidad). ¡Qué ardor el de las corrientes de opinión y de los movimientos políticos reformistas a favor de la robotización de la maternidad que, en cambio, no hacen ni dicen nada en contra de la Institución del Matrimonio!

Nuestra propuesta no es separar la sexualidad de la reproducción sino separar ambas del Matrimonio: puesto que creemos que la maternidad es otra sexualidad; puesto que reivindicamos la reproducción no robotizada, no subyugada por la Ley, y la recuperación de la madre entrañable cuyo deseo prioritario es dar y conservar la vida, sin explotar ni esclavizar ni reprimir, ni infligir sufrimientos a nadie.

Lo que precede presupone tener en cuenta la *diferencia* de los sexos, no hacer tabla rasa, pues eso precisamente, el hacer tabla rasa con el listón puesto en la medida de lo masculino, es lo que determina la desigualdad, la discriminación social de la mujer.

NOTAS

(152) **Sendón, V.** *Un extraño Holograma* pag. 69

(153) **Ibáñez J.** Ponencia UAM, abril 1984

(154) **Bookchin, M.** *Qu'est-ce que l'écologie sociale?* Atelier de Création libertaire, 1989. Traducción del primer capítulo de *The ecology of Freedom: the Emergence and Dissolution of Hierarchy* Cheshire Books, 1982

(155) **Moreno, A.** *El arquetipo viril protagonista de la historia* laSal edicions de les dones, 1987 (1ª edición: 1986).

(156) op cit. pag. 13

(157) **Sau, V.** *La maternidad: una impostura...* pg.105 (subrayados de la autora)

(158) op. cit. en La familia pag. 186-187 (subrayados nuestros)
El trabajo de Horkheimer se basa en la obra ya citada de Theodore W. Adorno.

(159) **Illich, I.** *El trabajo fantasma* en *El Viejo Topo* num. 66, marzo 1982 pgs. 33-39

(160) **Moreno, A.** *Entre el confort doméstico y la guerra* Suplemento Boletín de la Asociación Antipatriarcal, febrero 1991.

(161) *El complejo de Edipo y su mito* op. cit.

II PARTE

LA OTRA CARA DE LA MONEDA:

EL ABANDONO DE LAS CRIATURAS

O LA CONVERSION DEL DESEO EN MIEDO A CARECER

«Faire basculer tout le désir dans la
grande peur de manquer...»

(«Hacer que todo el deseo se vuelque en el
gran miedo a carecer...»)

Deleuze y Guatari *Anti-aedipe*

Capítulo 1

El parto y la herida primaria

Al término de la gestación se produce en la criatura la sensación de estar demasiado comprimida y el deseo de salir. Se trata de un deseo placentero que nos invade de alegría. Y en este estado anímico nos preparamos psíquica y físicamente para el gran acontecimiento.

Cuando este deseo llega a un punto máximo sobreviene una gran excitación: todo el pequeño cuerpo humano está dispuesto para realizar ese esfuerzo. Hasta entonces, psíquicamente el 'yo' primario actúa según el principio del placer. (Stettbacher, 1991)

A partir de aquí, comienza el fin del periodo paradisiaco del ser humano, pues el nacimiento no resulta el acto placentero que estaba previsto: la madre no está en el mismo estado anímico que la criatura abandonada al deseo, gozando de los últimos momentos de la gestación y esperando el gran acontecimiento. El útero de la madre, tenso y rígido, no va a responder a los movimientos y masajes que acompañan a la excitación sexual del parto. Para la criatura la sensación de compresión pasa de ser una excitante sugerencia a salir a la desagradable sensación de estar 'atascada'. Entonces comienzan las sensaciones de dolor físico y de ahogo, y los sentimientos de angustia. Sentimos miedo. De pronto, todo va 'mal'. Pero no podemos hacer nada para evitarlo. Estamos atrapadas, sufriendo una compresión asfixiante. Con el dolor y la sensación de asfixia crecen la angustia y el miedo. La increíble capacidad de supervivencia del ser humano hace posible que nazcan tantas criaturas vivas a pesar de los partos traumáticos. Dice Groddeck (1) :

«¿O cree Ud. que Calígula o cualquier otro sadista se iba a imaginar, así, como si nada, un tormento tan fácil y tan refinado como es oprimir a uno haciéndolo pasar con la cabeza por un agujero estrecho? Yo ví una vez a un chiquillo que había metido su cabeza en un enrejado y que luego no podía ni entrar ni sacarla. Jamás me olvidaré de sus gritos».

Tras un largo periodo en el infierno, por fin salimos. Pero en lugar de encontrarnos con una acogida que, teniendo en cuenta lo que hemos pasado, nos devolviera al estado de bienestar, entramos en otra estancia del infierno.

Los seres humanos adultos tratan el parto como una operación

quirúrgica en la que toda manipulación es válida, sin tener en cuenta ni siquiera las pulsiones instintivas; mucho menos los deseos, las emociones, los sentimientos o la capacidad racional de la madre. La madre está anulada en tanto que ser deseante y ser pensante. No existe dimensión psíquica o racional en el acto. Como dice Odent, se podría aprender de los veterinarios porque estos al menos tienen en cuenta las pulsiones instintuales de los animales.

«Este cerebro arcaico que podemos llamar cerebro instintivo y emocional se puede considerar como una glándula que segrega las hormonas necesarias para el proceso del parto... El proceso del parto se desarrolla tanto más fácilmente, cuanto más acepte el otro cerebro, el nuevo, el ponerse en reposo... *De ese neocortex es de donde provienen todas las inhibiciones*, en el transcurso del parto como en el transcurso de todo acontecimiento perteneciente a la vida sexual. Por esa razón, en el transcurso de un parto muy espontáneo... hay una fase en la que la mujer parece estar desconectada del mundo, camina en otro planeta. Este cambio de estado de conciencia traduce con toda evidencia la reducción del control del neocortex... la forma más segura de hacer un parto largo, más difícil, más doloroso (y por lo tanto más peligroso) consiste en estimular el neocortex, causa de todas las inhibiciones. Se puede estimular con la luz o utilizando un lenguaje lógico, racional o comportándose como observador. La sensación de intimidad traduce la reducción de control del nuevo cerebro» (2).

Para hacernos una idea de lo que se hace con los partos podemos recordar lo que ocurre en las relaciones sexuales entre adultos cuando suena el teléfono o alguien llama a la puerta. Si una llamada de teléfono nos 'corta', es porque las funciones sexuales requieren la pasividad del neocortex, un estado de inhibición a favor del cerebro arcaico: lo que se dice estar en un estado de 'abandono' al deseo y al placer. Imaginemos lo que sería lograr un orgasmo en medio de personas entrando y saliendo, hablando y diciéndonos lo que tenemos que hacer, impidiendo el abandono al deseo... Pues algo así es lo que hacemos cuando parimos, es decir, sustituir los sentimientos, el amor, el deseo entre dos personas que lleva al alumbramiento, por la técnica y las órdenes. La pérdida de la intimidad que tiene lugar en los paritorios de los hospitales culmina la trágica consagración del parto violento y doloroso.

La segunda estancia del infierno de la criatura recién nacida, Stettbacher la denomina 'sala de torturas': es el paritorio. Allí, por primera vez, vemos un ser humano. Vemos borroso, no vemos con la nitidez con la que vemos ahora. Pero vemos; por primera vez vemos una figura alta, enorme, oscura, que se mueve, que nos azota. Es la figura que más adelante será emulada como 'el hombre del saco' o los 'ogros' con los que luego nos amenazarán si no nos portamos bien, aludiendo al recuerdo que guardamos en el inconsciente de esa primera sombra terrible...

F. Leboyer, en su obra *Por un nacimiento sin violencia*, cuestiona el sufrimiento de los recién nacidos, sufrimiento que durante milenios se ha considerado inevitable e incluso conveniente:

«¿Decir que no habla el recién nacido?

Venid, contempladle.

¿Hacen falta más comentarios?

Esa frente trágica, ojos cerrados, cejas arqueadas, preñadas de dolor...

Esta boca herida por el llanto, esta cabeza levantada hacia atrás que pugna por escapar...

Esas manos, ora tendidas y suplicantes, luego a la cabeza, ese ademán de calamidad...

Esos pies que patalean furiosamente, esas piernas encogidas para proteger su frágil vientre...

Esa carne, presa de espasmos, de sobresaltos, sacudidas...

¿No dice nada el recién nacido?

Es todo su ser el que nos grita, su cuerpo entero el que nos brama...

¿Existe otra llamada más desgarradora?

Y esta llamada que siempre ha lanzado el niño a su llegada, ¿quién la comprende, quién la escucha, quién simplemente la oye?

Nadie

¿No hay aquí un gran misterio?»

Diríamos que sí, que es la otra cara de la moneda del asesinato del deseo materno: el gran misterio, el «Secreto de la Humanidad», como lo ha formulado V. Sau.

Leboyer, pensando que con las innovaciones que encaminaban al parto sin dolor se estaba haciendo algo por la madre, levantando así la antigua maldición, asumió el punto de vista de la criatura para ver qué podía hacerse con toda esa carga de padecimientos que el pequeño ser recién nacido tiene que soportar: potentes proyectores de luz que ciegan y queman los ojos, un mundo que vocifera a su alrededor ante unos oídos que acaban de quedar al desnudo sin la protección de los líquidos amnióticos y del vientre; pañales, tejidos de fibra para una piel casi en carne viva, que hasta ahora sólo habían conocido la suavidad del tacto de los líquidos maternos (esa sensación que nuestro inconsciente recuerda cuando nos sumergimos en un baño relajadamente), con una epidermis tan fina que cualquier contacto le hace temblar; se corta inmediatamente el cordón umbilical haciendo entrar las primeras bocanadas de aire violentamente en sus pulmones quemándole las entrañas; ciego, ensordecido, abrasado, el sollozo suena a la desesperación más tremenda.

Con todo cinismo, este llanto es celebrado como la entrada triunfal en el mundo. Lo que no nos imaginamos es que sólo acaba de empezar el calvario. Agarrado por los pies, se le suspende boca abajo sobre el vacío. Al terror del vértigo hay que sumarle la sacudida a una espina dorsal hasta entonces arqueada y apoyada en el lecho de agua dentro del vientre que

lo contenía. Y a esta criatura recién llegada del calor y del suave líquido que la envolvía, se la coloca sobre una báscula fría, después abren sus párpados por la fuerza para aplicarle gotas de un líquido que la abrasa; la ponen prendas ásperas y apretadas; y, finalmente, la dejan sola en una cuna. Abandonada al hipo, al temblor, a la fatiga que todavía la acompaña. Aturdida por el horror y presa de angustia, se recoge sobre sí misma. Todavía queda el recuerdo del paraíso. Mientras, alrededor, alborozo y alegría.

Aunque algunas de estas prácticas están siendo sustituidas por otras menos infernales, gracias a Leboyer, Odent y otros que como ellos han sido permeables al sufrimiento de las criaturas recién nacidas, el nacimiento sigue siendo una entrada al Valle de Lágrimas, una expulsión del paraíso. Como dice, certeramente pero con cierta carga de ingenuidad, Leboyer:

«No hay pecado.
Sólo existen el error, la ignorancia. Nuestra ceguera y nuestra resignación.
El sufrimiento es inútil. Pura invención. No satisface a los dioses.
El sufrimiento es falta de inteligencia. El parto sin dolor está ahí para probarlo. A despecho de los violentos, de los autoritarios...» (4)

Si decimos que esta frase de Leboyer contiene una carga de ingenuidad, es porque el sufrimiento humano no sólo es 'error' e 'ignorancia'. Para algunos, no es 'inútil'. No satisface a los dioses, pero crea Poder y satisface al Poder existente, a las clases dominantes que explotan la vida para crear y conservar los patrimonios. El parto sin deseo y sin flujos maternos ha sido el resultado de milenios de represión de la sexualidad femenina. Como decíamos en la I parte de este libro, la rigidez uterina no es una casualidad. Para domesticar a los pequeños seres humanos, hay que mantenerles en estado de carencia. Sustituir sistemáticamente deseo por necesidad para someterles al sutil, imperceptible y constante chantaje de atender sus necesidades a cambio de su obediencia a la Ley; como los domadores que hacen pasar hambre a los animales para doblegarles a hacer lo que quieren con el estímulo de la recompensa del alimento. Es la génesis del estado de sumisión, génesis que, según el propio Stettbacher, hay que situar en las heridas primarias, y una de las primeras es el daño que se produce en los momentos del nacimiento de cada ser humano. Como dice también Odent (5), «el bebé que llora en el 'nido' está haciendo su primera experiencia de sumisión».

Según Konrad Stettbacher,

«El acto más emocionante, más impresionante, más impactante en la vida de un ser humano es su nacimiento. En toda su vida, nada o casi nada podrá provocar una conmoción semejante, acompañada de una excitación de todos sus sentidos. Y durante

todo el resto de su vida, cualquier otra experiencia que excite su organismo será medida según esta experiencia fundamental, por medio de un sistema de señales. En cuanto una excitación comienza, el recuerdo del nacimiento resurge. La excitación es la respuesta a un estado de tensión emocional: una puesta en alerta y/o una movilización que pone en juego todo el organismo. Una movilización total -tanto en el plano físico como en el emocional- de la atención así como de acontecimientos que requieren una implicación que se acompañan de excitación.

Durante nueve meses, estamos en el 'paraíso'; bien protegidos, y nada más que nosotros dos -mamá y yo-. Si todo va bien, podemos construir nuestro organismo, en paz y en diálogo con la madre, con el material legado por nuestra especie, enriquecida con millones de años de experiencia de vida. Al final de este periodo paradisíaco, comenzamos a sentirnos comprimidos. Esta sensación va creciendo, deseamos salir y comenzamos a reunir fuerzas para este acontecimiento. Antes de salir, el bebé siente alegría y placer: yo lo recuerdo muy bien, y otras personas que se han remontado en sus recuerdos hasta esos momentos también me lo han dicho. Poco antes sobreviene la excitación en respuesta al deseo llevado a su máximo de la actividad corporal. Esta también debería de nuevo estar acompañada de placer si el nacimiento -ese gran esfuerzo a realizar con todos sus movimientos y masajes- pudiese vivirse con éxito total. El buen comienzo en la vida podría definirse así: venir al mundo físicamente con sensaciones de placer, psíquicamente con regocijo, con el sentimiento de estar en seguridad y de ser verdaderamente bienvenido».(6)

La descripción de Stettbacher del parto gozoso continúa así:

«Desgraciadamente, este punto de partida en la vida es con frecuencia una brutal y dolorosa expulsión del 'paraíso'. A veces es una zambullida en el infierno, en la cámara de torturas de la sala de partos. En ese lugar, con "la mejor buena voluntad", se tortura a los seres vivos que se supone tienen que convertirse después en hombres o mujeres equilibrados/as... El inconsciente del bebé *no olvidará jamás* esta expulsión y ese mal recibimiento. Antes de liberarse de su confinamiento, había experimentado alegría y placer: de alguna manera, en ese estado de ánimo se preparaba para entrar en la vida. Pero cuando este acontecimiento, acompañado de una intensa excitación, termina en tortura, el bebé no encuentra nada en su repertorio filogenético que pueda darle una explicación. No podrá analizar ni conceptualizar esta monstruosa experiencia, ya que no tiene todavía un pensamiento abstracto. El bebé se siente entregado a fuerzas que le maltratan, le tiran, le empujan, le presionan, le pegan, le suspenden en el aire cogido por los pies. Se ahoga y se asfixia. Para poder sobrevivir a estas torturas sin quedar lesionado no le queda más que un medio: su organismo se anestesia a sí mismo. Si el organismo no dispusiera de esta posibilidad, el excesivo dolor acarrearía lesiones orgánicas e incluso la muerte. Pero esta caída en la insensibilidad no

impide que el cuerpo almacene en el inconsciente los 'datos' necesarios para el individuo para su sobrevivencia. Así, incluso fenómenos periféricos (que sólo podrán ser identificados e interpretados posteriormente) quedan registrados con mucha precisión, antes y después del *black-out*. Mientras tanto, el pequeño ser humano torturado percibirá confusamente los objetos y las siluetas que, después, se convertirán en los soportes de la rememoración del acontecimiento. Si más tarde, trabaja en sus recuerdos, las informaciones almacenadas serán de utilidad. Pero si no lo hace, se convertirán en angustiosos fantasmas, provocarán pesadillas, sembrarán la confusión en su vida cotidiana, incluso provocarán a veces trastornos somáticos. Nada extraño puesto que, habiendo registrado su cuerpo ese terrible traumatismo, el acontecimiento se convierte en el infierno mismo, y queda grabado en el inconsciente como el horror supremo, y como una señal de alarma anunciadora de torturas mortales. (...)

Toda clase de sobrecargas emocionales pueden provocar reacciones negativas latentes. Por ejemplo, todo lo que está ligado al placer acarreará angustias o temores. Si nos hemos sentido dolorosamente bloqueados en el cuerpo materno, se originará un sentimiento latente de 'prohibido el paso', un sistema de cerrojos que llevará a evitar o incluso a rechazar el placer motor en el momento en que se desencadene. Si se produce una tetanización en el momento del nacimiento, subsistirá la tendencia a 'hacerse el muerto', a ponerse rígido, a prohibirse la respiración, en particular ante un peligro. (...) *Los excesivos sufrimientos, las torturas y el sentimiento de abandono, antes, durante y después del nacimiento, se convertirán en un obstáculo durante toda nuestra existencia de nuestra capacidad de vivir, y nos privarán de la alegría de vivir...»* (7)

Nos ha parecido importante reproducir extensamente a Stettbacher porque explica en concreto cómo se transforman el deseo y el placer del nacimiento en el abandono y en los sufrimientos que lesionan la integridad primaria del ser humano. Como este es un asunto tan velado, se hace imprescindible descender de la abstracción para hacer un pequeño recorrido por lo perceptible... y poder volver a la abstracción con los conceptos más cargados de sentido.

Como dice este autor, tenemos que ser capaces de ver la amplitud de los desastres que acarrea la herida de la integridad primaria.

El deseo y la necesidad: lo inherente y lo añadido

Como vimos en el capítulo sobre el Cuarto Mandamiento, el estado de sumisión de las criaturas humanas es producto inmediato del *estado de carencia y del miedo a carecer*. La condición sumisa de los seres humanos se mantiene en la medida en que la Ley asegura que la criatura humana no se sale de la espiral de la carencia y del miedo. La inteligencia y el conocimiento crecen en esa condición, asociando la supervivencia a la obediencia. La abundancia y el estado de bienestar son utopía; utopía en la que, en general, ni siquiera se llega a soñar. Así, la razón humana adulta cree que su condición es carecer, que la necesidad es inherente a la vida, y que, por tanto, ésta es inexorablemente un Valle de Lágrimas. Cuando se 'aprende' esto, es cuando dicen que hemos alcanzado el 'uso de la razón', es decir, la madurez patriarcal, la resignación, la aceptación del mundo adulto.

Sin embargo hay quien cree que la vida no es carencia. Que al igual que no sentimos necesidad de aire para respirar hasta que no nos privan de ello, no tendríamos que sentir necesidad ni carencia ni abandono si no nos privaran de todo lo demás que es inherente a la vida, como el deseo materno.

Dicen Deleuze y Guattari:

«no es el deseo el que se apoya en las necesidades, sino las necesidades las que se derivan del deseo...» (8)

Porque el deseo es lo inherente a la vida; la necesidad, lo que se le añade. Así son las cosas al principio.

Es muy distinto vivir en función de los deseos que vivir en función de las necesidades. Lo primero nos hace libres; lo segundo, esclavos. Es distinto sentir deseos de comer, tener apetito, que tener hambre. Satisfacer los deseos pone en marcha la expansión erótica y el apoyo y la protección mutuas. Satisfacer las necesidades nos lleva a la competencia y al estado inconsciente de sumisión.

Dice Stettbacher que los cuidados de los mayores a los recién nacidos están al arbitrio de los primeros (9). Pero esos cuidados no serían tan arbitrarios si no se hubiese matado el deseo materno.

El deseo y el apoyo mutuo son inmanentes a la vida; no son arbitrarios. Lo que es arbitrario, lo que se viene, o lo que se puede venir encima por añadidura, es la necesidad.

El deseo y el apoyo y protección mutuas son condición esencial inherente a la vida. Hubo un tiempo, en que los grupos humanos estaban formados por las madres y sus proles y los parientes de las madres que se juntaban para dar y conservar la vida, y para proveer bienestar al grupo; para proveerse mutuamente bienestar. Ninguna forma de vida, y en particular la humana — precisamente la capacidad humana del habla es la prueba más absoluta de esta verdad—, puede darse aisladamente, en solitario, sin el apoyo recíproco, el deseo que se desparrama

para fundirse con los otros.

Por eso, para explotar la vida e infligir sufrimientos a las criaturas hay que *interferir* en el proceso inmanente de la vida, *cortar su continuum*, impedir la producción deseante y, utilizar la capacidad de autodefensa del ser humano, para producir las rigideces y las corazas que nos convierten en guerreros, esclavos y esclavas, y madres patriarcales. El Patriarcado es el sistema social que metaboliza el deseo de proveer y recibir bienestar en afán de posesión y de propiedad, y produce la insensibilidad ante el sufrimiento humano.

Para vivir en estado de necesidad y de carencia como estado 'natural' y normal, hay pues que cortar la producción de la libido y de los deseos, arrinconando aquella cualidad de nuestra condición humana que nos lleva a la búsqueda del bienestar común (bienestar imposible aisladamente, imposible 'yo' sola o solo), la cualidad del 'yo' primario que sólo desea dar y recibir bienestar (10). Pues la expansión erótico-vital del 'yo' primario conduciría a un ser exultante, exuberante, solidario, generoso «por naturaleza» (por su *continuum* diríamos nosotras) y... rebelde ante todo lo que fuera represión y sufrimiento para sí o para sus hermanos y hermanas. Como decíamos antes, el matricidio trae consigo el fratricidio, la destrucción del tejido social basado en la sexualidad común y en el amor entrañable primario que origina el apoyo mutuo.

Leboyer, Stettbacher nos explican el parto desde un punto de vista de las criaturas como humanos adultos sensibles a sus sufrimientos, y, aunque no lo sitúan en el contexto del régimen patriarcal, nos ayudan a comprender este episodio tan crucial para la *conversión del deseo en carencia* y para la génesis del estado de sumisión inconsciente, la base de la sociedad autoritaria.

Nos ayudan a entender cómo en concreto se realizan la represión del deseo y la organización de la carencia denunciadas por Deleuze y Guattari:

«El deseo se convierte entonces en este miedo abyecto a carecer. Pero justamente, esta frase no la pronuncian los pobres o los desposeídos... saben que el deseo 'necesita' pocas cosas, no estas cosas que se les deja, sino estas mismas cosas de las que no se cesa de desposeerles, y que no constituían una carencia en el corazón del sujeto...

Nosotros sabemos de donde viene la carencia... la carencia es preparada, organizada, en la producción social... Nunca es primera: la producción nunca es organizada en función de una escasez anterior, es la escasez la que se aloja, se vacuoliza, se propaga... en la producción previa. Es el arte de una clase dominante... organizar la escasez, la carencia, en la abundancia de la producción».(11)

NOTAS

- (1) **Groddeck, G.** Op. cit. pag. 100
- (2) **Odent, M.** Op.cit. pag. 46-7. Subrayado nuestro.
- (3) **Leboyer, F.** *Por un nacimiento sin violencia* Diamond pag. 17
- (4) Op.cit. pag. 166
- (5) Op.cit pag. 54
- (6) Op. cit. pags. 123-124 (Ver primera parte)
- (7) Op. cit. pag. 124-125 y 127-128. Subrayados del autor.
- (8) Op. cit. pag. 34
- (9) Op. cit. pag. 48
- (10) **Stettbacher, K.** op. cit.
- (11) **Deleuze y Guatrtari** Op. cit. pags. 34 y 35

1

Capítulo 2

La separación de las criaturas de sus madres

Inmediatamente después del parto, incluso después de un parto violento, se produce una fortísima excitación sexual en la madre y una enorme producción de deseos (los niveles más altos de descarga de oxitocina y prolactina), y si se permitiese el encuentro madre-criatura inmediatamente después del alumbramiento se restauraría la díada original, el acoplamiento en torno a los flujos maternos que devolvería a la criatura al estado de bienestar. Este acoplamiento inmediatamente después del parto espontáneo es lo que se conoce como el *imprinting* (12), porque ambos seres se funden y se plasman el uno en el otro, quedando en ambos la huella del reencuentro, ahora en el exterior del cuerpo materno, grabada de por vida. La carga libidinal primaria, o la Falta Básica de la psique, depende en buena medida de si se produce o no el *imprinting*. Entendida la vida como una inmensa carga o catexia de energía libidinal, el *imprinting* es un hito clave en la historia de la vida de cada criatura:

«En el momento del nacimiento del bebé, se produce una descarga de prolactina en la sangre de la madre, desencadenada por la hipófisis. La madre se vuelve una especie de placa sensible sobre la cual se imprime la imagen del bebé. En ese momento preciso la madre debería ver y tocar a la pequeña criatura recién nacida, ponerla en su pecho y entrar en contacto con ella. Este *imprinting* o impresión no tiene lugar en la mujer anestesiada, bajo la influencia de calmantes o perturbada por el entorno. Algunas horas más tarde, el momento mágico ha pasado y la madre habrá sido desposeída de esos momentos preciosos, y tardará semanas, a veces meses, en reconocer como suyo al bebé que ha alumbrado» (13).

Por eso la separación madre-criatura inmediatamente después del parto es uno de los puntos claves de la estrategia patriarcal para la conversión del deseo en carencia. Aquí es donde se asesta el golpe de gracia definitivo a la madre entrañable. Está probado,(14) que la empatía materna, la intensidad y la fuerza de la producción de la libido materna durante la crianza, estará en buena medida condicionada por el encuentro después del parto, por el acoplamiento, el *imprinting* que se produzca en los primeros momentos y en las primeras horas después del parto.

«Por eso la Naturaleza, de muy diversas maneras, *atiza el fuego cuyo calor nos acompaña a lo largo de la vida*, que se vale de todos los medios —y yo mencioné sólo una mínima parte de las raíces de que se nutre el amor materno— para privar a la madre de *toda posibilidad* de separarse y abandonar al niño». (15)

¿Qué ha hecho la sociedad patriarcal para conseguir que, a pesar de todo, en los tiempos modernos, la madre se separe voluntariamente y abandone a la criatura? Pues lo de siempre; crear ritos y normas que organizan la separación y, al mismo tiempo, silenciar la verdad y construir mentiras sobre la maternidad y la relación madre criatura. De hecho este es el punto clave de la aplicación de la Ley del Padre: su aparición para separar la díada original humana, para prohibir la expansión del deseo y establecer la Ley opuesta al principio del placer.

Por eso Odent dice que la revolución pendiente es una revolución 'calostral'.

La importancia estratégica de la conversión del deseo en carencia, nos lleva a tratar de dar un repaso a las tácticas, ritos y mentiras más clásicas y más populares que se emplean para hacer efectiva dicha conversión.

Que la mujer necesita asistencia médica para parir y que por eso hay que parir en un hospital: primera mentira

Desde el momento en que se entera que está embarazada, la mujer se pone en manos de los médicos. Esto forma ya parte de una norma cultural incuestionable en Occidente, de la que sólo escapan escasísimas minorías. Y, desde luego, el parto ha de tener lugar en un centro hospitalario: el miedo y la ignorancia han tomado cuerpo dentro del cuerpo de la mujer que desconoce sus funciones sexuales. Un miedo que es difícilísimo de neutralizar, a pesar de los datos y argumentaciones que se pueden alegar. Entre ellos, la aplastante evidencia ya mencionada de lo que sucede en Holanda.

La mujer ha perdido tanto la conciencia de su propio cuerpo y de sus funciones sexuales, como la experiencia y el conocimiento que antes se transmitía de madres a hijas, de unas generaciones a otras; se ha destruido el tejido social (el apoyo mutuo) que incluía la posibilidad de recibir *en la intimidad* la ayuda necesaria en el parto: las madres, las hermanas y las abuelas de las actuales mujeres han parido ya en hospitales, con anestesia, con goteo, con cesáreas, y han perdido ese conocimiento. No sólo hay miedo a eventuales complicaciones, hay miedo también al dolor, el cual se acrecienta en proporción directa al grado de robotización del parto. Entonces la mujer renuncia definitivamente al deseo y a la conciencia y reclama la anestesia. Se invierte el *continuum* humano. La destrucción de las relaciones humanas basadas en el apoyo mutuo lleva a la paradoja de parir y nacer entre desconocidos.

El pez se muerde la cola: cuantas más generaciones de maternidades hospitalarias, más distanciamiento de la maternidad entrañable y de las propias funciones sexuales, más rigidez, más dolor, más miedo, más peligro, más riesgo de complicaciones. Como decíamos en la primera parte, el resultado de la represión y de la ignorancia se convierte en Realidad, en la propia justificación de la continuidad de la situación creada.

En el apartado anterior sobre el parto hemos visto las consecuencias del parto 'asistido' por la Medicina. Sólo vamos a referirnos al tema de las cesáreas porque es una práctica en ascenso hoy en día, que, efectivamente, convierte el parto en intervención quirúrgica, y que además se mixtifica con el argumento de que «así las criaturas no sufren nada».

«Sin embargo: las criaturas nacidas por cesárea sufren un traumatismo específico : quedan privadas de la sensación física de participar en su nacimiento y de vivirlo como un éxito en su actividad personal. Llegan al mundo cruelmente: se tira de ellos, se les 'saca a la vida', se les 'reanima' tan rápidamente como es posible, se les pinza, se les pega —toda clase de traumatismos que les son aplicados en grados diversos—... Como... el cordón umbilical se corta inmediatamente, la criatura tendrá inevitablemente una tendencia a sentirse inconscientemente amenazada de ahogo y de asfixia. Para la mayoría de los seres humanos nacidos por cesárea, el ser humano será un 'monstruo terrorífico'. No han conocido a su llegada al mundo la alegría de recostarse sobre su madre y ser reconfortados por sus caricias, con lo que ello implica para la renovación de los lazos mutuos. La criatura, rápidamente separada de la madre, tendrá la huella de la siguiente secuencia de sentimientos que marcarán su existencia: placer ---> alegría ---> excitación ---> cólera ---> tortura ---> tormento ---> desastre». (16)

Para la Medicina, sin embargo, que trata el parto como un carnicero trata el cuerpo de la vaca que sale del matadero —porque ni siquiera respeta, como hacen los veterinarios con los

animales vivos, la fisiología del acontecimiento—, la cesárea es únicamente un trauma operatorio para la madre, que ahorra sufrimientos, de otro modo inevitables, al bebé. Además es mucho más rápida que el parto, apenas media hora de quirófano. Así se explica que tengamos ya un 25 % de partos con cesárea (1 de cada 4) cuando, de esta cifra, se podrían justificar como mucho y debido a las condiciones actuales de rigidez uterina, 5 de cada 100, que es más o menos la cifra de cesáreas que se producen en Holanda.

Incluso un ex presidente de Salud Materno-Infantil de la OMS, Marsden Wagner, reconoció (17) que en el mundo se practicaban el doble de cesáreas de las necesarias. En 1985, la OMS redactó un documento al respecto que se puso en práctica en los hospitales de Escandinavia, Suiza y Alemania, pero no así en los de España. Entre otras cosas, en dicho documento se recomendaba «evitar la posición dorsal ... la mujer está tumbada durante el alumbramiento, lo que no es bueno, ya que está científicamente comprobado que al bebé le llega menos oxígeno y menos sangre y que el trayecto que tiene que recorrer es más largo». Añadía: «la desaparición de las matronas en España hace 5 ó 6 años fue catastrófica... En Escandinavia y Japón las matronas asisten más del 70 % de los partos y el médico sólo interviene en caso de algún problema».

El disparate de lo que la Medicina ha llegado a hacer con el parto es de tal calibre, que ahora deben suavizar un poco sus disciplinas para no perder su talante 'científico' y seguir manteniendo su credibilidad. La creencia en la necesidad de recibir atención médica durante el embarazo y en el parto es una gran mentira, que se apoya —y al mismo tiempo los reproduce— en el miedo y en la actual rigidez uterina. Mientras esta mentira siga vigente se mantendrá a la mujer desconectada de sus funciones sexuales.

Que el calostro es malo y que hay que esperar unas horas para poner al bebé a mamar: segunda mentira

«La gran mayoría de las civilizaciones que la historia y la antropología han podido estudiar han introducido artificios para hacer imposible o limitar el consumo del calostro. (...) En la mayoría de las culturas africanas el calostro era asimilado al pus o a un veneno y por lo tanto debía ser evitado. Esto ha sido relatado con precisión a propósito de los africanos de Sierra Leona y de Lesoto... También en Bemba, Zambia, es costumbre dar grumos de cereales al recién nacido... En el conjunto del continente asiático ha habido un consenso para considerar nocivo el calostro. Ya dos siglos antes de J.C., en India, la medicina ayurvédica recomendaba la miel y la mantequilla clarificada durante los cuatro primeros días, mientras el calostro se exprimía y se retiraba. En Afganistán... era reemplazado por hierbas amargas y granos de hisopo. En Japón se daba un elixir llamado *Jumi*... que variaba según la casta... En la moderna Corea... el comienzo de la lactancia materna comienza al cuarto día... después de tres días de biberones. Ni los médicos ni las madres ponen en entredicho esta práctica que va a la par con la separación de las madres y los bebés durante su estancia en el hospital... En todos los lugares de partos que he visitado en China en 1977, se negaba el pecho al recién nacido hasta la edad de tres días... Las actitudes negativas frente al calostro no han perdonado al continente americano... Los sioux perturbaban ostensiblemente el principio de la relación madre-bebé y el consumo del calostro era incompatible con sus rituales (...) Igualmente las sociedades occidentales... En el

siglo VI antes de J.C. Procopio relató las costumbres de los pueblos nómadas del Norte de Suecia. El recién nacido era colgado de un árbol envuelto en pieles y alimentado con tuétano. En época de la Biblia se extraía y tiraba el calostro y el niño era purgado con miel para limpiar el intestino... Los médicos griegos, los romanos y después los médicos de Europa occidental han compartido las mismas creencias. En el siglo II después de J.C. Seranus enseñaba que las madres debían esperar tres semanas antes de dar el pecho. En la Edad Media el agua de rosas era una de las purgas utilizadas... En Bretaña el bebé no debía ser puesto al pecho antes del bautizo... si el bebé tomaba leche antes de la ceremonia, el diablo podía penetrar en su cuerpo junto con la leche. En la Inglaterra de los Tudor y de los Estuardo... no podía dar el pecho antes de una ceremonia religiosa de purificación y de acción de gracias, llamada *churching*...» (18)

El cuento de que el calostro es malo para los bebés ha sido ya derribado por la misma ciencia médica que ha tenido que reconocer que el calostro contiene toda una serie de sustancias importantísimas para la vida humana durante sus primeras 48 horas fuera del útero materno (19).

El bebé cuando nace no tiene un sistema inmunológico autónomo; mientras vivía dentro del útero materno, el bebé participaba del sistema inmunológico de la madre; recibía todos los anticuerpos que ésta había generado a lo largo de su vida en el mundo exterior. El sistema inmune de los bebés tarda un tiempo en constituirse y en crear las defensas adecuadas al medio normal de los adultos. Por eso, en los primeros momentos después del nacimiento, la supervivencia ante el medio se asegura a través del calostro de la madre, que contiene proporciones altísimas de inmunoglobulinas. Luego la leche materna también las tendrá, pero en proporciones ya más bajas. La transición está prevista de tal manera que la criatura recién nacida, recostada sobre el cuerpo de la madre, si nadie se lo impide, más o menos entre veinte minutos y una hora después de nacer, buscará los pezones y empezará a succionarlos, sin que nadie le 'enseñe'. ¿Sería tan fácil, en lugar de tanta histeria con la asepsia, y tanto meter a las criaturas en cubículos esterilizados, el dejarlas succionar el calostro materno! ¿Y sería tanto más placentero y tranquilizador para ellas!

Lo mismo que, mientras no tenemos dientes, la supervivencia se asegura succionando la leche materna —o los sucedáneos del progreso técnico-patriarcal—, mientras que no tenemos defensas, y sobre todo inmediatamente después del nacimiento en que nuestro sistema inmune apenas ha empezado a enfrentarse al medio bacteriano exterior, la supervivencia se asegura con las sustancias del calostro materno —o los sucedáneos de la fría asepsia hospitalaria—. La vida humana es una continuidad de procesos y su reproducción se asegura por el principio del placer... o por los sucedáneos técnico-plastificados inventados por el hombre para controlarla y someterla a los intereses patriarcales, que son lo que hoy constituyen el consabido "principio de Realidad" ya indefectiblemente opuesto al "principio del placer". La cuestión estriba en que la 'Realidad' que se organiza está arrancando las raíces mismas de la vida, el principio inmanente de la vida, de manera tal que en lugar de ser impulsada por los deseos, es sumergida en un mar de carencias, donde se manipulan y dirigen todos sus movimientos, llegando en los tiempos actuales, gracias al desarrollo de la tecnología, a unos grados de robotización en otros tiempos increíbles. El principio del Placer es meramente el respeto a la vida; el principio de la Realidad es su robotización. Hoy, en la sociedad occidental, el parto hospitalario, las cesáreas, el chupete de plástico, la cuna y la leche artificial están ya generalizadas; cuando lo estén la fecundación in vitro, las técnicas de desarrollo fetal en laboratorio y la ingeniería genética, es decir, cuando ya ni el coito ni la gestación en el útero materno sean necesarias para la

reproducción... ¿a dónde podremos volver la mirada para encontrar algún hálito de vida humana? No es la técnica al servicio de la vida humana, sino la robotización de los seres humanos por medio de la técnica al servicio de la reproducción de los patrimonios y de los capitales.

Volviendo al por qué se ha dicho que el calostro es malo para los seres humanos recién nacidos, hay que decir que se trata de asegurar que la madre esté separada de la criatura durante los minutos y las horas que siguen al alumbramiento, es decir, hay que evitar que se produzca el *imprinting*, el acoplamiento de los flujos maternos y que se constituya la pareja madre-criatura fuera del útero. Lo mismo que se castran a los toros para convertirlos en bueyes sumisos, hay que eliminar el *imprinting* que produciría una vida humana demasiado exuberante, con demasiada energía para poderla domesticar. El *imprinting* ha sido básico para la supervivencia de la especie humana y de todas las especies de mamíferos, pues si la madre después de parir es indiferente a las crías, éstas mueren de frío, hambre y soledad. Por eso el principio del placer está también asociado a la maternidad, para asegurar que se produzca esa atracción mutua que garantiza la reproducción de la vida; y por eso, las mujeres inmediatamente después del parto entramos en un nuevo estado emocional fortísimo, conmovidas por una enorme excitación; es el deseo de sentir la criatura apegada al cuerpo que deviene pasión.

Para unos, la producción hormonal es un factor responsable y para otros u otras un factor secundario o asociado, o una mera señal periférica. Lo cierto es que los seres humanos, en lo que a su condición de mamíferos se refiere, no están exentos de ese peligro que supone la separación inmediata de la madre después del parto, y que se traduce en un distanciamiento o indiferencia emocional de la madre hacia las criaturas, o cuando menos, una gran fisura en la expansión del deseo materno, para una posterior recuperación y puesta a punto de una relación materno-filial según la Ley. El esquema del proceso de la madre sería más o menos:

deseo ---> separación ---> frustración ---> depresión post-parto ---> sublimación ---> poder ---
> 'amor' materno-filial edípico

Si se sabe que la madre, si no se le aparta a la criatura recién parida, descubrirá la pasión del deseo materno, del deseo de la criatura, y la acogerá en su cuerpo, esta vez fuera y no dentro, contra su piel, y que al cabo de una hora sentirá la respuesta del bebé que moverá la boca en busca del pezón; si se sabe también que la madre después de esto no podrá nunca actuar contra la criatura, no podrá dejarla llorar, o meterla sola en una cuna o dejarla en manos de una nodriza, o supeditar en modo alguno su bienestar inmediato a un supuesto 'bien' futuro (el definido por la Ley y la moral edípica), porque se habrá producido en ella el conocimiento de los deseos del bebé y el deseo de complacerlos, un deseo arraigado en el vientre que no puede ser controlado ni sometido; entonces, si todo esto es así, sabemos por qué ha sido una estrategia del patriarcado prohibir la succión del calostro (entre otras muchas prohibiciones, como estamos tratando de ver). Se trata de que las criaturas no se queden fijadas en el vientre de la madre, sino en su cabeza o en todo caso en su corazón que, a diferencia del vientre, son controlables desde el exterior. Se trata, en definitiva, de que la madre pueda entregar, más tarde, a sus criaturas a las exigencias del Estado y del Capital.

Prohibir el hecho físico, el calostro, es de una eficacia total para asegurar la represión (el *refoulement*) de la libido materna; porque, al tiempo que se silencia lo que verdaderamente se prohíbe para que no se sepa que existe —prohibir la libido materna directamente supondría mencionarla y dar(se) cuenta de que existe— *se garantiza totalmente la ejecución de la prohibición*. Porque, ¿qué otra manera hay de eliminar el deseo carnal y al mismo tiempo posibilitar los cuidados imprescindibles para la supervivencia? ¿Qué manera hay de fijar los límites entre el amor libidinoso y la ternura espiritual que, a diferencia del primero, puede tolerar el sufrimiento presente de la criatura en aras del supuesto bien ulterior del orden patriarcal? El mecanismo es de una perfección tal que prueban años y siglos de elaboración artesanal: el principio del placer que hace girar la rueda de la vida se ha cambiado por la prohibición y la orden. No se dice que lo que no hay que hacer es chupar el pezón materno: no, a las mujeres del Tercer Mundo a las que se las tiene que civilizar y cuya sexualidad debe ser mejor educada, no se les dice directamente que es malo que sus bebés chupen sus pezones; lo que se les dice es que su leche es menos buena que los potecitos Nestlé (20). No se puede decir que es malo que la madre quiera a su bebé; pero se puede decir que los flujos maternos son sucios y asquerosos, que el calostro es malo, que la madre tiene que pasar un periodo de 'purificación' o, modernamente, que hace falta higiene, asepsia y descanso para la recuperación.

Que la madre tiene que descansar después del parto: tercera mentira

Las razones para separar a las criaturas de la madre se actualizan. Ya no se dice que el parto deja a la mujer en estado de 'impureza', sino cansada y enferma.

La necesidad del 'descanso' se propicia argumentando que la 'madre' no está en condiciones físicas para dar a la criatura todo lo que necesita, y se dispone que pase la mitad del día —más o menos según los casos— en los famosos 'nidos' de las clínicas y hospitales, al cuidado de una enfermera que le dará el biberón de la noche, y a lo mejor el de por la mañana temprano, para que la madre descanse...

Y como cada vez el parto es más una intervención quirúrgica y el post-parto, por tanto, un post-operatorio del que la madre tiene que recuperarse, tenemos servida una nueva razón para mantener a la madre 'descansando' y 'recuperándose', alejada del bebé, ¡como si el estar juntos madre y bebé fuese incompatible con el 'descanso'! ¡cómo si el descanso no consistiese en dejar que el bebé vacíe los pechos que palpitan llenos de leche! Si realmente importa el descanso y la recuperación de la madre, lo que sí se puede hacer es liberarla de otras preocupaciones y de los trabajos domésticos para que pueda 'descansar' con su criatura. Porque la madre puede dar de mamar a la criatura en la cama, echada de lado, sin que ello le produzca absolutamente ningún cansancio. Lo que 'cansa' son la visitas, la luz intensa, el folklore que se organiza destruyendo la intimidad de la pareja, y el esfuerzo que tiene que hacer la madre para mantener el tipo y la educación y reprimir sus deseos y su libido: eso es lo que consume las energías y distrae a la mujer de sus propias sensaciones íntimas.

Una vez cortado el *imprinting*, cuanto más se distraiga a la mujer durante los primeros días después del parto, cuanto más ajena esté la mujer a las pulsiones sexuales de su cuerpo, cuanto más jaleo de visitas y de ritos sociales y más medicalización, más se podrá hablar del bienestar

del bebé, de la bondad del amamantamiento, etc. porque se sabe que lo que el bebé recibirá no son los flujos maternos del deseo incontrolado y que la madre tendrá cada vez menos producción de leche. El engaño se ha ido haciendo más y más sofisticado, más elaborado, porque se sabe que la madre va a dar de mamar sin libido materna, con la misma frialdad con la que una mujer se puede acostar con un hombre sin deseo. Por eso cada vez es más frecuente que incluso mujeres que quieren dar de mamar a sus bebés se queden sin leche a los dos o tres meses o incluso antes.

Este panorama nos vuelve el pensamiento a los grupos ginecofocales descritos por Marta Moia en la obra ya citada, que nos refiere a una forma de convivencia y a un tejido social en armonía con el principio de la vida humana: 1) se explica que los bebés se críen mejor si hay muchas mujeres lactantes a la vez; 2) se entiende que las mujeres que han crecido juntas y compartido los amores primarios —la madre, las tías, las hermanas— puedan ayudar al parto y luego a la recién parida *en la intimidad* 3) como todo esto no es ningún secreto, y como los varones adultos han pasado por ello y su sexualidad se ha ido diversificando sobre la base de una gran expansión del erotismo primario, todos respetan la intimidad, los deseos y los sentimientos recíprocos de la madre y de la criatura, y no se les pasa por la imaginación la noción o el sentimiento de estar siendo excluidos de algo.

El uso del chupete es una cosa normal: cuarta mentira

Si una imagen pudiese ilustrar el Crimen de la Madre y resumir el abandono y carencia que sufren las criaturas —es decir, la tragedia de la humanidad— esa imagen sería la de un *chupete de plástico*. Si no tuviésemos la deformación adulta y la costumbre de pensar de un modo adultocéntrico —y de vivir de un modo adultocrático— en realidad el Secreto de la Humanidad no sería tal Secreto: la carencia sería una verdad tan abrumadora que no podríamos vivir ni cinco minutos sin sentirnos desbordadas y desbordados por la abundante cantidad de sus manifestaciones. Es un espectáculo grotesco, y a la vez cruel y trágico, que todas las criaturas humanas se críen chupando un pezón artificial, un trozo de plástico hinchado y sujeto a una arandela de color. Porque no es una manía de una criatura aislada o de un grupo de criaturas. Es lo normal en las criaturas separadas de sus madres, y nadie se asombra, exactamente por lo mismo que nadie se asombra de que los partos sean dolorosos y tengan lugar en los hospitales con asistencia médica. Para darnos sólo un poco de cuenta de lo que esto significa podríamos probar los adultos a comprarnos muñecas hinchables y consoladores de plástico y abstenernos de tener relaciones sexuales con parejas de carne y hueso durante unos cuantos años para ver qué tal nos lo pasamos. Quizá entonces podríamos empezar a ver el mundo «con ojos de niño», como propone Tonucci.

Claro que como, según la lógica del pensamiento patriarcal, el erotismo primario es un 'autoerotismo', un puro narcisismo, ¿para qué queremos los pechos de la madre? Se supone que el biberón y el chupete nos sirven igual que el cuerpo materno. Aunque si fuese verdad lo del narcisismo primario, ¿para qué el chupete? ¿O será que lo del narcisismo es la actitud erótica obligada al dejarnos solos y solas sin madre? En cualquier caso, nadie se hace demasiadas preguntas sobre el uso del chupete. Sirve para hacer callar a las criaturas y eso ya basta.

El chupete es solo la punta del iceberg, de un iceberg que es la destrucción del amor maternal y de la sexualidad infantil de la que venimos hablando. Es una pieza más de la historia de la humanidad, de esta historia del crimen de la madre. (¡Ay, qué lejos estamos de la Historia que nos enseñaron en la escuela con sus reyes, sus batallas y sus reparticiones!)

En los comienzos de la degradación social y de la robotización de la maternidad, las señoras dejaron de criar a sus bebés y empezaron a entregarlos a nodrizas, a las doulas o a las criadas, pues todavía no se habían inventado las leches artificiales y el plástico. En otras palabras, antes de la era de la tecnología, la robotización había empezado por medio del 'amor' mercenario, como dice Odent (21):

«Las nodrizas y las prostitutas de las sociedades monógamas tenían en común el ser mercenarias que vendían sucedáneos de amor, ya se tratara de amor conyugal o de amor maternal... »

Sobre las nodrizas, Alice Miller, recogiendo los recientes 'descubrimientos' sobre la práctica del filicidio a lo largo de la historia humana, nos recuerda que uno de cada dos bebés confiados a las nodrizas moría, y que por esta razón se las llamaba en muchos lugares *faiseuses d'anges* (en castellano, 'hacedoras de ángeles').

Del 'amor' mercenario al plástico; de las nodrizas y criadas al chupete, al biberón y a la guardería, y de las prostitutas a las muñecas y consoladores de plástico. La verdad es que los adultos hoy siguen utilizando la prostitución porque, al fin y al cabo, más vale un ser humano de carne y hueso mercenario que un trozo de plástico...

Quizá por eso, y no por casualidad, muchos niños/as que han mamado durante un tiempo insuficiente, rechazan el chupete y terminan chupándose el dedo. Los/as que nunca han mamado, en cambio, aceptan el chupete desde un principio.

El chupete cubre la robotización de la función materna, que consiste básicamente, como decían los psicoanalistas, en separar la función materna de la madre, es decir que la función de nutrición etc. se realice sin el deseo materno que pueda haber en la madre. Por eso, incluso cuando se preconiza la vuelta a la lactancia materna se hace bajo ciertos preceptos y reglas — que pocas madres se atreven a violar—, de tal manera que siguen siendo las normas y la Ley la que mueven a la madre y no el deseo; así se consigue que la madre no se deje llevar por eventuales deseos o por compasión hacia la criatura que llora de hambre y de soledad. Además de aconsejar habitaciones diferentes para la madre y la criatura, se impone un orden y un férreo control de las 'tetadas' que no será más que el caos en la alimentación de los bebés:

«Para estudiar el modo de alimentación que conviene mejor al bebé humano, algunos investigadores han analizado la leche de un centenar de animales en relación con la frecuencia de las 'tetadas'. Cuanto más rica es la leche en materias grasas y en proteínas, más importante es el intervalo entre 'tetada' y 'tetada'!... Según este estudio, la leche de mujer estaría equilibrada para nutrir a un bebé si el intervalo es de veinte minutos a dos horas. Esta investigación demuestra hasta qué punto los pediatras se han equivocado cuando han decidido que los bebés amamantados por la madre debían alimentarse cada cuatro horas (22).

La sarta de mentiras de la medicina oficial prosigue enunciando la duración de la tetada: diez minutos en cada pecho. Y ahora sabemos que la leche humana con la mayor abundancia de proteínas y demás nutrientes se produce después de los primeros veinte minutos de mamada.

«Es normal que los niños lloren»: quinta mentira

Groddeck, en una de sus cartas, y con toda esa ironía que le caracteriza, le dice a su interlocutora ficticia:

«Pero probablemente, lo que no sabe Ud... es que los niños lloran cuando se les hace unas cosas y dejan de llorar cuando se les hace otras». (23)

Es decir, que lo 'normal' no es que las criaturas lloren, sino que lloren cuando les ocurre unas cosas y dejen de llorar cuando les ocurren otras.

Desde que Leboyer y el equipo de *Parto sin violencia* de Pithiviers, Francia (24), demostraron que un bebé al nacer no solo no tiene por qué llorar sino que puede *sonreír*, nadie puede sostener el tópico de que «es normal que los niños lloren», ni permanecer impasible ante el llanto de una criatura. Aunque no exista el deseo, la sola compasión ante su llanto nos tendría que impedir cumplir con nuestros deberes de madres patriarcales.

Al ignorar y frustrar los deseos de las criaturas, producimos, digamos que inconscientemente, la carencia, el estado de *necesidad*; pero las necesidades, que se van haciendo acuciantes, hacen que los bebés lloren con angustia y desesperación. En este punto, cabría preguntarse ¿cómo podemos no darnos cuenta de lo que estamos haciendo? ¿Cómo es posible que la evidencia no llegue a la conciencia? ¿Cómo es posible que podamos no reconocer el significado del llanto de los pequeños seres humanos desde sus cunas? La respuesta es que estamos *específicamente insensibilizadas y preparadas* para oír ese llanto sin inmutarnos emocionalmente; y esa insensibilización emocional especial requiere, además de no cuestionar lo que hicieron con nosotras nuestras madres y no sentir nuestra falta básica, una mentira muy importante a nivel consciente: lo de que es normal que las criaturas lloren y que, a veces, es hasta conveniente. De otro modo nos resultaría imposible permanecer impasibles ante el llanto de los bebés.

Insensibilizadas, sin reconocer nuestro propio abandono, las madres podemos constituirnos en Autoridad y decidir lo que el bebé va a recibir y lo que va a llorar. Hemos logrado esa frialdad y ese distanciamiento emocional que nos permite salirnos del campo de atracción de los flujos maternos para actuar según los dictados de una racionalidad que recoge las normas establecidas —las razones médicas o de la tradición familiar—, abandonando a la criatura en ese campo de atracción que enseguida, con la desaparición del deseo materno, se convertirá en un campo yermo. Nuestro Poder está hecho del sufrimiento de las criaturas. Es normal que los bebés lloren porque es normal que las madres —y los padres— ejerzan el Poder sobre ellos.

Antes de las prohibiciones todo estaba preparado para colmar los deseos de cada vida que

nacía: pues la propia criatura estimula e induce la producción del deseo maternal. Cuando nacemos, todo el Paraíso se encuentra en el cuerpo materno: calor corporal, caricias, aliento, olor, sonidos, manos, besos, lametazos, leche, pezones, regazo, todo lo que podría ser objeto de nuestros deseos sin que en ningún momento llegásemos a percibir necesidad de nada; desconoceríamos el estado de necesidad, si, claro está, ese cuerpo formase parte de un tejido social basado en el apoyo mutuo. Pero si por accidente casual algo nos faltase, quedaría el recurso del llanto para avisar de que algo anómalo estaba ocurriendo.

Por eso el comportamiento adulto es doblemente cruel: primero provocar la carencia y luego hacer oídos sordos al llanto, al único medio de aviso de los bebés.

El llanto de la criatura recién nacida no se parece al llanto adulto: es un llanto que habla, que comunica un dolor y una desesperación angustiosa y al mismo tiempo, de rabia y de sorpresa. No es el llanto de la resignación, del ser humano que ya se ha aposentado en el Valle de Lágrimas. Es el llanto de la criatura que está siendo expulsada del Paraíso.

¡Cuánta vida hay todavía en ese llanto, cuánta producción de deseos que están siendo frustrados en esos primeros días y semanas!

La criatura no tiene noción del tiempo ni de la esperanza. Cuando está sola y tiene hambre, la sensación de carencia no la puede paliar pensando en que después vendrán, en que luego le daran de comer. El sentimiento de abandono y la desesperación son casi absolutas.

Dejar llorar a un recién nacido es uno de los comportamientos más viles y prepotentes de los adultos y adultas de este mundo; muestra el fortísimo endurecimiento emocional, la enorme insensibilidad humana que tenemos para ignorar el sufrimiento de la criatura; y muestra hasta qué punto podemos ser engañados. Es un momento culminante de toda esta historia. El momento de la película en el que arrancan los acordes más tenebrosos. Cuando las criaturas humanas solo deseamos amor y ternura de los demás congéneres y estos te lo niegan y te abandonan a la soledad. Y cuando protestas, reclamas, insistes llorando, te dejan llorar 'para que aprendas' a aceptar las leyes del mundo. Cada criatura humana tenemos muchas horas lloradas. Como un piloto que necesita muchas horas de vuelo para aprender a pilotar un avión, necesitamos muchos horas lloradas para aprender a vivir en la sociedad patriarcal. Nos cuesta mucho aceptar el abandono y la rigidez de las formas, resignarnos a la frialdad adulta. En ese mar de lágrimas que se podría recoger a lo largo de la crianza de cada criatura están metabolizados los deseos y el amor primario de cada vida humana, de esa vida 'deseante' que se frustra para hacerla entrar en el orden, en la ley de la Familia, en el triángulo edípico.

Dice Odent (25) que «la cólera es una reacción sana minimizadora de los efectos nefastos de una situación de sumisión».

La cólera no es una producción primaria de la criatura. Lo que le es innato y le es propio, es la capacidad de luchar contra lo que le es nocivo; la capacidad de encolerizarse y de reaccionar ante el daño que le hacen. La cólera, como el llanto, es una reacción de defensa por el daño que la sociedad patriarcal produce a la criatura; no son instintos tanáticos de matar al padre, ni tendencias destructivas dispuestas a dispararse en cualquier momento: son instintos de defensa de nuestros deseos de vivir, y la más sana resistencia a la autoridad de los padres. Lo que pasa es que nos lo cuentan al revés: que la represión de la sociedad adulta sobre las criaturas es la

autodefensa de la comunidad frente a la maldad innata. Toda la cultura es una sucesión de justificaciones de la represión de las criaturas, todos los discursos religiosos, filosóficos, científicos, etc., en sus niveles más superficiales (la Ley civil) como en los más sagrados que apuntan a la formación del inconsciente (mitos, tabúes y religión); desde el pecado original al complejo de Edipo y las carencias innatas inventadas por el psicoanálisis o la destructividad depredadora innata inventada por la etología; todos tienen en común el dar la vuelta al asunto: la represión adulta es la autodefensa de una sociedad civilizada frente a una «realidad biológica, un tanto salvaje» (Pellicer), frente a «los perversos polimorfos» como, finalmente, calificaría Freud a las criaturas humanas.

Por eso, ante todo, hay que ocultar todas las huellas y vestigios de que la carencia, la agresividad y la necesidad nunca fueron primeras, y que son los contraefectos de la represión. Y el llanto del bebé es uno de esos *vestigios que encontramos en todos los orígenes* de la vida humana, de la condición humana; una de las pruebas de la frustración del amor primario: el llanto es la queja, el dolor de la herida. Por ello, la creencia de que es normal y que no tiene importancia que las criaturas lloren es además un velo para ocultar los orígenes.

Y los niños y las niñas lloran mucho porque se tarda mucho en aprender a resignarse; horas, días, semanas, meses, años. Cuántas lágrimas para hacernos capaces de vivir en este mundo. Es tan frecuente el llanto en la infancia en nuestro mundo que, efectivamente, resulta verdad que «es normal que los niños lloren», pues ya forma parte de la Realidad. Como dicen Deleuze y Guattari, es la conciencia verdadera de un movimiento falso: una vez más el resultado de la represión se toma como condición pre-existente que la justifica: entonces ya no hay más que dejar que los políticos y los hombres de negocios den vivas al pragmatismo.

Que los bebés no se enteran ni se dan cuenta de nada, porque no son inteligentes, no saben hablar: sexta mentira

«¿Acaso pertenece Ud. también a esa rara especie de personas que opinan que los niños, antes de nacer, carecen de sentimientos?» —pregunta Groddeck—. (26) Y luego más adelante dice sobre los que tratan a los bebés como objetos insensibles:

«Parecen no tener ni rastro de sentimiento por oprimir sin misericordia a una criatura delicada e indefensa (...) Es más tienen hasta el empaque de decir que el niño ni sufre ni se entera (...) Y cuando sale al mundo, sin aliento, la comadrona le azota en el culo hasta que, como prueba de que siente y le duele, llora» (27)

A veces hacemos cualquier cosa con un bebé porque pensamos que no se da cuenta de nada, porque no tiene memoria ni inteligencia. Esta creencia se debe a la educación escolástica (que en lo esencial no ha sido modificada por la Ilustración) que hemos recibido, estructurada en la escisión soma-psyque. *Todos los conocimientos que adquirimos los registramos descompuestos*, como las matemáticas descomponen una parábola en X y en Y, pero la parábola sigue siendo una parábola por mucho que la conviertan en una función polinómica. Sabemos

que los bebés que tienen carencias afectivas fuertes y que han tenido grados de abandono importantes, tienen dificultades no solo psicomotrices sino también de lenguaje. El sistema nervioso crece como todo el organismo humano movido por las pulsiones de los deseos; y aunque la vitalidad humana es fortísima y su capacidad de supervivencia incalculable, no es ilimitada, y cuando la represión de la producción de los deseos se pasa de un cierto límite, el sistema nervioso, las conexiones neuronales y neuromusculares quedan lesionadas.

«Desde el comienzo de una vida, la angustia permanece intacta, pesada. Lo clava a uno en su lugar. Yo que lo sé por haberla encontrado con frecuencia a mi alrededor y, en primer lugar en mí, me sorprende siempre al verla aparecer detrás de las máscaras... Acabo de ver la película [de la propia vida], pero el peligro no estaba al final, estaba al comienzo». (28)

Esto contradice que el principio de la vida humana sea el lenguaje y permite ver que la vida humana es algo mucho más complejo y que las emociones y los sentimientos ya nos hacen ser lo que somos antes de empezar a hablar y a 'razonar', que hay una razón o un sentido que no pasa por el lenguaje, que es la razón del deseo.

Con ello queremos decir que los bebés sí 'se dan cuenta' de lo que se les hace, de la relación humana que se establece con ellos; podemos decir que se dan mucho más cuenta que los humanos adultos que estamos ya psíquicamente tan reducidos y acorazados, tan escondidos detrás de las máscaras, que somos insensibles a los deseos y a los alientos humanos; y, para remate, tan engañados en lo consciente, que tenemos cerradas las puertas de muchas de las más importantes formas de percepción. Pero como decía Groddeck «el hombre recién nacido siente... *siente incluso tanto y más que una persona mayor*».(29)

El que los/as adultos/as constituídos en sociedad patriarcal hayamos perdido la capacidad de consentir, de 'sentir con' los bebés; el que esta sociedad sea una sociedad distante y alejada de las criaturas recién nacidas sin ninguna cultura ni sabiduría ni pautas de comportamiento para la comunicación afectiva con los humanos recién nacidos y criaturas pequeñas, puesto que ha prohibido la sexualidad primaria humana, sólo quiere decir que es una sociedad con intereses (la realización de los patrimonios) contrarios a la vida humana y que requiere su sacrificio y su explotación; no quiere decir que esas criaturas sean tontas de nacimiento e insensibles. Milenios de civilización basada en la creencia, estratégicamente inducida, de que nacemos 'malos', 'egoístas' y 'tontos', sin ningún tipo de sabiduría, nos han distanciado de las criaturas recién nacidas, de los seres deseantes que salen a la luz del mundo.

Lo que esto sí nos explica es por qué nuestra conciencia se forma sin el recuerdo de lo que nos pasó en los tres primeros años de vida. Es curioso que, en cambio, la psiquiatría sí reconoce este fenómeno de los agujeros de la conciencia en los casos de los supervivientes de accidentes mortales. Es conocido por esta ciencia que en estas personas se produce un agujero en su conciencia: no recuerdan nada de lo que ocurrió desde unos segundos o minutos antes del accidente hasta unos minutos después («recuerdo que iba conduciendo oyendo a los *Doors*, y luego que me metían en la ambulancia»). Este es un mecanismo de autodefensa del ser humano para sobrevivir, pues no puede somatizar el pánico que produce la cercanía de la muerte; entonces el pánico es 'refoulado' por la conciencia. Lo mismo que hacemos las criaturas humanas cuando nos niegan el cuerpo materno, y, luego, cuando los objetos de la sublimación de nuestra herida, nuestros padres, nos continúan 'abandonando' y decepcionando día tras día de nuestra infancia.

Este *refoulement* de la frustración del amor primario no sólo impide que recordemos la herida, sino que nos coloca en un mundo distante de las criaturas, y nos hace insensibles a sus deseos, incapaces de comunicarnos y de conectar con su aliento vital. Los ignorantes no son los bebés. Los ignorantes somos las adultas y los adultos que ignoramos absolutamente todo lo que se relaciona con la libido primaria y con las criaturas deseantes: tenemos 'almacenado' en nuestro inconsciente todo nuestro saber y nuestra experiencia vital sobre la cuestión. Fue un mecanismo de supervivencia, pero como dice Alice Miller, el o la adulta, en un proceso no demasiado rápido, podría ser capaz de recuperar la conciencia del amor primario reprimido y su sensibilidad hacia las criaturas humanas.

Porque no es sólo un amor, o una libido, o un deseo 'primero'. Es el amor, la libido y el deseo primero y *primario*; es decir, es lo que subyace por debajo de toda la economía libidinal y lo que hace decir a Balint que todo anhelo erótico es un anhelo de volver a la armonía erótica inicial. Por eso es una falacia y una prepotencia adulta creerse y justificar la Autoridad de los padres sobre las criaturas porque las segundas 'no saben' porque los padres son los que 'saben'.

Los padres aventajan a la criatura en el conocimiento de las leyes patriarcales y del orden que rige la sociedad patriarcal, por supuesto. Pero, en cambio, las criaturas saben todavía lo que los padres han olvidado por completo: el amor, la libido y los deseos primarios. Sus pequeños cuerpecitos son un tesoro de conocimientos humanos que los padres desconocen. Por eso, a veces sucede, si un rayito de deseo y de luz se filtra a través de las corazas de los cuerpos y de las conciencias adultas, que se nos abre una brecha por la que podemos volver a aprender de las criaturas esos amores primarios.

Se ha destruido la relación erótica intensa que impulsa las funciones maternas para echar a andar en los primeros momentos de la vida, y la hemos sustituido por unas operaciones técnico-sanitarias; es decir, hemos reducido la función materna a los aspectos de protección, higiene y alimentación que tiene dicha función, pero eliminando la libido que la impulsa. Lo que se entiende por 'función materna' hoy en día es lo que queda de esa función después de quitarle el deseo. Entonces 'función materna' es, efectivamente, toda una lista de medidas técnico-sanitarias de las que la criatura no 'sabe' nada.

Lo que no se dice y no sabemos, o hacemos como si no lo supiéramos, es que la producción deseante si no se reprimiese, realizaría de por sí todas las medidas de protección, higiene y alimentación propias de la vida humana (no las inventadas por la industria del consumo y la publicidad). Es decir, la criatura deseante 'sabe' lo que quiere mejor que la madre cuya libido materna fue secada en la mesa del paritorio o antes.

Por eso hay que dar por supuesto que la criatura es un ser tonto que no entiende ni percibe nada: para cambiar el deseo por la lista de medidas sustitutivas. Para que pueda ser tratado como un trozo de estómago ulceroso o un apéndice infectado que se retira con guantes de goma y bajo los focos de un quirófano.

Si el deseo de la madre puede alcanzar la sensibilidad del bebé es porque hay una reciprocidad libidinal en la producción deseante de ambas. La madre -u otra mujer recién parida o que haya sido madre y que sea capaz de sentir las pulsiones de la libido sexual materna, o quizá los niños o niñas que todavía tienen esa sensibilidad a flor de piel, o quizá, en un grupo humano en el que

no se hubiese destruido el apoyo mutuo, posiblemente cualquier adulto o adulta del entorno inmediato- podría mediar entre la sociedad y la criatura para expresar con palabras los deseos del ser que palpita junto a su cuerpo y que ella percibe. Pero al cortarse el deseo materno, el recién nacido queda desconectado del mundo, como un tonto que no sabe ni entiende.

Y bajo este supuesto de que son los adultos quienes verdaderamente conocen y saben de las necesidades (en ningún caso se trata de los deseos!) del bebé, no sólo se niega lo que no se reconoce como necesario sino que se destruye la sabiduría instintiva con la que nacemos: cuándo y cuánto tenemos que comer, que dormir o que ayunar (30). La flexibilidad de la que disponemos y la capacidad de autoregulación van truncándose día a día, norma tras norma, de manera que finalmente, como dice Eneko Landburu (31), médico higienista del colectivo Sumendi, hasta la salud deja de estar en nuestras manos en la creencia general de que es cosa de especialistas.

Que si no se separa a las criaturas de sus madres, estas se enmadran demasiado y se vuelven enclenques, raquílicas o psicóticamente dependientes: séptima mentira

Siempre que esté saciado el deseo de contacto con su madre, la criatura puede volcar sus deseos hacia otros seres. Pero todo lo que sea *sustituir* a la madre impregnada del deseo materno, bien sea con nodrizas o con chupetes o con lo que sea, será para la criatura una frustración. En este sentido, la madre es imprescindible; lo que no quiere decir que sea *exclusiva* o *excluyente*, porque el deseo mismo no es exclusivo ni excluyente. Ahora bien, que el deseo no sea exclusivo no significa que se pueda provocar la separación de dos seres acoplados, en los momentos de su pasión amorosa, apelando a la no-exclusividad. Desde luego que un bebé puede sentirse bien en otros brazos que nos sean los de su madre, pero cuando ha saciado sus deseos maternos. De otro modo es frustrar el deseo y el amor, que no tiene nada que ver con la no-exclusividad. Los deseos de las criaturas son indefinidos e ilimitados precisamente a condición de que no se las bloquee, a condición de que se les permita su producción. Lo mismo que cuando de adultos nos enamoramos, nos invade una alegría y un bienestar general tan grande que sentimos ganas de abrazar y de besar a todos/as los/as que nos rodean.

Precisamente lo que comprobamos en los grupos humanos en los que se respetan los deseos de la pareja madre-criatura recién nacida, es que esas criaturas son mucho menos exclusivas y excluyentes, mucho menos dependientes de sus padres, y, en general, independientes y emocionalmente seguros mucho antes que los niños y niñas occidentales, si es que llegamos alguna vez a serlo, pues lo que nos sucede más bien es que la frustración primera produce una inseguridad neurótica que prevalece de por vida y que se trata de compensar con la posesión.

Es decir, que no es el deseo saciado lo que hace que la criatura se aferre psicóticamente a la madre, sino el deseo frustrado, la falta del amor materno lo que le hace seguir buscando ansiosamente ese amor materno y lo que le hace dependiente de la madre.

La relación desinhibida madre-recién nacido no encierra los deseos de la criatura, sino que, por el contrario, permite su expansión erótica ulterior.

NOTAS

(12) De nuevo nos encontramos con un concepto de difícil traducción. Las autoras de *L'instinct maternel apprivoisé*, Monique Morin y Nicole Marinier, también han dejado sin traducir la voz inglesa. Se trata del concepto que dice de la impresión o grabación psicosomática e impregnación emocional que se produce cuando la madre acoge en la parte exterior de su cuerpo a la criatura en el momento de salir al exterior. Esta noción se ha perdido en la civilización patriarcal, sin embargo es conocido que en animales mamíferos domésticos (y no domésticos) si se le quita un cachorro a la madre nada más nacer, después la madre le 'aborrece' y no le deja acercarse a ella. La civilización patriarcal ha creado un tipo de maternidad que consiste en hacer que la madre 'aborrezca' psicosomáticamente a la criatura (cortar las pulsiones instintuales y libidinales) para luego hacérsela aceptar según la Ley como el subproducto sentimental de la sublimación edípica.

(13) **Morin M., Marinier, N.** *L'instinct maternel apprivoisé* Stanké, Canadá 1984 pag.53 Traducción nuestra.

(14) Ver al respecto, por ejemplo, las investigaciones realizadas por **Aidan Macfarlane** (madre_ *Psicología del nacimiento* Ediciones Morata, Madrid) que establecen una correlación entre el contacto madre-criatura en los momentos inmediatos al parto y la relación durante el resto de la crianza.

(15) **Groddeck, G.** op. cit. pag. 72

(16) **Stettbacher, K.** op. cit. pags. 172-172

(17) Declaraciones recogidas en el Diario Vasco, 28.8.94

(18) **Odent, M.** op. cit. pag. 64-65

(19) op. cit. pag. 65

(20) Por cierto, que en Inglaterra hay en marcha una campaña de boicot a los productos Nestlé por su estrategia de acabar con la lactancia materna en los países del tercer mundo. Nestlé regala leche en polvo a las madres que dan a luz; las madres caen en la trampa, pensando que es algo 'avanzado' y mejor que viene de Occidente; y si caen en la trampa los primeros días ya es suficiente porque luego aunque quieran volver atrás ya no tienen leche. Con esto están empeorando las condiciones sanitarias de los bebés que no reciben las defensas de las madres, pero, sobre todo, están llevando las técnicas de la educación física occidental a estos países. Para contactar con esta campaña: **Tienda de la solidaridad** c/ Zaragoza, 6 11003 Cadiz. **Baby Milk Action** 23 Sant Andrew's Street, Cambridge, CB2 3AX Inglaterra. Otros artículos Nestlé son: Nescafé, Nesquik, Eko, Chamburcy, La Lechera, After Eight, Bonka, Perrier, Libby's, Camy, Kit Kat, Lion, Golden Grahams, Cheerios, Milkybar, Findus, Maggi, Friskis y L'Oreal

(22) op. cit. pag. 87

(23) **Morin, M., Marinier, N.** op.cit. pag. 53

(23) op. cit. pag. 75

(24) F. Leboyer y M. Odent han trabajado en dicho centro.

(25) op. cit. pag. 55

(26) op. cit. pag. 93

(27) op. cit. pag. 100

(28) **Berthérat, Th.** *Las estaciones del cuerpo* Paidós Barcelona, 1990 (1ª edición francesa: Albin Michel 1985) pag. 113-115

(29) op. cit. pag. 102. Subrayado nuestro.

(30) Cuando una criatura pequeña está enferma se le quitan las ganas de comer porque el cuerpo necesita que el sistema digestivo descanse, y así utilizar toda la energía en recuperar la salud. Pero los adultos les obligan a comer produciéndoles un daño físico importante amén de la humillación y del ejercicio de sumisión que ello supone. Los adultos, en general, niegan el saludable deseo de ayunar de las criaturas.

(31) Véase, por ejemplo, el monográfico de *Punto y Hora ¡Unete compa!* núm. 484, agosto 1987

Capítulo 3

La continuidad en la gestación, alumbramiento y crianza El *continuum concept*

El concepto del *continuum*, de continuidad, aplicado a la crianza de los seres humanos, ha sido explicado por la norteamericana Jean Liedloff en su libro *The continuum concept* (32). Según esta autora, a través de los millones de años de evolución, hemos tenido instintos precisos y adecuados para la crianza de las nuevas generaciones. Ese antiguo conocimiento nos hacía expertas en todos los detalles que tenían que ver con el trato con las criaturas. Hoy este sentido innato, si no está perdido, anda tan descarriado que tenemos que acudir a estudiosos especializados en la materia, tan desconectados como nosotras del antiguo conocimiento, para que nos indiquen lo que es bueno para nosotras y nuestras criaturas. Sin embargo, no parece que estos especialistas hayan averiguado qué es 'lo adecuado', es decir, qué es lo adecuado al *continuum* de nuestra especie y está de acuerdo con las expectativas con las que nacemos y evolucionamos.

Si desde luego es cierto que no es posible saber lo que es correcto para una especie sin conocer las expectativas innatas que tiene, es preciso descubrir la naturaleza de esas expectativas en la criatura humana.

Desde el punto de vista del *continuum*, el bebé separado de la madre, abandonado en el vacío de la cuna, fuera del útero y de los brazos y cuyo llanto no es atendido, es una criatura desterrada de su *continuum* porque la experiencia no es la esperada y nada en la experiencia evolutiva de sus antepasados le ha preparado para ello. Porque durante millones de años la madre ha sostenido contra sí al bebé recién nacido desde el momento de nacer.

«El sentimiento natural de un bebé en brazos» —dice Liedloff— «es el de estar a gusto. La única identidad positiva que puede conocer, siendo el animal que es, está basada en la premisa de que él es adecuado, bueno, y bienvenido. Sin esta convicción, un ser humano de cualquier edad es un ser lisiado, limitado por la falta de confianza, por la carencia de un sentido pleno de sí mismo, de espontaneidad, de gracia. Todos los bebés son buenos, pero ellos sólo llegarán a saberlo por reflejo, por cómo se les trata» (33).

Liedloff cree que la falta de experiencia en brazos, el no haber mantenido el alto nivel de bienestar que se debería haber establecido mientras éramos un bebé, es lo que provoca después en el ser humano adulto ese sentimiento de carencia, de pérdida, de ansiedad de algo que no se sabe nombrar. Como diría Michael Balint, una falta básica. El bienestar se convierte en algo que hay que conseguir, un objetivo, cuando

debería ser un estado intrínseco al 'ser', y la búsqueda incansable continúa durante toda la vida a través del éxito, del dinero, del poder, de un marido o de una mujer ideal, de unos hijos, de un trabajo o una casa mejor. Y aunque se alcancen los objetivos, esa sensación vaga de que algo sigue sin estar saciado continuará porque la carencia genuina sigue allí.

En el libro que venimos citando, Liedloff escribe que las criaturas humanas estamos preparadas para el nacimiento y tenemos todos los recursos para empezar a vivir por nuestra cuenta, previstos en lo que la autora llama el *continuum* de la vida humana. El *continuum* significa que, además de un corazón y de unos pulmones, etc. listos para funcionar autónomamente, se producen en el cuerpo materno, inducidos por las propias criaturas que llegan a término, los flujos necesarios para nacer y criarse. No estamos preparados ni para salir de un útero rígido, ni para recorrer un tracto vaginal sin lubricar y sin estar distendido, ni para la brutal separación de nuestra madre que esta sociedad nos impone después de salir. Las funciones sexuales y las pulsiones sexuales no acaban de golpe y porrazo en el parto, pues el mismo parto es un momento culminante de las funciones sexuales humanas, que se prolongan un tiempo después durante el cual el deseo de las criaturas pequeñas y de las mujeres, si no han sido inhibidos, se satisfacen mutuamente.

Liedloff nos cuenta en su libro que entre los Yequana con los que convivió en el Amazonas, las criaturas después de nacer permanecían apegadas al cuerpo de la madre, y ésta realizaba todas sus actividades y movimientos con la criatura siempre colgada y pegada a su cuerpo o, más adelante, al de otra mujer; también recostados en las hamacas, los hombres jugaban con ellas del mismo modo que ellos de niños pudieron jugar con sus mayores (y por eso, una vez adultos, son también sensibles a los deseos y juegos de las criaturas). Las criaturas maman cuando lo desean, y *nunca su deseo es obstaculizado*. Desconocen la carencia, la falta; aquí Edipo y todas las teorías de la carencia originaria, de los instintos tanáticos o de competencia con el padre no tienen nada que hacer.

Las madres amazónicas no muestran ninguna preocupación por sus criaturas cuando van creciendo ni están pendientes de ellas; su actitud es pasiva: *se limitan a no prohibirles el acceso a su cuerpo*, pero siempre están disponibles, nunca dicen, como nosotras, «ahora no puedo», «no tengo tiempo», «tengo cosas que hacer», pues cualquier cosa que estén haciendo la seguirán haciendo con la criatura agazapada contra su cuerpo. Pero lo seguro es que nunca van detrás de ella a ver lo que hace, con la excusa de si se va a hacer daño etc.

Es la inversa de lo que hacemos las madres patriarcales: cuando las criaturas nos buscan nunca estamos disponibles, siempre tenemos cosas que hacer que no podemos hacer con ellas: la división del trabajo capitalista y toda la disociación entre lo público y lo privado se produjo una vez concluido el crimen de

la madre, prescindiendo de la función materna y sin respeto para la sexualidad materno infantil; por eso tenemos que buscar sociedades «que viven en la Edad de Piedra» para encontrar una articulación armonizada de las tareas productivas y reproductivas.

Aquí, de armonía nada; regateamos nuestra compañía a las criaturas como regateamos en el mercado el precio de un kilo de patatas; pero, al mismo tiempo, andamos detrás de ellas, pendientes de ellos, no les dejamos en paz, impidiendo el crecimiento, incluso el despertar de la curiosidad con las famosas 'pedagogías activas' que no les dejan un minuto libre para que se les pueda ocurrir hacer cualquier cosa que les permita verdaderamente aprender algo. Este es el gran engaño del «niño-rey-de-la-casa» del que todo el mundo está pendiente para no dejarle hacer nada de lo que él quiera hacer pero al que se le priva de lo esencial: de sus deseos.

Las madres de estas tribus amazónicas que describe Liedloff, cuando los/as niños/as son un poco mayores y se hacen totalmente autónomo/as (muchísimo antes que los de aquí) (34) no sienten ninguna inquietud ni preocupación: están perfectamente seguras de que los pequeños seres humanos que están creciendo saben lo que tienen que hacer, no se les pasa por la imaginación que se puedan sentir mal o que sean incapaces de enfrentarse al medio en el que viven.

Pues este es el otro aspecto del asunto. La socialización de un adolescente no es sólo cuestión de la familia, del triángulo edípico, es cuestión de todo el grupo. Los padres no tienen que estar pendientes si aprueba el COU o si encuentra trabajo. Y si tienen que enfrentarse a los blancos que les vienen a quitar su medio de vida, será algo asumido por los grupos, no por la familia edípica.

Tampoco parece que los seres humanos que se crían pegados al cuerpo de la madre y/o a otros cuerpos, a los dos o tres años, se pasen el día chupando como los nuestros el chupete o el dedo. Porque posiblemente chupar el chupete no es deseo sino compensación de la carencia: nuestra manera de sobrellevar la frustración amorosa y la carencia de placer corporal en la primera infancia. ¡Y cuánto habrá sido necesario llorar para que la industria se haya puesto a fabricar chupetes en serie! Y menos mal que tenemos el chupete para no morirnos de desolación. Luego nos morderemos las uñas, los carrillos, mascaremos chicle o chuparemos las boquillas de los cigarrillos para apaciguar nuestra ansiedad.

Las criaturas no quedan psicotizada por saciar sus deseos maternos; es la inversa, es la carencia lo que produce criaturas psicotizadas.

En nuestra sociedad arrastramos toda la vida esta carencia de nuestra primera infancia; siempre nos parece que nos falta algo, que no nos quieren lo suficiente, que el amor que tenemos no nos colma como desearíamos; siempre en busca de la mujer

ideal o del príncipe azul; siempre sintiendo que no tenemos lo que queremos, siempre exigiendo más y deseando poseer a nuestras parejas; nunca, nunca estamos satisfechos/as, ni los hombres ni las mujeres, porque lo que buscamos nadie nos lo puede dar. Sin darnos cuenta, porque lo que ocurrió no lo hemos podido guardar en la memoria de la conciencia, seguimos toda la vida intentando colmar el vacío, la carencia del principio. Si nos diéramos cuenta de lo que nos pasa, si partiéramos de la base de que arrastramos una tremenda mutilación emocional, no le reprocharíamos a nadie de nuestro alrededor que no nos esté dando lo que no nos puede dar, y empezaríamos a ver la situación de otra manera: no se trata tanto de arreglar lo que no tiene arreglo, sino de que el estropicio, la Falta Básica, no continúe bloqueando la vida que a pesar de todo —a pesar de la herida y de la carencia básica— pueda desplegarse; podríamos entonces, quizá, ver el amor a nuestro alrededor de otra manera. Las neurosis posesivas que presiden las relaciones amorosas entre los adultos desaparecerían si dejáramos de intentar que dichas relaciones colmen la carencia básica. No habría exigencias extrañas. Nos parecería estupendo el amor que nos profesan. Todo el amor que nos dieran sería bienvenido con alborozo, pues no estaría obligado a colmar ninguna falta. Mientras tanto, estamos todos y todas destinados a desangrarnos por la misma herida, a morir como el ciudadano Kane, con un *Rosebud* de añoranza entre los labios y en el corazón. Como decía también Bertherat, aunque vivimos sin saberlo, al final nos damos cuenta que el peligro estaba en el comienzo y no en el final.

NOTAS

(32) Op. cit. (ver I parte cita 57)

(33) Op. cit. pag. 45

(34) Recientemente nos contaba un amigo que había estado en la selva amazónica de Brasil, que un día dos niños de cuatro años se fueron solos a pescar al río, pescaron unos peces y luego los cocinaron e invitaron a nuestro amigo a comer. ¡Con 4 años!. Este sólo ejemplo cuestiona toda nuestra cultura sobre la infancia.

Capítulo 4

El Poder es el sufrimiento de las criaturas

Decíamos al hablar del llanto de las criaturas que era un llanto distinto del de los/as adultos/as. Que es el llanto desgarrado de la criatura que está siendo expulsada del Paraíso, y que para las personas adultas que hemos sido constituidas, domesticadas, en este orden social, es imperceptible. Hemos dicho también que las personas adultas no sabemos lo que las criaturas desean ni sabemos que sus deseos se pueden saciar. Somos insensibles a los deseos de las criaturas y somos insensibles a los sufrimientos que su frustración les produce. ¡Cómo no vamos a ser insensibles a sus sufrimientos si se los infligimos nosotras; si el Poder en el que nos constituimos se nutre de su sufrimiento! Si no tuviéramos Poder, si no estuviéramos constituídos y constituídas como Autoridad sobre la criatura, no podríamos reprimirla, sólo abandonarnos y responder a sus deseos, mimarla y saciarla.

Pero no se trata únicamente de que nuestra Autoridad se 'nutre' con su sufrimiento. No es sólo que el Poder se mantiene y se alimenta con el sufrimiento de los explotados, o del cuerpo manipulado de las mujeres, etc. etc. Es que el sufrimiento de las criaturas se metaboliza en Poder, engendrándolo y constituyéndolo de tal manera, que se puede afirmar que todo Poder debe su existencia al sufrimiento de las criaturas humanas. Es decir, el Poder es el sufrimiento de las criaturas. En términos de jerarquía, como decía Amparo Moreno, para que haya alguien 'superior' tiene que haber alguien 'inferior'. Sólo declarándome yo inferior tú puedes ser superior; sólo mi sufrimiento hace tu Poder. El Poder no es una entidad estática, ni abstracta, ni ideal; aunque eso sí, puede ser invisible. El Poder es lo que reprime, lo que somete, lo que humilla, lo que explota la vida humana.

El Poder necesita de la vida para alimentarse, por eso mata poco a poco, va succionando la vida hasta que acaba con ella. Cada vez que en este Valle de Lágrimas nace una criatura humana, los vampiros afilan sus colmillos y los buitres despliegan sus alas.

Ningún tipo de Autoridad, ningún tipo de Padre o de Estado, ningún Patrimonio o Capital se puede constituir y conservar sin el sufrimiento de las criaturas humanas. En conclusión, si el Capital es el trabajo enajenado, el Poder es el sufrimiento de las criaturas.

Capítulo 5

La Sexualidad común

Para denunciar el crimen de la Madre y el abandono en el que tal crimen deja a las criaturas, y para reivindicar la maternidad entrañable, hemos tenido que subrayar la *diferencia*, estratégicamente borrada, entre la sexualidad masculina y la femenina. Al salirnos de la perspectiva falocéntrica de la sexualidad, del Uno significativo del discurso patriarcal, nos situamos en condiciones de poder abordar lo que es verdaderamente *común* en todas las criaturas humanas. Porque, paradójicamente, reconociendo la diferencia de la sexualidad femenina adulta podemos llegar a entender la sexualidad común y básica de los seres humanos.

Por eso, de todos los adjetivos que podemos utilizar para calificar la sexualidad en los inicios de la vida (sexualidad materno-infantil, sexualidad básica, sexualidad primal o primaria, o los más objetales, como sexualidad oral, etc.), hemos elegido el de 'común' porque de hecho es el que mejor niega la sexualidad falocrática y el que mejor dice de lo común de los humanos antes de convertirnos en personas sumisas al orden patriarcal, al servicio de una reproducción de los patrimonios que enfrenta a las criaturas contra las personas adultas, a las mujeres contra los hombres, y a los desheredados contra los herederos. Porque alude —y apela— a la verdadera fraternidad de los seres humanos.

La fraternidad que produce el Padre, constituída en relación al patrimonio, es una falsa fraternidad puesto que hace a las criaturas, a la vez que sumisas, competidoras entre sí. Una falsa fraternidad en el sentido más amplio, pues el padre transmite un rango social, un prestigio, una discriminación social, de manera que podemos decir que esta falsa fraternidad y esta falsa filiación son los medios por los que se organiza y se ordena la segregación social en castas.

Esta filiación y falsa fraternidad nos hace pasar de una mayor o menor complicidad con los/as hermanos/as frente a la autoridad, a una competencia inevitable: si las propiedades son muchas porque son muchas y si son pocas porque son pocas; si tenemos más rango, para conservarlo; si nacemos con menor rango, para tratar de escalar un poco más alto.

La verdadera fraternidad es la fraternidad entrañable, de haber compartido las mismas entrañas, las mismas caricias, el mismo pezón, la misma lengua, los mismos mimos, los mismos hábitos y modos de producir y sentir el bienestar. Esta fraternidad a veces se filtra como la vida misma que intenta abrirse paso por las grietas y las ranuras de la ordenación social, que nunca acaba de ajustar del todo los comportamientos humanos a la Ley. Por eso, a veces, constituidas ya en personas adultas, nos damos cuenta que tal gesto o tal gusto, o aquella inclinación que pasa desapercibida para nuestra pareja o para nuestros hijos o hijas, es comprendido por nuestras hermanas y hermanos que han compartido los primeros años de nuestra vida.

Dice Merelo-Barberá: «El parto... la más sublime de las experiencias humanas compartibles — no cabe extenderse sobre ello para demostrar lo innato del 'compartir'—...»(35)

Al destruir la sexualidad común, al mismo tiempo que se organiza la socialización de cada ser humano por la vía de la carencia y de la represión, se destruye la fraternidad y el deseo de apoyo y protección mutuas entre las criaturas, el deseo de dar y recibir amor y bienestar de los 'yoes' primarios. No se trata sólo de la sexualidad básica que, como dicen Balint, Merelo Barberá, etc., produce la expansión del erotismo de *cada* criatura humana, sino del bienestar y de la sexualidad *común a todos* los seres humanos, de cualquier sexo y de cualquier edad... que daría lugar al entendimiento entre los hombres y las mujeres, entre adultos y las pequeñas criaturas que compartirían lo más común de todo lo humano: el erotismo primario producido por el deseo saciado del cuerpo materno. Saciedad que, como veremos en el próximo capítulo, nos haría incapaces de infligir sufrimientos a las criaturas y nos inhabilitaría psíquicamente para la conquista y para la guerra.

El re-descubrimiento de la sexualidad común no va a ser tarea fácil, por lo sofisticado de las mentiras y elaboraciones discursivas y por lo sacralizado de sus correspondientes tabúes. Siempre tapando los orígenes para presentar la condición humana como el resultado de su represión, para que no sepamos lo que había antes de la represión: el conflicto edípico en lugar del amor primario y de la falta básica; el supuesto deseo de realizar el coito con la madre en lugar del deseo de habitar el regazo y el pecho materno; el Tánatos innato, en lugar de agresividad engendrada y acumulada por la represión.

La represión de la sexualidad de las criaturas es la misma represión que la de las mujeres. Por eso decimos que el abandono de las criaturas es la otra cara de la moneda del Crimen de la Madre. El bienestar o el sufrimiento es común. Balint lo expresa con aquello de que no hay una dependencia de la criatura respecto de la madre, sino que hay una interdependencia. Destruída la libido femenina, la criatura queda huérfana e incomunicada, en la soledad y en el abandono casi absolutos, pues la empatía materna es lo que podría mediar entre la vida pura y cargada de energía de la criatura recién llegada al mundo y el mundo.

El reconocimiento de la sexualidad primaria en la sociedad falocéntrica ha seguido caminos tortuosos que han ido a la par con las prácticas filicidas y las manipulaciones educativas. Convertida durante un tiempo en tabú, pasa a ser un verdadero problema para la credibilidad y la coherencia interna del discurso que debe negar la socialización por el camino de la saciedad de los deseos. Por ejemplo, Alice Miller, de cuyo posicionamiento del lado de las criaturas nadie puede dudar, afirma que, puesto que el instinto de apareamiento no aparece hasta la pubertad, la sexualidad infantil no existe (36). Esta afirmación es posible por la costumbre de asociar toda la sexualidad al instinto de apareamiento. Pero lo que en realidad Alice Miller niega es la atribución gratuita, la calumnia histórica contra niños y niñas de que sus deseos libidinales son deseos de realizar el coito con sus padres.

La sociedad patriarcal deforma intencionadamente los deseos libidinales de las criaturas porque ha matado a la madre y ha destruido la libido materna. Las criaturas han sido siempre víctimas, sin posibilidad de defensa alguna, porque no han tenido una madre entrañable que entienda sus deseos y que las defienda de abusos sexuales y violaciones por parte de sus mayores. Como dice Victoria Sau, «el vacío de la maternidad crea mónstruos»:

«Los abusos sexuales a menores ... no son un fenómeno excepcional en la sociedad del Padre sino una prueba más de que éste es el amo de cuerpos y almas... Sólo desde la fórmula [m= f(P)] es dramáticamente comprensible el fenómeno de tantas supuestas madres encubridoras, o estúpidamente ignorantes, de los abusos sexuales de los que son

víctimas sus hijas (y también hijos) menores por parte del padre, o figura familiar sustitutiva, de las mismas. Estas criaturas, o adolescentes, a quienes cae en (mala) suerte un padre-fauno, no suelen contar con la égida o protección de la madre, sino al contrario: inermes frente al conflicto, al principio esperan una intervención que los salve, tanto de los hechos en sí mismos, como del estado de confusión emocional-cognitiva por ellos creado. Pero en su lugar encuentran una *madre* evanescente, oscuramente cómplice del padre, que favorece incluso la oportunidad de los encuentros, o los niega de forma obtusa, o bien los justifica bajo la fórmula de que el padre es un «enfermo», «no sabe lo que hace» y hay que «perdonarlo» por esto mismo y por evitación del escándalo. Pero ¿dónde está el escándalo? ¿En que el padre real pone de manifiesto todo su poder liberando así el «secreto de familia» de la humanidad?, ¿o en descubrir que la *madre* traicionó su maternidad... está 'vendida' al padre y le ha entregado a sus propios vástagos atados de pies y manos? Lo primero no podría ser sin lo segundo: éste es el escándalo». (37)

Al no haber madre capaz de decir y de defender los deseos de sus criaturas, Freud pudo dar por supuesto que los deseos y sentimientos de los niños y niñas eran similares y del mismo tipo que los de los hombres y mujeres adultos/as (38). Claro, que también podría haber visto la falta del amor materno en esos sentimientos. Pero una vez más, el razonamiento se hace desde la distancia jerárquica, desde el punto de vista del Poder adulto que debe autojustificarse. Todo el pensamiento patriarcal es adultocrático e insensible a los deseos y a los sufrimientos de las criaturas.

La palabra 'sexualidad' sirve para hablar de los deseos, del placer y del bienestar psicosomático proporcionados por el sexo y las funciones sexuales. Pero además de la función del apareamiento, están las funciones de gestar —o ser gestado—, parir —o ser parido—, y criar —o ser criado— (¡las palabras... siempre en pasivo para las criaturas, reflejando el hecho de que los adultos hacemos con ellas lo que queremos!); y sabemos que, en condiciones de no represión, todas las funciones pueden realizarse impulsadas por el deseo y con la gratificación del placer. Por eso entendemos que estas funciones de la maternidad y las relaciones materno-infantiles, debieran entenderse como parte —y parte básica y común— de la 'sexualidad' humana. La adultocracia genera un pensamiento adultocéntrico y una sexualidad falocrática y falocéntrica; es lógico, pues se trata de suprimir la sexualidad primaria para encarrilar la vida humana por la espiral de la carencia y de la sumisión. Es preciso bajar muy abajo, casi a ras del suelo, a medio metro del suelo que es lo que puede medir un pequeño ser humano, pegarnos a su lado, mirarle, sentir con él y sentirlo en las entrañas. Entenderemos que hay otra sexualidad y entenderemos lo que «se cuece» entre madre y criatura (Groddeck, 1923), la intensa carga libidinal de los bebés (Balint, 1975); y podremos empezar a vislumbrar *un concepto distinto de sexualidad* que nos remite a nuestra propia herida, a la frustración de aquel amor primario que nos fue negado. No sólo no llevará a una sexualidad femenina muy distinta, sino a una sexualidad de las criaturas y de los hombres cuya sensibilidad erótica sería muy distinta si de niños no hubiesen sufrido la represión primaria. Reconoceremos una 'sexualidad' infantil aunque sus órganos sexuales no hayan alcanzado la pubertad, precisamente porque esa 'sexualidad' no es un reflejo de una sexualidad adulta que ya se apercibiese en la infancia, sino una sexualidad diferente, vinculada a la crianza en lugar de al coito.

En el cuarto tomo de la saga del *Clan del Oso Cavernario* (39), Jean Auel describe una escena de cama entre la pareja protagonista de la Edad de Piedra en la que descubren los placeres del

llamado '69', como si fuesen una sofisticación de los juegos amorosos del apareamiento; lo presenta como una construcción cultural humana que se va produciendo en el proceso de humanización de los prehomínidos. Son ganas de rizar el rizo. No hay más que observar a cualquier hembra mamífera con sus crías para ver cómo la madre aprovecha mientras que las crías están mamando para lamerles los genitales, cumpliendo su función cotidiana de limpieza; y con qué soltura las crías cuando tienen ya unos días pasan los morros de la teta a los genitales a la madre, formando un perfecto '69'. La llamada 'sexualidad buco-genital' tiene su origen en la relación materno-infantil y no es una sofisticación humana del apareamiento de los adultos; pero debido a la negación patriarcal de la sexualidad materno-infantil hoy estas prácticas sexuales solo nos parecen normales entre adultos y las entendemos como juegos derivados del apareamiento.

Y viceversa. Cuando se reconoce que en los/as niños/as existen pulsiones sexuales, al no tener en cuenta que existe una sexualidad maternal, podemos cometer abusos sexuales imponiendo a los pequeños seres humanos la sexualidad adulta. Y, desde este punto de vista, hay que darle la razón a Alice Miller. Es muy difícil entender la sexualidad infantil porque todos y todas hemos sido socializadas en la carencia y sin una madre verdadera, y porque los deseos en la infancia enseguida se convierten en miedo a carecer. Lo único que podemos hacer es desaprender la sexualidad aprendida y tratar de consentir —sentir con— las criaturas.

Para tomar conciencia concreta de la existencia de una sexualidad materno-infantil, nada mejor que *El libro del ello* de Groddeck ya citado. Más allá del tono cínico y provocador con el que expone sus observaciones, pone de manifiesto una sexualidad visible y latente en diversos momentos y comportamientos de la infancia, incluida la etapa de la lactancia.

Por ejemplo, menciona indignado que se pueda pensar que para un bebé es indiferente ser amamantado por su madre, por una nodriza o ser criado con biberón.

«¿Se ha ocupado Ud. alguna vez de las vivencias de un niño pequeño que es alimentado por su nodriza? La cosa es un poco complicada, al menos cuando el hijo es amado por la madre. Por un lado, tenemos a la madre, en cuyo vientre uno se ha pasado nueve meses sin preocupaciones, caliente y alegremente (...) ¿Y cómo no sonarle el nombre de 'alma mater' (madre nutricia) a una persona, cuya *pasión* ha sido plenamente defraudada, sino como mentira y escarnio? (40)

Y refiriéndose a su propio caso dice :

«Me dijeron que ello (el que su madre no le amamantase encima la nodriza tardase en venir) no me ocasionó ningún daño, pero, ¿quién puede juzgar los sentimientos de un lactante?» (41)

Aunque no por ello deja de reconocer más adelante el amor primario que compartió con su nodriza y la posterior frustración: «... aquel ya irrecordable y primer dolor de despedida de la muchacha rebotante de vida y amor que me dio la teta, y que yo amé tanto...»(42)

Como es lógico, si Groddeck reconoce el amor y la sexualidad primaria en las criaturas «que sí pudieron *gozar* del pecho de la madre» (subrayado nuestro), etc., también reconoce que su represión (la falta básica) tiene que ver con las depresiones y las neurosis adultas, como la de aquel «que comenzó a darse a la bebida, destino que corre más de uno de los que son privados de cariño las primeras semanas de su vida».

Groddeck escribió su libro en 1923, fechas en las que la industria de los biberones y de la leche artificial todavía no debían estar generalizadas, y por eso sus observaciones sobre la lactancia se refieren más al tema de las nodrizas (¿qué diría el descubridor del inconsciente si se levantase de su tumba y viese el panorama actual de biberones y chupetes y de asepsia hospitalaria?). Aún así, Groddeck refiere el caso de una criatura que «prefería el hambre a chupar de la goma, tanto que acabó enfermando de muerte».

En sus observaciones sobre las pulsiones sexuales en la primera infancia, Groddeck menciona aquellas vinculadas a la higiene. En un artículo publicado en Ekintza Zuzena (43), firmado por varios miembros de la Asociación Antipatriarcal decíamos ya que los besos son una derivación de los lametazos, de una 'higiene' que formaría parte de una sexualidad no aprendida vinculada a la función nutricia y protectora de la crianza. *Aquest no ha estat prou llepat*, (a éste no le han lamido bastante) dicen en algunas zonas de Cataluña de los/as niños/as llamados/as difíciles. ¿Cómo es posible que no nos demos cuenta que la llamada sexualidad oral es mucho más básica y previa que el instinto de apareamiento y que tiene una relación con la crianza mucho más inmediata que la que puede guardar con el coito?

Así observaba Groddeck a una madre limpiando a su hijo: «Ella no sabe que *le está procurando placer sexual* al niño, que le está enseñando a masturbarse, pero *su Ello sí que lo siente y lo sabe*. Lo erótico de la acción es la causa de la expresión de placer en la madre y en el niño. Así pues, esto es lo que acontece. La madre misma le da al niño lecciones de masturbación. Y el caso es que debe hacerlo, pues la Naturaleza *acumula precisamente suciedad allí donde se encuentran los órganos de placer*. Tiene que hacerlo, no le queda otra alternativa (...) ¿Cómo se puede llamar vicio a una costumbre que ha sido impuesta por la madre? Una necesidad a la que cada hombre, desde que ve el mundo, está inevitablemente sometido, ¿puede ser algo sentimental? ¿Cómo se justifica la expresión 'vicio solitario' para un asunto que, como ejemplo a imitar, le enseña la madre al niño abierta y libremente, varias veces al día? *¿O cómo sería, si no, limpiar al niño sin ocasionarle placer?*

¿Y cómo puede uno atreverse a llamar nociva la masturbación si es algo que está incluido en el desarrollo de la vida humana como natural e inevitable?

(...) Esa necesidad ineludible con que la vida impone la masturbación en tanto que coloca las heces, orina y mal olor en las partes donde también se halla localizado el placer sexual»(44).

Durante mucho tiempo, la masturbación en la infancia (y después de la infancia) ha sido reprobada como un vicio. ¿Quién puede decir que, a lo largo de su infancia, no le hayan dicho alguna vez «no te toques ahí», «no seas puerco o puerca», etc. etc.?

Dentro de los esquemas vigentes sobre sexualidad, la masturbación ha sido condenada por unos, y tachada, por los más liberales, de sustitución de la verdadera sexualidad, etc. Poco a poco, gracias a Foucault y otros, ha logrado un poco de respetabilidad... Pero, seguramente lo que hoy llamamos masturbación sería algo muy distinto en las criaturas socializadas en la sociedad del deseo materno y crecidas en la expansión sin discontinuidad del erotismo primario.

En cualquier caso, la masturbación, de ser una práctica 'sustitutiva' de algún impulso o deseo no saciado, no sería del coito sino de los deseos primeros reprimidos, pues, como señala Groddeck:

«La así llamada actividad sexual 'normal' [el coito], aparece a una determinada edad... *¿cómo se*

puede considerar a un fenómeno como sustituto de otro que recién comienza de quince a veinte años más tarde? Al contrario, habría que considerar hasta qué punto muchas veces el acto sexual normal no es más que una simple masturbación...» (45)

Contrariamente a lo establecido por el discurso habitual, se puede invertir la referencia del coito como base de la sexualidad...:

«Todo lo que hacemos toma su alimento de este tesoro de recuerdos: andamos tal como aprendemos, entonces comemos, hablamos y sentimos de la misma manera que entonces lo hicimos. Existen, pues, *cosas desechadas por la conciencia aun cuando son de vital importancia*, pero que, precisamente por serlo encuentran cobijo en regiones de nuestro ser a las que se suele dar el nombre de inconsciente »(46).

El grado de satisfacción o de represión del amor primario es de vital importancia para cada ser humano y para la sociedad en su conjunto, porque la carga libidinal primaria es potentísima y de ella depende la expansión de toda la vida. Como decía Ola Raknes (47), porque echa a rodar la rueda de la vida. Por eso Balint habla del amor humano en términos de deseo de la interpenetración y de la armonía originales, y reconoce la existencia generalizada de una falta básica en la estructura psíquica de los seres humanos actuales haciendo de ella una teoría para la comprensión de la neurosis en el mundo que conocemos.

Hay que dejar claro que no tratamos de establecer unas definiciones excluyentes para dos tipos de sexualidad. Las definiciones son aproximaciones que nos inventamos para entender lo que ocurre, y en este caso, para negar lo que se ha venido diciendo sobre el tema que nos ocupa: las aberraciones y disparates atribuidos a las criaturas para justificar su represión y el poder adulto sobre ellas. Para ello nos servimos de calificativos como sexualidad maternal y sexualidad coital. Pues, por desgracia, las atribuciones falocráticas no son una minucia sino una importante estrategia patriarcal contra las criaturas para dar coherencia a la Ley que otorga a los padres el poder absoluto sobre ellas.

Pero además, qué duda cabe, que de ser la socialización una saciedad del deseo, un crecimiento de los 'yoes' primarios y un poderoso entramado social de apoyo mutuo, también cambiarían sustancialmente las palabras que usamos.

Puesto que en nuestro mundo no hay continuidad en la sexualidad, tenemos que hablar de 'tipos' de sexualidad y de su interrelación:

La frustración del amor primario genera un ansia no consciente de calmar la herida producida. Esta ansiedad y esta búsqueda inconsciente de esa compensación o resarcimiento produce una distorsión en la producción de los deseos sexuales adultos que explica las neurosis posesivas presentes de manera constante en el amor humano: son el miedo al abandono y a la soledad; situaciones, ansiedades y miedos que no existirían de no haberse producido el abandono y la frustración primera. Mas que de deseos de amor, en los tiempos actuales habría que hablar de deseo de no-abandono y, por ello, de deseo de poseer al ser amado (celos); habría que hablar de miedo a sentir la herida del abandono primario, de corazas, de rigideces y de las reglas de urbanidad y de protocolo social que rigen los comportamientos de la Pareja, para hacernos insensibles a la falta de amor, para impedir que el recuerdo de la falta salga de su escondite en el inconsciente.

¿Cómo no va a haber 'interferencias', y muy negativas, si el amor primario es lo básico? Lo que quiere decir que «su influencia se extiende ampliamente, y es probable que se extienda a toda la estructura psicobiológica del individuo y que abarque en varios grados tanto su psique como su cuerpo» (48). Machismo, mujeres-objeto, partos y reglas dolorosas, prostitución, pornografía, violaciones, crímenes sexuales, frigidez, impotencia ... ¿cómo podrían ser las cosas de otro modo si las criaturas crecemos bajo tremendas tensiones, y nos constituimos con tantas corazas para aguantar la represión de los deseos y la ausencia de madre, que ni siquiera podemos sentir ni saber lo que sentimos?

La sexualidad adulta es una sexualidad falocéntrica construida sobre una represión y una carencia que destruye la sexualidad primaria común y básica de las criaturas humanas, que llena el deseo en general de temor y de ansiedad, y que hace que «todo el deseo se vuelque en el gran miedo a carecer»(49).

La sexualidad falocéntrica que niega la sexualidad común es el reflejo psicossomático en cada individuo de las discriminaciones y la jerarquización social.

NOTAS

(35) op. cit. pag 26

(36) *L'Enfant sous terreur* pgs. 144-150

(37) *La maternidad: una impostura* pgs. 103-104

(38) **Balint, M.** op. cit.

(39) **Auel, J.** *Las llanuras del Tránsito* Maeva, 1991

(40) **Groddeck** op.cit. pag. 38

(41) op. cit. pag. 37

(42) Op. cit. pag. 41

(43) *La educación física y la sexualidad* *Ekintza Zuzena* núm. 7 pgs 39-44

(44) Op. cit. pags. 75-76

(45) Op. cit. pg.80 subrayado nuestro

(46) Op.cit. subrayados nuestros

(47) Op.cit.

(48) **Balint, M.** op. cit. pag. 35

(49) **Deleuze y Guattari** op. cit. en francés, pag. 36 (traducción nuestra)

Capítulo 6

La crianza y el trabajo enajenado

Pensando en cómo hemos llegado al estado de cosas actual hay algo que es muy importante mencionar. Como consecuencia directa de la degradación social de la maternidad, la crianza dejó de ser una dedicación placentera y apetecible y se convirtió en un trabajo; un trabajo que debía esclavizar a la mujer; un trabajo que como cualquier otro debe hacerse con el menor esfuerzo, en el menor tiempo posibles, y con la menor conciencia posible. La crianza, como todos los quehaceres y actividades humanas, ya sean relativos a la producción de bienes o a la reproducción de la vida, deviene también trabajo enajenado al servicio de la realización de los patrimonios, que pasa a ser calificada de Progreso.

Las artes, las artesanías y las industrias han construido todo tipo de artefactos para facilitar este 'trabajo' de la crianza y para que 'los niños den la menor guerra posible': jaulas, camisas de fuerza, correas, sacos, instrumentos de tortura tan refinados como el de comprimir los pies de las niñas, como se hacía en China, y aflojar o no aflojar el atado según su comportamiento, etc. Sólo la descripción de estos artefactos que se han inventado para defender nuestra cultura contra las criaturas merecería que se le dedicase un libro: desde los sacos en los que los chinos (50) meten a las criaturas para luego enterrarlos en el fango, dejando, claro está, la cabeza al aire, hasta los 'parques' enrejados y las cunas con correas para atar a los bebés a sus cunas. Se trata, efectivamente, de una verdadera industria de guerra.

Nunca diríamos que 'mimar', colmar los deseos, es un 'trabajo'. Pero colmar las necesidades producidas por la carencia y neutralizar la rebeldía que la represión produce, desde luego que lo es. Entonces, no solamente sentimos necesidades y carencias, sino que encima se nos está reprochando permanentemente nuestra existencia que 'da trabajo' a nuestros stressados y atareados padres y adultos («es que das más trabajo que un hijo tonto»). Y, si nuestros padres son ricos, comprarán fuerza de trabajo para que «no nos falte nada», para cubrir nuestras necesidades, aunque nos siga faltando todo lo que más nos importa, «lo que no cesan de desposeernos». (51)

Y en los tiempos de la robotización humana del capitalismo salvaje, se ha convertido en un verdadero problema, no ya saciar los deseos de las criaturas, sino incluso cubrir las necesidades mínimas de supervivencia.

Liedloff, en su libro, también repara en que el modo de tratar los indios amazónicos a sus criaturas tiene que ver con su modo de trabajar; o como dicen ellos, su modo de 'hacer las cosas', pues en su lenguaje no existe ningún equivalente al sustantivo 'trabajo' o al verbo 'trabajar'. Los indios que describe Liedloff no 'trabajan' sino que 'hacen cosas', y no sufren 'haciendo las cosas' que hay que hacer como nosotros sufrimos trabajando. Porque nuestro 'trabajo' es una actividad enajenada, mientras que los indios 'hacían cosas' sabiendo por qué y para qué las hacían. En cambio, no tenían o no tienen (no sabemos si la situación habrá cambiado en estos 19 años) en la cabeza nociones como la velocidad o la productividad, pues se

trata de hacer cosas útiles y no de crear una plusvalía en una economía excedentaria. Cuenta Liedloff, por ejemplo, que no entendía por qué habían construido el poblado lejos del agua que necesitaban; todos los días tenían que ir con cubos y vasijas a por agua bajando y subiendo una pendiente. Luego se dio cuenta de que se lo pasaban bien tanto al ir como al volver cargadas con el agua. Iban cantando, haciendo bromas y riéndose. Si alguien les hubiese insinuado el instalar el poblado más cerca del agua no hubiesen entendido la ventaja. En este contexto, en ningún caso «los niños son un trabajo» —porque ni siquiera existe esa noción— y mucho menos que «dan guerra». Incluso cuando se hacen sus necesidades encima de alguien les parece divertido y se ríen; y desde luego no molesta a nadie. Parece como si verdaderamente hubiese una relación entre «trabajar con el sudor de la frente» y «parir con dolor». Como si lo de acumular excedentes y hacer patrimonios hubiese tenido que ver con la desaparición de los placeres de la maternidad.

Esta es la otra cuestión básica que afecta a la vida humana: el trabajo enajenado, que enajena toda nuestra vida. ‘Hacemos cosas’ en contra de los deseos, sin controlar, sin poder opinar o modificar ni el modo de hacerlas ni cuándo hacerlas; sin saber para qué pueden servir ni a quién van a servir; un cuerpo sin conciencia, o con la conciencia mínima del gesto concreto; un cuerpo despiezado, cuyas piezas funcionan como las de un robot. Realizamos un esfuerzo un montón de horas al día para crear riquezas para otros, y a cambio percibir un dinero que apenas nos da para una miserable supervivencia.

En este trabajo no cuenta ni los deseos ni las relaciones humanas; sólo el rendimiento. Cuando trabajamos sólo somos fuerza de trabajo pura y limpia; limpia de deseos, de sentimientos, de relaciones afectivas: entonces hay que abandonar a las criaturas. La vida humana se amputa: una parte se deja en casa; la otra parte deviene fuerza de trabajo.

Pero las criaturas que están sin educar, sin robotizar, son públicamente impresentables. Hay que encerrarlas en ghettos aparte de los ghettos adultos donde se explota la fuerza de trabajo, en donde el ser humano abandona sus deseos y enajena su vida y sus energías. Pero eso decíamos que la vuelta al hogar de la mujer es una solución tan falsa como la salida al mercado de trabajo.

Mientras que la vida esté enajenada por la realización de los patrimonios, las mujeres seguirán abandonando a las criaturas, separándolas de sus cuerpos, arrancándolas de su lugar. Cuando la crianza deje de ser incompatible con el 'trabajo' el mundo habrá empezado a cambiar.

NOTAS

(50) «En el río Amarillo hay millones de bebés metidos en sacos de arena —sólo se les ve la cabeza—, que pasan completamente solos la mayor parte del día. Así viven, confinados, hasta que cumplen su primer año, y a veces, casi hasta su segundo cumpleaños. Los expertos... tienen pocas esperanzas de que una tradición con siglos de antigüedad como ésta, y que, según sus padres, ... produce niños modelo y muy obedientes, cambie en poco tiempo. (...) Los padres acuestan al bebé boca arriba sobre la arena, haciendo un pequeño agujero para que quepa el trasero. Sólo los visten de cintura para arriba. El niño puede estirar las piernas pero no puede gatear ni caminar. Si es lo suficientemente fuerte como para arrastrar el saco, los padres lo atan con cuerdas para mayor tranquilidad. La familia del niño vuelve a mediodía para comer, y la madre le da el pecho al bebé, aunque sin sacarlo del saco. Otras veces lo dejan solo desde por la mañana hasta por la noche. Aun estando los padres en casa, por lo general sólo sacan al bebé del saco para cambiar la arena. Cuando el bebé tiene un año y medio los padres se lo llevan al campo mientras trabajan. Una de las consecuencias de haber pasado más de un año dentro del saco de arena es que los bebés suelen volverse muy tranquilos y callados —exceptuando los primeros días, en los que, al igual que los bebés normales, lloran y patalean cuando tienen hambre—. Pero los padres no los cogen en brazos ni tampoco permiten que ningún visitante lo haga. El bebé aprende pronto que es inútil armar un escándalo. Esto se consideraba la mejor preparación para la infancia. Durante siglos, China estuvo gobernada por leyes confucianas estrictas, que exigían obediencia filial —un padre podía matar legalmente a sus hijos si éstos incurrieran en una falta de respeto, por pequeña que fuera—... En una encuesta realizada a los padres, el 72% afirmó que los niños criados en sacos «son más educados, obedientes y buenos», y también son más inteligentes. *Los niños del saco* **Louise Branson** El País 20.5.1990. Reproducido en el Boletín núm 6 de la Asociación Antipatriarcal, junio 1990.

(51) **Deleuze y Guattari** op. cit. pag. 34

Capítulo 7

«El temor es una consecuencia derivada de la represión de un deseo» (52)

El miedo en las criaturas

Tener miedo es algo tan frecuente y tan general en la infancia que un razonamiento meramente empírico, podría deducir que es una condición inherente de la misma. Pero si su presencia es general en la infancia se debe a que la represión del amor primario es también la norma general de la sociedad.

El miedo y la humillación son estados emocionales que se producen en la represión del amor primario; son las cualidades del estado de carencia que producen directamente la sumisión. Son, pues, resultado del bloqueo de los deseos, como dice Groddeck, y su presencia, a su vez, anula su producción o produce en ellos interferencias muy graves.

Los que han profundizado en los fenómenos inconscientes lo confirman. Si el temor es consecuencia de la represión de un deseo, cómo no va a haber temor en la infancia si la represión de los deseos es la tarea básica de toda la crianza y de toda la educación! El miedo en la infancia es tan importante que hay que verlo con un poco de detenimiento.

El temor y el miedo se originan, como hemos visto, en el parto y luego cuando la criatura sufre el trauma de la separación de la madre. Esta separación produce una sensación difícil de definir; una mezcla de vacío, de incertidumbre, de dolor físico, de desolación (físicamente puede parecerse quizá a lo que sentiría un astronauta que fuera arrojado al exterior de su nave espacial), y, desde luego un miedo colosal. Esa sensación permanece durante la infancia en la superficie de la psique de la criatura; a lo largo de lo que se llama 'educación' se va adentrando en niveles más profundos del inconsciente, y, poco a poco, la va 'superando' —en la misma medida que va aceptando todo el orden adulto y va 'refoulando' los deseos primarios y el dolor de su frustración—. Por eso, a un niño o a una niña, cualquier cosa les da miedo: cualquier cosa se puede poner en relación enseguida con ese gran miedo que todavía está fresco en la psique —quizá a medio camino entre la conciencia y el inconsciente—.

Como decíamos, una vez que entramos en la espiral de la carencia, el chantaje de la sumisión se realiza utilizando el miedo: cuando el miedo es consciente se amenaza directamente con los ogros, los hombres del saco y los cocos, que aluden a la imagen primera asociada al miedo primero, que por esa alusión se reaviva, y con los castigos en el cuarto oscuro. Para el miedo inconsciente se reserva la amenaza del desamor y del abandono. Para que te quieran y te acepten, tienes que complacer las órdenes de los padres y mayores. Este es el aspecto básico del chantaje (y del miedo). (Incluso se dice explícitamente a las criaturas: «si no comes, o si no dejas de llorar, etc. no te voy a querer..».)

Por medio del chantaje que la sociedad adulta constituída hace a los pequeños seres humanos, nuestro inconsciente se va formando, se va modelando, va aprendiendo las reglas de la resignación y de la sumisión. Aprendemos a resignarnos y a funcionar, lo que incluye hacer olvidar a la conciencia el proceso sufrido, y hacer que el recuerdo quede sólo en el inconsciente, bien a cubierto por un montón de tabúes, mentiras y leyes que impiden su retorno a la conciencia. Olvidar los dos o tres primeros años de vida. Después, ya «el deseo se ha volcado en el gran miedo (consciente o inconsciente) a carecer».

Casi ya no recordamos; pero *tenemos* temores y miedos 'irracionales' —dicen los mayores— y esos miedos vienen del inconsciente que sí se acuerda de ese gran miedo inicial. Durante la infancia, las criaturas tienen miedo a quedarse solas en casa, a dormir solas, a la noche, a los rincones oscuros, a que haya alguien dentro del armario etc.. Ese miedo es una prolongación del miedo inicial y es la prueba de que nuestro inconsciente sí recuerda el abandono sufrido.

Según vamos creciendo, vamos adquiriendo seguridad y vamos aparentemente perdiendo los temores: estamos 'madurando' —se dice—. Ya no nos da miedo quedarnos solas en casa, o no nos da miedo dormir solas en una habitación. Vamos 'refoulando' también los temores, enviándolos a un lejano rincón del fondo del inconsciente; pero aunque 'maduremos' el miedo sigue estando ahí, y por eso no es raro que vuelva a aparecer en algún momento de nuestras vidas, en forma de temor a que no nos quieran, a que no nos quieran lo suficiente, a que no nos quieran como nos gustaría que nos quisieran: y así se transforma en necesidad de poseer y de sentirnos poseídos para garantizar el no-abandono y neutralizar el miedo.

Cuando por fin ya alcanzamos esa 'madurez' adulta, el miedo no es sólo el miedo a carecer; también es miedo a reconocer la falta sufrida y el estado de carencia en el que vivimos. Este segundo aspecto del miedo explica la consistencia de las raíces de la sublimación y la resistencia a aceptar la verdad sobre nuestros padres (y de la Institución de Pareja o de Matrimonio que eventualmente estamos reproduciendo). Es el miedo a aceptar que nuestros padres (en plural en un primer momento, y luego, en singular, la madre) no nos quieren; o, si se prefiere, reconocer el tipo de 'cariño' que nos han profesado.

En nuestros tiempos en los que casi todo el mundo se divorcia, con mucha frecuencia somos testigos de unos comportamientos sorprendentes de los desparejados: una violencia y una agresividad inusitadas, una capacidad para inventar historias retorcidas, etc. que jamás hubiéramos sospechado en tales personas tan sólo unas semanas antes... en definitiva, un comportamiento que resulta *inverosímil* para la gente próxima.

Estos comportamientos en cambio pueden entenderse si tenemos en cuenta que esas personas, que tenían su miedo básico en el fondo del inconsciente bien a cubierto, bien arropado por el estado matrimonial o de pareja, se han visto súbitamente agitadas, como si de un terremoto se tratase, por las convulsiones del gran miedo inicial, alcanzado en su escondite por la ruptura de ese estado que les protegía.

Psíquicamente somos ante todo un montón de miedo. Es lo más aproximado que se puede decir de los humanos patriarcales que confunden el deseo con la posesión y los celos, los sentimientos con la Ley y con la prohibición, y el amor con su alineamiento en el puesto de mando correspondiente. Miedo a carecer y miedo a reconocer la carencia en la que vivimos.

Y lo más grave: la utilización que hace el Sistema de este miedo. Más que 'utilizar' el miedo cabría decir, como decíamos más arriba, que el Sistema se monta sobre el miedo, pues es condición imprescindible para la resignación y la sumisión de las criaturas. El Sistema organiza el estado de carencia, y el estado de carencia es la fuente productora del miedo por el que se sujeta a las criaturas. El miedo es tan importante para la modelación de las personas como puede serlo el amasar bien la arcilla para que pueda ser modelada. Del miedo pasamos al chantaje, al chantaje adulto, a la aceptación inconsciente —en la medida en que también la carencia y el miedo son inconscientes— del chantaje.

Incluso, antes, cuando las madres patriarcales todavía tenían algo más de madre, cuando se daban esos apretujones entrañables y se gritaba espontáneamente ¡ay vida de mi vida, amor mío de mis entretelas!, o cuando algunas nodrizas también daban algo más que lo que nos dan los chupetes y los biberones, este temor debía ser administrado en dosis complementarias, paralelamente a las demás rutinas de la crianza; no fuera que las criaturas se confiaran demasiado. Recordemos las nanas, el duérmete niño que vine el coco y se lleva a los niños que duermen poco, o los cuentos, algunos terroríficos, de ogros y de hombres del saco, a veces con padres que, debido a su pobreza, tenían que abandonar a sus criaturas, cuya verdadera moraleja era amedrentar a la criatura para inducir el comportamiento adecuado. «Si no comes vendrá el hombre del saco y te llevará», «no entres en esa habitación que hay brujas», «si haces tal cosa te saldrán monstruosidades» «si no comes no vas a crecer» etc. etc. *Introducir unas dosis suficientes de temores y de miedos* —miedo al castigo, miedo a la paliza o al juicio de los padres, a perder su aprecio y su cariño, etc.— *siempre ha sido consustancial a la crianza y a la educación.*

Hoy la robotización de las funciones maternas está ya tan organizada, hay tan poco deseo en la realización de esas funciones (como dice Horkeimer, las madres modernas administran 'cariño' como una necesaria higiene psicológica) que ya automáticamente se produce la carencia suficiente para inducir el suficiente miedo. Cuando te sientes deseada sabes que los cuidados que te dan vienen por descontado; no se te pasa por la imaginación que pueda faltarte nada pues tienes una fe ciega en quien te quiere: no hay ningún sutil chantaje en el fondo de sus cuidados. Cuando las funciones maternas se hacen sin deseo, cuando no existe pasión, la criatura lo percibe: no es un ser deseado, es un trabajo, una carga.

La misma parafernalia que se organiza, por ejemplo, cuando llega un bebé a un hogar de la clase media sirve para distraer la atención de los deseos. Los ritos arrastran, se convierten en un *fin*: hay que usar la cuna, el cochecito, el baño, la sillita, el biberón con tetina especial para que no trague aire o el chupete con forma anatómica para que no se le deforme la mandíbula (la misma publicidad da ya las pautas de la 'función' materna, de la destrucción de la libido); hay que dar de comer al bebé, hay que bañarle... sin reparar que el alimento y la higiene deberían ser sólo *medios* para el bienestar de la criatura y no medios para hacerle la vida imposible. Un amor materno libidinal, no podría confundir fin y medios, no se le 'olvidaría' que el fin es el bienestar de la criatura ni subordinaría ese bienestar a una alimentación o a unos horarios establecidos por la ciencia (pediatras, nutricionistas, etc.) o por la división capitalista del trabajo. Si la madre desempeña la función contra el bienestar de la criatura es porque tiene cortada su libido, porque es insensible y está a kilómetros de distancia de la criatura. Desde luego, que hoy los niños y niñas tienen más problemas psicológicos que nunca... Y ahí tenemos ya a punto, diseñada, una nueva Ciencia para salir al paso de los déficits de domesticación: la psicología infantil como complemento de la pediatría para que se realice la función materna sin deseo;

para ayudar a las criaturas a pasar por ese aro cada vez más estrecho y más áspero del mundo adulto. En resumidas cuentas, cada vez hay más criaturas con problemas psicológicos, porque no pueden digerir tan rápidamente el programa de robotización de las funciones humanas al que se han visto sometidas (53).

Así, cuando nos dicen ¡pero si ahora es cuando más atención se dedica a la infancia! ¡Tenemos la UNESCO, los programas de las ONGs dedicados a la infancia, etc.! Claro, se dedica más atención que nunca porque, hay más funciones robotizadas que nunca y hay más necesidad de especialistas en las funciones especializadas y compartimentadas por la robotización, porque hay menos madre que nunca que realice la simple función materna impulsada por el deseo.

Hoy en Occidente, la carencia es tan brutal que, desgraciadamente, en la mayoría de los casos, no hay que añadir dosis de temor adicionales para dejar la masa en el punto de modelación; no hacen falta cocos ni hombres del saco. Las madres patriarcales están ya demasiado secas.

NOTAS

(52) **Groddeck, G.** op. cit. pag. 34

(53) Claro que estamos hablando del miedo en la 'pedagogía' blanda y en la 'educación' de las criaturas del Primer Mundo. En el Tercer Mundo y en el Cuarto y ya, según parece, también en el antiguo Segundo Mundo, el miedo es directamente a la muerte: a morir de hambre o a caer bajo las balas de algún Escuadrón de la Muerte. Robotización para los que deben constituirse en ciudadanos y ciudadanas del Primer Mundo, y regulación demográfica, más o menos 'natural' (¿quién mata a las 30 ó 40.000 criaturas que *diariamente* se mueren de hambre en el mundo?), más o menos al estilo hitleriano, para el resto.

Capítulo 8

El placer corporal en la infancia y los orígenes de la violencia

Hasta aquí hemos venido hablando de la carencia, del miedo y del estado de sumisión que se originan con la represión del amor primario. Pero también el origen de la violencia y de la destructividad humanas tiene que ver con esa represión, como ya ha sido dicho por Ashley Montagu, Eric Fromm, Michel Odent, Alice Miller, Konrad Stettbacher, Michael Balint y James W. Prescott, por citar a los que tenemos más frescos en la memoria.

La criatura humana se ve sometida a una represión ininterrumpida por parte de la sociedad adulta, representada en un principio por los padres, *hasta que se consolida su estado de sumisión inconsciente*, es decir, hasta que está en condiciones de reprimirse por sí misma según la Ley. El Poder adulto ha elaborado a lo largo de los últimos cuatro o cinco milenios dispositivos precisos para organizar la represión primaria y para después reprimir las manifestaciones de rebeldía que se irán produciendo a lo largo de todo este proceso. Frente al *continuum* vital de la criatura, la sociedad opone un *continuum* de represión.

En un principio, frente a la represión adulta la criatura reacciona poniendo en marcha todas las formas de autodefensa de las que dispone la vida humana: el llanto y toda suerte de manifestaciones de cólera y rabia (pataletas, berrinches, desobediencias) en reacción al daño y a la humillación que le infligen. Tanto para evitar las agresiones como para evitar su repetición (después de que te lo han hecho una vez ya esperas que te lo puedan volver a hacer), los seres humanos tenemos también mecanismos de autodefensa tales como los sentimientos de rencor, de odio, de enfado, que tienen por misión apartarnos de quien nos hace daño e impedir que nos lo vuelva a hacer. Son, como decimos, mecanismos de autodefensa del 'yo' primario, que se mueve apartándose de lo que le produce daño o malestar y es atraído por lo que le produce bienestar. Con la obligación de aceptar ese daño y de resignarnos, es decir, de obedecer, de honrar, de 'amar', de perdonar a los padres olvidando el daño que nos hacen, y de convivir con ellos (nada hay más difícil que eludir la patria potestad de los padres), se garantiza el bloqueo de todos estos mecanismos. Todas las emociones y sentimientos de autodefensa reprimidos y olvidados se acumulan en el inconsciente: entonces la rabia y la cólera contenidas, inherentes a la rebelión contra la represión, se transmutan en un arsenal de destructividad y violencia humana, incluida la propia autodestructividad.

Como venimos diciendo, en la Antigüedad, antes del reconocimiento 'científico' de la sexualidad, y, por tanto, antes de tener que definirla, la represión del amor primario se lograba simultaneando ciertos ritos y costumbres que separaban a la mujer de la criatura, con la represión directa de la sexualidad femenina establecida como específicamente perversa —«de los vestidos sale la polilla, de la mujer la maldad femenil»—. Modernamente esto se está consiguiendo combinando el invento de la teoría del narcisismo primario con la determinación falocéntrica de la sexualidad femenina; combinación que igualmente elimina de este mundo la diada original madre-criatura.

Pues bien, para justificar la destructividad y la violencia que la represión patriarcal origina, y

precisamente para que no se vea ni se explique en estos términos, se ha inventado un instinto tanático innato en las criaturas con una componente egocéntrica que además encaja con el supuesto narcisismo primario.

La definición de la maldad y del egoísmo innatos de las criaturas *desfigura su rebelión* frente a la sociedad adulta, haciéndola que aparezca como una violencia primaria, gratuita e innata, a la vez que *justifica la aplicación de la represión* por parte de la sociedad que tiene que defenderse de ese mal, del 'pecado original' o tánatos con el que supuestamente nacemos los seres humanos. La represión se convierte en algo bueno («es por tu propio bien») que la sociedad adulta hace por sus criaturas.

La historia de la definición de esta maldad primaria es una letanía de impropiedades que va desde los que encontramos en la Biblia («la necedad se esconde en el corazón del niño, la vara de la corrección la hace salir de él» (*Proverbios 22,15*)) hasta aquello tan preciso de «los perversos polimorfos» de Sigmund Freud, pasando por San Agustín (el niño es la fuerza del mal, luchar por la redención es luchar contra la infancia, etc.).

Por eso, el pensamiento más libre de los distintos campos del conocimiento ha ido topándose con esta definición de la maldad o instinto destructor primario que alimenta el discurso patriarcal, y ha ido cuestionándola desde diversos ángulos.

El neurólogo americano J.W. Prescott, publicó un sorprendente estudio, en 1975, titulado *Body pleasure and the origins of violence* (54). Prescott estudió unas 50 tribus indígenas de todo el mundo: el placer físico, por un lado, y el grado de violencia de los adultos de la tribu, por otro. Encontró una correspondencia entre las carencias afectivas y de placer corporal en la infancia, y los niveles de violencia alcanzados por los adultos de la misma tribu.

Convencido de que la privación de placer físico sensorial es la principal causa de la violencia, y de que la presencia de lo uno inhibe la del otro, Prescott sostiene que la mayor amenaza para la paz viene de aquellas sociedades que tienen los mayores ambientes de carencias para sus criaturas, y son más represivas con la sexualidad femenina y con la vida sexual en general; que la recíproca relación entre placer y violencia es tan significativa porque las experiencias sensoriales durante el comienzo del desarrollo crean una predisposición neurosicológica para uno u otro comportamiento.

Prescott, al término de su investigación sobre las 50 distintas sociedades humanas, elaboró unas tablas en las que los índices de injusticia social, delincuencia, práctica de la tortura, existencia de la esclavitud, condición inferior de la mujer, dioses sobrenaturales agresivos, castigo físico infantil, belicosidad y crímenes, subían o bajaban según el grado de privación del placer corporal en la primera etapa de la vida y en la adolescencia.

Prescott es el actual editor de una revista bimensual fundada en 1873 (55) «para el libre pensamiento y la libre investigación». Desde esta revista sigue trabajando para que las causas de la violencia sean reconocidas y poder, así, terminar con un mundo lleno de violencia, guerras, ansiedad y temor. Porque *la violencia en el mundo no se podrá erradicar mientras, según expresión de Stettbacher, la sociedad se dedique sistemáticamente a inocularla en las criaturas humanas.*

Por su parte, Horkheimer, basándose como siempre en el estudio de T. Adorno sobre la personalidad autoritaria, señala también la conexión entre la violencia y la represión del amor primario: «La dureza, la violencia y las manifestaciones brutales de la masculinidad, elementos propios de la ideología política fascista, están genéticamente ligadas a trastornos en la relación con la madre o, mejor aún, a la falta de una auténtica relación». (56)

No es casualidad que Balint, al descubrir la falta básica que se produce por la represión del amor primario y cuestionar la teoría freudiana del 'narcisismo primario', también se viese obligado a precisar:

«Mi teoría del 'amor primario' no significa que yo piense que el sadismo o el odio no tienen un lugar en la vida humana o que sean desdeñables... creo que estos sentimientos son *fenómenos secundarios, consecuencias de inevitables frustraciones*». (57)

Las áreas del conocimiento están infectadas por el androcentrismo patriarcal y siempre hay un momento en que, más o menos conscientemente, tenemos que optar entre hacer las oportunas trampas en el razonamiento para no enfrentarnos al discurso establecido, o enfrentarnos a él.

Cuando Freud vio la *sistemática* aparición en sus pacientes de abusos sufridos en la infancia relacionados con sus neurosis, cuando vio que no eran en modo alguno cuestión de hechos aislados, y comprendió el carácter sistemático de la violencia adulta que se cierne sobre la infancia, no fue capaz de enfrentarse a lo que ello suponía (el cuestionamiento del orden social, del principio de autoridad patriarcal) y optó por convertir los testimonios recogidos, en 'fantasías' imaginadas por sus pacientes. Estas fantasías serían el producto de unos supuestos deseos edípicos inconscientes reprimidos y del tánatos innato de las criaturas humanas; es decir, que si una paciente relataba que su padre había abusado de ella cuando era niña, eso no era verdad sino que se trataba de una fantasía que ponía de manifiesto el deseo reprimido de su infancia de acostarse con el padre; o si otro paciente decía que su padre le propinaba palizas, era otra fantasía que revelaba el deseo reprimido de pegar al padre, etc. etc. Es decir, Freud inventó una retorcida y —esta sí— fantástica teoría capaz de ocultar lo que la evidencia del psicoanálisis ponía de manifiesto, dando en este nuevo campo de las ciencias humanas la oportuna vuelta de rosca necesaria para la coherencia de la organización patriarcal.

Los malos tratos y abusos de la infancia no se ven; de tal modo que cuando algún caso se hace visible, se considera un caso aislado. Pero de ningún modo se puede admitir su carácter sistemático, pues ello llevaría al cuestionamiento del orden establecido. Entonces, cuando en la práctica psicoanalítica se descubre la situación, se opta por inventar cualquier explicación plausible; y como estaba recién descubierto el inconsciente, pues nada más fácil que inventarse hábiles maniobras edípicas del inconsciente y el tánatos innato.

Así el psicoanálisis oficial ha convertido a los pequeños seres humanos sólo deseosos de amor y bienestar en 'perversos polimorfos' con tal de no tocar el respetable *status* de la miserable, agresiva, egoísta y cínica violencia adulta contra las criaturas.

Esta cuestión, la cuestión de negar los hechos y de convertirlos en fantasías de las criaturas, es lo que ha llevado a Alice Miller a cuestionar el psicoanálisis de manera global:

«La práctica psicoanalítica es una incesante escapada del analista ante la dolorosa historia de su

propia infancia, y a expensas de su paciente. La teoría psicoanalítica le permite esta escapada por medio de un sistema doctrinal edificado con este objetivo. Este sistema debe garantizar que la verdadera historia del paciente y del mismo analista, el relato de su abandono y de los malos tratos sufridos en la infancia, no sean nunca contados. Con el fin de que los comportamientos de los padres jamás sean descubiertos, el paciente no tiene derecho a descubrir cómo ha llegado a estos esquemas de comportamiento autodestructor. (...) El psicoanálisis no podrá integrar nunca los nuevos conocimientos sobre la infancia: *por su propia naturaleza*, le es imposible. La justificación de su existencia se la debe a la negación de los hechos concretos y a la ayuda de construcciones falaces. Por consiguiente, el dejar de lado la verdad, no es por casualidad sino por necesidad. Es un sistema para ejercer la represión de la verdad sobre la infancia... Y no es fortuito si el psicoanálisis goza de un gran prestigio precisamente ante los intelectuales. (58)

Alice Miller había abandonado ya en 1985 la AIS, denunciando todo el psicoanálisis oficial y el viraje del pensamiento de Freud como la mayor justificación de la perpetuación de la represión de las criaturas inventada por la sociedad.

Ahora bien, si hay interés en ocultar el origen de la violencia es porque hay interés en mantenerla. No se puede entender la extensión de la violencia en nuestra sociedad sin entender para qué se produce y se incentiva. La realización de los patrimonios implica necesariamente, no sólo una voluntad de dominio (jerarquización) y de explotación, sino también una voluntad de *expansión* (A. Moreno, 1991); el dominio, las cuotas de poder, la acumulación de bienes excentarios, tienen que estar siempre extendiéndose, creciendo o, en términos capitalistas, revalorizándose, porque, como dice A. Moreno «si no amplias tu espacio, lo amplía tu vecino que te amenaza con comerte el tuyo. Estas son las reglas del juego de las relaciones competitivas del espacio público de carácter profesional, de carácter mercantil, y también de carácter político». (59)

Vivimos en una sociedad en la que hay poseedores porque desposeen a otros. «Y ese desposeer a los otros es lo que genera un botín que está en la base de la propiedad privada» (60). Como decía Proudhon, «la propiedad privada es un robo».

La guerra es por tanto una institución legitimada por el Patriarcado en la medida en que está legitimado el desposeer a los otros y el extender los patrimonios, la revalorización del capital. Es decir, la guerra es inevitable en la sociedad de realización de los patrimonios.

Humanizarse y socializarse quiere decir asumir creencias fraticidas. Como dice A. Moreno, la familia, el ejército, la escuela y el Estado «son también instituciones de transmisión de creencias fraticidas» (61).

Dice Victoria Sau que la hipocresía de los Padres en un orden social que hace inevitable la guerra, y que por esto la tienen legitimada, que finge que desea la paz mientras que se prepara para la guerra, se pone de manifiesto en aquello que dice Françoise Héritier: «todas las sociedades afirman preferir la paz a la guerra, sin embargo es mejor ser guerrero». (62)

Lo cierto es que el *mantenimiento* de la producción de la violencia a lo largo de las generaciones es un aspecto básico de la dinámica expansiva de la realización de los patrimonios. Los tejidos sociales basados en el apoyo mutuo tenían como fin la conservación de la vida y el bienestar de las criaturas. Cuando aparecen las economías excenditarias de

realización patrimonial, en lugar de conservar la vida y producir bienestar, lo que la sociedad se propone es constituir, conservar y ampliar los patrimonios, y entonces hay que destruir ese tejido social y producir guerreros, seres insensibles al sufrimiento humano y capaces de matar. Por eso esta sociedad debe transformar las criaturas deseosas de vida y de bienestar en seres agresivos y violentos. La norma del endurecimiento de las tiernas criaturas se prescribe ya en los textos bíblicos, como todas las principales normas del régimen patriarcal.

Pero hoy en día, cuando hay que fingir que se desea la paz (ya no se puede afirmar como hacía Aristóteles que la guerra es un medio legítimo de adquirir), se trata de que parezca que la violencia y la guerra son inevitables y consustanciales a la propia 'naturaleza' humana en lugar de consustanciales a la realización de los patrimonios y a la represión de las criaturas.

Esta insidia del discurso patriarcal ha llevado a algunos investigadores científicos a la necesidad de tomar posición sobre los orígenes de la violencia humana. En 1986, 19 científicos de EEUU, Australia, España, URSS, México, RFA, Polonia, India, Finlandia, Reino Unido, Kenya y Kuwait, pertenecientes a diversos campos (Etología, Neurofisiología, Psicología, Antropología, Psiquiatría, Genética, Sociología, Bioquímica, Comportamiento animal, etc.), en una reunión de la UNESCO en Sevilla, con motivo del Año Internacional de la Paz, hicieron una Declaración sobre la Violencia de la que entresacamos los siguientes párrafos:

«En la creencia de que es nuestra responsabilidad manifestarnos desde nuestras disciplinas sobre las más peligrosas y destructivas actividades de la especie, violencia y guerra; reconociendo que la ciencia es un producto cultural humano que no puede ser definitivo ni abarcarlo todo ... nosotros los abajo firmantes, científicos de todo el mundo y especialistas de ciencias relevantes, nos hemos reunido y llegado a la siguiente *Declaración sobre la Violencia*. En ella ponemos en tela de juicio cierto número de pretendidos hallazgos biológicos empleados, incluso, por algunos en nuestras disciplinas, para justificar la violencia y la guerra... El uso incorrecto de teorías científicas y datos como justificación de la violencia y de la guerra no es nuevo, pero tiene lugar desde el advenimiento de la ciencia moderna. Por ejemplo, la teoría de la evolución se ha empleado para justificar no sólo la guerra, sino también el genocidio, el colonialismo, y la supresión de los más débiles. Formulamos nuestra proposición en forma de cinco propuestas...:

ES CIENTIFICAMENTE INCORRECTO decir que hemos heredado de nuestros antepasados animales la tendencia a hacer la guerra...

ES CIENTIFICAMENTE INCORRECTO decir que la guerra o cualquier otro comportamiento violento se encuentran genéticamente programados en nuestra naturaleza humana...

ES CIENTIFICAMENTE INCORRECTO decir que en el curso de la evolución humana ha habido una selección de comportamiento agresivo en mayor medida que otros comportamientos. En todas las especies bien estudiadas, el *status* dentro del grupo se consigue con la aptitud para cooperar y cumplir funciones sociales relevantes para la estructura de dicho grupo...

ES CIENTIFICAMENTE INCORRECTO decir que los humanos posean un 'cerebro violento'
....

ES CIENTIFICAMENTE INCORRECTO decir que la guerra tiene su origen en el 'instinto' o en cualquier otra motivación simple...

Concluimos diciendo que la biología no condena la humanidad a la guerra....

Sevilla, 16 de mayo de 1986». Diecinueve firmas (63)

Estos cinco puntos no fueron elegidos arbitrariamente, sino que son cinco de las supuestas razones científicas que se han esgrimido en los últimos doscientos años para justificar la guerra, la represión de la infancia y la explotación del hombre sobre el hombre, la mujer y las criaturas, y para ocultar el verdadero origen de la violencia.

En la obra *El apoyo mutuo* de Kropotkin (64) quedó ya mostrado que la cooperación es el factor esencial que impulsa la vida; que en los grupos humanos primeros constituídos por 30 ó 50 individuos, y cuyas actividades principales eran la recolección y la caza, la ayuda mutua y la preocupación por el bienestar de los demás no sólo eran muy estimadas, sino que eran la condición en la que la vida podía desarrollarse. Hasta las sociedades de la Edad Media las relaciones de apoyo mutuo han sido un factor de desarrollo de la vida humana.

Sin embargo, como dice Ashley Montagu:

«Muchos escritores, científicos, dramaturgos y cineastas han apoyado la concepción de la supuesta 'maldad innata' del hombre. Si por todas partes se manifiestan la violencia y la agresividad, ¿cómo podemos negar que la agresividad sea instintiva, que pertenezca a la propia naturaleza humana? Es la explicación que lo explica todo.

La verdad es, sin embargo, que una interpretación tan gratificante nos hace sentirnos muy tranquilos... nos exime de la responsabilidad de hacer todo lo que podamos para reducir la violencia que se manifiesta en nuestra convivencia y en el mundo en general».

Tras hacer un repaso de los principales defensores de la violencia humana innata (Golding, Freud, Lorenz, Ardrey, Morris, etc.) y desmontar sus principales argumentos, concluye Montagu:

«Los humanos han nacido para vivir, como si vivir y amar fueran la misma cosa (65)... El afecto es una necesidad fundamental, Es la necesidad que nos hace humanos. De ahí que una persona que no haya sido 'humanizada' durante los seis primeros años de su vida padezca un proceso de deshumanización que les lleva hacia comportamientos destructivos, aprendidos en un intento desordenado y equivocado de adaptarse a un mundo también desordenado y provocador de tensiones. De estos desórdenes surgen toda la agresividad y los enfrentamientos violentos, tanto a escala individual como colectiva». (66)

Casi todos los pensadores humanistas que se han manifestado contra la maldad innata de las criaturas han sido conscientes de que no se trata en modo alguno de una cuestión casual, y han apuntado a la verdad de los orígenes de la violencia. Pero donde podemos encontrar una descripción más detallada de la génesis y de la reproducción generacional de la violencia es en la obra de Alice Miller y Konrad Stettbacher, a la cual nos remitimos para quien desee profundizar en el tema.

Según Miller, la violencia acumulada en el inconsciente por la represión primaria sale, por norma general, compulsivamente cuando somos adultos contra los hijos e hijas y niños o niñas en general, que han sido legalmente definidos como los receptores de esa violencia, debidamente disimulada bajo el concepto de 'educación'.

Esto nos lleva a la reproducción del triángulo edípico: *la sublimación filial* de la Falta del amor primario y de la represión paterna, *que reproduce la estructura psíquica autoritaria*:

«La primera rebelión contra el padre se reprime y se interioriza a un nivel inconsciente y sólo aparece a la superficie en forma desplazada, como 'agresividad autoritaria'. Además la sumisión al padre sigue operando todavía como un factor crucial en la formación de las concepciones sociales y políticas...» (67)

En la compulsión por convertirnos en padres autoritarios tenemos la explicación de la compulsión a volcar en nuestros hijos la misma violencia física y psíquica que nosotros sufrimos. En los casos de edipizaciones defectuosas (mal ambiente familiar que impide la debida sublimación filial de la falta básica y de la represión), esa violencia se puede proyectar hacia el exterior en términos de violaciones, crímenes, etc. de forma ilegal, es decir, no con arreglo a lo establecido que es contra los/as propios/as hijos/as. O también incapaces de volcar la destructividad contra otros, conscientes que los/as propios/as hijos/as son criaturas inocentes que no se merecen la privación y la represión que nosotros recibimos, la violencia se vuelve contra uno/a mismo/a, lo que aparece como procesos o tendencias autodestructivas.

En su último libro (*Abattre le mur du silence*), Alice Miller hace un llamamiento desesperado a la toma de conciencia del daño sufrido en la propia infancia como única arma de parar la compulsión a hacer lo mismo a nuestro/as hijos/as y, por tanto, para parar la autodestrucción de la humanidad: el daño que se inflige en la infancia —dice— es el crimen de la Humanidad contra la Humanidad pues las criaturas crecen almacenando un potencial de violencia que despliegan siguiendo la norma establecida, cuando alcanzan las suficientes cotas de poder adulto, contra las criaturas de la siguiente generación.

Hay datos que indican que la violencia en la sociedad es una tendencia en alza: a todos los niveles, en todos los aspectos, en la vida cotidiana y en la vida oficial, en el hogar y en la calle, dentro y fuera de la familia, y, por supuesto, en primer lugar contra la infancia. Y sin necesidad de grandes estudios —aunque nos apoyamos en los realizados por Adorno, Horckheimer, Prescott y en el pensamiento de Alice Miller— podemos afirmar que el crecimiento de la violencia es correlativo a la robotización de las funciones maternas y a la creciente pérdida de amor primario. El Poder controla ahora un espacio de la función materna al que antes no llegaba y al que ahora puede llegar, no sólo por la sofisticación de la técnica y los productos químicos, sino por los nuevos medios de formación de masas y de modelación de los inconscientes: principalmente la TV y la publicidad —el Dios inconsciente como decían Lacan y J. Ibáñez—.

La publicidad juega un importantísimo papel en la formación de masas y en la penetración del Poder en los más recónditos lugares de los inconscientes de una forma sistemática y masiva. Bajo el concepto de 'publicidad' se encuentran las técnicas más sofisticadas de manipulación de los inconscientes. Y como se trata de la realización de las plusvalías, no se hacen chapuzas, se

hila muy fino para garantizar el alcance preciso de la orden que se emite.

Como la producción industrial está interesada directamente en la robotización de la maternidad que constituye un sustancioso mercado para el Capital, la publicidad se dedica a *transformar el deseo materno en deseo de consumir* productos materno-infantiles, creando un arquetipo de madre y de bebé ideal: el que consume Prenatal, Dodotis, biberones y chupetes Chicco, leche y papillas Nestlé, etc. Amén de lo que la robotización de la maternidad supone para la industria farmacéutica y médica... y para el gremio de tocólogos, obstretas, psicólogos infantiles, pedagogos y pediatras.

Es decir, a la antigua represión del deseo materno para instaurar el régimen de carencia y el principio de Autoridad con los que obtener la fuerza de trabajo necesaria, el Capital *añade un nuevo mecanismo de represión* al cambiar masivamente el deseo materno por deseo de consumir los productos que nos hacen ser como el arquetipo producido por la publicidad; y *un nuevo interés directo en ejecutar dicha represión*: el del capital cuya revalorización depende de este consumo, y cuyo volumen es relativamente muy importante como todo el que está ligado a las necesidades básicas de todos los seres humanos: si erradicamos la lactancia materna o si la reducimos a tres meses, todas las criaturas, absolutamente todas tenemos que consumir leches artificiales.

El Poder entonces ya llega sistemáticamente a los espacios privados de la relación materno-infantil, invade y destruye áreas de intimidad de las relaciones humanas, lo que era inimaginable antes de la era de la publicidad.

Y como si todo fuese una gran confabulación contra la vida humana y a favor del patriarcado, este proceso se complementa con la retirada 'voluntaria' de la mujer de ese espacio, impulsada por la necesidad de la independencia económica respecto del hombre que la lleva a salir al mercado de trabajo, y fatalmente atraída por las migajas de Poder que le han puesto de cebo.

Todo ello permite al Poder destruir vestigios de maternidad entrañable y destruir cotas de amor primario que habían sobrevivido. Y porque cada vez hay menos amor primario, la violencia en el mundo crece, sin que nos demos cuenta de la relación entre ambas cosas. Porque en nuestra sociedad, curtida por los milenios de represión patriarcal, no se conoce la relación directa e inmediata entre la represión del amor primario y la violencia y la destructividad.

Queremos terminar este capítulo con unas palabras de Konrad Stettbacher, desde nuestro punto de vista uno de los seres más conscientes del proceso de formación y desarrollo de la psique humana, a pesar de su aparente falta de entendimiento de la sociedad patriarcal-capitalista en la que se constituye cada ser humano:

«La fuerza destructora latente escondida dentro de nosotros es, al igual que las heridas primarias que la han producido, grande y peligrosa. Las viejas fuerzas destructoras están permanentemente listas para actuar, para ponerse en funcionamiento, como una bomba de efectos retardados cuya relojería se puede activar en cualquier momento. Han nacido en la víctima, en la criatura maltratada. (...)

No hay razón alguna —salvo el egoísmo, la explotación del prójimo y el desprecio hacia la humanidad— para traer al mundo, conscientemente, un ser humano al que no se va a amar.

Pero inconscientemente esto se produce todos los días, miles y miles de veces; se trata de un crecimiento cotidiano del potencial destructor de la humanidad. Una multiplicación cotidiana de los instrumentos de la catástrofe: los seres que son traídos al mundo de forma ciega, con una total irresponsabilidad, están destinados a destruirse a sí mismos o destruir el mundo que les rodea. El ser humano, tímido en los comienzos de su historia, ha tomado el poder en nuestro mundo y es por ello que, sobre este planeta, es *la* criatura responsable. Cada uno de nosotros debe, sin demora, tomar conciencia de su responsabilidad si queremos detener la destrucción de la vida antes del agotamiento de sus recursos. Por esta razón, la responsabilidad global comienza por la del individuo. Pero éste no puede asumirla más que si es consciente de sí mismo y de su entorno. La pelota está en el campo de los padres, ellos pueden ponerse a sí mismos en cuestión. La criatura sólo podrá hacerlo mucho más adelante y a condición de que su integridad haya sido preservada. [Porque] los hombres y mujeres a los que se les ha prohibido llegar a ser conscientes, y por esta razón han dañado a sus hijos o les han infligido prejuicios, son incapaces de hacer frente a su carencia». (68)

NOTAS

- (54) **Prescott, J.W.** *Body Pleasure and the origins of violence* en *Atomic Scientist* 1975.
- (55) *The Truth Seeker, Freethinker's publication* P.O.Box 2832 San Diego, California 92112-2832 USA
- (56) Op. cit. pag. 189
- (57) **Balint, M.** op. cit. pag 84-85. Subrayado nuestro.
- (58) **Miller, A.** *Abattre le mur du silence* pags 62-63. traducción nuestra
- (59) **Moreno, A.** *Entre el confort doméstico y la guerra* 1991 pag.7
- (60) **Moreno, A.** *Entre el confort ...* pag. 13
- (61) **Moreno, A.** *Entre el confort....* pag. 18
- (62) **Heritier, F.** *Le Fait Féminin* tad. cast. Argos Vergara pag. 418. Citado por V.Sau en *La maternidad: una impostura*
- (63) Entre las cuales, las de los representantes de nacionalidad española J. Martín Ramírez, Psicobiólogo, (Sevilla), Federico Mayor Zaragoza, bioquímico (Madrid), Diana L. Mendoza, Etóloga (Sevilla) y Jose M Rodríguez Delgado, Neurofisiólogo (Madrid). Publicado en los *Cuadernos de la Unesco*, num. 15. Original en inglés, traducción de la Comisión Española.
- (64) **Kropotkin, P.** *La ayuda mutua* Madre Tierra, Madrid 1989 (1 edición: 1902)
- (65) «Todo por vivir amando vive» dice el verso del poeta del siglo XVI, Baltasar Elisio de Medinilla, quien como Tirso y Lope y muchos otros poetas contemporáneos suyos, y como le ocurriera también a Garcilaso, fue presa de la hermosura del soto de la ribera toledana del Tajo, hoy devastado por el Capital.
- (66) **Montagu, A.** *El mito de la violencia humana* El País 14.8.83. Para un estudio más detallado de esta controversia, ver su libro *La naturaleza de la agresividad humana*, Alianza Universidad, 4 edición, Madrid 1988. 1 edición inglesa, Oxford University Press, 1976.
- (67) **Horkheimer** op. cit. pag. 189
- (68) **Stettbacher** op. cit. pag. 42 y 121-122

Capítulo 9

Los malos tratos en la infancia

Las pautas de crianza y de educación del Sistema no son otra cosa que unas técnicas de represión, pulidas y ajustadas a lo largo de cuatro o cinco milenios, y suponen ineluctablemente un contingente muy importante de malos tratos físicos y psíquicos para las criaturas, debido a que la autoridad competente que las aplica (padres, pedagogos...) *tiene que vencer la resistencia* que las criaturas ofrecen a esa represión. Es una guerra, y como tal guerra, hay mucha sangre y mucho sufrimiento de por medio. Esta guerra la describía así la Asociación Antipatriarcal (69) :

«Antes de que los niños empiecen a gatear, la guerra ya está establecida; se ha desencadenado *la espiral de la represión de los adultos y de la resistencia de los niños*. Los padres tienen que levantarse temprano para ir a trabajar, tienen sueño, están cansados. Lo más probable es que no se den cuenta de lo que están haciendo y que piensen, según el credo en vigor, que lo que ocurre es que los niños son así, dan guerra, son malos. No ven que los berrinches de sus bebés son la manera que tienen de protestar por lo que les hacen; no se dan cuenta porque piensan que ellos están haciendo lo que hay que hacer. Empiezan poco a poco a albergar resentimiento y rencor contra quien les ha trastocado su vida y traído tanto 'trabajo'. El bebé parece el 'culpable', el que ha originado la situación. Es preciso insistir en que el bebé no ha originado la situación; que la sociedad adulta es quien ha eliminado el espacio social necesario para la crianza de las criaturas humanas, haciendo ver que es compatible con el trabajo fuera de casa de los padres, etc. Desgraciadamente pocas madres y padres cuestionan el orden doméstico y social establecido y por eso se razona la situación en términos de 'la guerra que dan los niños'. De este modo se refuerza la espiral: hay que acostumbrarles a nuestros horarios, a nuestras costumbres, pues la madre ha de volver enseguida al lecho conyugal, al trabajo doméstico e incluso al trabajo fuera de casa; por eso no hay que mimarles demasiado, tienen que ir aprendiendo.

Cuando los bebés empiezan a tener alguna autonomía (gatear, dirigir las manos, andar) despliegan una enorme vitalidad; ganas de descubrir, de conocer, de moverse, de tocar, de ver rodar las cosas; y enormes son las medidas que toman los adultos para prohibírselo: meten a los bebés en cunas y parques con barrotes, pequeñas cárceles imprescindibles en los hogares occidentales donde las madres no llevan a los niños colgados en sus cuerpos y en donde nada, ni las casas ni la calle, están hechas tomando en consideración las necesidades de las criaturas, sino a la medida de las necesidades del mundo adulto. Las casas se preparan para que los niños no puedan jugar ni moverse; no pueden pintar las paredes ni gatear por toda la casa, ni tirar los ceniceros de porcelana ni manchar las tapicerías de los tresillos. ¡Con lo que ha costado tener el piso y amueblarlo! Para cada nueva iniciativa hay un 'no' que espera. Así, poco a poco se va reprimiendo la vitalidad de cada criatura. Algo se le coge en brazos, algo se le deja gatear, algo se le deja pintar, algo se le deja coger (esos 'algunos' son los objetos de estudio de los pedagogos y psicólogos), algo hay que dejarles porque si no se morirían del todo, y de eso no se trata (al menos en lo que respecta a la mayoría de nuestros niños occidentales) sino de asegurar su supervivencia recortando su vitalidad, modelándola y orientándola hacia la sumisión y la adultez patriarcal.

No hace falta ser un psicópata malvado. La violencia contra los niños es la única permitida por la ley y por las costumbres. Los conceptos de 'educación' y de 'protección' cubren el

autoengaño: se dice que no se puede dejar que los niños hagan lo que quieren porque se harían daño; las prohibiciones son, pues, inevitables. Por ejemplo, hay que poner barrotes en las cunas para que los niños no se caigan. Pero, ¿es tan sumamente fácil poner una cama a ras del suelo! ¿Es por casualidad que a nadie se le ha ocurrido? No, no lo es. F.Dolto también ha desenmascarado esta justificación de la represión de los niños, demostrando que con las prohibiciones habituales un niño pierde seguridad, pues se le impide aprender las cosas de este mundo con las que tiene que convivir, y eso precisamente es lo que le hace vulnerable. En lugar de ir adquiriendo autonomía, se les va atontando, infantilizando para poder ser manipulables por los adultos: antes que nada se trata de poder llevarles a donde los adultos quieren.

Si renégasemos de la autoridad, del poder fáctico que los adultos tenemos sobre los niños en esta sociedad, sustituiríamos la prohibición con la información, como haríamos con un visitante adulto al que no consideraríamos inferior que llegase a nuestra casa o a nuestra ciudad y que desconociese cómo funcionan las cosas. ¡Qué distinta actitud! Ayudarles a descubrir y a conocer el mundo en el que van a vivir. Esta es otra manera de defender a los niños intentando reducir el anchísimo campo de prohibiciones que les espera.

Según las circunstancias (el grado de resignación de la etapa bebé, el grado de trabajo de los padres y la dosis de agresividad en reserva interiorizada que tienen, etc.) se van definiendo las trincheras y las líneas del frente: los espacios, los tiempos, las comidas, la compañía que se asigna a cada niño, los 'algos' que se pactan para su sobrevivencia y en torno a los cuales se libran las batallas cotidianas cada vez que el niño muestra su inconformidad con los límites y los cercos que se le ponen.

Cuando los niños empiezan a hablar, a las barreras físicas se le añaden barreras verbales: amenazas, chantajes, desprecios; consiguen humillarles, asustarles, frenarles tanto como los barrotes de los parques o de las cunas y las correas de las sillitas. Hasta para dormirles se les amenaza metiéndoles miedo cantando nanas que dicen que van a venir 'cocos' que se los van a llevar. El miedo y la humillación conducen a la autorepresión, que es más eficaz y más imprescindible que la represión exterior.

¡Cállate y come! ¡Eres tonto! ¡Estáte quieto! ¡si no dejas de llorar te doy un guantazo! ¡Se lo diré a tu padre! ¡Vete ahora mismo a la cama! ¡Obedece ahora mismo! ¡Eres inaguantable! ¡Ya no te quiero! ¿A donde vas? ¿De dónde vienes? ¿Dónde te habías metido? ¿Cuántas veces tengo que decirte que te laves las manos? ¡Lárgate de mi vista! ¡Eres peor que un hijo tonto! ¡Qué ganas tengo de que crezcas!

Los niños aprenden de sus mayores las reglas del juego, las técnicas de lucha. Y si no se les ha resignado demasiado en la etapa primal, serán niños malos a los que se les reñirá, castigará y pegará con frecuencia. Como todavía tienen mucha imaginación no cesan de inventar 'diabluras' y travesuras para afirmar su dignidad y desahogar la cólera.

Pero no se puede observar el comportamiento de un niño aisladamente de todo su proceso. El niño lleva luchando por su vida desde que nace contra los adultos y contra el orden establecido por esos adultos. Lleva ya dentro mucha rabia contenida. Desde que nace ha sido arrastrado a la espiral de violencia originada por los adultos. Un niño 'malo' es un niño rebelde y un niño 'bueno' es un niño obediente a los adultos. No podemos olvidar en ningún caso esta ecuación.

Tampoco es una guerra en igualdad de condiciones. Los adultos tienen el poder y, en cualquier terreno en el que se plantee la lucha, siempre llevan las de ganar. Desde el poder para decidir lo que van a hacer cada día, cada mes, cada año (despertarse, dormir, comer, lavarse, ir a la guardería, ir al colegio, ir los domingos a tal sitio, ir de vacaciones a tal otro...), el poder para obligarles, para castigarles, para pegarles... Tienen el poder y todas las armas. Los malos tratos a los niños fueron recogidos en el I Congreso de la Infancia Maltratada, de mayo 1989, dando para el Estado español la cifra de 4000 niños muertos al año (once diarios), además de una increíble cifra de niños con heridas graves que no mueren; según diferentes congresos de enfermería, medio millón de niños sufren malos tratos habituales en nuestro país (*Integral* (15) 495-).

Esta represión y esta situación de violencia generalizada contra los niños no sería posible sin la complicidad de toda la sociedad adulta; sin ese pacto adulto tácito que todos suscribimos cuando alcanzamos la adultez. Aunque no tengamos hijos o niños directamente a nuestro cargo, todos somos culpables de omisión.

Precisamente, lo más terrible de la represión que sufren los niños es la soledad, el no tener a nadie de su parte, que les de seguridad interior, que les diga que sus padres son unos cabrones y que él no se merece lo que le hacen. Es el testigo que pide Alice Miller para salvar al niño. Porque si el niño acepta la represión como un bien que le hacen no se le permite ni siquiera esa rebeldía interior que podría salvarle. En todas las civilizaciones existe un 4º Mandamiento que sacraliza a los padres (y a aquellos adultos en quienes los padres deleguen circunstancialmente su poder) para asegurar la obediencia y la aceptación de la represión. Esta sacralización hace que incluso los hijos encubran los malos tratos que les infligen sus padres para preservar su imagen exterior.

Algunos secretos tienes que desvelarlos reza el slogan de la campaña que ha lanzado un 'teléfono del niño' en Holanda: 45.000 llamadas en 1991, más de 100 diarias, de las cuales unas 25.000 relataban problemas acuciantes. En ocasiones el niño no podía articular palabra y solo podía dar golpecitos en el auricular (dos para un sí y tres para un no). «Cuando por fin verbalizaban su situación, mostraban sobre todo miedo a no ser queridos y temor al responsable de la violencia, el padre (60%), la madre (35%) e incluso hermanos y tíos» (*El País* 2.4.92)

La carencia de afecto y de cariño que arrastra el niño, desde que es separado de la madre al nacer, es una pieza clave del sistema. No es solo una represión que se impone; es una vitalidad que no se deja crecer. La necesidad de cariño en los niños no está falseada con la película del amor entre la pareja como sucede en los adultos, que proyectan de ese modo todas sus necesidades de afecto, incluida su carencia más primaria. El niño busca cariño en todas partes, en todo su entorno. Necesita ser querido y aceptado para calmar su herida. Y esta necesidad es utilizada vilmente por los adultos para hacer al niño todo tipo de chantajes y humillaciones y para atemorizarle. Este mecanismo es el más importante de todos los que utilizan los adultos, porque es el más eficaz, mucho más eficaz que los castigos y las palizas.

Pero además de la familia está la escuela, que es la segunda institución de represión de las criaturas. La familia no basta. Desde el siglo XVIII, la familia no basta. Los tiempos corren; vienen las declaraciones de derechos humanos, la Ilustración, la revolución francesa... a grandes palabras de libertad se hacen necesarias grandes mentiras... Los métodos de sometimiento cambian. Las cadenas de hierro se cambian por el sistema de creencias que hay que inculcar.

Por otra parte, la revolución industrial exige disciplina.... ¡La escuela! ¡Qué gran invento para matar todos los pájaros de un tiro, y encima en nombre de la cultura y de la ilustración!

La misión de la escuela es inculcar la disciplina y una determinada manera de ver la historia y las cosas; es decir, la filosofía de la sociedad patriarcal. Las materias que se imparten son un medio para lograr estos fines. Pues está demostrado que toda la materia que se imparte durante los ocho años de la EGB se podría aprender a los 14 años en unos meses. Además, las cosas importantes el niño no las aprende en la escuela. Pero la cuestión no estriba en lo que el niño aprenda, sino en *impedir* que aprenda lo que quiera, cuando quiera y como quiera. Se trata de impedir, como ya dijo Einstein, que desarrolle su propia curiosidad, su propio interés por las cosas.

La escuela tiene por cometido continuar el control minucioso de cada niño que sus padres solos no pueden realizar; se les impone la obligación de asistir a clases, que cubren, hora a hora la mayor parte del día. En cada hora de clase tienen unos deberes que hacer, unos cuadernos que presentar, unas lecciones que repetir de memoria. En ninguna cárcel se ejerce semejante control sobre un adulto. Ningún adulto tiene tan definidas todas las horas de sus días como las tienen los niños; ni en la peor de las cadenas de producción. Porque salen de la escuela, y en casa tienen que seguir haciendo deberes o yendo a tal clase extra que los padres le han puesto. En la desesperación un adulto puede mandar a la mierda un trabajo o a su cónyuge. Pero un niño desesperado no tiene opción a dejar a sus padres o a dejar la escuela aunque los padres o el maestro le peguen o le humillen continuamente. En cuanto a los rendimientos «ningún adulto soportaría el trance de ser calificado regularmente y examinado por lo menos una vez al año», según el jefe de la Unidad de Psiquiatría infanto-juvenil del hospital del Niño Jesús de Madrid. Los niños se encuentran con todas las puertas cerradas con demasiada frecuencia y sin nadie a quien pedir ayuda. El número de llamadas al teléfono del niño en Holanda y las cifras de suicidios escolares son prueba de ello: el suicidio es la tercera causa de muerte en niños y adolescentes».

Cuando el grupo *Contracorrent* de Catalunya daba las cifras de 800 y pico niños/as muertos por sus padres al año en el Estado español, nadie se lo creía y se atribuía a la supuesta demagogia y exageración de los grupos marginales. Pero cuando en 1989, el I Congreso de la Infancia Maltratada dio una cifra cinco veces superior, ya nadie pudo encontrar escapatoria alguna a la verdad. Existe una resistencia a aceptar la condición de la infancia, debida a que los/as adultos/as hemos tenido que olvidar e idealizar la propia infancia para sobrevivir; y nuestra resistencia a aceptar la verdad de nuestra propia infancia hace que la condición general de la infancia se siga manteniendo.

Los/as niños/as que sufren malos tratos físicos en sus casas no tienen ninguna forma de eludirlos, no pueden acudir a nadie. Solo pueden sufrir y temer ese sufrimiento. La indefensión y soledad pueden ser prácticamente absolutas, como se revela en los datos del Teléfono del Niño en Holanda: nadie les cree, no tienen a nadie de su lado. Es como un complot que se cierne sobre ellas. Tienen que actuar como si no pasara nada, como todo el mundo, haciendo como si todo estuviese bien.

Quizá el aspecto más grave del maltrato físico es lo que humilla, lo que hiere el alma. La violencia física además de ejercerse para obtener coactivamente la obediencia, es decir, para imponer la obediencia por la fuerza, también tiene por objeto la humillación, la anulación de la

voluntad y del deseo propios, y la inducción de un estado de sumisión lo más 'voluntario' e inconsciente posible, para asegurar la paz de los cementerios, la estabilidad del orden familiar y social. Privar del deseo, privar de la conciencia, y, por fin, privar de la voluntad.

El maltrato (físico o psíquico) además duele porque pone de manifiesto, si no siempre para la conciencia, sí para el inconsciente, el tipo de 'amor' y de 'cariño' que nos profesan nuestros mayores, es decir, porque pone de manifiesto el abandono y alcanza lo más hondo de la herida primaria.

En su libro *Abattre le mur du Silence*, Alice Miller aborda una forma de violencia contra las criaturas que a menudo pasa desapercibida: la prohibición del acceso a la verdad; la verdad del mundo, de como funcionan las cosas, la verdad del entorno inmediato de la criaturas, de sus circunstancias, y, muy a menudo, de los mismas circunstancias familiares. Incluso Ingmar Bergmann en su película *Las mejores intenciones* peca de ingenuo en este respecto, pues la madre en un momento de honestidad le cuenta la verdad de la historia a su hija. Esto, por regla general, sólo sucede en la ficción; en el mundo real los padres se llevan la verdad a la tumba y no les importa que sus hijos se pudran en las ciénagas de las mentiras que les han legado. Al fin y al cabo, para eso les han enseñado a actuar en el Gran Teatro del Mundo, como decía Calderón, y les han acostumbrado a respirar los gases nauseabundos que emanan de la materia putrefacta que es la familia.

A los/as niños/as se les dice que tienen que decir la verdad siempre y que mentir es algo muy malo; y sin embargo se les imparte regularmente la mentira, al igual que los representantes del orden (políticos, curas, etc.) prohíben robar mientras que ellos pueden robar sistemáticamente y a gran escala. Por ejemplo, al niño que ha inventado una mentira para ocultar una travesura se le reprime y se le condena por mentir, mientras que los padres pueden convertir toda su existencia en una colosal mentira para salvar la imagen de la Familia y de la institución del Matrimonio con todo el apoyo de la Ley. Precisamente la misma insistencia de los adultos en que mentir es pecado hace imposible que la criatura, que se cree de los pies a la cabeza el amor y la bondad de sus mayores, imagine que todo su entorno es una colosal mentira.

Negar el acceso a la verdad significa en realidad privar al ser humano de su conciencia, previamente privado de sus deseos, con el fin de manipularle. *Privar a las criaturas de su conciencia es la condición para manipularlas, someterlas y explotarlas*. No se oculta la verdad a los/as niños/as 'por su bien' como suele decirse, sino para llevarles a dónde el o la adulta quiere.

Destruir la conciencia es también destruir la vida y su capacidad de rebelión. Como dice Stettbacher: «el coraje de cambiar nace de la cólera hecha conciencia». (70) Y esto cuenta tanto para los que ocultan la verdad a las criaturas como para los que no quieren reconocerla:

«Vuestra resistencia, vuestro rechazo a este nuevo conocimiento no es en absoluto una omisión inofensiva: es una decisión. Consciente o inconscientemente, decidís destruir la conciencia y, en fin de cuentas, la vida». (71)

Y más adelante Miller insiste en que todo rechazo a aceptar una parcela de verdad significa un «encogimiento de la conciencia» y de la vitalidad humana.

Ya sabemos que, desde la Ilustración, para el Poder, que tiene acceso a todas las informaciones, la administración de la mentira es su tarea básica. Es la tarea básica de los gobiernos, del Estado, de cada Empresa, de las familias. En las cúpulas de las instituciones siempre hay asesores de imagen, secretarías, consejeros o representantes ante los medios de comunicación, especialistas que pueden tomar muy diversos nombres, que serían como un superministerio encargado del tratamiento y del procesamiento de la información para organizar la desinformación necesaria que prive al ser humano de su conciencia. Nada escapa a la administración de la mentira: desde la industria cinematográfica (recordemos a los indios malos arrancando cabelleras a los inofensivos colonos americanos que querían vivir en paz en sus granjas, o las películas sobre Colón que incluso dan la vuelta a lo que el propio Colón escribió en los libros de sus Viajes, ya que, como decíamos, entonces no existía la misma preocupación por administrar la mentira, y en aquel entonces la misión de Colón y el genocidio indio no tenían que encubrirse, apenas unos toques de evangelización y ya todo cuadraba), hasta la prensa, la TVE, los libros de texto, revistas, etc.

En el nivel de la familia sucede algo parecido con la particularidad de que la información en juego afecta a la represión de los deseos más íntimos de la criatura humana y al conjunto de sus circunstancias inmediatas. Y la prohibición del acceso a la información y a la verdad de las circunstancias de cada criatura no tiene más objeto que su manipulación y es una forma de maltrato, de humillación, de reducción de la voluntad y de los deseos. La prohibición del acceso a la verdad, que tan impune y sistemáticamente practican los poderes privados (y desde luego los públicos) es un arma importante para cortar la expansión de la vida y para reducir el margen de vida que nos queda; es un atentado contra la integridad, la dignidad y la vida de las criaturas humanas. Tienen razón Miller y Stettbacher cuando afirman que entre los derechos de la infancia habría que situar el derecho a recibir informaciones verdaderas, que estaría asociado a un crecimiento no manipulado de las criaturas.

La prohibición del acceso a la verdad forma parte de la estrategia represiva conocida como pedagogía 'blanda' puesta en marcha en el siglo XVIII; es ya parte de la historia de la represión de la infancia, que, como venimos diciendo, es una vieja y aterradora historia. Una perspectiva global de esta historia y un relato de su envergadura los podemos encontrar en la *Historia de la infancia* de Lloyd de Mause (72). En la Antigüedad se echaron los cimientos de una organización patriarcal basada en la represión general de la infancia, en los malos tratos y en el infanticidio, prácticas que fueron reguladas y ordenadas en los primeros escritos y en las primeras leyes escritas que conocemos. Luego serán justificadas por los principales filósofos de todas las épocas que, junto a reyes y generales, han ido ajustando y puliendo los discursos del Sistema a lo largo del tiempo; hoy son reconocidos como los grandes pensadores de la Humanidad, y constituyen la referencia del pensamiento androcéntrico de nuestra sociedad.

Para dar una idea del tratamiento dado a la infancia, como botón de muestra podríamos citar estos versículos del *Eclesiastés*:

«¿Tienes hijos? Instrúyelos, doblega desde la juventud su cuello». (7, 25)

«Sobre la hija indócil redobla tu vigilancia, no sea que hallando la ocasión la aproveche». (26,13)

«El que ama a su hijo tiene siempre dispuesto el azote para que al fin pueda complacerse en él». (30,1)

«El que mimaba a su hijo tendrá luego que vendarle las heridas». (30,7)

«Doblega su cuello en la juventud y tunde sus espaldas mientras es niño, no se te vuelva terco y desobediente». (30-12)

«Educa a tu hijo y aplícale al trabajo, no vengas a tropezar por su torpeza». (30,13)

«Sobre la hija atrevida refuerza tu vigilancia... que su habitación no tenga ventana, ni en la alcoba donde por la noche duerme haya entrada que de a ella». (42, 11).

En los *Proverbios* se aconsejaba también «la vara de la corrección» para arrancar «la necesidad del corazón del niño».

Y en el *Exodo*, la pena de muerte para las posturas más radicales: «El que maldijere a su padre o a su madre será muerto» (21,17). Lo mismo que en el *Nuevo Testamento* : «Honra a tu padre y a tu madre y quien maldijere a su padre o a su madre sea muerto» (*San Mateo*, 15,4)

Por su parte, los sumerios también se preocuparon por legislar minuciosamente una compleja ordenación contra las criaturas. En el *Código de Hammurabi* ya citado tenemos las siguientes leyes:

«Si el hijo de un *girseqqum* o el hijo de una mujer *zikrum* ha dicho a su padre que le ha criado o a su madre que le ha criado «tú no eres mi padre», «tú no eres mi madre», se le cortará la lengua». (192)

«Si el hijo de un *girseqqum* o de una mujer *zikrum* ha identificado su casa paterna y llega a odiar al padre que le ha criado o a la madre que le ha criado y marcha a su casa paterna, le sacarán un ojo» (193)

«Si un hijo ha golpeado a su padre, se le amputará su mano» (195)

Para San Agustín (*Ciudad de Dios*), el niño es el símbolo de la fuerza del mal, la Humanidad se condena por el pecado de la infancia, y para luchar por la redención es necesario luchar contra la infancia.

En la historia de Lloyd de Mause, se comprueba que las tendencias históricas de la represión de la infancia han ido de una mayor a una menor represión física exterior, y de una menor a una mayor represión psicológica y autorepresión. La represión 'blanda', mediante la manipulación del inconsciente, tiene la virtud de que se *ejecuta* como si no fuera tal represión, y aunque en el fondo todo el mundo lo sepa, permite actuar como si no se supiera, ajustándose a las normas, guardando todas las formas prescritas. La represión física tiene la desventaja de que es visible, pone en entredicho el 'amor' en la familia, y puede hacer poco plausible lo de que «es por tu propio bien». Si logramos fingir y actuar como si no hubiera represión, ni carencia ni nada de esto, entonces conseguimos no destapar la propia herida primaria ni cuestionar a los padres ni reconocer el abandono.

María Sánchez (73), basándose en Lloyd de Mause, resume así esta tendencia:

«Cuanto más se regresa en el periodo histórico, mayor es el maltrato infligido a los niños y más primarias las defensas utilizadas en el adulto para elaborar su ansiedad a la hora de enfrentarse al hijo. Diríamos en este sentido, que cuanto más cercano al matricidio y la violación primordial, mayor es la ansiedad y el temor del padre frente al hijo. Hubo un primer periodo histórico de máxima crueldad en el que se abandonaba y eliminaba a los hijos ilegítimos e incluso a los legítimos, a partir de criterios de utilidad. Séneca lo justifica con contundencia

cuando afirma que eliminar a los niños enfermos era una actuación propia de la razón de los adultos. Durante este período, el niño/a fué utilizado como objeto de consumo sexual en los juegos eróticos de los adultos y se practicaba la prostitución infantil. El posterior abandono de los niños/as, su venta directa, su cesión a amas de cría que aseguraban su muerte por precariedad, los numerosos exorcismos que se les aplicaban, los instrumentos de castigo a los que se les sometía (latigazos, marcajes con fuego, inmersión en aguas heladas, y un largo etcétera) formarían parte de las diversas formas de infanticidio ulterior. En el siglo XVIII se produjo la transición en los modos de relación paterno-filiales, en el cual, el niño ya no era visto como fuente de malignidades. *El castigo se hizo desplazar de lo corporal a lo mental haciéndose más amenazante por sus consecuencias psicológicas.* Nos referimos a la educación. Es a partir del siglo XIX y principios del XX, cuando se inicia un proceso de socialización del niño/a, en el cual el objetivo será la adaptación. Según Lloyd de Mause, de ahí partirán los métodos pedagógicos y psicológicos».

No obstante, en los tiempos actuales las noticias y las cifras de malos tratos y vejaciones que de vez en cuando aparecen sin concedérseles mayor importancia, parecen indicar que la condición de la infancia no se mantiene sólo por métodos pedagógicos y psicológicos y por la represión de la conciencia. 7.000 niños asesinados en 4 años en las calles de Brasil; 200 millones de niños-esclavos realizando trabajos forzados en países del llamado tercer mundo; cerca de 40.000 niños muertos diariamente de hambre, desnutrición, enfermedades y trabajos forzados en ese tercer mundo para realizar la plusvalía que enriquece y engorda al primer mundo; 100 millones de mujeres clitoridectomizadas en su infancia; redes de prostitución infantil que salen a la luz aquí y allá; cifras escalofriantes y en continuo ascenso de malos tratos y torturas aplicadas en los hogares occidentales, suicidios de escolares (que como dice Raskovsky (74) son una forma de filicidio endo-psíquico), etc. etc.

Quizá lo que más cuidadosamente se tapa es lo que sucede en los hogares occidentales porque directamente pone en entredicho toda la filosofía patriarcal. Recientemente, y con motivo de un caso que trascendió a la prensa, de una madre que había denunciado el secuestro de sus dos hijas y después resultó que las había matado (75), se dieron dos cifras que tendrían que dar que pensar a los creyentes del Sistema que todavía piensan: según el Ministerio de Justicia de Estados Unidos, seis de cada diez asesinatos de menores de doce años es cometido por los padres; y según el Centro Nacional de Niños Perdidos de este mismo país, el 12 % de los casos de desaparición de niños son asesinatos de los padres.

Dice Alice Miller (76) que existe una desinformación *intencionada* acerca de los malos tratos en la infancia y que este bloqueo sólo ahora empieza tímidamente a levantarse; que se boicotean sistemáticamente proyectos de tesis doctorales que recogen investigaciones para sacar a la luz datos sobrecogedores sobre la práctica del filicidio a lo largo de la historia humana, o programas de televisión sobre malos tratos en la infancia alegando que resultan demasiado 'lacrimógenos' o que es hacer periodismo amarillo. Es increíble el abismo entre la importancia del descubrimiento histórico y del fenómeno social, por un lado, y la importancia (la no-importancia) con la que es tratado por los medios de información y de difusión de la cultura.

«En un manuscrito inédito, Lloyd de Mause describe el destino de un brillante investigador científico (Glenn Davis, *Childhood and History in America*, New York 1976), cuyo trabajo pionero sobre la infancia en los Estados Unidos en los dos últimos siglos fue bloqueado por la Universidad y por la prensa hasta el punto que el desgraciado terminó por suicidarse. Estaba tan

desesperado de ver sus piezas de convicción ignoradas por las autoridades, las figuras parentales, que se dió la muerte».

Y continúa Alice Miller:

«Si se hubiese concedido el derecho de cuestionar a su propio padre, hubiese sido capaz de ir más allá de la angustia de los demás y hubiese podido renunciar a su aprobación sin que ello le hubiese empujado al suicidio». (77)

Y más adelante sigue diciendo Miller:

«Apenas se puede creer que en el mundo entero no exista —al menos que yo sepa— una sola facultad en la que se efectúen trabajos de investigación y en la que se dispense la enseñanza sobre las consecuencias de las heridas sufridas en la infancia».

Se trata de que la violencia sistemática contra la infancia sea invisible, y si esto no es posible, entonces que sea anónima y considerada un hecho puntual. La investigación del hecho sistemático, como propone Alice Miller, no haría posible el mantenimiento del *statu quo* que la organización patriarcal confiere a la infancia.

NOTAS

(69) **Asociación Antipatriarcal** *Manifiesto a favor de los niños y niñas*_ Grupo Donostia, junio 1992.

(70) Op. cit. pag. 30

(71) **Miller, A.** *Abattre le mur...* pag. 31

(72) **Lloyd de Mause** *Historia de la infancia* Alianza 1982

(73) **Sánchez Jiménez, M.** *Los malos tratos a la mujer y a la infancia* Ed. Maite Canals, 1992. Pags. 137-138 Subrayado nuestro.

(74) **Raskovsky, A.** *El filicidio: la agresión contra el hijo* Paidós, Barcelona 1989. Citado por Sánchez Jiménez M. en *Los malos tratos a la mujer y a infancia*

(75) *El Mundo* 5.11.94

(76) *Abattre le mur ...*

(77) *Abattre le mur...* pag 38

Capítulo 10

El abandono en las llamadas criaturas 'no deseadas' y el abandono en las criaturas 'deseadas' para el orden patriarcal

Las criaturas llamadas 'deseadas' no son todas iguales, ni tampoco lo son las llamadas 'no deseadas'. Todo depende del grado de abandono que tenga lugar en cada caso, de la carencia producida y del tipo de espiral necesidad-chantaje-cuidados que se establece. Es decir, hay que ir al grano del asunto: al verdadero deseo libidinal de la madre.

Si la madre siente deseo de la criatura en sus entrañas o si son deseos de cumplir las normas establecidas, que son dos tipos de deseos contrapuestos, aunque puedan mezclarse y aunque puedan marchar juntos algunos ratos.

En la madre influye la educación recibida, su propia falta básica, su grado de rigidez, las corazas que lleve puestas, el grado de racionalización de su sumisión, de interiorización de las normas...; si, aunque «esté rota la unidad psicosomática entre la conciencia y su útero» como decía Merelo-Barberá, hay algo de erotismo en su vida.

Si una madre tiene muchos deseos de tener un hijo, y cuando lo dice, lo dice de 'cuerpo entero', aunque no se dé cuenta, aunque sea una esposa obediente y una mujer como es debido dentro del Sistema, y aunque reprima los deseos primeros de su criatura y organice la carencia como mandan los cánones, encontrará dificultades en reprimir estricta y sistemáticamente a su bebé; en sus caricias, aunque sean esporádicas, aunque no vivan el cuerpo a cuerpo, aunque no duerman juntas, aunque meza al bebé en la cuna, algún fugaz rayito de deseo se filtrará y producirá verdadera empatía amorosa. Organizará la carencia, la producción de las necesidades, pero procurará atender estas necesidades.

Hay madres que dicen que «desean tener un hijo», pero que lo dicen de cintura para arriba, o a lo mejor sólo con la cabeza, porque ha reflexionado, posiblemente lo ha hablado con su pareja muchas veces y han planificado racionalmente tener un hijo, para reafirmarse institucionalmente como célula básica y 'autónoma' de la sociedad. Tampoco es que necesariamente estas madres no tengan nada de entrañable; puede ser que inicialmente no tengan nada de entrañables, pero muchas veces, una mujer que ha tomado una decisión fría y racionalmente (ya tengo piso, un trabajo fijo, etc.), se ve luego desbordada por las emociones. Las cosas no se definen nunca del todo.

Porque sucede también que el desear un hijo indirectamente, es decir, por el deseo de cumplir con las normas sociales, puede dar lugar a una actitud psíquica distendida que permite la producción de los deseos de las entrañas, que inicialmente no existían. Lo mismo que el matrimonio, que no quiere decir que exista una pasión amorosa entre los cónyuges, pero que en un momento dado y por un cierto tiempo puede dar cabida al deseo.

Lógicamente, cuanto más integrada esté la madre en una familia patriarcal y cuanto más

poderosa sea ésta, cuanto más patrimonio encarna y cuanto más se proyecte en el linaje, más prepotente será la presión de las normas y más predispuesta estará a sofocar la voz de sus entrañas. Es sabido que en las clases altas se recibe una refinada educación, se enseña a tener buenos modales y a controlarse.

Lo importante siempre para la criatura es si su madre le ha deseado, cómo lo ha deseado; y si existiendo inicialmente algún deseo, lo ha reprimido luego o si se ha visto desbordada por la pasión.

Cuando una mujer dice que desea 'tener un hijo' al estilo tradicional patriarcal, y su entorno social, su marido, etc. están a favor de ese nacimiento, aunque le meta en la cuna y le deje llorar, es decir, aunque le organice la carencia y el chantaje de la sumisión, en alguna medida la criatura va a sentir un tipo de cariño y de ternura que le van a dar una cierta seguridad. No es que sea la saciedad de los deseos, pero sí que habrá algo de vida deseante por ahí danzando, porque cuando no se prohíben los sentimientos de forma absoluta, tampoco se bloquea de forma absoluta la producción de los deseos. Y estas diferencias no son despreciables: hay mucho sufrimiento humano en juego.

Por eso, cuando se habla de las criaturas 'deseadas' y 'no deseadas', no hay que despreciar el tema, dando por supuesto que en el 'deseo' de la mujer patriarcal sólo hay voluntad de acatar la Ley del Padre. Los matices tienen un interés vital.

Una criatura 'no deseada' puede ser sentida por su madre, primero como un monstruo que desgarrar sus entrañas (como se puede vivir una violación de un maníaco violento), y luego como una carga que le estropea la vida; si el entorno familiar y social le dice a la mujer que es un hijo o una hija indebida, inadecuada, ilegítima, además del bloqueo habitual inicial de la máquina deseante, se produce también el rechazo de la madre social, que a su vez impide que ulteriormente se filtren deseos maternos. La criatura rechazada por la madre porque es rechazada por el padre, es la criatura doblemente abandonada, afectiva y socialmente.

A veces, desgraciadamente las cosas suceden lo contrario: que el rechazo social a la criatura provoca la rebeldía de la mujer y se afirma en su relación con ella, permitiendo la desinhibición de los deseos.

También ocurre a veces que las madres obedecen la Ley y reprimen a las criaturas en contra de sus deseos; es decir, a pesar de su producción deseante y en contra de ella, padeciendo ellas más si cabe el padecimiento de sus hijos (hay numerosos testimonios de madres chinas que dan cuenta de ello). La represión o la indiferencia a veces coexisten con el deseo.

Los grados de 'abandono' pueden ser importantes y las diferencias no se deben menospreciar. Y esto no contradice que, en términos generales, hay un abandono básico, una carencia producida por la represión de los deseos, que, tal y como están las cosas, es sistemático.

Recordemos el trabajo de Horkeimer y Adorno sobre la degradación de la madre, el aumento de la carencia de madre y el correlativo aumento de la violencia y la agresividad en el mundo occidental: «La vida emocional del temperamento autoritario se caracteriza por una serie de rasgos de superficialidad y frialdad que se parecen a menudo a los fenómenos observados entre algunos psicópatas. Entre estos rasgos destaca el desprecio general de la piedad —es decir, de aquella cualidad que reflejaba más que ninguna otra—, el amor de la madre por el hijo». (78)

En otro estudio empírico también dirigido por T.Adorno, sobre la génesis de las posiciones autoritarias en los pequeños seres humanos, contrariamente a la hipótesis inicial de que los más sumisos a la disciplina escolar y familiar serían luego los más autoritarios, y los más rebeldes los más antiautoritarios, se encontraron con lo siguiente: *los más agresivos y autoritarios* no eran los que estaban sometidos a la influencia de una familia demasiado fuerte y bien constituida, sino, al contrario, *los que sufrían de la carencia de una familia.* (79)

Esto se entiende así: la única forma de tener cariño en nuestra sociedad es sometiendo a la autoridad familiar; por eso los que pertenecen a una familia bien constituida, aunque estén sometidos a una disciplina mayor, a pesar de todo y paradójicamente, reciben más cariño que los que carecen de familia. La familia prohíbe la producción de los deseos, los limita, los bloquea y sólo deja filtrar algunos rayitos. Pero la carencia de familia te deja sin siquiera esos rayitos.

Así pues parece que hay que entender también que el daño mayor no procede de la represión en sí misma que se inflige a las criaturas, sino de la falta de amor y de la indiferencia; y la condición de la infancia en cada caso concreto estaría determinada no tanto por el grado de represión, disciplina y castigo como por el grado de desposesión del amor materno. Aunque lo más frecuente sea que la falta de amor materno se traduzca en represión, no siempre es así o al menos no exactamente; de ahí el por qué es preciso hacer esta observación.

En el estado actual de sistemática necesidad y carencia —carencia producida por la represión de los deseos para todos/as; necesidad de expansión y de realización de sus capitales para unos/as; necesidad de los mínimos para sobrevivir para los demás—, en la jungla de la competitividad, de la conquista de espacios, de lucha por territorios, por áreas de poder, por trepar en las escalas de las jerarquías, etc. etc., la familia es el único marco en el que se permite el mínimo de solidaridad y apoyo mutuo que existen, y en el que hoy es posible la supervivencia humana ya que se ha destruido, al menos en Occidente, toda estructura grupal. Por supuesto, al precio del sometimiento al orden y normas familiares.

Por eso, el mal menor de una criatura que vive en un orfanato es que una familia 'decente' la adopte. Por eso, es un mal menor que tus padres te 'quieran' aunque no te quieran con las tripas, aunque sólo te quieran con el corazón, o incluso, aunque sólo te quieran con la cabeza, y blandiendo en la mano la espada de la Ley.

El cuestionamiento de la Familia no puede hacerse al margen del cuestionamiento de todo el orden social.

Madrid, noviembre 1994

(78) Op cit. pag. 189

(79) citado por Horkheimer Op. cit. pag. 194

EPILOGO

Contra la organización de la carencia y de la propiedad en el mundo

«Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío».

Miguel de Cervantes, *El Quijote*

1.- La organización de la carencia y de la propiedad en el mundo

Es nuestra convicción que la propiedad, sobre todo, la propiedad patrimonial (aunque en la sociedad patriarcal decir 'propiedad patrimonial' es una redundancia) engendra carencia y necesidad. Y sin embargo, las cosas suceden de manera que parece lo contrario, que es la propiedad de bienes y personas lo que nos salva de la carencia. La propiedad permite sólo a los seres humanos sobrevivir, en unos casos más, y en otros menos, en estado de carencia; es decir, habitar el Valle de Lágrimas o como queramos decirlo, pero en ningún caso vivir de cuerpo (y mente) entero. Y en la medida en que la propiedad de cosas y personas permite sobrevivir en estado de carencia, podemos decir que *la propiedad es un invento que asegura el sistema de castración de la vida*, y por eso el sentido de la propiedad está asociado al 'yo' edípico, al sistema de identidad patriarcal. Si la vida tiene sus principios que le son propios, la carencia tiene sus mecanismos sociales de reproducción, de los que, más o menos, hemos venido tratando hasta aquí: el crimen de la madre, la invención del padre, el 4º Mandamiento, el sentido de la propiedad vinculado al 'yo' edípico y la compulsión a su reduplicación (paralela a la del patrimonio cuya realización exige su reproducción ampliada), etc.; todo ello bien institucionalizado, ritualizado y controlado para asegurar su debida ejecución.

La propiedad permite la existencia de la carencia y viceversa: forman un dúo que invade todo el entramado social, y su presencia supone la aniquilación de las relaciones de apoyo mutuo: si yo mismo carezco y necesito, cómo voy a dar a los demás? ¿qué puedo compartir si carezco de lo imprescindible? No tengo más remedio que formar el núcleo mínimo de propiedad en el que la supervivencia en este mundo es posible. Para ello tengo que *ahorrar*, pues en este mundo, lo que se necesita de bienes materiales para la supervivencia, a la mayoría de las criaturas humanas tampoco les es dado gratuitamente.

Así empiezo a guardar lo poquito que me sobra del salario, o a reducir gastos todo lo que puedo, porque tengo que ahorrar (para el piso, para los muebles) con lo cual, ni siquiera si algo me llegara a sobrar, o si de algo pudiera prescindir lo puedo compartir; el Capital tiene

dispositivos para recoger hasta la última gota del jugo de la vida que exprime.

Como la devastación y las represiones primarias pasadas están ocultas, y las presentes están ritualizadas de tal modo que se realizan de modo invisible e inconsciente, no sabemos o no somos conscientes de la abundancia primaria, ni de la desposesión incesante. Creemos que la carencia es consustancial a la vida. Sólo vemos un régimen de propiedades y de relaciones de parentesco, de explotación capitalista y de opresión, insertados en un mar de carencias en el que el mundo y la vida se confunden.

¿Se puede vivir en este mundo sin entrar en el juego de la supervivencia en la carencia? ¿Es esto inevitable, irreversible?

Aunque la carencia sea muy difícil de evitar, pues la devastación ha sido y es implacable, creemos que lo que sí se puede evitar, al menos hasta cierto punto, es el seguir algunas de sus leyes, algunos de sus ritos y necesidades-trampa que bloquean las producciones deseantes de la vida, como por ejemplo el Matrimonio y el Patrimonio. De hecho, hay grupos de gente que lo están intentando desde hace años.

2.- Lo originario (para el patrimonio y el capital) no es la acumulación sino la devastación

Al leer los primeros capítulos del libro *A People's History of the United States* de Howard Zinn¹, algo primordial y esencial destaca por encima de lo anecdótico: precisamente la introducción de un régimen de carencia en el modo de vida de unas tribus, donde tienen lugar los acontecimientos que se recogen en estos capítulos, *por medio de una devastación a gran escala*, para proceder a continuación a la acumulación patrimonial y capitalista.

La narración de lo ocurrido a la llegada de los europeos al continente americano en el siglo XVI es la narración de cómo fueron arrasadas las producciones abundantes propias de la vida en un mundo todavía no devastado. Según la documentación de Zinn, en las islas del Caribe, aunque no fueran el Paraíso ni estuvieran en la Edad Dorada, no existía la propiedad privada, ni las acumulaciones patrimoniales o excedentarias de tipo alguno, ni el Matrimonio; su relato es nada menos que una asombrosa narración de cómo los europeos introdujeron en aquellas tierras el régimen de carencia y de necesidad, de cómo llevaron a cabo una radical devastación que sería el origen de un nuevo régimen patrimonial. Esta devastación abarcó desde las formas de convivencia basadas en el apoyo mutuo hasta el ecosistema general en el que dichas formas de vida estaban integradas. Sin esta devastación previa de la tierra y de las criaturas humanas no se podría haber comenzado la acumulación y la explotación.

En el continente americano se introdujo de golpe lo que en el continente indoeuropeo se había construido en tres o cuatro mil años. Por eso la destrucción, el aniquilamiento de la vida, el holocausto fueron tan descomunales. El genocidio se abatió sobre el continente porque las poblaciones indígenas no estaban formadas (domadas y domesticadas) para la esclavitud y hubo que realizar la ingente tarea de esclavizar poblaciones enteras del continente africano y trasladarlas al americano, así como otra importante población de siervos de la Europa feudal, para abastecer de fuerza de trabajo las encomiendas y las plantaciones de la nueva América patrimonial.

Así cuenta Zinn² cómo eran las tribus indias (arawaks, etc) de las islas del Caribe (Cuba, Haití...) que fueron las primeras que alcanzaron Colón y sus acompañantes:

«Los indios, decía Las Casas, no tenían religión, o por lo menos no tenían templos. «Vivían en grandes construcciones con forma acampanada, que albergaban hasta 600 personas al mismo tiempo... hechos de madera muy fuerte y con tejado de hojas de palma... Carecían de cualquier hábito o forma de comercio, ni compra ni venta, y confiaban exclusivamente en su entorno natural para su mantenimiento. Son extremadamente generosos con sus posesiones y por lo mismo... consideraban las posesiones de sus amigos de quienes esperaban el mismo grado de liberalidad...»»

¹ Zinn, H. *A people's history of the United States* Harper, New York, 1990. La traducción de los párrafos que aquí se citan, es nuestra.

² Zinn, H. Op. cit. pag. 5.

Y también que:³

««Eran ágiles, nadaban grandes distancias, especialmente las mujeres. No son totalmente pacíficos, porque luchaban de vez en cuando con otras tribus, pero sus disputas parecen menores, y luchan cuando están individualmente movidos a hacerlo por algún agravio, y no por orden de capitanes o reyes. Las mujeres en la sociedad india eran tan bien tratadas que asombraba a los españoles».. Las Casas describió así las relaciones sexuales:

«No existen leyes matrimoniales: hombres y mujeres *indistintamente* escogen pareja y la dejan según les apetece, *sin ofensa, celos o enfados*. Se multiplican abundantemente; las mujeres embarazadas trabajan hasta el último momento y dan a luz *prácticamente sin dolor*; al día siguiente se bañan en el río y están tan limpias y saludables como antes de dar a luz... en general los hombres y las mujeres indias van totalmente desnudos...»»

También sabemos que⁴:

«Estos Arawaks de las islas Bahamas se parecían a los indios del continente que destacaban por su hospitalidad (los observadores europeos lo dirían una y otra vez), así como por su *creencia en compartir (las cosas) (belief in sharing)*. Estos rasgos no eran compatibles con la Europa del Renacimiento.

Los indios, según narró Colón (al regreso de su primer viaje): «*eran tan ingenuos y tan desprendidos de sus posesiones que si uno no lo hubiera visto no lo habría podido creer: cuando les pedías algo que tenían, nunca decían no. Por el contrario, ofrecían compartirlo todo con cualquiera*»»

Y luego, la devastación para crear la carencia:

«El objetivo era claro: esclavos y oro. Fueron de isla en isla del Caribe, cogiendo indios y haciéndoles cautivos. Pero cuando corrió la voz de las intenciones de los europeos, encontraron más y más aldeas vacías. En Haití, encontraron que los marineros que se habían quedado allí en el Fuerte Navidad habían muerto en una batalla con los indios, después de haber devastado la isla en partidas en busca de oro, llevándose a las mujeres y a los niños como esclavos para el sexo y el trabajo. (...)

Pero demasiados esclavos morían en cautividad (...) En Haití ordenaron que todos los mayores de 14 años tenían que llevar una cierta cantidad de oro cada tres meses. Cuando lo traían les daban unos arandelas de cobre para colgar del cuello. A los indios que no llevaban la arandela de cobre, les cortaban las manos y se desangraban hasta morir.

A los indios se les da una tarea imposible. El único oro que había era un poco de polvo que

³ Zinn, H. Op cit. pag. 5 Subrayados nuestros

⁴ Zinn, H. Op. cit. pags 1 y 3 Subrayados nuestros

arrastraban los arroyos. Entonces huyeron, fueron cazados y muertos.

Los Arawaks se aunaron para intentar formar un ejército de resistencia y hacer frente a los españoles que tenían armaduras, espadas, etc.Si los españoles tomaban prisioneros los ahorcaban o los quemaban vivos. Entre los Arawaks comenzaron los suicidios en masa, envenenándose con cassava. Mataban a los niños para salvarles de los españoles. En dos años entre asesinatos, mutilaciones y suicidios, murieron la mitad de los 250.000 indios de Haití.

Cuando se hizo evidente que no había oro, los indios fueron tomados como esclavos para *trabajar en grandes propiedades, conocidas más adelante como 'encomiendas'*. Trabajaban a un ritmo feroz y morían a millares. Hacia 1515 quedaban quizá unos 15.000. En 1550, 500. *Un informe de 1650 muestra que no quedaba en la isla ningún Arawak ni de los originarios ni descendientes de ellos.*

(...)

Según Bartolomé de las Casas «infinitos testimonios... muestran el suave y pacífico temperamento de los nativos... Pero nuestro trabajo era el exasperarles, arrasar, matar y destrozarse; no cabe sorprenderse, pues, si ellos trataron de matar a alguno de nosotros de vez en cuando... El almirante, es cierto, estaba ciego como los que vinieron con él, y estaba tan deseoso de complacer al Rey que cometió crímenes irreparables contra los indios».

Las Casas prosigue contando cómo los españoles... al cabo de un tiempo se negaron a andar cualquier distancia. «Montaban en las espaldas de los indios si tenían prisa o eran transportados en hamacas por indios que corrían en relevos. En este caso también llevaban indios portando grandes hojas para darles sombra y otros abanicándoles con plumas de ganso».

Las tentativas de los indios para defenderse fracasaron. Y cuando se escapaban a las colinas les buscaban y les mataban. Así, cuenta Las Casas, «sufrieron y murieron en las minas y otras tareas en silencio desesperado, sin que hubiera un alma en el mundo a quien pudieran recurrir en busca de ayuda». Y describe así su trabajo en las minas:

«... las montañas son removidas de la cima a la base, de la base a la cima un millón de veces; cavan, trituran las rocas, mueven las piedras, y transportan los escombros en sus espaldas para lavarlos en los ríos; los que lavan el oro permanecen en el agua todo el tiempo con la espalda doblada, tan de continuo que les parte; y cuando el agua invade las minas, la tarea más penosa es la de secar las minas sacando el agua a cubos y echándola fuera... »

Después de seis u ocho meses de trabajo en las minas, que era el tiempo que necesitaba cada equipo para cavar lo suficiente para encontrar el suficiente oro para ser derretido, alrededor de un tercio del equipo moría.

Mientras que los hombres eran enviados a muchas millas de distancia a las minas, las mujeres permanecían trabajando la tierra, haciendo la agotadora tarea de cavar las colinas para hacer plantaciones de *cassava*.

«Así los maridos y las mujeres estaban juntos una vez cada ocho o diez meses y cuando se encontraban estaban tan exhaustos y deprimidos ... que cesaron de procrear. Los recién nacidos morían pronto porque sus madres estaban hambrientas y no tenían leche para nutrirlos y por esta razón, durante mi estancia en Cuba murieron 7000 niños en tres meses. Algunas madres llegaron a ahogar a sus bebés de aguda desesperación... de este modo los maridos morían en las minas, las esposas en los trabajos, y los niños por falta de leche... *y en corto tiempo esta tierra que había sido tan grande, tan afortunada y fértil ... se despobló ... Mis ojos han visto estos actos que son tan extrañosa la naturaleza humana, y ahora tiemblo mientras escribo...*»

Cuando llegó a la Hispaniola en 1508, dice Las Casas: «había unas 60.000 personas viviendo en la isla, incluidos los indios; de manera que entre 1494 y 1508 alrededor de tres millones habrían perecido a causa de la guerra, de la esclavitud, de las minas. ¿Quién de entre las generaciones venideras podrá creer esto? Yo mismo al escribir esto, como testigo presencial, apenas puedo creerlo».

Así comienza la historia hace 500 años de la invasión europea en los asentamientos indios en las Américas. Este comienzo, cuando se lee a Las Casas —incluso si las cifras son exageradas (¿había tres millones de indios al comienzo, como dice, o 250.000 como calculan los historiadores modernos?)—, es conquista, esclavitud, muerte. Cuando leemos los libros de historia que se dan a los niños de Estados Unidos, todo comienza con la aventura heroica —no hay derramamiento de sangre— y el Día de Colón es una celebración».

Para poder explotar una tierra y a las criaturas que en ella habitaban hubo que proceder a la desposesión y a la devastación porque la explotación requiere *organizar la carencia*, erradicando las producciones abundantes originarias: las tierras se queman, se cavan, se remueven hasta destruir el ecosistema y su diversidad biológica fuente inagotable de alimentos, para implantar el cultivo extensivo de caña de azúcar, de café, etc.; el monocultivo extensivo de las tierras, que no es para consumir por sus habitantes sino para exportar y vender. Al romper el ecosistema, se rompen los mecanismos de autoconservación de los recursos para el mantenimiento de la vida, incluida la humana. Pero, aunque deje sin alimento a los habitantes y a los que trabajan la tierra, en cambio produce plusvalía, produce la muerte.

Hay que fijarse también en el carácter mortífero y la falta absoluta de compasión de la expansión patrimonial: si puede esclavizar y utilizar a su favor a las criaturas humanas, las mantiene; pero si no pueden domesticarlas, entonces las aniquila sin ningún sentimiento de respeto hacia la vida humana ni de piedad ante su sufrimiento. La guerra y el sacrificio de los hijos siempre ha sido inherente al patriarcado, por más que en tiempos de 'paz', cuando las criaturas están bien sometidas y sus objetivos expansivos cumplidos, lo disimulen. Quien ha conocido la ferocidad de la bestia, lo sabe. Sabe que sus señas de identidad son los cadáveres con las uñas de las manos y de los pies arrancadas. Pero la ingenuidad y la inocencia —como decía Las Casas— son virtudes de las criaturas y de los sometidos, que no saben o no quieren saber —por la misma razón que el hijo no quiere saber que sus padres no le quieren— que los que encarnan el Poder y adornan con flamantes discursos su gestión, mienten y matan. La expansión patrimonial convierte a los hombres en guerreros sin piedad, de una ferocidad sin límites, pues su objetivo se ha de realizar a cualquier precio, cueste lo que cueste, muera uno ó un millón; capaces, por tanto, de torturar, mutilar cuerpos, de tirarlos desde los aviones, de

asesinar población civil con napalm o con bombas de hidrógeno, de cometer los genocidios y las atrocidades más inimaginables sin conmoción alguna.

Así fue la conquista de América. Lo que hicieron los ingleses y los irlandeses en el Norte no fue muy diferente. Allí también arrasaron selvas y bosques, introdujeron monocultivos extensivos; allí tampoco pudieron domesticar a los indios y practicaron el genocidio y trajeron negros de África para las plantaciones, para organizar un régimen patrimonial de acumulación capitalista.

Hay un pasaje en el libro de Zinn especialmente clarificador. Los ingleses, antes de organizarse para traer esclavos de África y poner en marcha las grandes plantaciones, pasaron dificultades y hambre; muchos renegaban y se iban a vivir con los indios, en donde tenían la comida asegurada. La furia de los ingleses contra sus 'renegados' era temible, pues éstos ponían de manifiesto que su supuesta superioridad y 'civilización' eran una farsa: los indios no se morían de hambre y vivían bien mientras que ellos no sabían vivir más que en el régimen de explotación patrimonial europeo. Además, su hospitalidad al acoger a los 'renegados' dándoles un lugar en sus tribus contrastaba con la guerra de conquista que estaban librando, y echaba por tierra aquello de que los indios eran unas bestias salvajes inhumanas, el argumento para arrasar sus poblados, matarles y/o expulsarles de su entorno impunemente. Por eso atacaban con particular violencia aquellas tribus que acogían a sus renegados.

El traslado masivo de esclavos negros a América para la puesta en marcha de la acumulación patrimonial y capitalista, nos da la medida de *la devastación originaria*. La cultura euroasiática transmisora de los mecanismos de reproducción de la edipización de la psique y de formación del estado de sumisión inconsciente, que se había construido a lo largo de miles de años, no se pudo imponer de golpe en el continente americano, y, por tanto, no se pudo domesticar a la población indígena, por lo que fue exterminada (instalando en 'reservas' los pocos grupos que físicamente no murieron). La población indígena, ni aún vencida físicamente estaba preparada para transformarse en fuerza de trabajo ni para cambiar de modo de vida.

Termina Zinn el primer capítulo de su libro con las siguientes palabras:

«Así Colón y sus sucesores no llegaron a un mundo vacío y salvaje, sino a un mundo en el que en algunos lugares estaba tan densamente poblado como la misma Europa, tenían una compleja cultura en la que las relaciones humanas eran más igualitarias que en Europa, en la que las relaciones entre hombres, mujeres, niños y la naturaleza habían sido elaborados de una forma quizá más hermosa que en cualquier otro lugar del mundo.

Eran gentes sin lenguaje escrito, pero con sus propias leyes, su poesía, su historia guardada en la memoria y transmitida en un lenguaje oral más complejo que los europeos, acompañado por el canto, la danza y el drama ritual. Prestaban particular atención al desarrollo de la personalidad, la intensidad de la voluntad, la independencia y la flexibilidad, la pasión y la fuerza, y a la solidaridad entre ellos y con la naturaleza.

(...)

Quizá haya algo de mitología romántica en todo esto. Pero los testimonios de los viajeros europeos de los siglos XVI, XVII y XVIII, recogidos recientemente por William Brandon, experto norteamericano en la vida de los indios, demuestran de modo sobrecogedor que en gran medida el 'mito' es verdad». ⁵

El hecho de que encontrásemos también en el continente americano culturas guerreras con prácticas violentas como la de los mayas o las de algunas tribus del Norte, no modifica lo que venimos diciendo. Sabemos que las poblaciones del continente americano antes del siglo XVI procedían de diferentes oleadas migratorias y de diferentes culturas. Por ejemplo, está comprobado que hubo varias migraciones procedentes del Norte, que llegaron a América atravesando el Estrecho de Behring, y otras del Mediterráneo, huyendo de las mismas invasiones que destruyeron las civilizaciones matrifocales del Neolítico.

No es de extrañar, pues que algunas de las tribus investigadas por Prescott (*Body Pleasure and the origins of Violence* —ver capítulo sobre el origen de la violencia en la II Parte de este libro—) fuesen patrilineales y otras matrilineales, y que la violencia detectada guardase relación significativa con esa condición. Luego sabemos que no todas las culturas del continente americano eran como las que se encontraron Colón y sus acompañantes en el Caribe, o a las que se refiere el 'mito', como dice Zinn.

Es una tentación transcribir más trozos del libro de Zinn. A él nos remitimos y al de Brandon y a otros, que seguramente los habrá, que relaten cómo se introdujo el régimen de acumulación y realización de patrimonios, obtenidos con la explotación de las criaturas humanas, en un continente que había desarrollado otras formas de economía de subsistencia basadas en la producción abundante originaria de la vida y de la misma tierra.

⁵ Zinn, H. Op. cit. pag. 21-22

3.- Llorar la herida, recuperar la madre, restaurar la conciencia, formar clanes, saciar los deseos, apoyarse mutuamente.

A modo de conclusión podemos citar algunas hipótesis y quizá algunas certezas. Entre las últimas, la de que todas las neurosis posesivas del mundo que echan raíces en la vida humana, tienen que ver con *el estado de carencia* que comienza con la falta de madre, y que se mantiene a lo largo de la vida por el sistema de civilización patriarcal. La edipización de los inconscientes y de la conciencia cierra en falso la herida de la falta de madre. Salir de esta neurosis, y por tanto, de la vida entendida como carencia, librarnos del sentido de la propiedad y de las cadenas de la esclavitud voluntaria, y recuperar el 'espíritu libre' requiere sentir, reconocer y llorar la herida; de este modo dejaríamos de tensar el esqueleto muscular hasta la rigidez que convierte la mayor parte de nuestra masa corpórea en una coraza que recubre un mínimo de aliento vital, y recuperaríamos la condición del cuerpo humano de máquina productora de deseos.

También creemos que es una hipótesis digna de tener en cuenta el que este estado de carencia guarda relación directa no solo con el sentido de la propiedad, sino también con el principio de Autoridad y con la servidumbre voluntaria que planteó hace casi quinientos años Etienne de La Boétie.

Llegar a sentir y a llorar la herida va unido a la toma de conciencia de la falta de madre, y, por ello mismo, a su recuperación. El mero hecho de darnos cuenta de esta falta, hace resurgir la criatura oprimida que somos, hace que un chorro de vida inimaginada brote a borbotones. ¡Ah! entonces, aunque haya sido privada de madre, yo soy *esa* criatura; todavía soy algo de aquella criatura rebosante de deseos y de vitalidad, deseos que me llevaban a la fusión, a la armonía y que colmaban de satisfacción al ser en el que me fundía. No es un nuevo 'super yo' ideal, es algo que realmente somos y que no está muerto del todo; es la vida que está ahogada, asfixiada por las normas de esta civilización que han tomado cuerpo en nuestro cuerpo. Por eso, aunque el sentir la herida que nos produjo su abandono inicialmente nos duela, tomar conciencia de que no tenemos madre, paradójicamente, nos devuelve lo que de madre verdadera hayamos podido tener; y, por tanto, nos hace tener mucha más madre de la que teníamos antes, porque podemos percibirla. Y entonces, por fin, percibirnos como criaturas inocentes y exuberantes de vida. Entonces, también, el resurgir de los deseos, de las ilusiones, de las esperanzas, de los afanes, y del coraje (deseos de otros cuerpos, ilusiones de satisfacer los deseos de los demás, esperanzas de reciprocidad, afán de producir bienestar, coraje para combatir el sufrimiento y recuperar el sentido del placer, del bienestar y de la conservación de la vida).

Por el hecho de creernos que la madre patriarcal es una madre verdadera, nos creemos que la vida es lo que su manera de ser nos muestra; y entonces, se nos nubla la conciencia y ya no sabemos lo que en verdad es bueno y es malo; y entonces nuestra vida se reduce a una mínima y deteriorada forma de ser humano, en condiciones de ser manipulado hacia la sumisión y/o hacia el ejercicio del poder, capaz de la esquizofrenia que supone practicar la crueldad, devenir fuerza de trabajo o parir con el útero rígido por el compromiso del pacto social patriarcal.

Recuperar la madre trae consigo la recuperación de nuestra propia vida y un afán apasionado por saciar los deseos de las criaturas grandes y pequeñas; transmuta las leyes del mundo por las leyes de la vida. Cambia la competitividad y la dinámica jerárquico-expansiva del mundo por

la solidaridad y el apoyo mutuo como mecanismo propio de la vida para su autoconservación. El fin del matricidio sería también el final del fratricidio, la recuperación de la fraternidad humana, ideal que por cierto apareció en los comienzos de los movimientos emancipatorios, pero del que ya no queda nada más que la letra muerta en las frías piedras de los monumentos franceses a la Patria.

Privar a las criaturas de la madre entrañable es un crimen contra la Humanidad, y parece claro que una de las conclusiones de lo que hasta aquí hemos venido diciendo, es que hay que hacer un cuestionamiento radical de la familia y del Matrimonio.

El Matrimonio es el *pacto* adulto por el que se acepta la derrota de las madres, la vinculación de la maternidad a la reproducción de los patrimonios y su desvinculación de la sexualidad y de la producción deseante de la mujer.

El Matrimonio es una *institución* clave del actual contrato social, porque la derrota histórica de las madres, en los orígenes de las prohibiciones, nunca fue ni es definitiva. La Cultura y el orden de relaciones sociales establecido se transmiten, pero la vida se renueva a pesar de todo y contra toda la ordenación social. Por eso, la derrota, aunque en cierto modo se transmite, debe realizarse de nuevo en cada criatura.

Y por eso, cada niña que nace recibe la herencia social de la derrota a través de la institución del Matrimonio, hacia el cual, toda su educación, todo su proceso de culturización y de socialización, se dirige.

El sistema social de relaciones de reproducción que tenemos no garantizan el bienestar de las criaturas; se creó, surgió y está diseñado para la esclavitud (*famulus* quiere decir esclavo); no se puede arreglar, por más que el Vaticano y Hollywood nos lo quieran pintar de color de rosa. No sirve para conservar la vida y sus dones y cualidades. Tenemos que construir formas de convivencia, más amplias, que tengan por objetivo el bienestar y la conservación de la vida, desear a las criaturas y complacerlas. Volver a reunir madres y criaturas. Esto supone un diseño distinto. Quizá como el que apuntaba Martha Moia. Será utópico pero no imposible. Mientras que exista la vida humana será posible cambiar el orden social, hacer otra civilización, otro modo de convivencia.

Dice Kropotkin que hasta la Edad Media se pueden encontrar en las aldeas vestigios de relaciones de convivencia basadas en la protección y la ayuda mutua. Pero la actual familia nuclear supone la desaparición casi total de esas relaciones. En las ciudades, cada pareja se refugia en su piso, 'saliendo' de vez en cuando con amigos, etc. para creerse que no se está sólo; las mujeres nos creemos que al casarnos dejamos de estar solas y que el padre es la mejor de las protecciones que le podemos dar a nuestras criaturas; cuanto más grandes son los núcleos urbanos, más aislamiento para cada persona. Los muros del edipo son cada vez más altos, los deseos irreconocibles, las pasiones destruyendo sin cesar los sentimientos según la teoría de las monogamias sucesivas, dejándonos no sólo sin madre, sino también sin hogar, sin clan.

Quizá nos venga bien recordar aquellas palabras de Bachofen: «el amor materno no sólo es más tierno sino también más general, más universal... Su principio es el de la universalidad; en cambio el principio patriarcal es el de la restricción ... La idea de la fraternidad universal de los hombres tiene su raíz en el principio de la maternidad; por ello, esta idea desaparece con el desarrollo de la sociedad patriarcal. La familia patriarcal es un sistema cerrado y limitado... El seno materno puede dar hermanas y hermanos a todo ser humano ... con el desarrollo del principio patriarcal, esta unidad desaparece y es sustituida por el principio de jerarquía...»

La tendencia es a crecer solos y solas, sin madre entrañable y sin hermanos ni hermanas entrañables; no aprendemos a compartir deseos y sentimientos, no nos reconocemos en los gustos de nadie. La convivencia se hace cada vez más difícil; el bienestar es cosa de cada sujeto o en el mejor de los casos de la Pareja; no es sólo que no se cuente con el vecindario para ello, sino que hay que aprovecharse todo lo que se pueda de los demás. Confiar en los demás es un riesgo y puede acarrear consecuencias funestas. Estado y Capital explotan, manipulan, conducen, organizan las cosas a sus anchas, sin apenas resistencia u oposición. La sumisión es voluntaria y la forma genuina de defensa de la vida humana, el apoyo mutuo, ha sido casi totalmente destruida. Despliegan iniciativas y diseñan estrategias a corto, medio y largo plazo. Las rebeldías se canalizan hacia reformas que actualizan y reafirman siempre el mismo contrato social. El Valle de Lágrimas es un gran hospicio («en el Patriarcado todo el mundo está huérfano de madre» -Sau-) y vivimos sin reconocernos como hermanos y hermanas, compitiendo y luchando unos contra otros por acceder a un lugar en el mundo del Padre. Y sin embargo, a pesar de todo, a pesar de todos los infinitos pesares, y mal que les pese a los servicios de propaganda del Estado y demás instituciones al servicio del Capital (Vaticano, Trilateral, FMI, CIA, ONGs y fundaciones diversas, Banco Mundial, etc. etc.), la vida se sigue renovando cada día y con ella la posibilidad de recuperar lo destruido.

El mundo alternativo sería la recuperación de la fraternidad entrañable y del apoyo mutuo. Ello requeriría romper las cadenas interiores que hacen la esclavitud moderna. Tenemos que convencernos que es absolutamente imprescindible romper la estructura familiar y empezar a convivir de otra manera. No hay fórmulas ni modelos. Pero se sabe por dónde hay que empezar. En el fondo, todos y todas sabemos por dónde hay que empezar.

Nadie puede vivir aisladamente. El régimen patrimonial interfiere en la mecánica de la interdependencia libidinal para mediatizar e imponer sus condiciones de supervivencia, robotizando las funciones vitales, ordenando lo que hay que hacer, lo que hay que sentir y lo que hay que pensar.

Pero, como decimos, la vida se renueva continuamente y *hay* una interdependencia y una interpenetración libidinal («el campo social está recorrido por el deseo»), una interacción general indispensable para la vida humana, *que por ello nace cargada de libido*. El mundo — por eso ha matado a la madre— espera para descargarla. Hay, pues, que empezar a rebobinar:

llorar la herida, recuperar la madre, restaurar la conciencia, formar clanes, saciar los deseos y apoyarse mutuamente.

Recordemos también que la resistencia, como dice Alice Walker⁶ es el secreto de la alegría.

Marzo 1995

⁶ Walker, A. *En posesión del secreto de la alegría* Plaza y Janés, Barcelona 1992. 1ª edición inglesa, 1992

BIBLIOGRAFIA UTILIZADA

Adorno, T.W.; Frenkel-Brunswik, E.; Levinson, D.J. et al. *The authoritarian personality*. W.W. Norton & Co., New York 1993. 1ª publicación : New York 1969.

Alberdi, I. *Algunos aspectos del cambio familiar*. En Revista Amaranta nº 2. Madrid, diciembre 1993

Anderson, B.S. y Zinsler, J.P. *Historia de las Mujeres: una historia propia* Crítica, Barcelona 1991. 1ª publicación : New York 1988

Anónimos, V.V. A.A. *La Sagrada Biblia*. Editorial Católica, Madrid 1963

Anónimo. *Código de Hammurabi*. Tecnos, Madrid 1986.

Asociación Antipatriarcal *La educación física y la sexualidad Ekintza Zuzena* núm 7. Bilbao, 1991.

Asociación Antipatriarcal *Manifiesto a favor de los niños y niñas* Donostia, 1992

Assman, J. *L'image du père dans l'ancienne Egypte*. En Tellenbach, H. et al.

Auel, J. *En las llanuras del tránsito*. Maeva, Madrid 1991. 1ª publicación inglesa, Nueva York 1990.

Bachofen, J.J. *Mitología arcaica y derecho materno*. Anthropos, Barcelona 1988 1ª publicación: Stuttgart 1861.

Bakunin, M. *Catecismo Revolucionario* (1866) en *La Anarquía según Bakunin*, recopilación de Sam Dolgoff (1971) Tusquets, Barcelona 1977

Balint, M. *La Falta Básica*. Paidós, Barcelona 1993. 1ª publicación: Londres y Nueva York 1979.

Berthérat, T. *Las estaciones del cuerpo*. Paidós, Barcelona 1990. 1ª publicación, Paris 1985.

Bookchin, M. *Une société à refaire*. Ateliers de Création Libertaire (ACL) Lyon,*

Bookchin, M. *Qu'est ce que l'écologie sociale?* ACL, Lyon 1989. Traducción del primer capítulo de *The ecology of Freedom: the emergence and dissolution of hierarchy* Cheshire Books, Palo Alto (California) 1982.

Branson, L. *Los niños del saco* *El País* 20.5.90

Carrillo, A.M. *Sexualidad femenina, placer u opresión?* Revista FEM Nº 12, México, Noviembre 1988.

de las Casas, B. *Historia de las Indias*. Fondo de Cultura Económica, México 1986. 1ª publicación: Zaragoza, 1552

De Maio, R. *Mujer y Renacimiento* Ed. Mondadori, Madrid 1988. 1ª publicación: Milán 1987.

Deleuze, G. y Guattari, F. *El anti-edipo, capitalismo y esquizofrenia*. Paidós, Barcelona 1985. Y también 1ª publicación: *L'anti-aedipe, capitalisme e schizophrénie* Minuit, Paris 1972.

Elias, Norbert. *La civilisation des moeurs*. Calmann-Lévy, 1973. 1ª publicación en alemán: 1969.

Engels, F. *El origen de la familia de la propiedad privada y del Estado*. Obras Escogidas de C.Marx y F. Engels. Progreso, Moscú. 1ª publicación: Nottingen-Zürich, 1884.

Eysenck, H.J. *La rata o el diván*. Alianza, Madrid 1992. 1ª publicación inglesa, 1972.

Fromm, E. *El complejo de Edipo y su mito*. En *La Familia* de Fromm Horkheimer, Parsons et al. Península, Barcelona 1986. 1ª publicación: Harper, Nueva York.

Fromm, E. *Anatomía de la destructividad humana*. Siglo XXI, Madrid 1987. 1ª edición en inglés, 1974

Foucault, M. *Vigilar y Castigar*. Siglo XXI, Madrid 1992. 1ª publicación: París 1975.

Foucault, M. *Historia de la Sexualidad*. Ed. Siglo XXI, Madrid, 1989. 1ª edición en francés, 1979.

García Calvo, A. *El Amor y los dos sexos*. Lucina, Madrid 1984

García Calvo, A. *Familia: la idea y los sentimientos*. Lucina, Madrid 1983

Guntin, M. *La Madre: la Gran Ausente*, en *Otras lecciones de Psicología*. Maite Canal, Bilbao 1992.

Graves, R. *La Diosa Blanca*. Alianza Editorial, Madrid 1986. 1ª publicación: 1948.

Groddeck, G. *El libro del 'ello'*. Taurus, Madrid 1981. 1ª publicación: 1923.

Gross, O. Citado en: *Otto Gross: une tragédie de la Modernité* por Gabriel, N. y Auzias, C. Revista IRL (*Informations et Reflexions Libertaires*) nº 84, febrero, marzo 1990.

Horkheimer, M. *La familia y el autoritarismo* en *La Familia*, de Fromm, Horkheimer, Parsons et al (Ver Fromm, E.)

Ibáñez, J. *Del algoritmo al sujeto*. Siglo XXI, Madrid 1985.

Ibáñez, J. *Publicidad, la tercera palabra de Dios*. *Revista de Occidente*, núm 2, enero 1989.

Ibáñez, J. *El regreso del sujeto*. Amerindia, Santiago de Chile 1991.

- Illich, I. *El trabajo fantasma El Viejo Topo* núm. 66. Marzo 1982.
- Jung Chang *Cisnes Salvajes* Circe, Barcelona 1993. ~ publicación inglesa: 1991.
- Kropotkin, P. *El apoyo mutuo*. Madre Tierra. ~ publicación, Bromley, Kent 1902.
- Laing, R.D. *El cuestionamiento de la familia*. Paidós, Barcelona 1982. ~ publicación: Londres 1969.
- Landaburu, E. ¡Unete compa! Monográfico de *Punto y Hora* núm.484, agosto 1987.
- Leboyer, F. *Por un nacimiento sin violencia*. Daimon, México-Barcelona 1978. ~ publicación francesa: 1978.
- Legendre, P. *Jouir du pouvoir* Miuit, Paris 1976.
- Lerner, G. *La creación del Patriarcado*. Crítica, Barcelona 1990. ~ publicación: Nueva York 1986.
- Liedloff, J. *The Continuum Concept*. Arkana-Penguin Group, USA 1986. ~ publicación : 1975
- Lloyd de Mause *Historia de la infancia* Alianza, Madrid 1982. ~ publicación inglesa: 1974
- Malinowski, B. *The sexual life of savages in North-western Melanesia*. Beacon Press, Boston 1987. ~ publicación: Londres 1929.
- Macfarlane, A. *Psicología del nacimiento*. Morata, Madrid 1985. ~ publicación inglesa: 1977
- Masters, W. y Johnson, V. *Human Sexual Response*. Intermédica, México 1978. ~ publicación inglesa, 1966.
- Merelo-Barberá, J. *Parirás con placer*. Kairós, Barcelona 1980.
- Miller, A. *Por tu propio bien*. Tusquets, Barcelona 1985. ~ publicación: Frankfurt 1980.
- Miller, A. *L'Enfant sous terreur - L'ignorance de l'adulte et son prix*. Aubier, Paris 1986. ~ publicación: Frankfurt, 1981.
- Miller, A. *El saber proscrito*. Tusquets, Barcelona 1990. ~ publicación: Frankfurt 1988.
- Miller, A. *La llave perdida*. Tusquets, Barcelona 1991. ~ publicación: Frankfurt 1988
- Miller, A. *Abattre le mur du silence - pour rejoindre l'enfant qui attend*. Aubier, Paris 1991. ~ publicación: Hamburgo 1990.
- Mistral. G. *Ternura en Desolación, Ternura, Tala, Lagar*. Porrúa, México 1986. ~ publicación: Madrid 1925.

- Moia, M. *El no de las niñas*. laSal edicions de les dones, Barcelona 1981.
- Montagu, A. *La naturaleza de la agresividad humana*. Alianza, Madrid 1988. ̃ publicación: USA 1976.
- Montagu, A. *El mito de la violencia humana* *El País*, 14.8.83
- Moreno, A. *El arquetipo viril protagonista de la historia*. laSal edicions de les dones, Barcelona 1987. ̃ publicación: Barna 1986.
- Moreno, A. *Carta a la Asociación Antipatriarcal*. *Boletín núm 4*, Madrid diciembre 1989.
- Moreno, A. *Entre el confort doméstico y la guerra*. *Suplemento Boletín Asociación Antipatriarcal*. Madrid, febrero 1991.
- Moreno, A. *Pensar la historia a ras de piel*. Ed. de la Tempestad, Barcelona 1991.
- Morgan, L.H. *La sociedad primitiva*. Endymon, Madrid 1987. ̃ publicación: N.York 1877.
- Morin, M. y Marinier, N. *L'instinct maternel apprivoisé*. Ed. Stanké, Canadá 1984.
- Muraro, L. *El amor como práctica política*. *El Viejo Topo* núm.74, abril 1994.
- Nietzsche, F. *Humano, demasiado humano* EDAF, Madrid 1984. ̃ publicación alemana 1878.
- Odent, M. *El bebé es un mamífero*. Mandala, Madrid, 1990.
- Pigem, J. **La civilización de la diosa: la religión de la naturaleza en la Antigua Europa**. *Revista Integral* núm 1042.
- Prescot, J.W. *Body pleasure and the origins of violence*. *Bulletin of the Atomic Scientists*, Nov. 1975, Chicago, USA
- Raknes, O. *Educación económica sexual*. *International Journal of Sex Economy and Orgone Research*, Vol. 2 1943. Reproducido por la Escuela Española de Terapia Reichiana y en los boletines de la Asociación Antipatriarcal.
- Rich, A. *Nacida de mujer*. Noguer, Barcelona 1978. ̃ publicación USA: 1976.
- Rico, J. *El amor de Dios*. *Contribución a la crítica de la economía amorosa*. Donostia, 1992. Inédito.
- Rochefort, Ch. *Les enfants d'abord*. Ed. Grasset, Paris 1976.
- Sanchez Jimenez, M. *Los malos tratos a la mujer y a la infancia - correlato de la violencia patriarcal en Otras Lecciones de Psicología* Ec. Maite Canals, Bilbao 1992.
- Sau, V. *Diccionario ideológico feminista* Ed. Icaria Barcelona 1989. ̃ publicación: 1981.

Sau, V. *Aportaciones para una lógica del feminismo*. laSal edicions de les dones, Barcelona 1986.

Sau, V. *La construcción del 'yo' femenino: hacerse a sí misma*. Facultad de Psicología de la Universidad de Barcelona, Barna 1987.

Sau, V. *Entrevista con la Asociación Antipatriarcal. Suplemento al Boletín*. Febrero 1989

Sau, V. *Otras lecciones de psicología*. Maite Canal, Bilbao 1992.

Sau, V. *La maternidad: una impostura. $m = f(P)$* Revista DUODA (Revista d'estudis feministes 6. Barcelona 1994.

Sendon de Leon, V. *Más allá de Itaca*. Icaria, Barcelona 1988.

Sendon de Leon, V. *Sobre diosas, Amazonas y vestales*. Zero Zyx, Madrid 1981.

Sendón de León, V. *Un extraño holograma* *El Viejo Topo* núm74, abril 1994.

Starr, T. *La 'inferioridad natural' de la mujer*. Alcor (Martínez Roca), Barcelona 1993. 1ª publicación inglesa, 1992.

Steinem, G. *Womb envy, testyria, and breast castration anxiety*. Revista MS, vol IV, n.º 5 USA, 1994.

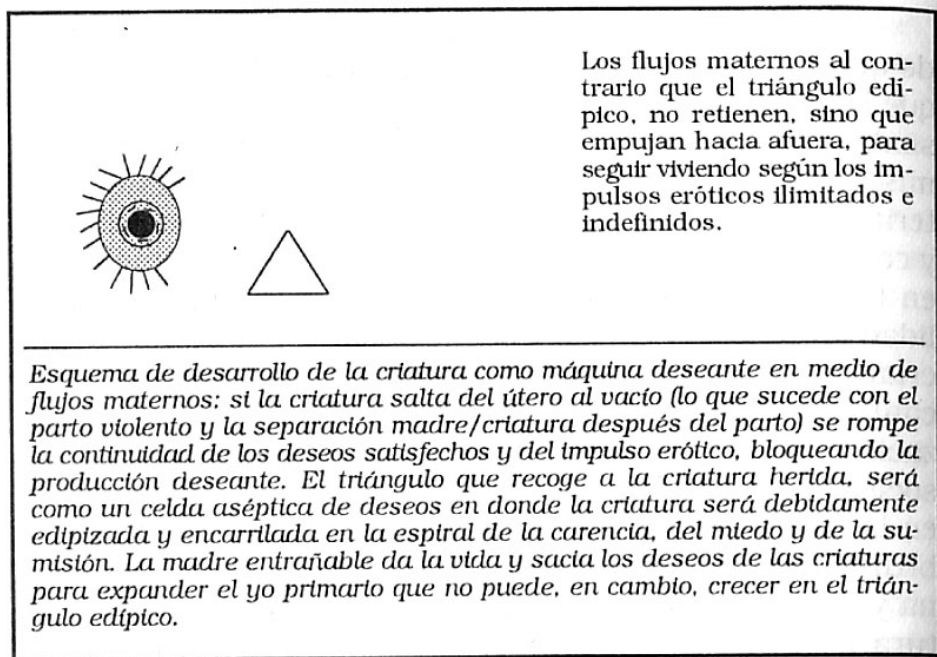
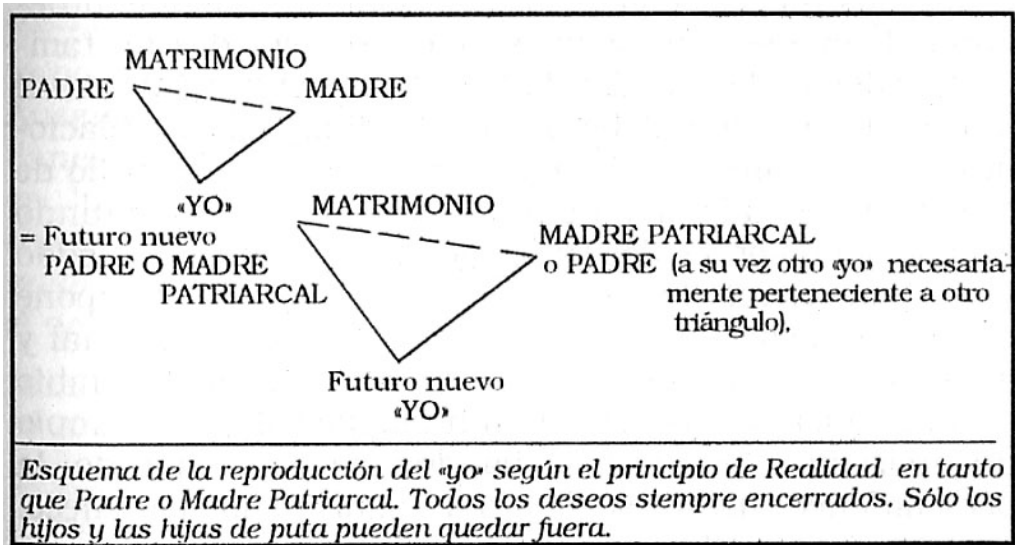
Stettbacher, K. *Pour quoi la souffrance?* Aubier, Paris 1991

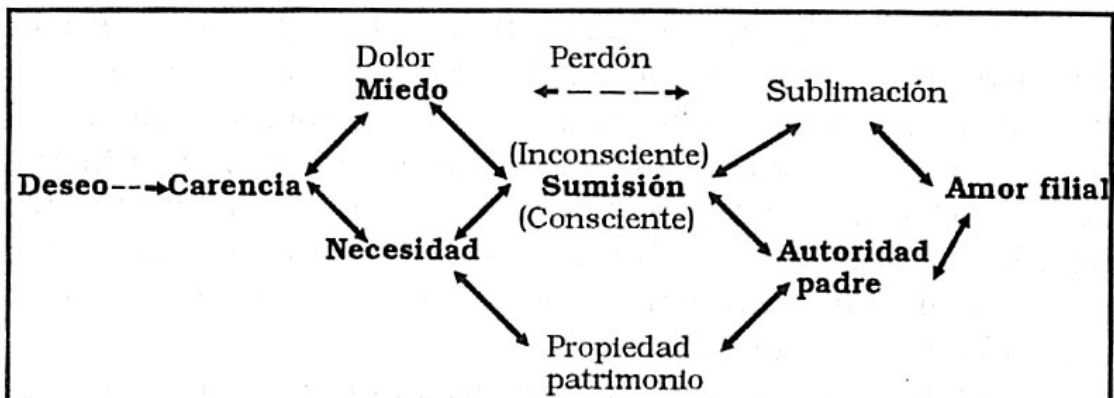
Tellenbach, H. et al. *L'image du père dans le mythe et l'histoire*. PUF, Paris 1983. 1ª publicación alemana: 1976.

Veggeti Finzi, S. *El niño de la noche*. Ed. Cátedra, Madrid 1992. 1ª publicación: Milan 1990.

Walker, A. *En posesión del secreto de la alegría* Plaza y Janés, Barcelona 1992. 1ª edición inglesa, 1992.

Zinn, H. *A people's history of the United States* Harper, 1990. 1ª edición: 1988





Esquema de la génesis del estado de sumisión y del principio de Autoridad.

El deseo es inmanente a la vida; el principio de Autoridad procede del estado de carencia y de sumisión.

De donde se ve la importancia estratégica de la conversión del deseo en carencia (la única operación que sólo se efectúa en un sentido: por el único sitio por donde se rompe el proceso); y de donde se deduce también la importancia de revisar todas las tácticas, medios y razones empleadas para hacer efectiva dicha conversión.

Dice Murray Boockhin: «Es ciertamente ambiguo que la palabra más antigua que designa la "libertad" sea amargi, expresión sumeria que significa "retorno a la madre". Puede tratarse de una regresión, pero también de una referencia a la idea de que la naturaleza era benévola y que la libertad no existía más que en la cuna de la sociedad matricéntrica.»⁴

Y dijo también Otto Gross, anarquista y también discípulo rebelde de Freud:

«L'esprit libre qui n'est pas dans l'amour libre, sera toujours conservateur ou corrompu, dieu ou diable, mais jamais Esprit Libre. Nous croyons que la première véritable révolution réunira en un, la Femme, la Liberté et l'Esprit.»⁵

